
BLACK
SWAN
Alessandra Neymar

BLACK SWAN

Alessandra Neymar



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Serie Top Secret
© 2026, Alessandra Neymar.
© 2026, Todos los derechos reservados.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que continúen publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Distribución: Online a través de Amazon, Inc.

ISBN: 9798248789108

Sello editorial: *Independently published* by Amazon.
Imagen: © Cardigan LM
Diseño de cubierta: Alessandra Neymar

ÍNDICE

Índice
Playlist
Banda Los Furin
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
Nota de la autora
¡Sigue leyendo!

PLAYLIST

Blake Wisner ~ Ican't help it
The Weeknd ~ Reflections laughing
Riley Pearce ~ Brave
Lana del Rey ~ Art deco
Travis Scott ~ Thank God
Patrick Watson ~ Je te laisserai des mots
Tender ~ Erode
Lana del Rey ~ Gods & Monsters
Jutes ~ Vertigo
Yutaka Yamada ~ Glassy sky
Lana del Rey ~ Cinnamon girl
Tender ~ Strong enough
Lana del Rey ~ High by the beach
Lana del Rey ~ Born to die

BANDA LOS FURIN

Noah Sterling ~ 19 años.

Liam Addison ~ 21 años.

Connor Bradley ~ 22 años.

Nate Sanders ~ 21 años.

Matthew Whitford ~ 20 años.

Anthony Kipp ~ 19 años.

John Watts ~ 18 años.

David Hudson ~ 16 años.

Jeremy Wheeler ~ 16 años.

Jason Hart ~ 15 años.

Eddie Sanders ~ 15 años.

Luke Reynolds ~ 14 años.

Tommy Butler ~ 12 años.

Martin Schoflied ~ 9 años.

Sam Radford ~ 8 años.

«There's things I wanna talk about,
but better not to give.
But if you hold me without hurting me,
you'll be the first who ever did».

Lana Del Rey, *Cinnamon Girl.*

1

KENNY

Aunque el cielo sobre el cementerio de Highgate amenazaba con romperse en cualquier momento, no percibía que el aire oliera a lluvia. Más bien, reinaba una mezcolanza insoportable de flores. Miles de libras gastadas en lirios, rosas y orquídeas.

Era una dulzura nauseabunda que me revolvía el estómago y me recordaba que incluso la muerte tenía un precio.

Delante de mí, el panteón de los Langford se alzaba como una bestia de piedra grisácea. Era una estructura gótica con columnas y vidrieras ojivales, manchada por el musgo y los años. Ahora me parecía una boca oscura, desencajada y hambrienta, más que lista para tragarse la vida.

Sería el hogar de mi padre en la muerte.

Era tan injusto. Alistair Langford no merecía aquel lugar. No merecía que sus restos compartieran el mismo espacio sagrado que los de *Sir* Edward. Mi abuelo llevaba allí dentro desde que yo tenía diecisiete años, el único miembro de mi familia que me había querido de verdad. Meter al tirano de su hijo con él suponía una maldita profanación.

Apreté los dientes hasta que me crujió la mandíbula. Mi traje de pronto era una armadura incómoda y opresiva, y el nudo de la corbata me apretaba la garganta. Sí, me estaban asfixiando, pero no podía aflojarlo ante todas las hienas que me estaban mirando.

A mi alrededor, estaba la supuesta «crema y nata» de Londres, con la cabeza inclinada en una coreografía de duelo tan ensayada que daba vergüenza ajena. Ministros que vendían su alma por un titular favorable, tiburones de la City disfrazado de sonrisas amables y aristócratas decrépitos que olían a naftalina.

Era un circo moderno, elegante y silencioso. La clase de circo del que dependía el mundo, porque cualquiera de las decisiones que tomaran esos cabrones podían cambiar el curso de las cosas.

En realidad, nadie estaba allí para llorar a Alistair. Ni una sola de esas lágrimas era por el hombre, sino por el terror al vacío de poder.

Langford Media Group no era una simple empresa familiar, por más que se fundara bajo esa premisa. El abuelo era periodista. Un tipo que se había criado en las calles de Tottenham y sabía cómo pensaba la gente corriente. Empezó vertiendo sus opiniones sobre la gestión del barrio en una gaceta semanal. Con los años creció hasta contar con su propia imprenta y su equipo. Y lo que nació siendo un pequeño panfleto llamado The Tribune en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, terminó convirtiéndose en uno de los grupos editoriales más importantes de Inglaterra.

En la actualidad, ese maldito imperio era como el sistema nervioso del país. Controlábamos la señal y la verdad. No era con lo que el abuelo había soñado, pero mi padre se había encargado de alimentar a la bestia. Así que, cuando el cabrón de Alistair estornudaba en su despacho de la Torre Langford, el Parlamento entero cogía una neumonía. Poseíamos sus deudas, controlábamos lo que la gente veía en el canal UBS y dictábamos lo que pensaban con el The Tribune cada maldita mañana.

Y ahora esa maquinaria de extorsión y poder absoluto iba a caer en las manos equivocadas. O eso era lo que ellos temían.

Podía sentir sus miradas desdeñosas en mi nuca. Sus cuchicheos eran un zumbido venenoso que se colaba por encima de las oraciones del padre Patel. La pregunta flotaba en el aire, tan obvia que casi podía tocarla: ¿cómo demonios iba a dirigir aquel imperio un tipo que se ganaba la vida corriendo en pantalones cortos? ¿Qué

pintaba un puto extremo derecho, que acababa de levantar el Balón de Oro en París, sentado en el sillón de piel más peligroso de Gran Bretaña?

Para ellos, yo solo era un mono de feria con talento en las botas y serrín en el cerebro. Llevaba años acumulando ese desprecio, la incredulidad de que alguien como yo llevara el apellido Langford. Sin embargo, en los últimos días el volumen de sus murmullos había subido hasta convertirse en un ruido insoportable.

Honestamente, me la sudaba. Que hablaran. Que se ahogaran en su propia bilis. Yo no quería estar allí y ellos no me querían cerca. Así que, en eso, estábamos de acuerdo.

Siempre había sido la oveja negra. El verso suelto que se negaba a rimar con su maldita perfección. Los odiaba a todos por sus normas asfixiantes y su hipocresía de salón de té. Pero esta vez era diferente.

Clavé la vista en el ataúd.

Era una obra de arte de caoba brillante, pulida hasta la obsesión, con unos herrajes que parecían oro puro. Demasiado bonito y perfecto. Demasiado noble para contener tanta podredumbre.

Me entraron náuseas al pensar en el contraste. La madera exquisita por fuera y la decadencia moral pudriéndose por dentro. Nunca imaginé que le daría el adiós definitivo a mi padre. Lo odiaba más ahora encerrado en esa caja de lujo que cuando estaba vivo y siendo un hijo de puta.

Cerré los ojos un instante, y regresé a aquella clínica privada. El pitido del monitor cardíaco era lo único que rompía el silencio. Alistair Langford postrado en aquella cama articulada, lleno de tubos y cables. Parecía una carcasa vacía. Se estaba consumiendo ante mis ojos y yo no quería verlo, pero obedecí porque era lo que se esperaba de mí.

Estaba en París cuando Siobhan Kellman, la consejera general del grupo, me llamó. Apenas había empezado con los entrantes de aquella cena con toda la plana mayor de la FIFA tras haber ganado

el Balón De Oro. Esa repelente mujer no me dio mucha información, solo me dijo que volviera porque mi padre se moría. Y el silencio que fue mi respuesta gritó de puro gozo. Eso me convertía en un cabrón desalmado, pero es que me importaba una reverenda mierda que ese hombre se muriera.

Obviamente, regresé a Londres. Me esperaba medio centenar de periodistas en el aeropuerto. Me sometieron a una persecución absurda que terminó conmigo soportando, una vez más, el abusivo escrutinio de mi padre en sus últimas horas. Ni la muerte que acechaba a los pies de su cama logró apaciguar el brillo de sus ojos.

Recuerdo que me pidió que me acercara. No quería despedirse, eso lo supe bien. Tampoco quería felicitarme por mis logros, eso le decepcionaba bastante. Cualquiera de esas reacciones lo habrían convertido en un ser humano con corazón, y Alistair nunca lo fue.

—¿Sabes lo que más lamento de irme? —susurró asfixiado—. Que no mereces heredar lo que nunca valoraste.

Ese fue siempre su problema, que estaba acostumbrado a que la gente se sometiera a él y conmigo nunca lo logró. Lo que Alistair consideraba una insurrección, yo lo veía como una forma diferente de pensar. Jamás albergué deseos por formar parte de LMG. Admiraba el legado de mi abuelo, pero ese no era mi mundo, no sabía cómo moverme en él.

Detesté que, en su lecho de muerte, mi padre quisiera arrojármelo a la cara. Sin embargo, tenía algo más fuerte preparado para mí.

—Quizá debí darle cobijo a ese crío. Al menos, estaría orgulloso de que mi propia sangre se quedara al mando.

El estupor me golpeó con fuerza.

—¿Qué? —jadeé, y él sonrió.

—Nunca serás un Langford por más afecto que ese viejo decrepito sintiera por ti.

Me quedé congelado junto a su cama mientras él seguía desgranando su historia con frialdad. No lo entendí todo. Sus putas

palabras no parecían tener sentido, omitía datos, saltaba de una cosa a otra. Era la clásica perorata del moribundo.

—¿Por qué lo confiesas ahora, maldito canalla? —gruñí.

Mi padre cerró los ojos.

—Sí, lo fui… Quizá lo soy ahora… Pero…

—Pero qué. ¡Habla! —exclamé, y me lancé a él.

Nada de lo que me había contado buscaba un perdón. No había habido ni rastro de arrepentimiento en su rostro, solo urgencia. El muy cabrón había querido limpiar su conciencia. Sabía que terminaría en el infierno y quería irse ligero de equipaje. Pero para ello me entregó a mí su maldita carga. Supongo que buscaba atacarme una última vez.

Había abandonado a su propia sangre en la miseria mientras me criaba a mí como a un príncipe impostor. Y a continuación, simplemente, cerró los ojos y dejó que la muerte hiciera el resto.

Me dejó allí de pie, con el pitido de la máquina evidenciando su fallecimiento y una herencia que de pronto me quemaba en las entrañas.

Abrí los ojos y volví al cementerio. Estaba tan lleno de rabia. Tan lleno de culpa. Yo no merecía cargar con los errores de otros, pero es que existía una persona ahí afuera que también cargaba con ellos. Y ninguno de los dos teníamos la culpa de habernos cruzado con semejante desgraciado.

«Espero que ardas en el infierno, Alistair Langford».

Apreté los puños. La rabia me subió por el esófago. Tenía ganas de gritarle a toda la maldita ciudad que no se estaba enterrando a un héroe, sino a un monstruo.

Entonces, sentí el suave tacto de unos dedos sobre mi piel. Lentamente, se entrelazaron con los míos y me apretaron con la fuerza justa para mantenerme sereno.

Sofía no me miró. Mantuvo sus preciosos ojos de gata clavados al frente, escondidos tras unas gafas negras. Pero su agarre fue una orden silenciosa que vino a decirme «ni se te ocurra desmoronarte

delante de esta gente». Ellos no iban a entender el dolor y la rabia porque formaban parte de esta.

Cogí aire y busqué con la mirada a mi otra red de seguridad.

A unos metros, James y Gianni me observaban. Les importaba poco el ataúd, solo les preocupaba yo. Permanecían tensos, con los hombros rígidos bajo sus trajes oscuros, flanqueados por sus compañeros, Daniel y Hunter. Parecían guardaespaldas esperando la señal de amenaza para sacarme de allí en cuanto fuera necesario.

Ellos eran mi verdadera familia, la representación más extraordinaria de lealtad que vería jamás. Pero ni siquiera ellos sabían la mierda que estaba soportando. No tenía ni idea de cómo enfrentarme a ese momento. Temía que al decirlo, todo se hiciera más real.

No, nadie lo sabía, por ahora. Excepto la viuda perfecta y yo.

Así que hice lo único que me habían enseñado a hacer en esa casa: mentir. Me ajusté la máscara del Golden Boy, alcé la barbilla con esa arrogancia que la prensa adoraba odiar y me tragué la verdad. Hoy interpretaría el papel del hijo doliente, aunque por dentro solo fuera el hijo de un desconocido.

Con el último «amén» empezó la verdadera tortura. Mi madre y yo nos colocamos junto a las escalerillas del panteón como dos muñecos de cera listos para la función. Y dio comienzo el desfile. Un paseíllo interminable de manos sudorosas, abrazos que no pedí y condolencias vacías.

Resistí todo lo que pude. Hasta que fue suficiente.

Sin decir una palabra, di media vuelta y eché a andar hacia el sendero de grava. Necesitaba huir de aquel escenario de película de terror gótica.

Pero no llegué lejos.

Unos dedos enguantados se cerraron en torno a mi bíceps con una fuerza sorprendente. Solo tuve que desviar un poco la vista para encontrar a Lady Eleanor.

Mi madre estaba impecable. Su postura era tan rígida que parecía que se hubiera tragado una vara de hierro. El rostro, oculto tras la redecilla negra que caía de su tocado, era un lienzo en blanco. No había ojos rojos, ni maquillaje corrido, ni un solo rastro de emoción humana que alterara su belleza fría y aristocrática.

Era la imagen perfecta de la viuda doliente, salvo por el detalle de que me estaba clavando las uñas como un halcón.

—¿Adónde te crees que vas? —siseó.

Torcí el gesto, desafiante.

—¿Acaso te importa?

—Esa gente ha venido a despedir a tu padre, Kenneth.

—Ese hombre no es mi padre —gruñí.

—Ten la decencia de devolverles la amabilidad —replicó ella, ignorando mi verdad.

A mi señora madre siempre se le había dado muy bien mantener las formas. Era su especialidad. Odiaba a Alistair, lo despreciaba por ser un «nuevo rico» sin sangre azul, pero adoraba su cuenta bancaria. Lady Eleanor prefería tragarse el asco y vivir rodeada de lujos obscenos a tener que desempolvar su título de Duquesa en una mansión con goteras. Los títulos nobiliarios quedaban muy bien en las tarjetas de visita, pero no pagaban los viajes a las Maldivas ni los diamantes que llevaba al cuello.

—¿Temes que mi actitud manche tu precioso apellido o devalúe las acciones del grupo que paga tu alto tren de vida? —dije con todo el veneno que pude reunir.

Ella ni parpadeó. Sus ojos azules, tan fríos como los míos, me barrieron con desdén. En eso nos parecíamos bastante.

—Lamentablemente, todos aquí saben que no estás a la altura de ser la nueva cabeza de Langford Media Group. Pero es lo que hay.

A mí me importaba una mierda el grupo. Me importaba una mierda el poder. Pero su desprecio me dio la munición exacta para devolverle el golpe donde más le dolía.

—¿Hubieras preferido que ese crío al que abandonó ocupara mi lugar? —susurré con una sonrisa cruel.

El efecto fue inmediato. Su máscara de porcelana se resquebrajó, y dio un paso hacia mí.

—Ni se te ocurra mencionarlo —masculló por lo bajo—. ¿Me has oído, Kenneth? Ni se te ocurra.

—Sabías la verdad y te la guardaste. No, más bien la consentiste.

Nos sostuvimos la mirada. No había amor, ni siquiera esa calidez instintiva que se supone que debe existir entre madre e hijo. Nos mirábamos como enemigos, con un odio rancio y antiguo. Curioso, ella sí era mi madre biológica.

—Suéltame —me quejé, tirando del brazo.

—El primer ministro está aquí.

—Me la suda el puto primer ministro, Lady Eleanor Russell, Duquesa de Cavendish.

Me alejé sin mirar atrás.

Siempre habíamos tenido una relación de mierda, pero aquello era el colmo. A ella no le importaba cómo estaba su hijo, ni siquiera el día que enterrábamos a su marido. Solo se preocupaba por que la foto saliera bien.

Llegué a mi coche. Aquel precioso Aston Martin Vantage gris oscuro aparcado lejos de la comitiva me parecía ahora un salvavidas. Me subí a él y cerré la puerta. Un silencio ensordecedor me cayó encima de golpe, y me arranqué la corbata como si fuera una soga antes de golpear el volante con toda la saña.

Jamás creí que proferiría un grito. Se me escapó de la garganta. Necesitaba sacarme la voz de mi padre de la cabeza. Necesitaba borrar sus últimas palabras de mi cerebro antes de volverme loco. Necesitaba ruido. Caos. Necesitaba olvidar quién era y lo que no era.

Saqué el móvil con manos temblorosas y busqué el contacto de Davison. Si había alguien en Londres capaz de conseguirme un

billete directo a la autodestrucción era él. El mejor promotor de fiestas de la nueva élite.

—¿Qué tan desesperado estás para llamar el día que entierras a tu puto padre, Langford? —La voz rasgada del tipo me llegó como cuchillas a través de la línea.

—¿Qué coño te importa? ¿Puedes dármelo?

Davison ya sabía lo que yo buscaba. Y sabía que no estaba bien. Pero ahora mismo me importaban una mierda la represalias.

—¿Un completo?

—Lo más bestia que tengas —pedí.

—St. George Hill como siempre. Dame una hora.

Colgué.

Arranqué el coche. El motor rugió con una violencia exquisita, rompiendo la paz sepulcral de Highgate. Pisé a fondo y el vehículo salió disparado, dejando atrás a los muertos para buscar mi propia forma de autodestrucción.

2

NOAH

El silencio no existía en mi mundo. Eso era un privilegio que no me podía permitir. Lo que de verdad marcaba el pulso de mi vida y la de los míos era un ruido industrial, lleno de droga, alcohol y muy poco respeto por la dignidad humana.

Pero pagaban bien.

Estábamos en las tripas de Finsbury Park, en los Arcos Ferroviarios. Aquellas cavernas de ladrillo rojo no solo eran viejas, sino la parte más remota y olvidada del distrito. Un agujero que supuraba humedad y miseria.

Arriba, la ciudad seguía con su mierda habitual, pero allí abajo, cada vez que un convoy pasaba, el techo abovedado vibraba con furia. El temblor hacía caer una lluvia fina de polvo y mugre sobre la multitud, creando una niebla sucia que se pegaba a la garganta. Pero el estruendo era necesario. Funcionaba como la banda sonora perfecta para camuflar los alaridos de los que perdían y el crujido seco de los huesos al partirse.

Me encontraba en las sombras, junto a las columnas, ajustándome las vendas de los nudillos con los dientes. Me gustaba apretarlas hasta que me cortara un poco la circulación. Solo así podría evitar que se me rompiera algún hueso. No me convenía una lesión en ese momento.

Hacía rato que había disociado. Mi cuerpo estaba allí, preparándose para recibir hostias, pero mi cabeza flotaba en un

lugar gris y vacío donde nada dolía.

Mis ojos escanearon la jaula. Era un amasijo de metal oxidado plantado en medio de aquella mierda. Estaba iluminado por unos grandes focos blancos que hacían que la oscuridad de los rincones fuera aún más intensa. En torno a ella se agolpaba la escoria habitual: *hooligan* ciegos de alcohol barato, apostadores de poca monta y enfermos que solo venían a ver sangre ajena. A estos últimos los llamábamos «turistas», aunque en realidad eran putos enfermos mentales.

El aire apestaba. Olía a violencia, a cerveza caliente y a ese tufo cobrizo y metálico de la sangre seca que nadie se había molestado en fregar. El griterío me provocaba dolor de cabeza, pero no era una excusa.

Busqué a Billy, el «dueño» de aquel circo de los horrores. El cabrón estaba en la zona reservada, que no era otra cosa que unos viejos andamios que, con bastante pericia, habían adecentado para que pareciera un palco de la hostia.

Allí solían reunirse los más allegados a ese hijo de puta y los «turistas», que se dejaban una fortuna en las apuestas. Gentuza de las altas esferas que venía en busca de adrenalina salvaje. Habían llegado a visitarnos hasta ministros y miembros de la realeza. Y les encantaban la coca y las putas de las que disponían Billy y su socio.

Nunca entendí cómo lo había logrado. Era un miserable cabrón que se había criado en guetos y provenía de una familia que no tenía dónde caerse muerta. Un alcohólico empedernido, fanático del Arsenal y líder de los The Herd, que era la facción más violenta y peligrosa de los Gunners. La clase de tío que, de no ser por las drogas, el fútbol y la prostitución, probablemente habría muerto en algún parque puesto hasta las trancas de heroína. Pero el canalla era una bestia con un gran don para manipular. A sus treinta y cinco años, prácticamente dominaba todo el este del barrio de Islington y lo temían. Yo incluido. El poder de las cloacas, decían. Bien, pues a él se le daba de puta madre. Me tenía completamente atrapado, joder.

Billy me observaba con esa suficiencia de mierda. Y es que la situación era una mierda. Más mierda de la habitual.

Los pequeños de la banda, mis Furin, habían perdido un paquete. La puta mercancía que debían haber vendido en una semana se había volatilizado porque unos malnacidos de la zona de Seven Sisters Road los habían asaltado. A mí la droga me importaba un carajo. Sufrí más por los moratones que les habían hecho a mis chicos. Pero eso a Billy le sudaba las pelotas.

Su empeño en usar a unos críos como mulas para pasar su mierda era lo único que le interesaba. Y si la droga desaparecía, alguien debía pagarla. Sesenta mil libras para ser más exactos.

Aquella cifra era astronómica para unas ratas de alcantarilla como nosotros. Pero Billy no perdonaba. Nunca lo haría. Así que el trato estaba claro. Lucharíamos gratis hasta que la deuda fuera saldada. Lo que se traducía en que no veríamos un penique en años y el hambre, que ya era un problema para nosotros, apretaría más que nunca.

La única condición que había conseguido era que solo lucharíamos los mayores. Éramos los más experimentados y no queríamos ver a los nuestros dentro de esa jaula. Allí dentro, los rivales no perdonaban.

Esa noche solo fuimos llamados Liam y yo. Dos peleas, dos victorias. O ganábamos los dos o la deuda crecía según lo que se hubiera perdido en las apuestas.

Desvié la mirada hacia el lateral de la jaula.

Allí estaba mi compañero. Ya había peleado. Lo habían dejado hecho un cromo, pero había ganado. Ahora todo el peso caía sobre mí. Si yo perdía, el sacrificio de mi «hermano» no valía nada.

—¡¿Quién quiere sangre?! —bramó el presentador a través de un megáfono abollado.

El público enloqueció. El rugido de la masa se mezcló con el traqueteo de un tren pasando por encima.

—¡Vamos con el siguiente combate! A un lado... ¡Black Swan!

Maldije mi puto apodo entre dientes. Pero cada vez que sonaba era como echar gasolina a un incendio. A la gente le encantaba y era uno de los principales atractivos para los «turistas». Y es que allí todo el mundo estaba ansioso por ver si el cisne se rompería al fin.

Me quité la sudadera y la dejé caer al suelo sucio. Las normas de la pelea eran que no había normas. Todo estaba permitido. Eso sí, a pecho descubierto. Billy decía que la sangre se veía mejor sin ropa.

El aire frío de los túneles me golpeó el torso y el contraste fue visualmente doloroso, casi obsceno. Yo era demasiado pálido, demasiado delgado y, según decían, demasiado «guapo» para estar en aquel matadero. Yo no me percibía así, pero estaba de acuerdo en que, cuando mi piel brillaba bajo los focos, solo era huesos y piel cadavérica.

Más que un luchador, parecía una víctima sacrificial. Y eso era exactamente lo que Billy quería. Mi apariencia disparaba las apuestas en mi contra y atraía a los viejos verdes que a veces me ofrecían ser chapero por una pasta gansa. Me lo había pensado más de una vez cuando el hambre me retorcía de dolor, pero nunca tuve el estómago para dejar que me tocaran de esa manera. Prefería que me partieran la cara.

Me hicieron un pequeño pasillo para llegar hasta los escalones de acceso a la jaula. Caminé cabizbajo, tratando de ignorar los reclamos a mi alrededor. Mis ojos escanearon a mi contrincante, que esperaba a ser presentado. Era un armario empotrado con una pronunciada barriga cervecera y parecía un gorila furioso.

Yo no peleaba con rabia como los demás. Más bien, tenía un don para analizar los movimientos de la gente. Las matemáticas del cuerpo, por así decirlo. Buscaba el punto débil y lo machacaba, porque sabía que por fuerza bruta estaba muerto antes de empezar.

Miré a Liam y le guiñé un ojo.

«Lo has hecho de puta madre, compañero», pensé, y él asintió con la cabeza. Entre los dos sobraban las palabras. Estábamos demasiado acostumbrados a hablar con silencios.

Entonces, entré en la jaula.

—Y al otro lado... ¡Jerry, el lobo sangriento!

Más gritos. Y por la euforia supe que era el favorito, como siempre. El tal Jerry accedió a la jaula. La puerta se cerró tras él y el chasquido del cerrojo me provocó el mismo escalofrío de siempre. Nadie sabía, ni siquiera Liam o Connor o Nate, que eran como mis hermanos, que me aterraba ese sonido y el clamor que le seguía. Nadie sabía que odiaba el talento que se me había dado para pelear.

Miré a mi oponente de nuevo y maldije a Billy. Siempre me dejaba a los peores para el final.

El gigante me sonrió conforme se acercaba a mí.

—Hola, muñequita —dijo por lo bajo—. ¿Listo para que te reviente esa carita de porcelana que tienes? Si te animas a chupármela y te lo tragas, quizá sea amable.

No gasté ni un solo gramo de aire en contestarle. En aquellas circunstancias era mejor hacerlo con los golpes. Así que empecé yo la pelea, estrellando mi puño derecho en su mandíbula. El impacto sonó seco, pero él apenas se tambaleó. Tal y como esperaba.

Me moví rápido, como un puto gato callejero. Esquivé sus manazas, que buscaban agarrarme para estrujarme, y ataqué sus articulaciones. Codos, rodillas, tobillos. Buscaba romperlo, incapacitarlo. Me importaba una mierda impresionar. Pero el cabrón era inmenso. Parecía que estaba luchando contra un muro de hormigón armado.

En un descuido, me calzó un puñetazo en el costado que me dejó sin aire. Sentí cómo las costillas me crujían peligrosamente. El dolor fue agudo y cegador y amenazó con tumbarme.

Honestamente, cualquier otro se habría doblado, pero yo me lo tragué. Tenía que hacerlo. Los tipos como yo debían desarrollar una tolerancia absurda al sufrimiento. Era lo único que me había regalado aquella vida de mierda.

La pelea se encrudeció. Allí no había honor ni ese tipo de mierdas, solo supervivencia. Habían caído muchos allí dentro que después terminaron en el vertedero.

Recibí varios golpes, los encajé como pude. El tipo me tenía completamente arrinconado. En realidad, no era tanto su fuerza como envergadura. Tanta carne era difícil de abordar.

De pronto, noté un corte en mi ceja izquierda. No tardé en sentir cómo la sangre me bajaba espesa por el párpado, cegándome un ojo. El mundo se volvió rojo y borroso por ese lado, pero no me detuve. Parar significaba morir o endeudarme más, que era casi lo mismo. Pero sobre todo significaba dejar a los míos solos.

Entre los jadeos y el zumbido de los golpes, distinguí una voz que atravesó el ruido de la masa.

—¡Vamos, Noah! ¡Levanta, joder! ¡Puedes hacerlo, tío! ¡Tú puedes!

Liam. Gritaba mi nombre con desesperación, aferrado a la reja metálica. No me había dado cuenta de que había caído. En mi imaginación seguía en pie, conteniendo los golpes. Debía culpar a la falta de concentración. No había dormido bien, llevaba cuatro días sin comer y tres consecutivos luchando. Estaba agotado y mis reflejos fallaban.

Miré a mi hermano. No compartíamos ni un gramo de sangre, sin embargo habría dado cualquier cosa por él. Habría dado mis órganos por verlo comer caliente y dormir en una cama de verdad, bajo un techo de verdad. Habría dado mi vida por ahorrarle miedos y preocupaciones.

Justo entonces, el techo rugió. De nuevo, un tren pasaba por encima de nosotros con un estruendo ensordecedor que hizo temblar hasta los cimientos del lugar. El ruido fue tan bestia que camufló todo lo demás. Era mi oportunidad.

Aproveché la confusión acústica y ataqué. Me olvidé de la técnica y lancé una patada sucia y directa al lateral de su rodilla. Buscaba partir, no herir. Sentí el crujido asqueroso de la articulación cediendo bajo mi bota justo antes de rematar con un golpe a la tráquea.

El gigante abrió la boca buscando un aire que ya no le entraba y se desplomó a plomo. Cayó contra el suelo de hormigón como un

puto árbol talado. Ni siquiera me dio tiempo a asimilar que lo había tumbado cuando el árbitro me agarró de la muñeca y tiró de mi brazo hacia el techo.

Victoria.

La masa aulló, lanzando cerveza al aire. Pero me quedé allí parado, respirando con dificultad, sintiendo cómo el sudor frío se mezclaba con la sangre caliente que me bajaba por la cara. No había ni pizca de gloria en aquello. Pero qué más daba la dignidad. Allí lo único importante era que la deuda bajaba un poco.

Alcé la vista hacia el palco. Billy Butcher me sostuvo la mirada. No sonrió. Simplemente me hizo un gesto seco con la barbilla y alzó su copa. Un reconocimiento mudo.

Me dieron ganas de vomitar allí mismo.

Salí de la jaula casi arrastrándome, con las piernas temblando por el esfuerzo y la adrenalina hirviéndome en la piel. No tuve que pedir ayuda. Antes de que mis rodillas cedieran, sentí el brazo fuerte de Liam rodeándome la cintura.

—Vámonos a casa, compañero —me dijo al oído.

Me dejé llevar. Sonaba bien eso de tener una casa, parecía como que disponíamos de un precioso hogar lleno de colores y comida caliente. Pero no era cierto. Solo podíamos aspirar a un agujero oscuro donde escondernos a lamernos las heridas hasta que Billy nos llamara de nuevo.

Y vuelta a empezar.

Todos los putos días de mi vida.

3

NOAH

Me alegré cuando empezó a llover. Me dio la oportunidad perfecta para limpiarme la sangre de la cara y no presentarme en nuestra cueva de esa guisa. Habría asustado a los chicos, y bastante acojonados estaban ya sabiendo lo que se debía.

Emergiendo de la neblina gris, se alzaban las tres moles de hormigón. No parecían hogares, sino bestias escalonadas que bloqueaban el cielo. Las conocidas «Pirámides» de Islington o lo que todo el mundo conocía como Andover Estate. Un laberinto de pasarelas ciegas y rincones perpetuamente oscuros lleno de droga y prostitución.

Pero mientras nos adentrábamos en la sombra que proyectaban los bloques, no sentí miedo, sino esa vieja y pesada costumbre. Los de fuera jamás lo entenderían. Para ellos aquello era el infierno. Para mí, simplemente era el único sitio donde encajaba. No porque me gustase, sino porque no podía aspirar a más. Allí, entre el hormigón sucio y la desesperanza, la moralidad no existía y era el único lugar donde mi miseria no desentonaba con el paisaje.

Liam cojeaba a mi lado y se abrazaba el torso con un brazo como si temiera que se le fueran a caer las costillas. Nos habían dado una somanta y ganar siquiera nos había levantado el ánimo. Eso lo sabía bien por sus miradas de reojo. Lo conocía demasiado, y sabía que estaba buscando la forma más amable de romper el silencio porque no soportaba la idea de estar tan jodidos.

A veces, habíamos hablado de «dormir» para siempre, juntos. Solíamos fantasear con hacerlo abrazados o cogidos de la mano por si acaso al cruzar al otro lado la energía nos separaba. Éramos idiotas. Así de simple.

—Fideos con albóndigas —soltó de pronto, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ese era mi amigo. El más sonriente del grupo, el más positivo, la luz en medio de nuestra mierda. Tenía un punto de payaso, sí, aunque ese título lo ostentaba Connor, a quien no le ganaba nadie haciendo el tonto. Pero Liam disponía de esa calidez que lograba hacernos olvidar dónde estábamos.

—Nah. Mejor fideos en caldo con panceta y patatas —añadí yo, siguiéndole el rollo.

Hablar de comida cuando teníamos el estómago pegado a la espalda era una especie de tortura masoquista, pero habíamos desarrollado esa maldita costumbre desde enanos. Era nuestro juego. Para nosotros, la comida era lo que el dinero para un ludópata.

—Vale, pues dame las papas asadas con atún y mayonesa —rebatió él.

—Entonces, me quedo con el estofado de ternera.

Nos miramos un segundo, evaluando las opciones imaginarias. Y soltamos una carcajada. Liam me dio un codazo en las costillas y yo me tambaleé, risueño a pesar del dolor.

—Qué cabrón. Tú ganas —admitió—. El estofado es imbatible.

—¿No vas a jugar con el postre? —le provoqué.

Liam suspiró y miró al cielo gris. Su sonrisa se volvió un poco más tenue.

—Me bastaría con darme una ducha de agua caliente.

—Pides demasiado.

Nos quedamos callados. La comida podíamos imaginarla, casi saborearla, pero la sensación del agua caliente abrazando el cuerpo... Eso era algo que ninguno de los dos recordaba ya.

Sentía sus ojos clavados en mí. Pese a que habíamos bromeado con el menú imaginario, había una desazón flotando entre él y yo, una especie de electricidad estática que solo nosotros entendíamos.

—Deja de mirarme como si me fuera a morir —solté.

—Tienes que dormir y comer algo, Noah.

—Hablas como si vinieses de pegarte un atracón.

—Cuando tenemos comida eres el que menos cantidad se pone. No me jodas —se quejó él.

—Hay muchas bocas que alimentar. —Y tampoco era que pudiéramos elegir.

—Pues quita de mi plato.

—Y una mierda.

Me negué en rotundo. No soportaba la idea de que mi gente pasara hambre.

—Noah...

—Cierra la boca, joder.

Nada más decirlo me sentí culpable por ser tan tajante. Él solo quería cuidarme. Él solo vivía para darme un instante a mí.

Suspiré y le di un codazo cariñoso para quitarle hierro al asunto.

—Eres uno de los más grandullones del grupo. ¿Qué pasa si toda esa masa muscular empieza a disminuir, ah? Nos van a moler a palos en la jaula.

—Pues como esta noche —resopló.

—Pero hemos ganado, ¿no?

—Te ha costado un poco para variar.

—Qué capullo —sonreí.

Eso le animó a colgar un brazo de mis hombros, y yo me apoyé en él porque sentí de inmediato el calor que irradiaba, pese a la humedad que empapaba nuestras ropas.

—Nate es más alto que yo —dijo bajito.

—Pero no más corpulento.

—Tiemblas otra vez —murmuró.

—Es este puto frío, que me cala los huesos.

Lo dije con convicción, pero Liam no contestó. Él sabía perfectamente que el frío no era real. O al menos no era la única razón.

Giramos hacia la calle Wesley hasta plantarnos delante del edificio donde vivíamos: el cincuenta y tres de Newington Barrow Way.

Nos detuvimos frente a una puerta de metal oxidado, pesada como la de una caja fuerte. Aquella era la entrada a un antiguo taller mecánico que llevaba años abandonado. No había timbre ni llamador. Pero teníamos nuestras formas de comunicarnos.

Golpeé el metal con los nudillos. Un ritmo específico. Era como un código morse callejero. Teníamos varios. Pero los más importantes eran para entrar y para avisar de que había que huir cagando leches.

Tras unos segundos, los cerrojos chirriaron al otro lado y la puerta se abrió lo justo para dejar ver una cara conocida. Nate era un tío tan guapo que ni el hambre ni las peleas influían en su aspecto.

—Tíos, estáis hechos una pena —soltó nada más vernos.

Tenía veintiún años, el pelo siempre revuelto y una mirada que pasaba de Golden Retriever a Rottweiler en décimas de segundos. Siempre estaba en guardia. Lo había aprendido desde que comprendió que el sonido de la hebilla de un cinturón significaba una paliza brutal.

Nos habíamos conocido hacía unos cuatro años. En su caso, no era un residuo del sistema, sino un crío hasta las pelotas del maltrato de sus padres, que soñaba con abrir su propio taller de mecánica y conseguir un autógrafo de la modelo Sofía Drakova. Así que un día cogió a su hermano Eddie y se largaron de la cloaca que era Canning Town. Ellos dos fueron de los primeros en unirse a nosotros, cuando Mark todavía estaba vivo y creíamos que el futuro sería mucho mejor.

—Nosotros también nos alegramos de verte. Anda, aparta —dijo Liam, agarrándolo de la capucha de su sudadera para hacerlo a un lado.

—Ten cuidado, capullo. Es la única que tengo.

El olor me golpeó nada más cruzar el umbral. Una mezcla densa de aceite de motor rancio, humedad de tubería vieja y un extraño matiz a suavizante de ropa barato. No era un olor agradable para nadie, pero para mí significaba que el día había terminado.

El lugar no era bonito, ni mucho menos. Se trataba de un espacio diáfano de techos altos, atravesado por vigas de acero y lleno de tuberías que goteaban marcando el paso del tiempo. Avancé cojeando por el taller mientras mis niños, aquellos que todavía estaban despiertos, me saludaban desde sus catres. Y es que en el rincón más apartado habíamos reunido varias colchonetas y colchones viejos para evitar el frío y las ratas que solían visitarnos de las cloacas.

Dormían así, amontonados, como una manada de lobos buscando calor corporal. Las paredes de hormigón desnudo estaban decoradas con pósteres de anime pegados con celo y algún dibujo infantil lleno de colores. Y en otro de los rincones el altar sagrado: una tele de tubo rescatada de la basura conectada a una Play Station 2.

Liam soltó una carcajada, trincó a Nate del cuello y le revolvió el pelo, ignorando sus quejas.

—Deja de matarte a pajas, dale un poco de mimos a las chicas de Hasan y, a lo mejor, te compran otra —dijo con esa brutalidad cariñosa tan suya.

—¡Y dale! Que no pienso follar con cualquiera, hostia. ¿Tan difícil es de entender? —se defendió Nate, indignado.

Era todo un caballero protegiendo su virtud como si fuera oro. Sí, el caballero por el que todas las prostitutas de la zona babeaban.

—¿Qué opinas, Noah? —me preguntó Liam.

Lo miré. No sé lo que opinaría una tía, pero desde mi perspectiva masculina Nate era una puta monada.

—Que es una mala época para ser virgen hasta encontrar el amor verdadero —sentencié.

—Habló el que folla solo una vez al mes. —Esa voz rasposa que emergió de la oscuridad solo podía ser de una persona.

—Ya estabas tardando, Connor —protesté, aunque no pude evitar sonreír.

Era el mayor del grupo, tenía veintidós, y era el único al que le permitía que me diera esas brutas collejas suyas.

Connor era como el tío rebelde de la familia. El revoltoso que siempre creaba escándalos y revolucionaba a los más pequeños. A diferencia de Liam, se deprimía con facilidad, pero tenía un don para enmascarar la mierda con una sonrisa y un par de bromas.

—Toma. Las he pillado en la gasolinera de Hornsey Road.

Atrapé al vuelo una bolsa de patatas fritas que me lanzó. Segundos después, le dio otra a Liam. El crujido del plástico sonó a gloria en el silencio del taller. Miré la bolsa y luego a mi amigo, que se había cruzado de brazos.

—¿Han comido los demás? —pregunté.

Connor se encogió de hombros, evitando mi mirada.

—Algo.

Entrecerré los ojos.

—No se te da bien mentir, idiota.

Suspiró y me sostuvo la mirada.

—Si Billy no nos deja luchar, tú y Liam tenéis que ser los más fuertes de todos.

Tenía razón, pero no soportaba esa realidad. Me reventaba.

Eché un vistazo a mi alrededor, a las sombras del taller. Allí vivíamos quince chicos, con edades que iban desde los ocho años hasta los veintidós. Y siempre que lo pensaba, se me encogía el pecho.

Nos llamaban «Los Furin». Nunca supe muy bien por qué cuajó el nombre, pero recordaba perfectamente la primera vez que lo

escuché. Fue el día que conocimos a Billy. Toqué una campanilla de viento que tenía colgada en la puerta de su despacho. Liam dijo que era chula, que se parecía a las del anime Wing Breaker. Y entre broma y broma, al final nos quedamos con la etiqueta. Los putos frikis rompepiernas que no tenían donde caerse muertos.

Pero el nombre daba igual. La realidad es que no éramos una banda criminal al uso. Más bien, nos consideraban desechos del sistema. Vivíamos como podíamos apilados entre chatarra porque la alternativa era mucho peor y tampoco concebíamos la idea de estar separados.

Miré la bolsa que tenía en la mano.

—Dáselas a los críos para desayunar —le dije a Connor entregándole la bolsa de patatas.

—No tienes remedio. —Negó con la cabeza y se quitó la chaqueta—. Toma esto al menos. Tu habitación está helada.

No me negué. Me aterraba demasiado el frío y estaba empapado. Así que la acepté y me encaminé hacia la escalera de mano apretando la chaqueta contra mi pecho.

4

NOAH

Nací en Birmingham un veintidós de diciembre de hacía diecinueve años, o eso decían los papeles. Mi memoria empezaba y acababa con el frío de Londres. Mandaba huevos odiar el invierno y haber nacido en él.

Mi madre era una mujer muy joven cuando murió congelada en la calle. A mí me encontraron llorando sobre su cadáver, intentando sacar calor de donde ya no quedaba nada. A día de hoy, apenas tenía recuerdos nítidos de ese momento. Digamos que se había convertido en una mancha borrosa en mi mente. Pero, a veces, soñaba con ello. Con mi voz gangosa rogándole a mi madre que abriera los ojos mientras su piel se enfriaba y se tornaba azul. Cuando despertaba, la nostalgia me golpeaba con fuerza. Porque mamá no estaba allí para abrazarme y yo no sabía a quién coño culpar. Supongo que me la arrebató un cúmulo de circunstancias de mierda. Quizá si yo no hubiera nacido, ella habría tenido una oportunidad. Era tan bonita y buena.

Tras la muerte de mi madre, entré en los engranajes de Protección de Menores. Entre los cuatro y los nueve años pasé por tres familias de acogida diferentes. Todas terminaron devolviéndome. Al parecer, los traumas me habían dejado mudo. No interactuaba con nadie, solo observaba el mundo con ojos inquietantes. Digamos que tenía conductas que los ponía muy nerviosos, como esconder comida debajo del colchón o negarme a dormir por miedo a no despertar. Hubo una época en que pensaron

que era autista. Lo cual habría sido mucho más satisfactorio para todos porque les garantizaba una ayuda social bastante atractiva.

Las familias querían un hijo de catálogo y no un fantasma roto que les recordara constantemente lo horrible que era el mundo. Así fue como acabé en una residencia infantil masificada con muy mala fama al este de Londres. Por entonces tenía nueve años, lo que me convertía en el más pequeño, el más raro y el blanco fácil de todos los abusones.

Allí conocí a Mark y a Liam. Eran dos chicos un poco mayores que yo, bastante duros y curtidos. Y, por alguna razón que no entendí, decidieron protegerme.

Años más tarde, cuando Asuntos Sociales decidió que Mark y Liam debían ser trasladados a un reformatorio juvenil, separándolos, ellos tomaron la decisión de huir. Y yo no concebía la vida sin mis únicos amigos. Así que me largué con ellos. Todavía recuerdo aquella época durmiendo en los vestíbulos de los cajeros automáticos y huyendo de los asistentes sociales y de la policía. Sobrevivimos porque entendimos que la lealtad era la mejor elección que haríamos jamás.

Con el tiempo, se nos unieron más críos en la misma situación. Mark se alzó de forma natural como el capitán. Era bueno y protector, un líder nato. Lo admiraba tanto que no concebía una vida sin él.

Pero Mark murió. Bueno, más bien lo apuñalaron en un callejón tratando de proteger a su novia de una violación. Todavía tenía la imagen de él tirado en el suelo bañado en sangre. Cuando la policía levantó su cadáver entendí que no tendría ni una tumba donde ir a llorarle.

Quise venganza. La quise con tanta fuerza que me pasé días deambulando por las calles hasta dar con los malnacidos que habían matado a mi «hermano». Fue esa saña al pelear lo que llamó la atención de Billy. Me vio destrozar a un tipo mucho más grande que yo, vio la violencia que desprendía y no dudó.

El trato fue simple. Quería que peleáramos para él y moviésemos su mierda. A cambio nos dejaría ocupar unos de los lugares vacíos de Andover Estate.

Aceptamos. No nos quedaba más remedio. Cada vez se hacía más difícil moverse de un lado a otro porque la banda crecía. Ese techo sobre nuestras cabezas era la mejor alternativa. Y debía pagarse cada noche con nuestra sangre en la jaula.

Empecé a subir la escalera de mano. Me dolían hasta las putas pestañas, pero necesitaba atravesar ese maldito agujero si quería llegar hasta mi catre y dormir aunque fuera un par de horas. Asomé la cabeza en la sala de estar y brinqué al suelo. Cuando llegamos a ese apartamento ya estaba el hueco hecho. Nosotros solo tuvimos que buscar una escalera. Era el nexo que conectaba con el taller. Allí arriba teníamos la cocina, el baño y un par de habitaciones. Solíamos usarlas los mayores para vigilar la calle por las ventanas o los pequeños cuando estaban pachuchos.

Desde el borde del agujero, eché un último vistazo hacia abajo antes de incorporarme. Sabía que mis chicos estaban calientes y a salvo por una noche más.

Me toqué el labio partido y sentí el sabor metálico de la sangre seca. Sí, mi sacrificio había valido la pena.

Me encaminé a mi habitación, si es que se le podía llamar así a un cuarto pelado con un colchón en el suelo y una cómoda coja.

No creí que Sally estaría allí, sentada con las piernas encogidas. Pude ver el inicio de la liga de sus medias y el borde de su sujetador rojo, que asomaba por el filo de su camisa, destacando en exceso sus pechos.

Sally tenía veintidós años, pero esa noche casi parecía de cincuenta. No había ni una pizca de juventud en ella, solo esa piel tersa y dorada.

Me molestaba que fuera tan ligera de ropa y que se maquillara tanto. De hecho, detecté que tenía el pintalabios un poco corrido en las comisuras y el perfilador de ojos se le empezaba a cuartear.

Aun así, me parecía guapa. Joder si lo era. Encandilaba con esa mueca tierna y al mismo tiempo descarada.

El olor me llegó de inmediato. Una mezcla dulzona y mareante de tabaco rancio y perfume barato de vainilla. Sabía perfectamente para qué usaba ese aroma. Era un intento desesperado por tapar el olor de la piel de otros hombres.

Sally era prostituta. Trabajaba para Hasan, que regentaba un local de kebab en la calle de atrás. Allí, en la trastienda, entre el olor a grasa y carne especiada, trabajaban las chicas y no todas lo hacían porque lo desearan.

Nunca entendí por qué Sally eligió ese mundo. En su caso, había tenido alternativas. No es que viniera de una familia de bien, pero sus padres eran gente humilde y no habían sido terribles con ella.

Nos había costado gritos y discusiones en el pasado. La odiaba por haber sido la causa de la muerte de Mark y escupir en su memoria cada vez que se vendía a un cabrón. Probablemente, no se lo perdonaría jamás, pero mi temor a perderla era mucho más grande que mi odio a sus decisiones. Así que me tragaba el asco que me despertaba saber que era una puta que tenía elección.

Ella me sostuvo la mirada.

—Me han dicho que te ha costado ganar —soltó de pronto, toda tierna y un poco maliciosa.

—¿Has venido a restregármelo? —gruñí.

Estaba demasiado cansado para sus juegos. Ella se encogió de hombros y adoptó una mueca dulce.

—Podría compensarte si me dejas. Las victorias más difíciles de lograr merecen una recompensa.

Sentí un calambre. Una mezcla de deseo repentino y repulsión absoluta.

—Vete a la mierda, Sally. —Lo dije con toda la saña. Porque era cierto que quería que se marchara.

La verdad era que siempre había sentido algo por ella. Pero cada vez que la miraba, no podía dejar de ver el fantasma de Mark

flotando entre nosotros. Esa chica era algo así como la viuda de mi amigo, la mujer por la que él había muerto. Tocarla se sentía como una traición, y sin embargo, a veces la atracción era tan fuerte que la culpa pasaba a un segundo plano. Nuestra relación era rara, retorcida y, sí, un poco enfermiza.

Nos quedamos en silencio, midiéndonos. Ella vio la duda en mis ojos y tomó el mando.

—Siéntate.

Obedecí sin rechistar. Me senté en el colchón y ella se arrodilló entre mis piernas. Sacó un bote de yodo y unas tiritas de su bolso. No quería saber por qué coño llevaba eso encima.

Cuando el algodón empapado tocó mi ceja, siseé de dolor, pero no me aparté. Mientras me limpiaba sus ojos se clavaron en los míos. La tensión estalló entre los dos. Podría haberla besado. Ella lo esperaba. Pero entonces bajé la vista y volví a ver su ropa. La minifalda, el escote... Iba vestida para trabajar. Seguramente ya había tenido clientes. Sally era muy solicitada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Hasan se enfadará.

Ella soltó una risita.

—No hay nada que una mamada no pueda resolver.

Cerré los ojos con fuerza. La imagen mental que evocó su comentario fue como recibir un puñetazo en el estómago.

—No me cuentes los detalles, por favor.

Ella apretó el algodón empapado contra la herida sin una pizca de delicadeza, casi buscando mi reacción. Me tragué la queja. Cuando Sally me miraba despiadada significaba que solo buscaba hacerme daño.

—¿Te duele? —preguntó desafiante.

—Apenas lo noto. —No le daría el gusto.

Terminó de pegarme la tirita de mala manera y se inclinó hacia mí. Sus labios se pegaron a mi cuello antes de que su lengua recorriera mi mandíbula con una urgencia tosca. Mientras tanto, sus

manos bajaron directas a mi entrepierna y apretaron mi polla a través de mi pantalón.

Por un segundo, mi cuerpo reaccionó por pura inercia. Pensé que podría echar un polvo rápido. Quizá me vendría bien para descargar la tensión, hacía un par de semanas que no follábamos y la necesidad estaba ahí, latente. Pero el asco y el cansancio pesaron más que el instinto.

Le agarré las muñecas y la aparté de mí.

—Estoy cansado, Sally.

—No he venido a follar, Noah.

Nos miramos en silencio. Fue incómodo. La mayoría de las veces que nos veíamos a solas, terminábamos follando para callar nuestras mentes. Si no había sexo, solo quedaba la miseria compartida y eso era más difícil de manejar para los dos.

Entonces, metió la mano en su escote y sacó unos billetes arrugados. Treinta libras. Me las extendió como quien da una limosna.

—Toma.

—¿Qué coño es eso? —me quejé.

—Mañana te traeré más. Me viene un cliente bastante espléndido.

Sentí una náusea repentina.

—Ah, joder…

Tiré el dinero sobre su regazo con repulsión y me puse en pie de un salto, estrujándome el pelo con rabia.

—Lárgate de aquí.

—¿Por qué siempre reaccionas igual, ah? —preguntó ella.

—¡Porque estoy hasta los cojones de que me conviertas en tu puto chulo! ¿Cómo crees que me hace sentir, Sally? Es asqueroso.

Ella se levantó despacio y se acercó a mí, arrinconándome. Su mirada se volvió gélida.

—Mark lo habría aceptado.

La encaré lleno de rabia.

—Ni se te ocurra mencionarlo, ¿me has oído? —espeté a solo un palmo de su cara. En ese momento me parecía el mismísimo diablo —. Mark murió por salvarte. ¿Qué clase de mierda tienes en la cabeza para pensar que aceptaría el dinero que ganas abriéndote de piernas?

Ella ni pestañeó. Todo le daba igual.

—Mañana por la mañana, tus críos amanecerán sin nada que llevarse a la puta boca. Y será el ¿tercer día? ¿El cuarto? ¿Qué les dirás entonces? —Eso fue un punto asquerosamente bajo hasta para ella—. Te siguen porque eres como su salvador. Pero si el salvador no provee, ¿qué crees que sucederá, Noah?

La rabia me consumía las entrañas. Odiaba que usara la verdad como un arma para destrozarme.

—Eres la menos indicada para recordármelo.

—Yo no padezco el hambre —sentenció.

Recibí ese comentario como un estacazo directo y sin anestesia. Ella vendía su cuerpo, sí, pero comía. Yo vendía mi sangre, y mis chicos seguían con el estómago vacío. Era desolador.

Se agachó para recoger los billetes del suelo. A continuación, se acercó y, sin pedir permiso, me metió el dinero en el bolsillo de la sudadera. No me moví. Era lo bastante mediocre como para hacerlo.

—Cógelo, por favor. Cuando quiera cobrarme el favor tú solo tendrás que tumbarte en ese catre y dejar que yo me encargue de disfrutar.

El dinero me quemaba a través de la tela. Sabía perfectamente de dónde venía. Pero ella insistía, escudándose en que los chicos lo necesitaban y en que ahora que yo solo pelearía para pagar una deuda, alguien tenía que poner comida en la mesa. Era su excusa y mi condena.

Hubo un momento de silencio insoportable. Nos miramos. A pesar del asco, sentí el impulso salvaje de besarla y de hundirme en ella para olvidar el dolor físico. Pero no estábamos solos. El fantasma

de Mark siempre flotaba entre los dos. Éramos un triángulo amoroso con un cadáver.

Súbitamente, me besó. Lo hizo suave al principio, pero fue como acercar una cerilla a un bidón de gasolina. La agarré del pelo y me hundí en su boca. El contacto se volvió visceral al instante. Dientes chocando, lenguas invasivas que sabían a tabaco rancio y alcohol barato. Era como una pelea.

Mis manos se metieron bajo esa ridícula camiseta que llevaba, buscando sus tetas con desesperación. En cuanto las encontré, apreté la carne con rudeza, como a ella le gustaba. Sally gimió contra mis labios, clavándome las uñas en el cuello, y me empujó hacia atrás hasta que caímos sobre el colchón.

Me monté encima de ella, frotando mi dura polla contra su muslo como un animal rabioso. La fricción era enloquecedora. Nos restregábamos el uno contra el otro con urgencia, buscando un alivio rápido.

Ella se apartó un instante para coger aire. Tenía los ojos nublados por el deseo.

—Joder, me encanta cuando me besas así —jadeó.

La tensión incrementó. Sentí un odio profundo hacia mí mismo por necesitar aquello, por usarla de esa manera como los tíos que pagaban por ella. Pero mi polla no entendía de moralidad. Ahora mismo, con su olor llenándome la nariz y su cuerpo retorciéndose debajo del mío, solo podía pensar en follármela como un salvaje. Hasta que se me olvidara el frío, el hambre y el recuerdo de mi mejor amigo.

«No mires, mamá. Sé que esto no está bien», pensé.

Me llevé la mano a la bragueta y busqué la cremallera. Estaba listo para sacármela, apartar las braguitas de Sally y metérsela de una estocada. Pero apenas me toqué, la melodía de su teléfono irrumpió.

Hasan la reclamaba.

Nos incorporamos como si nos hubieran echado un cubo de agua helada. La lujuria se evaporó en un instante. Sally cogió el

móvil y leyó el mensaje.

—Tengo que irme —anunció sin más. Supo que yo no le daría una respuesta.

Se levantó, se arregló la ropa en dos segundos y salió por la puerta sin mirar atrás, dejándome allí, con la respiración entrecortada y la bragueta a medio bajar.

Me sentí más sucio que cuando abandoné la jaula, y me dejé caer en el colchón, derrotado. Iba a ser complicado dormir tan lleno de remordimientos.

Entonces, la puerta chirrió de nuevo.

Me tensé. Creí que sería Sally otra vez, pero fue Sam quien asomó su linda cabecita. A sus ocho años era tan menudo que apenas levantaba un palmo del suelo. Con el pelo revuelto y los ojos pegados de sueño, parecía un espectro diminuto. Joder, cuánto adoraba a ese crío.

—Noah… —dijo bajito.

—Ey, renacuajo.

El niño se acercó arrastrando los pies y se lanzó a mis brazos como solía hacer siempre que me veía. Lo atraje hacia mí y lo tumbé en mi pecho. Era tan escuálido que me aterrorizaba romperlo. No había cambiado nada desde que lo encontramos en aquel contenedor rebuscando entre la basura junto a su primo Martin, que apenas era unos meses mayor que él.

Al principio, me negué a llevarlos con nosotros. Siendo tan pequeños era problemático. Pero no se sabía nada de sus padres, nadie se había hecho cargo de ellos y ninguno de nosotros pudimos mirar hacia otro lado.

Recuerdo que la primera noche que pasó con la banda, Sam se me colgó del cuello y se durmió. Desde entonces, no había podido soltarlo.

Centrado como estaba en abrazarlo, me dije que quizá no importaba tragarme el orgullo y aceptar las treinta libras de Sally.

Ese crío necesitaba comer y los demás también. Mañana desayunarían caliente.

—Mira lo que me he encontrado hoy en la papelera del parque —susurró.

—A ver…

Abrió el puño y me mostró un papel arrugado y alisado con mucho cuidado. Era un cromo de fútbol de Kenny Langford.

Ahí estaba él, con la camiseta blanca inmaculada del Tottenham Hotspur. El «Golden Boy» del fútbol, sonriendo a la cámara con esa dentadura perfecta, como si el mundo fuera fácil, como si la vida no pesara.

Me tensé al instante. Estábamos en territorio del Arsenal, bajo el yugo de los The Herd. Aquí, odiar al Tottenham no era una elección, sino la ley. Si alguien veía a Sam con eso, se lo comería vivo.

—Vaya, pero qué chulo —dije forzando una sonrisa para no asustarlo.

No es que odiara a Kenny, pero le tenía una rabia sorda. El tipo de coraje que daba ver a un genio jugar en el bando contrario. El cabrón era demasiado bueno y hacía temblar a todas las aficiones rivales del país y de Europa con solo estirar en la banda.

—Los demás se han enfadado conmigo porque he dicho que Kenny es el mejor —confesó Sam, avergonzado.

Le levanté la barbilla con suavidad.

—Por supuesto que es el mejor, colega.

Me miró ojiplático.

—Pero tú eres del Arsenal.

—¿Y qué? Ese capullo es una bestia parda en el terreno de juego.

No me costó admitirlo. La de berrinches que me había pegado yo viendo los partidos en la tele del taller por culpa de ese cretino y su talento insultante. Negarlo sería de necios.

—Es el mejor —repitió Sam, y me regaló una sonrisa tan bonita que por poco me lo como a besos.

—Claro que sí, pero tienes que prometerme algo —le susurré, acercándome a su cara en plan conspirador—. Vas a esconder ese cromo. Será nuestro secreto. Recuerda que Langford es el mejor, eso lo sabemos bien tú y yo, pero los demás no son tan listos como nosotros.

Los ojos del crío brillaron en la penumbra.

—¡Sí! ¡Un secreto!

Me dio una pena terrible tener que apagar su entusiasmo, pero tenía que proteger esa pequeña ilusión de los monstruos que habitaban fuera de esa habitación.

—Así es, cielo. A partir de ahora, somos fanes de Kenny en silencio, ¿vale?

—¿Tú también? —preguntó, esperanzado.

—Sí, yo también, cariño.

El niño suspiró contento y se aferró a mí, buscando calor. Se acomodó en mi pecho y cerró los ojos. Yo lo abracé con fuerza, no solo para protegerlo a él, sino para protegerme a mí mismo del frío que hacía ahí fuera.

5

KENNY

Lo primero que sentí al abrir los ojos fue un terrible dolor taladrándome el cráneo. Le siguió un sabor amargo en la boca y la horrible sensación de haber sido aplastado por un reactor. Iba a necesitar un milagro y algo más que química para calmar aquella jaqueca.

Ya había amanecido. De hecho, maldije que ese día brillara el sol en el viejo Londres. Aquello casi parecía la puta Riviera Francesa. Podía ver las partículas de polvo flotando a través de los destellos dorados que atravesaban los ventanales.

No tenía ni la menor idea de dónde me encontraba ni qué demonios había hecho, pero estaba seguro de que vomitaría aquella locura en cuanto saliera de la cama.

Intenté moverme. En mi infinita ignorancia creí que estaría solo, pero resultó que me había quedado atrapado en una maraña de extremidades que no eran mías. Levanté un poco la cabeza y miré. Había piel por todas partes. Conté dos cabelleras rubias y una morena. Tres mujeres tan desnudas como yo desparramadas a mi alrededor.

Me desplomé en la almohada y me quedé mirando el techo. Maldita sea, había tenido que estar muy borracho o colocado —probablemente ambas cosas— para haber terminado follando con tres tías a la vez. Lo peor era que apenas recordaba fragmentos sueltos y ni siquiera sabía si lo había disfrutado, joder.

No sentí asco. Tampoco deseo. Simplemente... Nada. La nada más absoluta. Mezclada con un poquito de culpa porque había usado a aquellas chicas buscando olvidar… ¿El qué? ¿Al hijo de mi padre?

«¿Quién es ese puto crío? ¿Cuántos años tendrá, quince, veinte? ¿Seguirá vivo? ¿Qué coño ha sido de él? ¿Y su madre? ¿Se habrá casado con un buen hombre?». Todo eso pensé, y cada pregunta era como una cuchilla.

Necesitaba un poco de agua y quizá una ducha. Me desenganché de las chicas con cuidado de no despertarlas y me arrastré hacia el filo de la cama. Apoyé los codos en las rodillas y me froté la cara con fuerza, intentando borrar la sensación de entumecimiento. Me arrepentía y no sabía de qué.

Entonces, miré a mi alrededor.

El panorama era desolador. Ropa esparcida como basura, botellas de champán manchando la alfombra y condones usados por todas partes. Había varios tirados por el suelo, brillando como babosas muertas.

Negué con la cabeza. Joder, y tanto que me arrepentía. Porque llegué allí buscando escapar de mis pensamientos y no lo había conseguido.

Me puse en pie algo tambaleante y empecé a moverme, despacio. El cuerpo me oscilaba de un lado a otro, pero logré mantenerme erguido y fingir que el suelo no se había convertido en arenas movedizas.

Sorteé todo el desorden de la habitación y salí al pasillo. No recordaba quién coño había sido el imbécil que decidió abrir todos los ventanales del lugar, pero pensé que yo era más capullo por no haber cogido un puto albornoz.

Pensaba que el caos era solo fruto de mi noche de sexo. Pero nada podía compararse con lo que me esperaba tras aquel muro de cristal opaco. Cogí aire y me dejé apabullar por la escena.

Había estado allí en el pasado. Una de las mansiones de Davison para sus glamurosas fiestas. Sin embargo, lo que al principio había

sido un entorno de lujo y sofisticación, ahora casi parecía el escenario de una maldita revuelta.

Conté once personas. Algunos permanecían despatarrados en el suelo, sobre las alfombras. Otros, dormían en el sofá y en diversos estados de desnudez. Pero ver a gente como dios la trajo al mundo no era tan preocupante como el mobiliario dañado, los cristales rotos, las cortinas rasgadas, la comida pegada al techo o las paredes. Y el alcohol. Alcohol por todas partes. En copas de champán medio vacías, en botellas y hasta en jarrones. Incluso descubrí un flotador colgando del brazo de una escultura del David de Miguel Ángel.

Davison iba a matarme. Me iba a costar unas miles de libras arreglar ese estropicio.

Me rasqué la cabeza mientras avanzaba arrastrando los pies hacia la mesa central. No estaba bien. La embriaguez seguía insistiendo en mi torrente sanguíneo. Pero, aun así, tuve la estoica resistencia de llegar a mi destino. Con dedos perezosos, tiré de la bandeja de plata.

En una fiesta como aquella, donde la cordura desaparecía para convertir a los invitados en animales desabridos, era habitual disponer de un selecto cóctel de estimulantes para los invitados. Iba incluido en el puto precio.

Me dejé caer en la silla. Casi termino en el suelo, calculé de pena mis movimientos. Yo, que vivía del equilibrio y la precisión, ahora me movía como si fuera un saco de patatas.

Vi los restos de polvo blanco. Cogí una tarjeta de crédito negra que había por ahí y empecé a formar una fina línea. Yo no solía hacer eso. Joder, claro que no. Era un deportista de élite, mi cuerpo valía millones de libras y pasaba controles antidopaje sorpresa cada dos por tres. Para colmo, me daba asco.

Pero esa noche el alcohol no había sido suficiente. Había llegado un punto en el que necesitaba algo más fuerte para callar el ruido y dejar de ser un puto Langford de pega.

No tenía la «elegancia felina» de los habituales, pero aprendía rápido. Había visto hacerlo mil veces en los reservados VIP. Sabía cómo satisfacer al monstruo cuando la presión amenazaba con reventarme las sienes, y funcionaba con la resaca.

Lo que nunca imaginé fue que Sofía lo vería.

De pie en el umbral, vestida con un conjunto de diseño que le hacía parecer una diosa inalcanzable. Mi prometida me observaba con esa frialdad clínica que a veces me aterraba.

Sabía que odiaba todo aquello. En su mundo lo presenciaba a menudo y no soportaba la idea de ver cómo esa mierda también me arrastraba a mí. Se empezaba probando y se terminaba colapsando.

Por un instante, uno muy corto, sentí la estúpida tentación de disimular.

—¿Llevas mucho ahí?

—Lo suficiente para ver que tienes el culo más blanco que la nariz —masculló.

La angustia me golpeó disipando parte de la euforia química.

Sofía caminó hacia mí, lentamente. Me encogí de hombros y agaché la cabeza. Dejé caer las manos entre mis piernas desnudas y me estrujé los dedos, intentando controlar el sutil temblor que sacudía mis manos.

Ella acercó sus dedos a mi cabeza y los enredó a mi cabello. Esa lentitud me produjo un escalofrío de pura satisfacción. Podía follarme a todas las chicas del mundo, pero Sofía Drakova era la única que conseguía ponerme de rodillas.

Cerré los ojos y solté el aire contenido. Entonces, la miré.

Sabía que en cuanto me pusiera de pie se notaría la diferencia, que yo era la bestia física y ella la muñeca de porcelana. Pero, en ese momento, era yo quien tenía que inclinar la cabeza para dar con sus preciosos ojos, y eso me encantaba. Me gustaba que Sofía tuviera el poder. Me gustaba que supiera leerme tan bien, que reconociera que aquello no era pena por la muerte de mi padre.

Me enrosqué a su cintura y apoyé la frente en su vientre, sabiendo que ella me rodearía con sus brazos. Perdí la cuenta del tiempo que pasamos así, abrazados en medio del caos de aquel salón, pero no la solté hasta que encontré el suficiente valor para volver a mirarla.

—Creo que me he pasado bebiendo. Parece que tengo un congreso de socialistas dentro de la cabeza —protesté.

—Y todo el mundo sabe el miedo que tiene la élite a los sindicalistas.

Solté una risa, y me levanté de la silla confiando en mi equilibrio de atleta. Pero me tambaleé y Sofía tuvo que esforzarse para evitar que me precipitara con ella al suelo.

—Vamos a la ducha, *zlato* —me ordenó, tirando de mí hacia el pasillo.

Me dejé arrastrar hacia el baño, colgado de su hombro. En cuanto llegamos, me empujó hacia el interior de la ducha, asegurándose de que no me partiera la crisma contra el mármol, y abrió el grifo.

—¡Joder, qué fría! —exclamé.

—Te vendrá bien para despejarte —sonrió ella.

Lo cierto fue que funcionó porque cuando comenzó a enjabonarme el cuerpo con una esponja no me quejé de la rudeza que empleó. Ni siquiera la miraba. Estaba demasiado ocupado intentando mantener el equilibrio y gestionando la puta culpa que la cocaína se encargaba de amplificar.

Con el paso del tiempo sus gestos se hicieron más amables. Sofía conocía cada detalle de mí. Sabía exactamente qué rincones evitar y cuáles atacar. Que me volvía loco que me acariciaran los hombros y el pecho, pero que perdía la razón si me clavaban las uñas en la espalda o me mordían la mandíbula hasta hacerme daño. Sabía cómo me estremecía de placer cuando su lengua trazaba mi yugular. Pero en esa ocasión no lo estaba haciendo con el objetivo de excitarme, sino para consolarme.

—¿Por qué has venido? —murmuré, cabizbajo.

—Yo me pregunto lo mismo —replicó ella.

La ironía era nuestro idioma habitual, solíamos reírnos de ella, pero esta vez no hubo risas.

Fruncí los labios, frustrado, y fingí una entereza que no sentía.

—Te he decepcionado.

—¿Lo dices por las chicas que seguramente han compartido tu cama?

Apreté los dientes y cerré los ojos. Nuestro acuerdo no era ese. Teníamos libertad para tener sexo con quien quisiéramos siempre y cuando no estuviéramos en la misma ciudad y no hubiera implicaciones emocionales.

Lo segundo lo había cumplido. Era fácil, mi corazón era de Sofía. Pero lo primero… Podría haberme vuelto loco con ella. Era mi compañera, no preguntaría. Simplemente nos lanzaríamos juntos por el precipicio. Joder, la quería con toda mi alma.

Sofía capturó mi rostro entre sus manos y apoyó su frente en la mía.

—Son cuerpos, ¿recuerdas? Eso ya lo tenemos asumido, Kenny. No cambiará lo que tú y yo sentimos.

—De estar en tu lugar, tendríamos la bronca del siglo, Sofía —admití.

—¿Crees que es momento para montarte un escándalo? Ni siquiera sé por qué coño has liado todo este circo.

La abracé con suavidad. Me fascinaba tocarla. Y a ella no le importó mojarse. De hecho, se descalzó y terminó conmigo bajo el chorro de agua, ahora tibia.

—Podrías decirme que soy un gilipollas.

—Gracias, me ahorras la incomodidad de tener que decírtelo yo —susurró.

—Así que es cierto, ¿no?

—¿Cambiaría algo que lo negara? —Me acarició el pómulo con el pulgar.

Sofía terminó de lavarme y cerró el grifo. Se alejó para coger un albornoz para secarme, pero no le di tiempo. La abracé por la espalda, pegando mi pecho mojado contra su vestido empapado, y hundí la cara en el hueco de su cuello.

—Son cuerpos… —murmuré contra su piel, sintiendo el pulso de su vida bajo mis labios—. Ni me acuerdo de lo que hice.

Ella resopló con una sonrisa.

—¿Te montaste una orgía y ni siquiera te acuerdas?

—Al menos no he perdido las pelotas en el proceso —bromeé.

Sofía se giró entre mis brazos para mirarme. El agua le había pegado el pelo a la cara y el rímel se le había corrido un poco, pero joder, estaba guapísima. Era la visión de una diosa eslava. Pensé que tuve que hacer las cosas de puta madre en otra vida para que en esta esa mujer fuera mía.

Volví a esconder el rostro en su cuello, incapaz de resistirme, y pasé la lengua por su yugular

—Me encanta cómo hueles —admití—. Logras que desee comerte.

—¿Te vas a poner a mordisquearme como un carroñero?

—Ese es el plan.

Bajé las manos por su espalda hasta llegar a su culo y lo apreté con fuerza, posesivo. Me sentí mal por desearla en un momento así, cuando yo era un desastre andante. Pero sabía que tocar su piel era lo único que me purificaría.

—Ahora estás en tu versión más patética, Kenny. ¿Cómo demonios esperas excitarme, ah?

—Puedo darte de comer yo a ti, sé que te gusta —jadeé contra su boca—. Y eso hará todo el trabajo.

—Eres un cabrón demasiado listo.

La besé apasionado. Ella respondió al instante, enredando sus dedos en mi pelo mojado y pegando su cuerpo contra el mío. Pronto nos vimos atrapados en una guerra de lenguas que sabía a urgencia y a pura necesidad.

Me obligué a cortar el beso y la giré bruscamente. Ella se apoyó contra la encimera de mármol negro y soltó un gemido ahogado cuando el frío de la piedra tocó sus muslos, pero no se apartó. Al contrario, arqueó la espalda, ofreciéndose.

Terminé de subirle la falda del vestido. La vista me dejó sin aliento. Ahí estaba. La panorámica de su culo perfecto, enmarcado por unas caderas que me conocía de memoria. Verla así, indefensa y expuesta solo para mí, terminó de encenderme.

Bajé la vista hacia mi propia entrepierna. Mi polla estaba dura como una piedra, palpitando contra mi vientre, lista para reclamar lo que era suyo.

Enganché los dedos en la tira de su tanga y se lo bajé de un tirón hasta los tobillos. Ella separó las piernas obedientemente, dándome acceso total. No hubo preámbulos ni caricias suaves. No las necesitábamos. Me coloqué entre sus muslos, agarré sus caderas y busqué su entrada. Estaba húmeda y caliente. Me esperaba, me reclamaba. Y yo me enterré en ella hasta el fondo.

Sofía gritó e inclinó la cabeza hacia atrás, y yo gruñí de placer al sentir cómo sus paredes me apretaban, aceptándome por completo. Empecé a follarla con dureza, marcando un ritmo brutal y primitivo. Entraba y salía, buscando borrar con cada embestida el recuerdo de cualquier otro cuerpo que hubiera tocado.

El baño se llenó del sonido de nuestros jadeos, del choque de mi pelvis contra su trasero. Fue un sexo sucio, de ese que regeneraba el alma.

—Recuerdo que la primera vez que te follé también estaba borracho... —jadeé contra su oído, sin dejar de embestirla—. Y me acuerdo de cada maldita cosa que te hice.

Y era cierto. Con las demás todo había sido niebla y carne sin nombre. Pero con Sofía cada toque se grababa a fuego en mi memoria. Ella era mi compañera. Mi media mitad.

Sofía soltó una risa entrecortada.

—Qué romántico te pones cuando la metes en caliente, *zlato*.

Su ironía fue como gasolina. Apreté el agarre en sus caderas y aumenté el ritmo. Ella respondió echando el culo hacia atrás, recibiendo cada acometida con ansia, animándome a perder el control del todo. Le agarré del pelo y tiré de su cabeza hacia atrás con brusquedad, exponiendo su garganta. Esas cosas le encantaban. Y yo me volvía loco viéndola disfrutar.

Alcé la vista y nos vi reflejados en el espejo empañado del lavabo. La imagen era brutal: yo inclinado sobre ella, poseyéndola como si fuera un animal, con la cara desfigurada por el placer y la rabia. En ese instante, viendo su expresión entregada en el cristal, lo entendí. Sofía no solo estaba follando conmigo, sino que me estaba dejando usarla para purgarme. Estaba absorbiendo mi culpa, mi suciedad y mi vergüenza a través de su cuerpo.

Esa comprensión me hirió, pero también me empujó al límite. Unas embestidas más y sentí el latigazo en la base de la columna. Me corrí con un rugido ronco, vaciándome dentro de ella, temblando de pies a cabeza mientras la sujetaba para no caer al suelo.

Cuando el espasmo pasó, mis fuerzas se evaporaron. Dejé caer todo mi peso hacia delante, apoyando la frente en su nuca mientras nuestros corazones trataban de volver a la calma.

—Ah, Sofía… —gimoteé.

En realidad, estaba destrozado por culpa de ese maldito hombre.

—Cuéntamelo, Kenny.

—No soy su hijo… —Me negué a levantar la cabeza, no tenía valor para mirarla a la cara—. Me lo dijo justo antes de morir. No soy su hijo… Al de verdad lo abandonó como si fuera un pañuelo de usar y tirar.

Noté cómo Sofía se tensaba contra mi cuerpo.

—Quería limpiarse la conciencia, el muy hijo de puta. Y ahora yo no soporto ni estar en mi propia piel porque sé que hay una persona ahí fuera que quizá ha sufrido por su culpa…

Sofía se movió despacio, rompiendo el abrazo. Sentí el frío de la separación cuando mi polla, ya flácida, se salió de su interior. Ella se

giró entre mis brazos para mirarme de frente, acunó la cara con sus manos y me obligó a mirarla.

—Tú lo has dicho. Su culpa. No la tuya —sentenció mirándome con una intensidad feroz—. No cargues con los remordimientos de un miserable, cariño. Tú jamás fuiste como él.

No supe por qué, pero de pronto sentí unas ganas terribles de llorar y no pude evitar que la vista se me empañara.

—¿Y qué hago con esta realidad, nena? —pregunté, desesperado—. Se me hace muy difícil fingir que no sé nada. ¿Y si me necesita? ¿Y si está sufriendo? ¿Cómo puedo remediarlo? ¿Cómo puedo… remediarlo? —Se me quebró la voz.

—Ven aquí.

Entonces, me abrazó con fuerza. Yo hundí la cara en su hombro y sollocé, dejando que la tensión acumulada saliera en forma de temblores espasmódicos. Hacía tanto que no lloraba.

—Lo siento mucho —me disculpé.

Sofía me acarició el pelo y me besó la sien.

—Cállate, idiota.

6

KENNY

Cruzar las puertas giratorias del cuartel general de Langford Media Group fue como entrar en la boca de un tiburón de cristal y acero.

El edificio se alzaba en el corazón de la City financiera como un monumento a la arrogancia, una aguja de cuarenta y cinco plantas que rasgaba el cielo gris de Londres. Odiaba ese lugar.

Me ajusté las gafas de sol sobre el puente de la nariz. Esta vez no las estaba usando por capricho estético, sino por necesidad. Y es que la luz era como puñales. Me veía más cerca de ponerme a vomitar allí en medio que de seguir luciendo mi traje.

A mi lado, Sofía caminaba con la barbilla alta, oculta tras sus propias gafas de montura *cat eye*. Íbamos de negro, coordinados sin pretenderlo, como si fuéramos los dolientes más *cool* de un funeral que ya se había celebrado.

El contraste era casi cómico. A nuestro alrededor, el vestíbulo era un hervidero de pánico contenido. Hordas de ejecutivos en trajes grises que movían de un lado a otro. Eran la burocracia gris. Y nosotros, el caos magnético.

En cuanto nos vieron, se produjo el efecto Moisés. La multitud se apartó, abriendo un pasillo de silencio incómodo. Notaba sus miradas juzgándonos, analizándonos. Sabían quién era yo y que probablemente sería la razón por la que todo se fuera a la mierda. Bueno, razón no les faltaba. No tenía el más mínimo interés en manejar aquella empresa.

Levanté la vista hacia las inmensas pantallas LED que cubrían la pared del *hall*. No hacía falta ser un genio de las finanzas para entender el desastre. Los gráficos mostraban una caída en picado. Zuckerman tenía razón cuando me llamó. Todavía estaba en la mansión de St. George Hill. Sofía había desalojado la casa. El desorden seguía intacto cuando nos sentamos en el jardín a tomarnos un café. Estábamos hablando del hijo ilegítimo de mi padre, debatíamos sobre qué hacer cuando sonó su teléfono.

Peter Zuckerman jamás habría llamado a mi prometida de no sabido que yo descolgaría.

—Kenny, las acciones de LMG se desangran. Necesitamos que vengas a firmar un comunicado de confianza en la Junta Directiva. Si no lo haces, el legado de *Sir* Edward perderá un 20% de su valor antes del mediodía —me había dicho.

Y era cierto.

Esas dichosas pantallas me mostraron la carnicería en tiempo real. La empresa perdía valor a cada segundo que pasaba. Las flechas rojas parpadeaban por todas partes, anunciando la catástrofe.

Me pareció curioso que aquella fuera la sede de una empresa editorial y de pronto se hubiera convertido en el corazón de la Bolsa de Londres. No quería ni imaginar cómo abriríamos en Wall Street. Iban a lloverme hostias por todos lados.

Subimos al ascensor. Las puertas de metal pulido se cerraron, aislándonos del ruido del vestíbulo. Me apoyé contra la pared trasera del cubículo y cerré los ojos un instante, luchando contra las náuseas que me provocaba la ascensión.

—¿Estás bien? —preguntó Sofía, apretándome la mano.

—De puta madre —mentí, pero eso ella ya lo intuía.

En realidad, la ironía era exquisita. Allí estaba yo, con una resaca que podría matar a un caballo y un dolor de cabeza espantoso, siendo el único salvavidas posible. El mercado bursátil tenía pánico de que un jugador de fútbol destrozara uno de los

activos más importantes del Reino Unido, sin saber que mi poder no venía solo de mi apellido.

Mi querido abuelo, *Sir* Edward Langford, nunca confió del todo en la megalomanía de mi padre. Pero, sobre todo, jamás le perdonó cómo me trató. Edward veía lo que ocurría en esa mansión. Veía la frialdad clínica con la que Alistair me educaba, como si yo fuera una inversión a largo plazo en lugar de un niño que solo quería ser normal y corriente.

Mientras mi padre me exigía una perfección inhumana y mi madre me ignoraba, mi abuelo era el único que me enseñaba que el mundo no tenía por qué ser un lugar tan gélido.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordarlo. Lo echaba de menos cada día. Jamás había adorado a nadie como lo adoraba a él. Era como el principal santo de mi religión.

El viejo león siempre supo que yo no encajaba en la rigidez de los Langford, que mi sangre quizá «no era la correcta», pero le dio igual. Me amaba con una ferocidad que Alistair nunca comprendió.

Por eso su testamento fue su última gran jugada maestra. Su venganza póstuma. Y es que creó una estructura de «Acciones Doradas» con derecho a veto que saltaban una generación. Mientras Alistair vivía, él gestionaba el día a día. Pero en el momento en que su corazón dejó de latir, el control absoluto del voto mayoritario no pasaría a la Junta Directiva ni a su único hijo.

Recayó en mí.

Edward obligó a mi padre a pasar sus últimos años sabiendo que el imperio que tanto amaba terminaría en manos del hijo al que despreciaba. Yo tenía el 51% del poder de decisión. Podía ser un futbolista arrogante y polémico, pero legalmente, era el único que podía apretar el botón nuclear. Y los buitres que nos esperaban arriba lo sabían. Por eso me odiaban. Al fin y al cabo, su futuro dependía del «niño».

El ascensor emitió un *ding* suave y las puertas se abrieron en la planta cuarenta y cinco.

—La sala noble, querida mía —murmuré con cinismo.

Aquella planta era conocida eufemísticamente como «La Cima». Allí el aire cambiaba. Desaparecía el olor a café y estrés de los curritos de abajo y se instalaba un silencio de mausoleo.

Avanzamos hacia la Sala del Consejo Privado. Era una pecera insonorizada con vistas a todo Londres, diseñada para que los que se sentaban dentro se sintieran dioses mirando a las hormigas.

En realidad, su dios hoy estaba de resaca y había aceptado esa reunión con un único objetivo en mente.

Empujé las puertas de cristal de la Sala del Consejo. Allí estaban, desperdigados por la estancia, Los Cuatro Jinetes.

Brian Lennox, el que había sido nombrado CEO interino por la Junta días antes de que mi padre muriera. Ni siquiera esperó a que cruzáramos el umbral por completo. Se limitó a golpear la esfera de su reloj Patek Philippe con el índice mientras me fulminaba con la mirada.

Lennox y yo no nos llevábamos bien. Qué cojones, nos detestábamos. Apenas fingíamos diplomacia. Era el ejecutivo de carrera perfecto: traje impecable, sonrisa de tiburón y treinta años de servicio leal escalando la montaña corporativa desde abajo. Odiaba con cada fibra de su ser tener que depender de mí. Para Lennox yo era un error que no sabía diferenciar un balance de situación de una lista de la compra. Le reventaba las entrañas saber que yo tenía el poder de hundirlo o salvarlo con un solo chasquido de dedos. Era algo así como su techo de cristal y su mayor pesadilla.

—Llevamos cuarenta y cinco minutos esperando, Kenneth —masculló tan condescendiente como siempre—. El mercado asiático ha cerrado en negativo y Wall Street abre en menos de una hora. Sobra decir el desastre que está siendo Londres.

A su derecha, estaba mi madre. Lady Eleanor había tomado asiento en el sillón de cuero. Ni siquiera levantó la vista para mirarme, toda su concentración se la llevaba la pantalla de su tableta. Parecía estar leyendo su propia esquela.

La conocía demasiado bien. Estaba aterrorizada, aunque su maquillaje de guerra lo disimulaba bien. LMG era su columna

vertebral social. No comprendía operaciones bursátiles ni le importaban los empleados, pero entendía de estatus. Una caída del 20% significaba debilidad. Significaba que en la próxima gala benéfica la mirarían con lástima, que los rumores en el club de campo pasarían de ser susurros a gritos malintencionados.

Para una mujer que había sacrificado su felicidad conyugal en el altar de las apariencias, ver esas flechas rojas en la pantalla era como ver su propio apellido manchado de barro.

—Hueles a destilería —soltó de repente, sin dejar de mirar la pantalla.

—Y tú a naftalina, madre —repliqué, tomando asiento en el sofá de enfrente mientras Sofía se acercaba al minibar—. Hacemos una pareja encantadora.

Vi cómo mi prometida se servía una copa y se apoyaba en la mesa para disfrutar del espectáculo. Ella quizá lo ignoraba, pero tenerla allí me dio fuerza.

Mi madre dejó caer la tableta sobre la mesa con un golpe seco que hizo saltar a Peter en su silla.

—Esto no es un juego —siseó ella, clavándome una mirada furiosa—. Tienes a los inversores en pánico. Creen que el heredero es un niño inestable que va a desmantelar el grupo. Necesitamos control de daños. Ahora.

—¿Qué coño sabrás tú del control de daños, mamá? Te pasas la vida gastando dinero con tus amigas. No seas hipócrita.

Abrió la boca para replicar a mi insulto, probablemente para recordarme lo mucho que le decepcionaba mi existencia, pero una mano pálida y enjoyada se alzó para detenerla.

—Podemos dejar las disputas domésticas para la hora del té, si os parece —intervino Siobhan Kellman.

A continuación, me entregó una carpeta de cuero azul. Miré de reojo a la mujer. A simple vista, parecía una bibliotecaria inofensiva o una abuela que hornea galletas los domingos, con sus gafas de montura fina colgando de una cadena dorada y sus collares de

perlas de tres vueltas. Pero yo sabía que era el depredador más peligroso de la sala.

Como consejera general, Siobhan llevaba treinta años enterrando los cadáveres legales de la familia. Ella era quien redactaba los contratos que arruinaban vidas y sonreía con dulzura mientras te ofrecía un caramelo de menta. Si Lennox ladraba, Shib mordía, y su veneno no tenía antídoto.

—El comunicado ya está redactado, Kenneth —me anunció—. Es una declaración estándar de confianza en la Junta Directiva. Ratificas a Lennox, aseguras que tu compromiso con el legado de tu padre es firme y sonríes para la foto. Cinco minutos y podrás volver a… tus asuntos.

—Debo corregirte, Shib. No es el legado de mi padre, sino el de mi abuelo.

—No te permito que desprecies los logros de Alistair —gruñó Lennox—. Él puso esta empresa en el mapa mundial.

—Y se cagó en los principios de su propio legado. Así que no me digas lo que tengo o no permitido, Lennox. Tú no lo entenderías porque solo eres un perro de presa.

—Maldito hijo de…

Me fascinó ver al nuevo CEO del grupo Langford tratando de deshacerse de los brazos de Peter Zuckerman para lanzarse a mí.

—¡Ya basta! —exclamó, y yo lo miré.

—¿Estás de acuerdo con esto?

El «Tío Pete» no encajaba con esa manada de hienas. Había sido el mejor amigo y abogado de mi abuelo Edward, y tras su muerte, se convirtió en mi escudo. Peter era el único motivo por el que yo no tenía que pisar esas oficinas habitualmente. Él me representaba. Era mi abogado personal y la única figura paterna real que había tenido en mi vida.

Pero hoy algo iba mal. Joder si iba mal.

Sus ojos me dieron muy mala espina. Peter nunca tenía miedo, era un roble. Pero hoy parecía un hombre a la espera de su

sentencia de muerte.

Un escalofrío que nada tenía que ver con la resaca me recorrió la espalda. Si Peter Zuckerman estaba asustado, entonces la situación era mucho peor que una simple caída de acciones.

—¿Peter? —insistí, endureciendo la voz.

—Firma, Kenny —murmuró él, con la voz ronca—. Es lo mejor.

Lennox resopló, impaciente, y volvió a golpear su reloj.

—Ya lo has oído. Hasta tu niñera te dice que firmes. Vamos, no tenemos todo el día.

Entrecerré los ojos. La docilidad de Peter me puso en alerta máxima. Aquello apestaba. Me incliné hacia delante y dejé la carpeta en la mesa con lentitud.

—Es el comunicado oficial —añadió Shib—. Un voto de confianza en la Junta y en el nombramiento de Lennox como CEO. Confirma que la familia está unida y que respaldas la gestión actual.

Abrí la carpeta con una lentitud exasperante.

—«Yo, Kenneth Langford, deposito mi plena confianza en la visión de Brian Lennox para gestionar la nueva etapa que comienza...». —Leí las primeras líneas y una sonrisa torcida se dibujó en mi boca. Era tan patético, tan servil, que casi me daba lástima. Miré al susodicho—. Joder, Lennox, no sabía que eras tan buen escritor. Ficción pura.

Él se puso rojo de pura rabia. Parecía a punto de echar espumarajos por la boca. Se me daba genial sacarlo de quicio.

Antes de que pudiera gritarme, Siobhan intervino de nuevo, cortando el aire con su tono pragmático.

—Es un procedimiento estándar para calmar la volatilidad de los mercados, Kenneth. Legalmente, necesitamos que tu firma aparezca antes de la apertura de Nueva York.

Cerré la carpeta de golpe. El sonido resonó como un disparo.

—Qué interesante que necesitéis al «inútil pateador de balones» —solté, usando el mismo apelativo con el que se habían referido a mí en privado durante años.

Fue entonces cuando mi madre, que había estado acumulando veneno, decidió atacar.

—No sé qué demonios estaba pensando Edward cuando te convirtió en el máximo accionista —escupió, mirándome con una mezcla de repulsión e incredulidad—. Deberías temblar porque cualquier movimiento tuyo puede enviar a la ruina todo lo que construyó tu abuelo.

La sala se congeló. Mencionar al abuelo era cruzar la línea roja. Lady Eleanor y yo nos miramos con un odio tan puro y destilado que podría haber quemado los cimientos de aquel edificio.

—No te favorece una mierda ponerte sentimentalista, madre —repliqué con frialdad—. La realidad es que os morís de la rabia porque, si bien el testamento de Alistair todavía no se ha abierto, sabéis bien que lo que sea que haya en él no cambiará el hecho de que tengo el poder de todas vuestras decisiones.

Vi cómo Lennox apretaba los puños y cómo Siobhan tensaba la mandíbula. Los tenía agarrados por el cuello.

—Pero para vuestro alivio no me opondré a lo que sea que hayáis decidido —continué—. Lennox como el nuevo CEO. La junta contenta, las bolsas tranquilas y la duquesa gastando dinero.

—Bien. Acabemos con esto —dijo Shib, que me ofrecía su pluma.

Miré el bolígrafo. Luego miré el contrato. Y entonces, con una lentitud deliberada, me recosté en el sofá y crucé las piernas.

—Sin embargo… —El alivio se evaporó al instante, reemplazado por una tensión rígida.

—¿Qué quieres ahora? —ladró Lennox—. ¿Un aumento en tu asignación? ¿Otro Aston Martin para que lo destroces contra un árbol?

Solté una carcajada seca.

—Hay que ser un gilipollas muy patético, Lennox, para creer que necesito vuestras limosnas —me mofé—. Facturo más de doscientos

millones de libras al año por mí mismo, sin el estúpido respaldo de una empresa que ni siquiera es mía.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó mi madre.

Su voz ya no era altiva, vibraba con una mezcla peligrosa de rabia y miedo. Ella, a diferencia de Lennox, sabía que yo no jugaba por dinero.

Disfruté de su aturdimiento un instante más antes de desviar la vista hacia mi futura esposa. Sofía permanecía inmóvil, todavía apoyada en la mesa, oculta tras sus gafas oscuras. Capté el movimiento imperceptible de su barbilla. Un asentimiento. Ambos sabíamos que yo tenía la sartén por el mango. Ellos necesitaban mi firma para salvar su estatus. La tendrían a cambio de la verdad.

Volví la vista hacia mi madre. Me quité las gafas de sol para que pudiera ver la determinación en mis ojos.

—Dime, mamá —susurré, inclinándome hacia ella—, ¿es un niño o una niña?

El impacto fue brutal. Lady Eleanor se quedó congelada. Sus ojos oscilaron buscando una salida, pero evitó reflejar el pánico total. Era una profesional de la negación.

—Maldita sea… —masculló Lennox, pasándose una mano por el pelo, comprendiendo por fin de qué iba todo.

—No vas a arrastrarme a ese pozo de miseria —gruñó mi madre.

—Tú ya te has arrastrado lo suficiente —ataqué, sin piedad—. Podrías tirar de la dignidad con la que proteges tu título de duquesa y decirme lo que se llevó ese hijo de puta a la tumba.

El silencio era sepulcral. Peter seguía mirando sus manos. Brian oteaba el reloj. Siobhan intentó reconducir el desastre.

—Faltan cuarenta minutos para la apertura de Wall Street, Kenneth —desveló—. Necesitamos que firmes el comunicado. El tiempo es dinero.

—Vosotros y Wall Street os podéis ir a la mierda. —Los miré uno a uno—. Quiero un nombre u os juro por la memoria de mi abuelo

que perder valor en bolsa será el mejor de vuestros males.

Me observaron aterrados. Por primera vez, me temieron de verdad.

—¿A qué coño te refieres? —preguntó Lennox con la voz estrangulada.

—Si LMG pierde valor, no me será muy complicado vender a la competencia —solté con una calma terrorífica—. Murdoch lleva años detrás de nuestro catálogo editorial. Imagina lo que pagaría por desguazar vuestro precioso imperio y quedarse con las sobras.

Lennox parpadeó, incapaz de procesar la magnitud de la amenaza. Para él, LMG era una religión. La idea de destruirla le parecía una herejía.

—Kenny… —murmuró Pete.

—No hablas en serio —se quejó mi madre.

—Ponme a prueba, mamá.

La tensión se disparó hasta niveles insoportables. Podía oír el zumbido de sus corazones, el miedo transpirando por sus poros. Sabían que estaba lo suficientemente loco como para hacerlo. Le caía muy bien a ese viejo de Murdoch.

—Dame un nombre —insistí, implacable.

Mi madre intentó una última maniobra defensiva.

—Esa confesión no fue otra cosa que los desvaríos de un hombre moribundo y medicado.

—No me mientas, madre. Papá no sabía ni hacerse un café solo. No pudo ocultar a un hijo y bloquear a una amante sin ayuda legal.

El silencio cayó sobre la sala como una losa de plomo. Mis ojos recorrieron los rostros de los presentes hasta detenerse en el único hombre que importaba. El único que tenía la capacidad, la inteligencia y la lealtad ciega para ejecutar una orden así.

—¿Pete? —Mi voz tembló un poco—. Tú eras su sombra. Tú llevabas sus asuntos privados. Tú redactaste los acuerdos de confidencialidad para que no salieran a la luz sus mierdas.

Zuckerman cerró los ojos, incapaz de sostenerme la mirada.

—Kenny, por favor... No es el lugar.

La furia me estalló en el pecho, caliente y violenta.

—¡Yo diré cuándo es el momento! —grité, y golpeé la mesa con fuerza—. ¡Habla! ¿Cuánto le pagó a esa mujer para que se callara?

Esperaba una cifra. El precio habitual del silencio de los ricos. Pero la respuesta de Peter fue mucho peor.

—No hubo pagos, Kenny. Tu padre no soltó un centavo —confesó notablemente afectado.

—Peter —trató de contener mi madre.

Me quedé helado. ¿Sin dinero? Eso no tenía sentido. Alistair arreglaba todo con cheques.

—Entonces, ¿qué coño pasó?

Traté de no pensar en lo mucho que me dolía ver a Peter ahí, confesando su complicidad.

—Fue hace dieciséis años. La mujer se llamaba Lucy Sterling e intentó contactar con Alistair. Tiempo atrás tuvieron una aventura…

—¡Peter! —exclamó mi madre, indignada, como si mencionar la infidelidad fuera peor que el hecho de abandonar a un hijo.

—Quería ayuda para el chico, no para ella —aclaró él, ignorándola.

Sentí una punzada en el corazón. Una mujer sola, pidiendo ayuda para su hijo.

—¿Y qué hicisteis?

Peter levantó la vista por fin. Sus ojos estaban llenos de vergüenza.

—Alistair fue... tajante. Me hizo redactar una orden de cese y desista. La amenazamos con una demanda por difamación y extorsión si volvía a acercarse o a mencionar el apellido Langford.

—¿Amenazasteis a una mujer que solo quería proteger a su hijo? —pregunté, sintiendo un asco profundo—. Te consideraba un hombre de principios, Pete.

—Era mi trabajo, Kenny —se defendió—. Protegía los intereses de mi cliente.

La rabia me pudo. No eran intereses, sino vidas humanas. Me sentí tan herido, tan culpable por ese chico que había pagado un precio tan grande por algo que ni siquiera conocía.

—¿Qué pasó después? —gruñí, temiendo la respuesta.

Peter bajó la cabeza.

—Ella murió.

Esa verdad me cerró la garganta de golpe. Mi padre había dejado morir a una mujer y Peter había sellado el ataúd con papeles legales.

—¿Y el chico? —pregunté con un hilo de voz.

—Entró en el sistema de acogida —susurró Peter, recitando los datos como si le quemaran en la lengua—. Se llama Noah. Noah Sterling.

Noah. Tenía nombre. Ya no era una abstracción, era una persona.

«Es él quien debería estar ocupando mi lugar», pensé.

—¿Qué sabes de él? ¿Cómo está en la actualidad?

Peter dudó un instante, retorciéndose las manos.

—Lo desconozco. Desapareció cuando tenía doce años. Al parecer, se escapó con varios compañeros del centro de acogida. Lo último que supimos fue que estaba mendigando en los alrededores de Finsbury Park.

Cerré los ojos. Mendigando. Mientras yo vivía en mansiones y conducía coches deportivos, ese chico dormía en las calles de mi ciudad.

—Lo siento, Kenny… —murmuró.

No quería sus disculpas. No valían nada.

—Dame el bolígrafo —le ordené a Siobhan.

Ella reaccionó enseguida. El sonido de la firma fue agresivo, rasgando el papel. No podía pensar, estaba demasiado pendiente de

lograr que el aire llegara a mis pulmones.

Al terminar, me puse en pie de un salto y lancé la pluma al suelo con desprecio.

—Ahí tienes tu imperio, Lennox —escupí antes de darme la vuelta y encarar la salida.

Sofía ya se había puesto en marcha. No tardé en sentir sus dedos enredándose a los míos.

—Kenneth, espera... —me rogó mi madre, con un tono que casi parecía humano, quizá dándose cuenta de que acababa de perder a su hijo para siempre.

Me detuve y la miré por encima del hombro.

—Ni se te ocurra pedirme nada más.

Su boca se cerró de golpe. Después, mis ojos buscaron a Peter por última vez. Él me observaba con tristeza, esperando una absolución que no iba a llegar.

—Eras el único decente de esta familia, Pete. O eso creía. —Vi cómo se rompía ante mis palabras, pero no me quedé para ver los pedazos—. Vámonos, Sofía.

7

KENNY

Si existía un lugar en el mundo capaz de insultar mi estado de ánimo con su jodida perfección ese era Spencer Manor.

El atardecer estaba cayendo sobre Boars Hill con una lentitud exasperante, tiñendo el cielo de Oxford de un violeta suave que parecía pintado al óleo. Bajo la pérgola del jardín, la brisa de finales de septiembre mecía las hojas de los robles, trayendo ese olor a hierba recién cortada, a madera vieja y a esa paz doméstica que James y Daniel habían construido durante sus dos años de noviazgo.

Creo que lo mejor que había hecho la Corona por uno de mis mejores amigos era cederle ese lugar. Porque no concebía a James viviendo lejos de aquellas paredes y sin su compañero.

Todo allí respiraba equilibrio. Las botellas de vino vacías sobre la mesa de teca, los restos de una comida que se había alargado, la forma en que la luz dorada golpeaba las copas de cristal. Era la imagen de la lealtad. Una postal de la preciosa familia que éramos.

Pero ahora me sentía como si acabara de abrir una grieta en el suelo para que el infierno se colara en mi paraíso.

Me llevé la copa a los labios. Era agua con gas y un poco de limón y me había empachado, pero necesitaba mojarme los labios. Me sentía físicamente hueco, como si al soltar la verdad me hubiera arrancado las entrañas para dejarlas expuestas sobre el mantel.

Miré a mis amigos. Nadie se movía. El impacto de mis palabras flotaba en el ambiente. Entendía su *shock*. Durante el velatorio me

había comportado como un robot. Después del entierro, había desaparecido para pegarme una juerga demencial. Y ahora entendían por qué.

De pronto, sentí un conocido calor en la zona lumbar. La mano de Sofía trazando círculos sobre mi camisa. Su tacto era un sedante para mí.

—¿Estás diciendo que el puto Zuckerman lo sabía? —Gianni fue el primero en romper la parálisis.

Asentí despacio.

Era lógico que aturdiera. Peter Zuckerman no encajaba en el perfil de villano al que estábamos acostumbrados. De hecho, no lo era. Costaba de asimilar que ese hombre tan íntegro y amable hubiera sido capaz de redactar una amenaza de muerte a una madre desesperada para proteger el culo de mi padre.

Al final, Pete había resultado ser un puto siervo al servicio de Alistair. Y, sinceramente, me importaba una mierda el lamento que vi en sus ojos antes de salir de la sala. La culpa no arreglaba vidas rotas.

—Creo que lo sabían todos excepto yo —confesé cabizbajo. Mis dedos empezaron a acariciar el filo de mi copa—. Y detesto la idea de que Alistair se haya muerto dejándome con esta mierda de sentimiento.

—Mierda… —resopló Gianni, dejándose caer contra el respaldo de la silla.

—¿Cuántos años debe tener? —preguntó James.

Levanté la vista y me encontré con una mirada descompuesta. Verlo así me revolvió el estómago. James era el rey de la ironía, siempre tenía un comentario mordaz listo para desactivar el drama. Sin embargo, su mirada había perdido su habitual brillo de cinismo que tanto me divertía.

—Unos veinte —suspiré.

—Ah, joder… Qué desastre —protestó Hunter, frotándose la frente con frustración.

Miré al escocés y sentí un pinchazo de afecto. Ese tipo había logrado que lo apreciara muchísimo en apenas unos meses. De hecho, había amenazado a Gianni con que, si lo dejaba, yo me posicionaría a favor de Hunter. Desde que formalizaron su relación a principios de año, tras todos los problemas legales que atravesamos con la falsa acusación de violación que recayó sobre mi amigo, había encontrado en él un apoyo inesperado. Me encantaba escaparme a Inverleigh siempre que podía. Adoraba ese pueblo perdido en la costa, su gente e incluso echaba de menos a Gwen, la hermana pequeña de Hunter. Esa mujer tenía una lengua más afilada que un cuchillo de carnicero y juraba odiarme, pero siempre soltaba una carcajada cuando yo abría la boca.

De pronto, sentí un deseo casi doloroso de estar allí.

Deseé teletransportarme lejos de Boars Hill, lejos de Londres y de la sombra alargada de los Langford. Quería estar en aquella casa en la colina, con el viento helado del Mar del Norte cortándome la cara y el rugido de las olas de fondo. Me imaginé cortando leña con Hunter o jugando a las cartas con Irvin y Ron. Allí podría sentarme a escuchar el mar y el silencio no sería tan mortificante ni real.

Ahora entendía por qué Gianni se había enamorado de aquel lugar hasta los huesos. Era mágico.

—No les tembló el pulso, chicos —desvelé—. Me miraban acojonados por la empresa, pero les importaba un carajo saber que le han destrozado la vida a un crío. A saber lo que ha tenido que sufrir.

Sentí un apretón firme en el antebrazo. Gianni me frotaba la piel con esa calidez monegasca tan suya.

—No es tu culpa, Kenny. Ni de lejos —dijo con una intensidad feroz.

—Si lo hubieras sabido antes, ese muchacho jamás habría sufrido —añadió James. Su voz había recuperado un poco de firmeza —. Tú no eres Alistair. Jamás habrías permitido eso.

Tenían razón. Pero mi mente no dejaba de orbitar alrededor de Noah. Ni siquiera podía ponerle cara. Y lo único en lo que pensaba

era en mirarlo. Encontrarlo y mirarlo y decirle que estaba dispuesto a enmendar el error aunque eso no le devolviera a su madre.

—Sin embargo pienso que, aunque quiera arreglarlo, no espero que él me deje. ¿Cómo coño me planto delante de ese crío y le cuento todo esto? Me va a odiar —confesé, sintiendo cómo el miedo me cerraba la garganta.

—Es difícil odiarte, Kenny —dijo Hunter con absoluta seriedad.

Lo miré sorprendido. El escocés no regalaba cumplidos así como así.

—Que eso ya es decir para ti, ¿verdad, cariño? —bromeó Gianni.

—Me cayó bien desde el primer momento, ¿qué le hago?

Gianni se inclinó y le dio un corto beso en los labios. Ver a ese hombre tan hermético y reservado dejándose querer con esa docilidad me arrancó una sonrisa enternecida. Esos dos eran la prueba de que, a veces, del desastre salían cosas buenas.

—No dejo de pensar que si mi padre hubiera hecho lo correcto, Noah y yo nos habríamos criado juntos. Probablemente también jugaría al fútbol, quién sabe —murmuré, y la imagen mental de dos niños chutando un balón en el jardín me dolió más que un golpe físico—. Habría cuidado de él con toda mi alma, joder. Lo querría como un hermano. Para el mundo y para mi corazón sería mi hermano.

—Pídemelo —soltó Daniel, que no había hablado hasta el momento.

Nos miramos. Sabía perfectamente a qué se refería. No me estaba ofreciendo consuelo, lo que proponía era entregarme a Noah. Al ser agente del MI5 disponía de los recursos necesarios para encontrar a cualquiera.

—Tenemos pocos datos, pero son suficientes para empezar una investigación —continuó con tono clínico y eficiente—. No creo que haya muchos Noah Sterling con una madre fallecida y registrados en el sistema de Protección Oficial como desaparecidos.

La seguridad con la que habló me sobrecogió y me emocionó a partes iguales. Era real. De pronto, la búsqueda dejaba de ser una idea abstracta para convertirse en un plan ejecutable. Estaba a un solo instante de encontrarme con Noah.

—Prométeme que no te reservarás información —le pedí.

—Prepárate el cuerpo, entonces. Me da que no será agradable para ninguno.

No dejamos de mirarnos. Por un instante, incluso me pareció que estábamos solo él y yo en aquella mesa. Que Daniel, un tipo que había visto la peor cara del mundo, me dijera eso, solo daba voz a mis propios temores. Íbamos a levantar una alfombra bajo la que se escondían veinte años de miseria.

—¿Y qué hago después? —dije trémulo.

—Protegerlo, que es lo que deseas de verdad —sentenció Sofía —. Protegerlo como no lo hizo su propio padre. Y quererlo. Porque, aunque no compartáis sangre, de alguna manera, es tu familia. Y te conocemos lo bastante como para saber que no soportas la idea de que uno de los tuyos sufra.



La silueta de Spencer Manor desaparecía en el retrovisor. Sofía conducía de vuelta a Londres con las manos firmes sobre el volante y yo iba al lado, con la cabeza apoyada en el cristal, viendo cómo el paisaje se volvía borroso. La noche se nos venía encima.

—¿Estás bien? —preguntó Sofía, sin apartar la vista de la carretera.

—No…

La palabra se quedó corta. No bastaba para describir el cráter que tenía en el pecho. Cerré los ojos.

—Noah… —susurré, sintiendo cómo la palabra me llenaba la boca—. Tiene un nombre precioso.

—Cierto —dijo ella con suavidad—. Significa paz, comodidad, el que da consuelo. Su madre debió amarlo muchísimo si le puso ese nombre.

Una punzada de dolor me atravesó el estómago. Paz y consuelo. Todo lo que ese chico probablemente nunca había tenido. Pensé en esa mujer desconocida, escribiendo ese nombre en un registro con la esperanza de que su hijo tuviera una vida mejor, solo para morir sabiendo que lo dejaba a merced de los lobos.

—Una madre que no pudo verlo crecer.

Esa realidad me destrozaba. Sofía lo notó y enseguida buscó mi mano.

—Está ahí fuera… —jadeé casi con miedo—. Pero ¿en qué parte?

—Eso lo sabremos muy pronto, *zlato*.

Me solté el cinturón de seguridad, incapaz de mantenerme en mi lado del asiento, y me acerqué a ella hasta que el cambio de marchas se me clavó en el muslo. Entonces, apoyé la cabeza en su hombro y la abracé por la cintura, hundiendo la nariz en la tela de su chaqueta para respirar su olor.

—¿Vas a dejar que duerma abrazadito a ti esta noche? —pregunté.

—Ni lo sueñes.

Sonreí contra su hombro. Eso era un sí rotundo en el idioma de la arrebatadora Sofía.

8

NOAH

«No cagues donde comes». Esa era la regla de oro. La primera y la más sagrada que Mark nos grabó a fuego en la cabeza antes de que lo cosieran a puñaladas.

Era una frase sucia, directa y sin florituras, como todo en nuestra vida, pero escondía una verdad táctica. Y es que debíamos evitar robar en nuestra zona para que no se quedaran con nuestras putas caras. Era de primero de supervivencia.

Levantar un paquete de arroz o un bote de alubias cocidas en el Tesco de Seven Sisters Road o en el Sainsbury's de Holloway nos convertía en unos idiotas.

En el N7, los guardias de seguridad no eran simples trabajadores aburridos, sino perros de presa que nos conocían muy bien. Si montábamos un espectáculo a dos calles de nuestra madriguera, atraeríamos a los azules. Y que la policía rondara nuestra puerta cuando teníamos un almacén ilegal lleno de menores que pasaban droga era un suicidio.

Por eso estábamos en Highbury.

Solo eran un par de paradas de metro o una caminata hacia el sur, pero parecía otro planeta. Allí las aceras estaban limpias, los árboles lucían robustos y la gente caminaba con esa calma insultante de quien nunca ha tenido que rezar para comer al día siguiente.

Me ajusté la capucha de la sudadera, manteniéndome en la periferia y observando el objetivo desde la otra acera. Frente a las puertas automáticas del supermercado estaban Nate y Connor.

Casi costaba reconocerlos.

Se habían lavado la cara, se habían peinado e incluso Connor se había abrochado la camisa hasta arriba. Parecían dos estudiantes universitarios decentes a punto de entrar a comprar hummus y quinoa para una fiesta en su residencia.

La seguridad de esos sitios se relajaba ante una sonrisa bonita y un aspecto aseado.

El estómago me rugió, pero no le di importancia. El hambre podía esperar. Connor y Nate accedieron. Lo hicieron con una naturalidad que daba miedo, charlando entre ellos y cogiendo una cesta de la entrada como si fuera lo más normal del mundo. Su misión era la distracción. Iban a comprar de verdad. Pan, arroz, leche. Lo básico. Productos baratos pero voluminosos que justificaran su presencia allí y atrajeran la mirada de la seguridad.

Dejé pasar un par de minutos antes de dar un paso al frente.

—Vamos —murmuré.

Entramos por goteo. Nada de grupos. Debíamos dispersarnos.

Liam, Anthony, John, Mike y yo.

Y Jeremy. El maldito crío se había emperrado en venir a pesar de que le había pedido que se quedara con los pequeños. Tenía dieciséis años, pero aparentaba catorce y tenía unas manos tan rápidas que parecían prestidigitación. Era una urraca humana. Si el objeto brillaba o se comía desaparecía en sus bolsillos antes de que cualquiera pudiera parpadear.

En cuanto la calefacción del interior me golpeó la cara, casi me doblé del dolor. No fue por el frío. Maldita sea, olía a gloria bendita. A pan recién horneado, a mantequilla derretida y a ese aroma denso y graso de los pollos asados que daban vueltas en el mostrador del fondo.

Mi estómago rugió con tanta violencia que temí que se oyera por encima del hilo musical. Tuve que apretar los dientes para no marearme.

Nos movimos por los pasillos como fantasmas. La regla era clara: no nos conocíamos, no nos mirábamos. Si nos cruzábamos en el pasillo de las conservas, éramos extraños.

Yo fui a por lo práctico. Latas de SPAM que era la única carne que nos podíamos permitir y para colmo rica en grasa. Deslicé varias latas dentro de la cintura de mi pantalón, bajo la sudadera holgada. Liam se encargó de los productos de higiene y algo de fruta que desapareció en sus mangas. Vi a Jeremy de reojo. El cabrón estaba frente a los dulces, con esa cara de niño inocente, mientras sus manos volaban metiendo barritas energéticas y chocolates en los forros que él mismo había cosido en su chaqueta. Era un puto artista del hurto.

Pero mi atención estaba dividida. Mientras mis manos robaban por pura memoria muscular, mis ojos estaban fijos en la línea de cajas.

Connor y Nate ya habían llegado al mostrador y estaban sacando sus compras de la cesta con una lentitud exasperante. Funcionaba. El guardia de seguridad no les quitaba ojo. Algo le decía que esos dos chicos no eran de su mundo y su prejuicio fue nuestra ventaja.

Nate pagó. Connor embolsó. Salieron por la puerta automática con el tique en la mano. El guardia relajó los hombros, satisfecho con su trabajo, y se giró. Era nuestra señal para salir. Empezamos a enfilar la puerta. Uno a uno. Sin correr. Caminando con esa falsa calma que me aceleraba el pulso.

Salió Mike. Le siguió Anthony. A continuación, Jeremy. Yo iba el último, cerrando la marcha con Liam unos pasos por delante de mí. Ya casi estaba. Podía sentir el aire de la calle. Crucé el umbral de seguridad.

Y entonces, el mundo se paró.

La alarma estalló con un chillido agudo y acusador que cortó el ambiente de golpe. Me quedé helado un milisegundo. Alguien la había cagado. Me dio igual quien. El guardia se giró bruscamente buscando la fuente del ruido. Y me encontró a mí.

—¡Corred! —bramó Liam.

No hizo falta que lo repitiera. Salimos disparados como balas de cañón. El instinto tomó el mando y mis piernas se movieron solas. Atrás quedaron los gritos del guardia y el rumor de la alarma. Corrimos calle abajo, esquivando a peatones que nos miraban con cara de susto, tirando cubos de basura a nuestro paso para crear obstáculos. Fuimos caos.

Nuestra meta era la estación de Highbury & Islington. Colarnos en el metro no era la mejor idea, pero despistaba. Así que bajamos las escaleras de tres en tres, saltándonos cualquier norma de civismo. Por suerte, la zona de los tornos estaba abarrotada. La hora punta era nuestra mejor aliada.

—¡Salta! —ordené a Jeremy.

El crío pasó por debajo de las barreras como una anguila. Yo pegué un salto, apoyando las manos en el metal y lanzando las piernas al otro lado justo cuando un empleado de TFL nos gritaba desde su cabina. No pudo hacer nada porque nos perdimos en la marea de gente que bajaba a los andenes. El aire viciado y caliente del metro nunca me había parecido tan acogedor. Nos colamos en un vagón de la Victoria Line justo cuando las puertas se cerraban con su advertencia mecánica.

El trayecto fue corto. Apenas una parada hasta Finsbury Park, pero me parecieron los minutos más largos de mi vida. Estábamos sudados, jadeando e intentando parecer normales mientras el corazón me golpeaba las costillas y las latas de SPAM se me clavaban en las caderas.

Cuando el tren se detuvo en nuestra zona, salimos aprisa al andén y no paramos hasta que el hormigón de Andover Estate nos cubrió con su sombra.

—Joder, ha estado cerca —resopló Anthony, en cuanto llegamos al taller.

—Venga, vaciad los bolsillos —dije todavía asfixiado—. Quiero ver qué ha valido la pena el infarto.

Hicimos el recuento sobre la mesa de trabajo manchada de aceite con los chicos emocionados a nuestro alrededor. No era el robo del siglo. Apenas unas latas de SPAM, un par de paquetes de arroz, algo de fiambre, leche en polvo, un poco de fruta, verdura y material de aseo y el botín dulce de Jeremy. Era miseria para el mundo, pero un tesoro para nosotros.

—Bien, suficiente para hoy —sentencié.

El hambre, que se me había olvidado con la adrenalina, volvió a golpearme con fuerza. Y no solo a mí. Las caras de mis Furin era un poema que me partió el corazón. Así que hice lo único que se me daba bien aparte de romperme los nudillos. Subimos a la cocina y me adueñé del hornillo de gas que teníamos en una esquina.

Me puse manos a la obra con lo que teníamos. Improvisación pura. Corté unas patatas y las eché al agua hirviendo junto con el arroz robado. Luego, abrí las latas de SPAM. Esa carne enlatada rosa y gelatinosa no era un manjar, pero si sabía tratarla, salvaba la vida. La corté en dados y la freí en la sartén hasta que la grasa soltó ese olor salado y potente que usé para darle sabor al caldo. Añadí unas salchichas troceadas que Liam había conseguido salvar en sus mangas.

Mientras el guiso cogía cuerpo, preparé el toque final: unas manzanas a la brasa en la parrilla improvisada, coronados con unas tiras de beicon crujiente que Connor había traído.

Poco a poco, el olor a humedad fue desapareciendo, reemplazado por el aroma denso y reconfortante de la comida caliente. Era magia. Veía cómo los hombros de los chicos se relajaban, cómo sus ojos dejaban de estar en guardia y se clavaban en la olla. Cocinar para ellos era mi forma de decirles que los quería con todo mi corazón sin tener que pronunciar esas palabras que tanto miedo me daban. Temía decirlas y perder a uno de ellos.

En cuanto terminé de servir, los demás se lanzaron sobre los cuencos. Comían con una ansiedad animal, en silencio, casi sin masticar, protegiendo sus platos con los brazos como si alguien fuera a arrebatárselos en cualquier momento. Era el sonido del hambre. Cucharas rascando el fondo de los cuencos y respiraciones aceleradas.

Yo me serví el último. Me senté en un rincón de la mesa, agotado, dispuesto a devorar mi ración. Pero entonces, la puerta se abrió. No esperábamos a nadie. A esas horas, el mundo exterior solía dejarnos en paz.

Me extrañó ver a Sally. A esas horas del día solía estar durmiendo.

Entró arrastrando los pies, todavía con la ropa de «trabajo» puesta. Tenía el rímel corrido bajo los ojos y el pelo revuelto. Parecía exhausta. Sus ojos recorrieron la mesa y se detuvieron en mi plato humeante.

—Vaya, comiendo para variar —se mofó.

Apreté la cuchara con fuerza, pero no levanté la vista del guiso. No quería mirar su ropa. No quería pensar dónde había estado o con quién. Y mucho menos quería volver a recordarme que en parte estábamos comiendo gracias a ella.

—Vete a la mierda, Sally —mascullé.

Hubo un silencio tenso en la mesa. Liam me miró de reojo, pero no dijo nada. Si en esa mesa había alguien que detestaba a esa mujer ese era mi mejor amigo.

—¿Has comido tú? —pregunté, y al fin me atreví a mirarla.

Ella me sonrió y se llevó una mano a su vientre plano, acariciándolo con una inocencia impostada.

—No. Y tengo hambre, la verdad.

Mi propio estómago rugió. Me dolía la cabeza por no comer. Ese plato era mío. Me lo había ganado. Me había jugado el tipo por él. Pero entonces vi a Mark. No a ella, sino a Mark, mirándome desde el

recuerdo, pidiéndome que la cuidara. Y yo nunca faltaba a una promesa.

Empujé el cuenco hacia ella.

—Toma.

Sally miró el plato y luego me miró a mí. Sabía exactamente lo que me estaba costando ese gesto.

—¿Vas a darme de tu plato?

Odiaba que me lo preguntara. Odiaba saber que aquella era una retorcida forma de humillación por su parte.

Me puse en pie, más que dispuesto a largarme de allí, pero Sally no había terminado conmigo. Al pasar por su lado, se inclinó ligeramente.

—Vaya… Sí que te han cundido las treinta libras.

Me quedé congelado un instante. Había venido precisamente para eso, para recordarme que esa maldita comida no solo venían de lo que habíamos robado, sino que se había pagado, en parte, con su dinero.

Me fui. Tenía que hacerlo. Y terminé en la azotea. El aire frío del mediodía me recibió con una bofetada helada en la cara, pero lo agradecí. Necesitaba que se me enfriara la sangre. Me acerqué al borde del edificio y me encendí el último cigarrillo que me quedaba.

La primera calada me mareó. El humo bajó por mi garganta y llenó mis pulmones vacíos, dándome una falsa sensación de saciedad. Traté de ignorar el rugido de mis tripas, que protestaban violentamente.

Estaba furioso con Sally, pero un pobre no puede tener orgullo. La dignidad era un lujo muy caro. Al menos los críos estaban comiendo algo. Eso era lo único que importaba.

Oí pasos a mi espalda. No me giré porque sabía quién era.

Liam se dejó caer a mi lado con un suspiro y se pegó a mí. Muslo contra muslo, hombro contra hombro. Era una pared sólida de calor corporal. Sabía que yo siempre tenía frío, que odiaba temblar, y

él simplemente se quedaba ahí, irradiando temperatura como una estufa humana.

—Toma. —Me extendió un bollo envuelto en plástico transparente. Parecía un *brioche* de esos caros—. Lo he cogido de la zona *Take away*. Algo me decía que no ibas a comer.

Fruncí el ceño y lo miré fijamente.

—¿Y tú?

—Me he puesto ciego con el guiso —mintió, o quizá no, pero su tono era firme—. Eso es para ti. Y como vea que le das un solo mordisco a una rata o se lo bajas a la rubia, te juro que te caneo aquí mismo.

Me arrancó una sonrisa cansada. Liam no amenazaba en vano, era capaz de tumbarme de un placaje si intentaba hacerme el héroe otra vez.

Cogí el bollo. Estaba blando y esponjoso. Le di un mordisco desesperado. El sabor dulce de la masa y la mantequilla explotó en mi boca y me produjo un gemido.

—Joder… está buenísimo —mascullé masticando con ansia.

Liam me miraba con una expresión que no supe descifrar. Era suave. Demasiado suave para un lugar como aquel.

—Come despacio, ansias —murmuró—. Que nadie te lo va a quitar.

Entonces, alzó la mano despacio. Al instante, sentí la callosidad de su pulgar rozando la comisura de mi labio con una suavidad que no encajaba con sus manos de luchador callejero. Me limpió una miga que se me había quedado pegada.

Me tensé por puro instinto, pero no me aparté. Seguí masticando, sin dejar de observarlo. Había algo en la forma en que Liam me miraba que no tenía nada que ver con la profunda amistad que nos unía. Algo específico que rozaba la adoración.

No era idiota. Intuía que Liam sentía algo por mí que iba más allá de la hermandad. Pero, curiosamente, nunca había enturbiado lo nuestro. Lo que sea que sintiera por mí no me exigía una respuesta.

Simplemente estaba ahí. Y aunque yo no pudiera corresponderle, valoraba esa devoción. A veces era lo único que me mantenía de una pieza.

—Estás en los huesos —susurró—. Cada vez se te nota más.

—No es para tanto —repliqué, tragándome el último pedazo de bollo. Me supo a poco.

—Sí que lo es —insistió—. Te preocupas por todos menos por ti. Menos mal que estoy yo para evitar que te consumas. Si no fuera por mí, ya serías transparente.

Bajé la mirada hacia mis botas viejas, sintiéndome repentinamente pequeño bajo el peso de su cuidado.

—Así que fue el bollo lo que hizo saltar la alarma, ¿no? —Su silencio me produjo un escalofrío—. No tenías qué arriesgarte. Si te hubieran pillado…

—Lo haría por cualquiera de la banda… —La intensidad de su mirada me dejó sin aire—. Pero por ti lo haría dos veces. Si tú te hundes, yo me voy contigo.

No había respuesta posible, así que me rendí y dejé caer la cabeza en su hombro, buscando su solidez. Liam me rodeó con su brazo y me atrajo hacia él para protegerme del implacable frío de Londres con su propio calor.

9

KENNY

Estaba en el gimnasio de Hotspur Way, la ciudad deportiva del Tottenham. Hacía una hora que el entrenamiento oficial había terminado. Técnicamente, no debía estar allí. Según el estricto «protocolo de luto» del club y de la sociedad británica, el capitán debía estar en su hogar fingiendo que la pérdida de su padre lo tenía devastado. Pero si me quedaba quieto un segundo más, iba a explotar.

Subí la velocidad de la máquina. El sudor me caía por la frente, me escocía en los ojos y empapaba mi camiseta, que se me había pegado al torso.

A mis compañeros les desconcertó mi regreso anticipado, pero nadie se quejó. Entendían, o creían entender, que era mi forma de procesar el duelo. Pobres ilusos.

Me estaba machacando físicamente. Buscaba el ardor en los pulmones y el calambre en los gemelos para silenciar el caos emocional.

—Langford. O paras de una vez o te hago parar. Tú decides.

Vale, era mejor obedecer. Larry Simmons podía ser tan entrañable como un abuelo o tan estricto como un sargento de los marines.

Bajé el ritmo hasta que la cinta se detuvo y me apoyé en las barras laterales, intentando recuperar el aliento.

Larry me miró con severidad, pero había preocupación en sus ojos. Me lanzó una toalla limpia que atrapé al vuelo.

—Venga, muchacho. A la ducha. Ya has tenido suficiente castigo por hoy.

Asentí y me dirigí a los vestuarios.

Entré en la zona de duchas. No había nadie cuando me desnudé y me metí bajo el chorro de agua hirviendo. Y cerré los ojos.

Fue un momento de vulnerabilidad absoluta. Allí, desnudo, la realidad volvió a filtrarse por las grietas. Dejé de ser el mejor jugador del mundo para convertirme en un tipo cuya estabilidad mental pendía del recuerdo de las palabras de un ser repugnante. Era doloroso saber que la verdad que mi padre me había arrojado en la cara justo antes de morir se tradujera en un solo nombre.

Noah Sterling.

«Noah, Noah, Noah».

Pensaba tanto en ese chico que rozaba la obsesión.

Al terminar, me acerqué a mi taquilla mientras me secaba la cabeza con una toalla. Justo entonces sonó el tintineó de mi móvil. Era un mensaje de Daniel y me quedé mirando el aparato como si en cualquier momento fuera a salir de allí el mismísimo diablo.

Desbloqueé la pantalla y tragué saliva.

Daniel

¿Te parece bien que nos veamos donde siempre?

Kenny

Estaré allí en una hora. ¿He de prepararme?

Daniel

Te convendría.

Se me heló la sangre. El calor de la ducha desapareció de golpe, reemplazado por un frío interno que me caló los huesos. Sabía

perfectamente qué significaba ese consejo. Lo que más me temía iba a hacerse realidad.



Conduje hasta Henley con el estómago cerrado.

Al llegar, aparqué frente a The River's Hearth. No me sorprendió que Daniel hubiera elegido aquel lugar. Desde que él y James empezaron a salir, ese pequeño *pub* era como nuestro punto de encuentro. Y me encantaba porque allí nadie se fijaba en nadie. Era tranquilo, íntimo y se comía de escándalo. Y ahora estaba a punto de convertirse en el refugio perfecto para hablar de una verdad muy dolorosa.

Se había sentado en nuestra mesa habitual y tenía esa expresión de portador de malas noticias. Me senté frente a él. Ya había pedido dos cervezas, seguramente porque me había visto llegar desde la ventana.

Me observó un momento. Parecía que nos estaba dando tiempo a los dos para lo que se venía. Sin decir una palabra, deslizó una carpeta de color manila sobre la mesa. Se me encogió el estómago.

—Ahí está todo.

Tragué saliva y estiré la mano. No sabía qué tan preparado estaba para descubrir que mi padre era un hijo de puta mucho más perverso de lo que imaginaba.

Abrí la carpeta.

Al principio, mis ojos escanearon los papeles rápidamente, buscando confirmación, fechas. Pero no esperé ver el rostro de Noah.

Era una fotografía reciente, hecha en la distancia, probablemente con un teleobjetivo. Noah aparecía en una azotea, de perfil, fumándose un cigarrillo con una languidez que contrastaba con la tensión de sus hombros.

«Maldita sea, es un crío».

Ese pensamiento me taladró el cerebro. Sí, era solo un crío con una mirada tan bonita como rota. Incluso a través del grano de la foto, se podía percibir esa mezcla devastadora de belleza y destrucción.

Aparté la vista de la imagen, sintiendo un pinchazo en el pecho, y me zambullí en los datos sobre él. Leí sobre la muerte de su madre. Las palabras «hipotermia» y «abandono» bailaron ante mis ojos. Había fallecido por el frío, joder. Leí también sobre el paso fallido de Noah por varias familias de acogida. Sobre su huida del sistema. Se me revolvió el cuerpo. Una oleada de bilis me subió por la garganta al imaginar el infierno que había atravesado mientras yo dormía en sábanas de hilo egipcio.

—Tal y como imaginé, sabía que no te iba a gustar —suspiró Daniel, un poco apesadumbrado.

—Murió de frío, Daniel —jadeé sin apenas voz—. Su madre murió de frío en la puta calle y él se mantuvo pegado a su cadáver dos días.

Mi amigo cerró un instante los ojos.

—Sí...

—¡Era su hijo! ¡Era sangre de su sangre! —exclamé en un susurro—. ¿Y luego? ¿Qué mierda es esto de las familias de acogida?

—El sistema falló. Lo intentaron colocar tres veces. Las tres lo devolvieron.

—¿Lo devolvieron? ¿Como si fuera un paquete de Amazon?

—Dijeron que era «inadaptable» —recalcó, y yo me rompí un poco más—. Demasiado trauma, demasiado silencio. Al final, se escapó de un centro residencial a los doce años.

Volví a mirar la foto. La cogí con dedos temblorosos. Era la esencia de alguien que ya no esperaba nada del mundo.

—Parece que se va a romper si lo tocas.

—Sin embargo, ese chico ha sobrevivido siete años en las calles.

Nos miramos. El silencio pesaba. No hacía falta que le dijera a Daniel cómo me sentía. Era demasiado perspicaz.

—¿Dónde está ahora?

—En Andover Estate —me desveló—. Territorio de bandas, drogas, prostitución y… —Se tomó un segundo antes de soltar lo peor—… peleas ilegales.

Empezaba a entender por dónde iban los tiros y no me gustó nada.

Daniel se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. De pronto, me pareció que estábamos solos en mitad de la nada.

—Lo llaman «Black Swan». Es rápido y no tiene miedo a que lo maten —suspiró, y percibí la empatía real en su voz—. Se gana la vida sangrando para que otros apuesten.

Cerré la carpeta de golpe.

El ruido seco hizo que un camarero mirara hacia nosotros con curiosidad, pero me importó una mierda. Estaba hiperventilando. Sentí que la realidad se fragmentaba. Era cierto que yo no tenía la culpa, pero sentía que había participado en su infierno. Nos unía el mismo canalla. Y ahora ese canalla no estaba y yo sostenía esa verdad en mis manos.

—Ni se te ocurra culparte —advirtió Daniel.

—¿Y qué quieres que haga?

En ese momento, mi mente solo podía pensar en ir al cementerio de Highgate y vandalizar la tumba de mi padre. Con un poco de suerte, el cabrón resucitaría y yo podría matarlo de nuevo. Esta vez con mis propias manos.

—Te dije que te preparases.

—Veo niños como él a diario, Daniel. Con la fundación, en los barrios... Estoy acostumbrado a la miseria, pero este chico… —Señalé la carpeta. Se me quebró la voz—. Este chico… —Tenía unas ganas terribles de llorar, pero me las tragué—. Tengo que sacarlo de ahí.

Daniel me miró, plenamente consciente de lo que proponía. Nos conocíamos demasiado bien. Sabía que no había vuelta atrás. Me

encantaba sentir ese apoyo silencioso, esa lealtad que no necesitaba preguntas.

—No es tan simple —anunció—. Sabes que Andover es territorio de los radicales del Arsenal. Puede que sea una estupidez mencionarlo, pero la estrella del equipo rival no puede aparecer en un puto gueto de Islington. Has de tener cuidado.

—Eso quiere decir que no me lo estás impidiendo —resoplé con una sonrisa triste, y Daniel se recostó en su silla.

—Empieza por la jaula en los Arcos Ferroviarios. Este sábado os enfrentáis precisamente a vuestro mayor rival. Habla con Walker. Suele frecuentar esas peleas. Es un gran apostador.

Entrecerré los ojos y asentí. Walker era el mediocentro estrella del Arsenal, un capullo con el que se podía hablar.

—No le va a sentar muy bien que le pregunte sobre sus vicios ocultos después de haberle ganado en su terreno.

—Que se joda —sonrió Daniel.

—Sí, que se joda.

10

NOAH

El *pub* apestaba. Era una mezcla densa y asfixiante de cerveza rancia, tabaco negro y la acidez inconfundible de la testosterona.

Aquel antro era la base no oficial de la banda de Billy y, por extensión, un santuario para los radicales del Arsenal. Hoy era noche de Derbi del Norte de Londres. Arsenal contra Tottenham. Rojos contra Blancos. El odio tribal se podía cortar con un cuchillo. Había una tregua tácita en las peleas, pero la violencia no había desaparecido. Simplemente flotaba en el aire esperando la más mínima chispa para incendiarlo todo.

Me mantuve en un rincón oscuro, lejos de la barra y de los ojos de los más borrachos. Me gustaba el fútbol. Era un hincha acérrimo del Arsenal, pero esa noche me importaba una mierda las ganas de todos por ver a los Spurs mordiendo el polvo. Solo podía pensar que esa noche no había peleas.

De pronto, sentí un tirón en mi chaqueta.

—¿Falta mucho? —susurró una vocecita ansiosa.

Miré hacia abajo. Sam estaba pegado a mi pierna, prácticamente invisible entre las sombras y mi cuerpo. El niño vibraba de pura emoción, pero no por lo que todos creían.

Apreté los dientes y le puse una mano en la cabeza para que no se moviera. Estábamos jugando con fuego. Digamos que era de los pocos que entendía que el crío fuera del Tottenham. Llevarlo allí había sido una locura. Estábamos rodeados de radicales. Si alguien

se daba cuenta de que Sam no abucheaba al enemigo, sino para adorar a su capitán, no saldríamos vivos. En ese barrio, admirar a Kenny Langford era considerado alta traición.

—Qué va —le dije al oído—. Pero cuando Kenny salga, ni se te ocurra sonreír, ¿vale? Y mucho menos celebres si marca, ¿me oyes? O llamaré al coco para que se te lleve.

Sam se estremeció y me miró aterrado.

—No, el coco no —suplicó.

Le di un beso rápido en la frente y sonreí. Odiaba tener que hacer esas cosas, pero Sam y Martin eran demasiado pequeños para la maldad de los adultos.

Justo en ese momento, la retransmisión conectó con el círculo central del Emirates Stadium. El *pub* rugió al unísono: «¡RED ARMY! ¡RED ARMY!». Mientras tanto, la cámara hizo un barrido y enfocó al equipo visitante. Los abucheos se hicieron tan fuertes que hasta temblaron las ventanas.

Y entonces, le hicieron un primer plano a él.

Kenneth Langford.

El capitán del Tottenham. El puto «Golden Boy». El enemigo público número uno de cualquier hincha del Arsenal.

Sam se tensó contra mi costado y contuvo el aliento. Yo me quedé clavado, observando la pantalla con los ojos entrecerrados. Se le veía bastante entero para haber enterrado a su padre hacía apenas unos días. Ahí estaba, con su uniforme blanco impoluto y el brazalete de capitán, luciendo esa arrogancia que me daban ganas de partirle la cara.

Pero algo no encajaba.

No tenía esa expresión de concentración profesional de siempre. Sus ojos, esos ojos claros que solían brillar con diversión burlona, hoy estaban oscuros. Había un rastro apático en su mirada, un vacío que me resultó dolorosamente familiar.

De repente, miró a la cámara. Fue solo un segundo, pero el efecto me pareció devastador. Detecté un desafío crudo tan cargado

de rabia que por un absurdo instante sentí que me estaba mirando directamente a mí.

—Es el mejor —susurró Sam.

Yo apreté la mandíbula hasta que me dolió. No me gustaba nada esa mirada. Escondía la promesa de que iba a ser una noche muy larga y oscura para nosotros, los Gunners.

Ya me veía lo que iba a pasar. Ese cabrón de Langford reventaría el marcador y, cuando eso pasara, el ambiente en aquel *pub* viraría de la euforia a la violencia ciega en cuestión de segundos. Así que me había librado de la jaula por una vez, pero quizá no me libraría de una pelea.

Me preparé mentalmente. Tenía que estar listo para sacar a Sam y a Martin de allí antes de que el «rey» decidiera incendiar nuestro reino.

El estadio en la tele guardó un minuto de silencio respetuoso en memoria de Alistair Langford, pero el *pub* estalló. Empezaron los silbidos, agudos y taladrantes, seguidos de una lluvia de insultos.

—¡Pijo de mierda! —bramó uno.

—¡Ojalá te mueras tú también! —gritó otro, escupiendo al suelo.

—¡Vete a llorar a tu mansión!

Sentí cómo Sam temblaba, a punto de protestar o de echarse a llorar ahí mismo. Reaccioné por instinto. Lo abracé con fuerza, pegándolo a mi cuerpo para ocultar su cara en mi abrigo.

—No les hagas caso, enano —dije bajito—. Tú disimula. No muestres debilidad, Sam. Nunca.

—Pero están diciendo cosas malas… —sollozó.

—Que digan lo que quieran. Kenny no los oye —le aseguré, mintiendo a medias—. Él va a recibir tu fuerza, aunque hables bajito. Así que mándasela en silencio, ¿vale?

El partido empezó. Y fue una carnicería.

Cada vez que Kenny tocaba el balón, el bar y el estadio rugían de puro odio. Pero ese hombre no se encogía. Al contrario. Se movía

por el césped con una violencia elegante, como un depredador que huele el miedo. Era una bestia perfecta. Pura poesía en movimiento.

Yo lo observaba con una mezcla extraña de fascinación y rechazo. Veía al «enemigo» siendo la clase de rey que habría defendido hasta la saciedad de haber vestido mi escudo.

Marcó en el minuto diecinueve, mi edad. Un zapatazo seco desde fuera del área que entró por la escuadra. El *pub* se sumió en un silencio furioso. Y los insultos regresaron de inmediato cuando Langford corrió hacia el Fondo del Reloj, que era la grada más intensa y radical de los Gunners, y abrió los brazos de par en par mientras asentía con la cabeza.

El cabrón parecía un dios. Y marcó el segundo antes del descanso con una jugada individual que dejó a nuestro guardameta dando traspiés en busca del balón.

Y entonces, hizo algo raro. No corrió hacia el córner, no se besó el escudo, no provocó a nadie. Se quedó quieto, buscó la cámara más cercana y señaló la pantalla con el dedo índice.

Serio. Desafiante. Oscuro.

Me quedé helado. No era su celebración habitual. No había alegría en ese gesto, sino una especie de promesa. «Os veo», parecía decir.

Durante el descanso, el ambiente en el *pub* se volvió irrespirable. La frustración de Billy y su banda se estaba convirtiendo en agresividad y empezaron a buscar culpables, aunque fueran de los suyos.

Cogí a Sam en brazos y a Martin de la mano.

—Vámonos, chicos. Es tarde.

Eddie, que estaba escondido bajo una mesa jugando con unas chapas, me miró suplicante. Le bastó un gesto con la cabeza para levantarse y unirse a mí. El pobre no soportaba tanto ruido, ni siquiera le gustaba el fútbol.

Lo vi recolocarse sus gafas pegadas con celo y limpiarse la pelusilla de su sudadera. Parecía más un ratón de biblioteca que

cualquier otra cosa.

Caminamos rápido bajo la llovizna hasta llegar a la seguridad del taller. Una vez allí, me cercioré de que los tres se acostaran en sus colchones y los arropé uno a uno. Sam se durmió al instante, agotado por las emociones, murmurando el nombre de Kenny en sueños.

Cuando todos estuvieron dormidos, me encerré en mi habitación. Pero el silencio allí era casi peor que el ruido del *pub*, porque me dejaba a solas con mis pensamientos y estos a veces eran un tanto extraños.

La imagen de Kenny señalando a la cámara me taladraba el cerebro. No podía sacármela de la cabeza. Me tumbé boca arriba, mirando las manchas de humedad del techo, sintiendo un peso enorme en el pecho. No sé por qué empecé a compararme con Langford. Supongo que necesitaba cubrir el cupo de flagelación del día.

No pasó mucho tiempo hasta que el silencio se rompió. El chirrido de la puerta me tensó en el colchón, pero no me moví. Porque Sally se deslizó dentro.

Caminó hacia mí moviéndose como una cría inofensiva, pese a ir vestida como una vulgar fulana. La minifalda de cuero apenas le tapaba el culo y el top rojo era un grito de guerra, pero ella me miraba con esos ojos grandes y maquillados como si fuera una santa. Esa dualidad me daba ganas de vomitar y, al mismo tiempo, me encendía la sangre de una forma enfermiza.

—Te has ido pronto —murmuró suave.

—Me dolía la cabeza y, para una noche que tengo libre, prefiero descansar.

—Yo me incorporo más tarde.

Apreté los dientes. Odiaba saber que en un rato otro hombre estaría pagando por tocar lo que Mark amaba.

—No necesito saberlo —gruñí.

Sally dio un paso más.

La luz de neón de un cartel publicitario de la calle se colaba por las rendijas de los tablones de la ventana, bañándola de rayas de luz azulada y sombras. En esa penumbra, vi cómo su expresión cambiaba. La máscara de niña inocente cayó y debajo apareció algo mucho más oscuro que reconocía bastante bien.

—He venido a cobrarme el favor.

Tuve un escalofrío. Fue pura rabia y una insoportable excitación. Una mezcla sucia que me hizo sentir asqueado conmigo mismo.

—Pensaba que ya lo habíamos resuelto cuando te comiste mi plato —escupí.

Ella soltó una risita sin humor. Se acercó hasta el borde de mi colchón, mirándome desde arriba con superioridad.

—Esas treinta libras alimentaron a todos tu Furin. No me creas tan fácil de convencer, Noah.

Me quedé callado, mirándola fijamente. Tenía razón, estaba en deuda. Y en el fondo, una parte retorcida de mí quería pagar. Quería castigarme por desear a veces lo que en realidad odiaba.

—¿Y bien, qué quieres?

Se acercó a mí despacio, sabiendo que yo no iba a detenerla. Odiaba aquello, pero mi cuerpo tenía otra opinión. Era un miserable traidor hambriento de dopamina, y ella sabía exactamente cómo activarlo.

Se arrodilló entre mis piernas y las abrió antes de enganchar sus manos en mi cintura y bajarme la bragueta. Cuando sus fríos dedos tocaron mi piel, di un respingo, pero no la aparté. Sally liberó mi polla, que ya estaba medio dura y, sin más preámbulos, se la metió en la boca como la buena experta que era.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, liberando un gruñido ronco. Era demasiado buena, fruto de las horas de práctica en los callejones y en los coches de desconocidos. Usaba la lengua y la garganta con una avidez que no buscaba placer, sino eficiencia. Me la chupó con rabia, succionando hasta que sentí la sangre agolparse en mi ingle. Me había llevado al borde del abismo en cuestión de segundos.

—Joder... —jadeé, agarrando un puñado de su pelo revuelto.

Justo antes de correrme, se apartó y apretó la base de mi erección. Eso me provocó un gemido estrangulado. Entonces, se subió a horcajadas sobre mí. Abrió un condón que sacó de entre sus pechos y me lo puso sin dejar de mirarme. A continuación, se apartó las bragas y se empaló de golpe, tragándome entero.

El gesto fue tan bruto y placentero que tuve que aferrarme a sus caderas con tanta fuerza que creí que le dejaría mis dedos marcados. Empecé a embestirla desde abajo con una violencia que buscaba hacer daño, o quizás sentir algo que no fuera ese puto vacío.

—Siempre te ha gustado verme cabalgar encima de ti —jadeó ella, orgullosa.

—Tampoco me dejas alternativa.

Se inclinó hacia mi boca.

—Eres el único al que puedo someter. Y eso te encanta, Noah.

El sonido de nuestros cuerpos chocando, carne contra carne, llenó la habitación, mezclándose con el crujido rítmico de los muelles viejos del colchón. Sally gemía. Yo gruñía con los dientes apretados, follándomela con una urgencia casi dolorosa.

Cerré los ojos con fuerza. Hacía aquello para olvidarme de todo. Del hambre, de las peleas, de la deuda, de la incertidumbre y el frío. De mi madre muriéndose conmigo entre sus brazos. Follé incluso para borrar la imagen de Kenny señalando la pantalla.

—Más fuerte, Noah... —me pidió Sally.

Le obedecí. Aceleré el ritmo, convirtiendo el acto en una fricción mecánica y brutal, una carrera hacia la nada. Era pura inercia, sudor y fluidos. Una descarga de rabia, no de placer.

El clímax nos golpeó a los dos casi a la vez.

Me corrí con un espasmo violento que me sacudió entero, vaciándome pero dejándome el alma igual de hueca. Fue solo un alivio muscular, una pequeña muerte que duró unos segundos antes de devolverme a la miserable realidad de mi habitación en Andover.

Sally se derrumbó sobre mi pecho. Yo me quedé mirando al techo, sintiendo cómo el latido de mi propia polla disminuía, y deseé haber muerto esa noche junto a mi madre.

11

KENNY

El pitido final del árbitro provocó un rugido ensordecedor en el estadio. La afición no estaba contenta, pero la nuestra gritaba de alegría y orgullo. Levanté la vista hacia el marcador. Las letras brillaban en un rojo humillante para los locales, certificando la goleada. Arsenal 1, Tottenham 4.

Había marcado un *hat-trick*. Lo que se traducía en tres las ocasiones que había mandado callar a sesenta mil personas. Había jugado con una rabia fría y calculada, canalizando la muerte de mi padre y la culpa corrosiva por lo de Noah en cada carrera, cada regate y cada disparo a puerta. Esa noche no lo consideré jugar al fútbol, sino una purga de toda la mierda que me perseguía. Y eso me había llevado a ser el rey indiscutible del encuentro.

Estaba empapado en sudor, con la camiseta pegada al pecho y la adrenalina bombeándome en los oídos. A mi alrededor, la grada más radical de los Gunner seguía abucheándome. Me insultaban, llovían vasos de plástico y monedas cerca de mis botas.

Normalmente, me encantaba. Me alimentaba de ese odio tribal. En otro momento, yo mismo lo habría incentivado, me habría señalado el escudo del gallo en el pecho, habría mandado callar a la grada con un dedo en los labios o habría hecho mi habitual *show* de arrogancia para desquiciarlos aún más.

Pero hoy no me apetecía.

Bajé la cabeza, ignorando los cánticos de «¡Muérete, Langford!», y caminé directo hacia la boca del túnel de vestuarios. Solo tenía una cosa en mente. Una obsesión que no había podido sacarme de la cabeza desde el calentamiento.

Entré en el túnel.

El ruido ensordecedor del estadio se amortiguó de golpe al cruzar el umbral de hormigón. Allí, lejos de las cámaras principales que buscaban la entrevista postpartido, intercepté a mi objetivo.

Walker.

El mediocentro defensivo del Arsenal caminaba unos metros por delante de mí, con los hombros hundidos por la derrota. Era un buen tipo fuera del campo, aunque un camorrista de cuidado dentro del terreno de juego.

Walker tenía cara de querer matar a alguien —preferiblemente a mí—, pero cuando nuestros caminos se cruzaron, se detuvo. A pesar de la derrota, había respeto.

—Eres un puto grano en el culo, Langford —escupió, quitándose la camiseta empapada y tirándomela directamente a la cara—. Tres goles. Espero que te lesiones la semana que viene.

Me eché a reír, atrapando la tela roja al vuelo. Olía a esfuerzo y derrota.

—Siempre es un placer profanar vuestro templo, Walker. Pero no te preocupes, te compensaré.

—Vete a la mierda —se burló él, aunque sin veneno real.

Sonreí de medio lado. En el fondo, Walker me caía de puta madre. Era un bocazas y un bruto, pero era honesto. Posiblemente, el único Gunner de la plantilla al que no me importaba invitar a una copa.

Caminamos juntos unos metros más hasta detenernos bajo el arco de hormigón que separaba los pasillos hacia los vestuarios locales y visitantes. A nuestro alrededor, el tráfico de utilleros, fisios y cámaras era un caos, pero nosotros creamos nuestra propia burbuja de calma en medio de la tormenta.

—¿Y bien, cómo estás?

No hizo falta que especificara. Sabía que me preguntaba por el tirano de mi padre. Pero Walker, fiel a su estilo, no dejó que el momento se pusiera sentimental.

—Creía que nos íbamos a librar de ti hoy —remató.

—No quería perderme la posibilidad de machacaros —repliqué al instante.

Walker soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Joder, cuánto te odio.

Se pasó una mano por el pelo y luego me miró fijamente.

—Venga, desembucha. Tienes cara de buscar algo.

—Información. De la que no sale en The Tribune.

Walker arqueó una ceja, intrigado.

—¿Problemas de faldas? No me lo creo.

Y era normal que no lo creyera. Mi relación con Sofía era extraordinaria. Muy grande tenía que ser la traición para que eso terminara con nosotros.

—Más bien, curiosidad turística. —Le clavé una mirada seria, desprovista de cualquier rastro de humor—. Me han hablado de los Arcos de Finsbury. Las peleas de jaula de Butcher.

A Walker se le borró la sonrisa de golpe. Vi cómo su nuez subía y bajaba al tragar saliva.

—¿Qué coño dices? A ver… —Hizo un gesto de calma con las manos, mirando alrededor para asegurarse de que nadie más escuchaba—. Entiendo que la muerte de tu padre ha sido un golpe duro y que ahora estás un poco jodido, tío. Pero los Arcos es un matadero, Langford.

—Lo sé.

—No, no tienes ni puta idea, créeme.

—Pero tú has ido.

—Dos veces —admitió, bajando la voz hasta convertirla en un susurro áspero—. Y prácticamente porque me obligaron, joder.

Nos miramos. El silencio se estiró entre nosotros, tenso como una cuerda de piano. De alguna forma, Walker estaba evaluando qué tan en serio iba, pero al ver que yo me mantenía impasible, se frotó la frente, visiblemente inquieto.

—Ese lugar es territorio de los Herd. Si te ven allí… —Se detuvo a coger aire—. Joder, Kenny, te odian a muerte. Eres plenamente consciente de ello. No tienes más que ver cómo te gritan los nuestros. Si te pillan en su terreno, lo más suave que podrían hacerte es lincharte.

Eso lo sabía bien. Sabía que el N7 era zona prohibida para mí. Sabía que mi cara era la diana perfecta para cualquier radical borracho con ganas de gloria. Pero me importaba una mierda. En mi cabeza solo vivía la imagen granulada de un chico fumando en una azotea.

—Nadie me va a ver. Iré de incógnito. Sé que tú has estado. Necesito entrar, Walker.

Me sostuvo la mirada. Seguramente le asombró el tono casi suplicante que usé. Al final, resopló. Sabía que no iba a cambiar de idea, y tampoco se atrevía a preguntar los motivos reales por los que quería ir. Probablemente asumió que solo buscaba una retorcida forma de adrenalina para olvidar el ataúd de mi padre.

—Estás como una puta cabra —sentenció, negando con la cabeza.

—¿Me vas a ayudar o tengo que preguntarle a tu portero? —bromeé, recuperando esa sonrisa afilada que sabía que le jodía—. ¿Estaba torpe hoy o es solo mi imaginación?

Walker soltó un resoplido incrédulo.

—Ni se te ocurra acercarte a él. Ahora mismo te tiene un asco que no puede ni verte.

Nos echamos a reír, pero la inquietud ya se había instalado entre los dos como una niebla fría. Yo, porque necesitaba esa respuesta como el oxígeno. Él, porque en el fondo era un buen tío y estaba preocupado por mi integridad física.

—Joder… Vale —suspiró derrotado—. Si te han llegado rumores de la jaula, sabes dónde es. Así que ve a la entrada trasera, la que da al depósito de chatarra, en la zona industrial. Olvida la puerta principal, ahí te reconocerían al instante. Cuando llegues a la verja metálica, pregunta por Jackie.

—Jackie —repetí.

—Dile que vas de parte de «El Francés». Y por lo que más quieras, Kenny, lleva seguridad —añadió, esta vez sin rastro de burla —. Billy Butcher no juega con reglas ni árbitros. Ese tío está loco.

Asentí.

—Gracias, Walker, te debo una —dije, dándole un apretón en el hombro—. Disfruta de la derrota.

—¡Qué capullo! —sonrió él, empujándome antes de enfilar el camino hacia su propio infierno.

Cerré los ojos un instante. El partido de mi vida no había hecho más que empezar.

12

NOAH

Esa noche lucharía yo solo. No sé por qué Billy lo quiso así. Liam, Connor o Nate eran muy buenos. Incluso Anthony podía darle un buen espectáculo. Las ansias de ganar habrían reducido un poco más la deuda. Sin embargo, a ese bastardo no parecía importarle que el hambre empezara a hacer estragos. Y las fuerzas menguaban. Lo notaba incluso en el simple hecho de permanecer de pie.

Me pasé la venda de algodón barata alrededor de mis nudillos, como siempre. Fuera de mi escondite, el infierno ya había empezado. Pero hoy no era el bullicio habitual de las apuestas y los gritos de ánimo. Se respiraba una rabia que me ponía los pelos de punta.

La culpa la tenía el fútbol y el maldito Kenny Langford.

La humillación del día anterior contra el Tottenham todavía escocía. Y es que perder contra el mayor rival era una infamia y, para desquitarse habían ido allí, al subsuelo, buscando sangre para purgar su frustración. Necesitaban ver dolor para olvidar el suyo. Así de patético era todo.

Cerré los ojos un instante.

Les había pedido a los chicos que no fueran esa noche, que no necesitaba sus gritos de ánimo. Esperaba terminar pronto y enterrarme en mi catre para olvidar lo dolorosa que era la inanición. Pero, en realidad, lo había hecho porque algo de mí sospechaba que

Billy me tenía un regalo muy desagradable. Si me quería solo, no podía ser bueno. Y yo no quería que los míos lo vieran.

Negué con la cabeza. Tenía que concentrarme. Si salía ahí fuera con miedo o con dudas, me comerían vivo. Y bastante tenía ya con los temblores.

De pronto, noté los ojos de un depredador en la nuca y una energía oscura y burlona que conocía demasiado bien.

Billy Butcher apareció de entre las sombras. Sus pupilas brillaban con esa malicia sádica de quien está a punto de ver un accidente de tráfico en primera fila.

—Te veo tenso, Cisne —comentó—. Deberías relajar los hombros. La tensión hace que los huesos se rompan fácilmente.

No le miré. Seguí ajustando la venda, comprobando la flexibilidad de mis dedos. Mi fuero interno maldijo el día en que conocí a ese tío. Y también maldije no haber muerto de frío en el pecho de mi madre. Joder, qué gran momento habría sido. Cuánto alivio habría sentido.

—¿Quién es? —pregunté.

—¿Quién es quién?

Dejé caer las manos y clavé la vista en él.

—Me has llamado solo a mí porque tienes en mente una puta carnicería. No te hagas el tonto, Billy —escupí—. He visto las apuestas en la pizarra de la entrada. Están pagando 5 a 1 a que no paso del segundo asalto. ¿Quién coño es mi rival?

El bastardo hijo de puta soltó una risa ronca, le dio una calada profunda a su cigarro y lo tiró al suelo, disfrutando del momento.

—Goran. El Carnicero.

El estupor me congeló por completo.

Conocía ese nombre. Maldita sea, creo que no había nadie en ese mundillo que no lo conociera.

Goran no era un luchador cualquiera, sino un puto criminal. El tipo había incluso matado a un hombre en una jaula en Birmingham. Era tan salvaje y brutalmente eficiente, que casi todos sus rivales

salían del combate a arrastras o iban directamente al quirófano con daños permanentes.

Me extrañó que hubiera salido de la cárcel con ese historial.

—Ese tío pesa sesenta kilos más que yo —repliqué, sintiendo cómo la lógica chocaba contra el pánico que intentaba trepar por mi garganta—. ¿Cómo esperas que te pague si me matan? No vas a ver un penique de un cadáver.

Billy se encogió de hombros con una frialdad que me heló la sangre.

—Que luchen tus Furin —soltó con una tranquilidad pasmosa—. Total, fueron ellos los que te metieron en este marrón, ¿no? Si tú te rompes, tengo a un grupo de críos con los que cobrarme la deuda.

La mención a mis chicos, mi familia, amenazó con mandar a la mierda mi autocontrol. No soportaba la idea de ver a mis pequeños dentro de aquella jaula. Algunos de ellos siquiera sabían dar una maldita patada.

Me vi capaz de arrebatarle la vida con mis propias manos. Lo deseaba, había soñado miles de veces conmigo empuñando una navaja y hundiéndosela en el pecho hasta llenarlo de surcos sanguinolentos. Era casi como una fantasía perfecta.

«La cárcel no sería distinto a esto. Pero al menos tendrías comida», ironizó mi fuero interno.

Quizá era eso lo que quería Billy, provocarme lo suficiente como para tener una excusa. Con ese tipo de hombres no se podía negociar.

—Eres un hijo de puta —gruñí iracundo.

—Solo soy un hombre de negocios, cisne. —Me dio una palmada en el hombro—. Suerte ahí fuera.

Me quedé solo en la penumbra. Bajé la vista y miré mis puños vendados. Mi respiración se había vuelto un fuelle rápido y entrecortado. El miedo a Goran había sido sustituido por el odio hacia Billy. Ya no se trataba de las libras. Hoy no peleaba por dinero. Peleaba por puro orgullo. Peleaba para que ninguno de mis chicos

tuviera que pisar jamás ese infierno. Y, sobre todo, peleaba para no darle el gusto a ese cabrón de verme sucumbir.

Si querían sangre, la tendrían.

13

KENNY

Me había vestido de negro. Vaqueros oscuros, botines de cuero y un abrigo de lana con el cuello subido hasta las orejas. Quería pasar lo máximo desapercibido posible para convertirme en una sombra más de un barrio que parecía devorar la luz.

Finsbury Park de noche no tenía nada que ver con las zonas que yo frecuentaba. Allí, la oscuridad rezumaba una hostilidad que erizaba la piel. Era el tipo de sitio donde la gente no paseaba.

Cuando Daniel me mostró toda la información, nunca creí que terminaría allí. Leer sobre la miseria de Noah en un papel había sido doloroso. Qué mierda, me había destrozado, pero no dejaba de ser teoría. Una historia abstracta. Pero al pisar el mismo suelo que él pisaba la situación cambiaba. Eso convertía la tragedia en una bofetada de realidad que apenas me dejaba respirar.

Me sentí un intruso en su dolor, un turista de la desgracia ajena. Y, sobre todo, me sentí culpable. Culpable por cada una de las noches que yo había dormido cómodamente mientras él se consumía en aquellas calles.

Llegué a la zona de los Arcos Ferroviarios, a la parte trasera tal y como me había indicado Walker. La estructura me pareció surrealista. Eran enormes bóvedas de ladrillo rojo victoriano, pero no tenían el encanto histórico del centro de Londres. Allí, el ladrillo estaba ennegrecido por décadas de hollín y abandono, goteando una humedad negra que parecía sangrar de las paredes.

Parecía que estaba a punto de entrar en el set de una película distópica. Era como si la ciudad perfecta que yo conocía estuviera enseñándome las tripas.

De repente, un tren de mercancías pasó por encima de las vías elevadas. El estruendo fue brutal y pensé en Noah viviendo bajo ese estruendo constante. Se me encogió el corazón. ¿Cómo se podía soñar con algo bonito cuando el mundo le gritaba de ese modo?

Busqué la entrada que no era más que una puerta de metal oxidada custodiada por dos armarios empotrados con cara de pocos amigos.

Me acerqué con paso firme. Los gorilas me escanearon de arriba abajo. No hizo falta presentaciones. Noté el chispazo de reconocimiento al instante, seguido de una mueca de absoluto desprecio. Era el odio tribal del fútbol mezclado con el asco de la diferencia de clases.

No me dieron tiempo ni a saludar.

—¿Te has perdido de camino al baile, muñeca? —soltó uno de ellos.

—¿Eres Jackie? —pregunté, tal y como me había indicado Walker.

El tipo me miró con desconfianza.

—Depende de para qué.

—Quiero entrar.

Se echaron a reír. Me sentí ridículo allí plantado, con mi abrigo caro y mis modales de escuela privada, intentando negociar con dos muros de hormigón que custodiaban lo que dentro era un espectáculo sangriento y vulgar.

—¿Lo has escuchado, Jonny? La muñeca quiere entrar.

El tipo dejó de reír de inmediato. Me puso la piel de gallina. A continuación, se inclinó hacia mí.

—Esto es un club privado. Solo invitados —siseó—. O carne para la jaula. Así que ahueca el ala.

Me obligué a no ceder ni un milímetro, pese a que sabía que tenía todas las de perder. Nunca me había visto en la tesitura de tener que pelear de verdad. Lo máximo que había hecho habían sido empujones en el campo o peleillas tontas en el patio del colegio cuando era un crío. Nada que ver con partirme los dientes. Esos tipos eran otra liga, si me ponían una mano encima, me destrozarían.

—Vengo de parte de «El Francés» —solté de pronto.

Se miraron entre ellos y el ambiente cambió. El código de Walker funcionaba, pero no fue suficiente para que se volvieran amables. Al contrario, la mención del contacto pareció irritarles aún más.

—Creo que si te parto una pierna nos haría un favor a todos —dijo el tal Jackie, bajando la vista hacia mis rodillas, esas que valían millones de libras.

Sentí un chispazo de indignación. El miedo estaba ahí, sí, pero mi orgullo era un animal estúpido que no sabía cuándo callarse.

—Parece que esa es la única forma en la que podríais ganar. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, lamenté ser tan arrogante.

«Imbécil», me dije a mí mismo. «Eres un gilipollas redomado, Kenny».

El tipo gruñó y se lanzó hacia mí con el puño en alto. Me tensé, esperando el impacto, pero fue el tal Jonny el que lo detuvo, poniéndole un brazo en el pecho.

—Jackie, no.

El tipo se detuvo, respirando fuerte, y me fulminó con la mirada. Finalmente, escupió al suelo, cerca de mis zapatos.

—Mil libras —masculló Jackie—. En efectivo. Y si te entran ganas de vomitar, te lo tragas. No quiero limpiar tu mierda, ¿te enteras?

Ya imaginaba que el código de honor de los bajos fondos tendría un precio, así que me había preparado con antelación.

Sin dejar de mirarle a los ojos, saqué un grueso fajo de billetes del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo entregué casi con desdén.

—Toma, mil quinientas —dije con frialdad—. Así te sobra para hacerte una limpieza bucal. Abre la puta puerta.

El tipo cogió el dinero con un movimiento espasmódico, como un reptil cazando una mosca. Contó los billetes pasando el pulgar a toda velocidad, comprobó que eran reales al tacto y soltó un gruñido de satisfacción. Le importó una mierda el insulto.

Se apartó, desbloqueando el acceso con un ruido metálico y pesado. Al pasar por su lado, me dio una palmada en la espalda.

—Adelante, disfruta del espectáculo —se burló Jackie—. Intenta que no te salpique la sangre. Esa mierda no sale de la seda.

Crucé el umbral.

El sonido de las bisagras oxidadas cerrándose a mi espalda fue como el chirrido de la entrada al inframundo. De repente, sentí la adrenalina del peligro real. Fue una sensación desoladora que me encogió el corazón y me hizo plenamente consciente de que me estaba metiendo en las entrañas del mundo de Noah.

Miré a mi alrededor. El interior era cavernoso. Techos altos abovedados de ladrillo se perdían en la oscuridad, oprimiendo el ambiente. La iluminación era artificial y agresiva: focos halógenos mal instalados que cortaban la oscuridad con haces de luz blanca y dejaban el resto en una penumbra total, ideal para esconder miserias. Y en el centro de todo aquel submundo estaba la jaula. Parecía un animalario. Una estructura de metal crudo rodeada de gente que se agolpaba contra la malla, gritando y empujándose.

Sentí una claustrofobia repentina, y eso que el lugar era enorme.

«¿De verdad este es tu mundo, Noah? ¿De verdad ese bastardo que se pudre en un ataúd te lanzó a este pozo de miseria?».

El dolor que experimenté al pensar en ello no era nada comparado a lo que hubiera padecido en el pasado. No se podía erradicar y mucho menos silenciar.

Mis ojos se toparon con una estructura de andamios industriales. Aquello debía ser el palco. Había gente riendo. Hombres de negocios, puede que incluso algún político o banquero de la City, charlando animadamente mientras esperaban a que dos desgraciados se mataran a golpes para su entretenimiento.

La visión de esa élite disfrutando del espectáculo me retorció las tripas.

Daniel ya me había preparado para esto, me había hablado de la clientela de Butcher y de cómo se manejaban los bajos fondos. Pero verlo con mis propios ojos me dejó sin aliento.

Necesitaba sacar a Noah de allí. Ya. La urgencia me quemaba en el pecho.

Lo busqué mirando a todas partes entre la marea de cabezas, tratando de mantenerme en las sombras para que no me reconocieran. No podía meterme en el meollo de gente y llamarlo a gritos. Me lincharían antes de que pudiera dar dos pasos. Y, sinceramente, tampoco creía que Noah se dejara alcanzar por mí. ¿Qué coño iba a decirle, joder?

—¿Queréis sangre? —gritó el presentador a través de un megáfono.

La gente rugió al unísono. El presentador volvió a repetirlo, azuzando a las bestias, y el lugar pareció a punto de desplomarse por el griterío histérico. Sentí cómo se me erizaban los pelos de la nuca.

—¡Pues que empiece la guerra! —bramó el tipo—. Démosle la bienvenida a… ¡Black Swan!

El abucheo fue tan sonoro que me mareé. Tuve que apoyarme en una columna para no perder el equilibrio. El corazón se me subió a la garganta.

Y entonces, lo vi.

Noah.

El resto del mundo desapareció de golpe. Los gritos, el olor a sudor, los ricos del palco… Todo se desvaneció. El ruido se volvió un

zumbido lejano, como si estuviera bajo el agua.

Solo existía él.

Caminaba hacia la jaula bajo la luz cruda y blanca de los halógenos. Iba con el torso desnudo, las manos vendadas y la cabeza baja.

Lo observé con una intensidad dolorosa.

Mientras la multitud veía a un animal, yo detecté aquello que Noah quería ocultar. El sutil temblor de sus piernas, como si los músculos no tuvieran combustible para sostenerlo. El aliento entrecortado, las manos cerradas en puños. La palidez de su piel bajo los focos, esos labios rosados que destacaban sobre su cara de porcelana, los hematomas que salpicaban su piel, los largos mechones de su flequillo negro ocultando aquello que yo tanto ansiaba ver.

Sus ojos.

Apreté los dientes.

Creo que no estaba preparado para descubrir esa mirada perdida y rabiosamente azul. No eran los ojos de un luchador, sino los de alguien que ya no estaba allí. El mismo que ya lo daba todo por perdido y estaba esperando a que terminara.

Deseé con todas mis fuerzas abrazarlo. No supe por qué. La pobreza no hace al individuo una buena persona. No sabía nada de él a nivel personal, ni cómo pensaba, ni con qué soñaba, ni qué sentía. Solo conocía la vida de mierda que había llevado por culpa de mi padre… y el suyo. Pero eso no justificaba que yo quisiera atesorarlo entre mis brazos y librarlo de todo mal.

Sonó la campana.

Ni siquiera había visto cómo subía su contrincante. Lo descubrí justo cuando se lanzó a por Noah. Era una bestia violenta que solo buscaba sangre.

Fue devastador.

Cada vez que ese gigante golpeaba, yo me estremecía físicamente en las sombras, apretando la mandíbula con tanta fuerza

que sentí un crujido. Noah intentaba esquivar, se movía con agilidad, pero su rival era una mole que no daba tregua.

Desde mi posición, tan alejado como estaba, pude oír el sonido de un puño impactando contra sus costillas. Llegó hasta mí por encima del griterío, y me llevé la mano a mi propio costado al notar un reflejo de ese dolor. Era una tortura silenciosa y desesperante. Quería gritar. Quería saltar la valla, parar el tiempo, hacer algo. Pero estaba paralizado por el horror de ver a ese chico siendo destruido sistemáticamente mientras cientos de personas lo celebraban.

Noah lanzó un golpe débil. La Bestia ni se inmutó. Y entonces, llegó el final. El gigante conectó un gancho brutal, directo a la mandíbula. La cabeza de Noah giró con una violencia repugnante, y se desplomó en el suelo.

Avancé un par de pasos por puro instinto, dispuesto a meterme en la jaula. Pero me contuve. Mi versión más visceral le importaba una mierda lo que me pasara. Pero mi parte racional, esa pequeña voz que aún funcionaba entre el pánico, me gritó que aparecer solo traería problemas.

La multitud rugió extasiada ante el KO.

Pero para mí se hizo el silencio absoluto. Un silencio blanco y frío. Sentí que el corazón se me paraba en el pecho.

«Levántate, joder, muévete», supliqué mentalmente. Pero Noah no se movía.

De pronto, la puerta de la jaula se abrió con un chirrido. Entró un chico con cara de pánico y se lanzó a Noah con desesperación. Supuse que sería uno de los suyos, un miembro de su banda.

El chico agarró a Noah por las axilas y tiró de él. Lo arrastró fuera de la jaula, dejando un rastro de sangre en el suelo. La imagen fue tan cruel que algo se rompió dentro de mí. Y me sentí un cobarde de mierda.

Un maldito y sucio impostor.

14

NOAH

No supe en qué momento mis pies dejaron de tocar el suelo. Pero ahora sentía los brazos de alguien tirando de mí, sosteniéndome con desesperación por las axilas, pero mis piernas no respondían. Eran dos pesos muertos que se arrastraban por el cemento sucio dejando un rastro que prefería no mirar.

—¡Vamos, joder, vamos, Noah! —La voz de Liam me llegaba lejana, rota por el pánico, como si me hablara desde el otro lado de un túnel.

Intenté ayudarle. Intenté dar un paso, pero el simple hecho de mover la cadera envió un latigazo de agonía desde mi costado hasta mi cráneo que casi me hizo vomitar.

Me dolía todo. Era un dolor sordo y palpitante que me abarcaba entero, desde la raíz del pelo hasta las uñas de los pies. Sentía la viscosidad caliente de la sangre bajándome por la frente, pegándome el flequillo a la piel y cegándome el ojo izquierdo.

Liam me llevó hasta las columnas, lejos de los cegadores focos de la jaula y me apoyó con cuidado en la columna.

—Mierda, mierda... —jadeaba mi compañero.

Tomé una bocanada de aire, pero me arrepentí al instante. Fue como si me clavaran una cuchillada directa en las costillas. Solté un gemido ahogado y terminé escupiendo en el suelo un poco de saliva espesa y roja.

Miré a Liam. Estaba arrodillado frente a mí, pálido como un muerto. Joder, temblaba tanto que se me rompió el alma. Me daba igual lo que me pasara a mí, pero no soportaba ver a mi hermano sufriendo por mi culpa. No merecía ver cómo se rompía otro de los suyos.

Quería pedirle que me dejara allí, que huyera muy lejos con nuestros Furin, pero me salió la culpa.

—Perdóname… —susurré—. No he sido lo bastante fuerte.

—No digas tonterías.

Liam agarró mi cara con sus manos trémulas. Sus palmas estaban sudadas, pero ese calor fue lo único que me mantuvo atado a la tierra un instante más. Mi visión, en cambio, se escurría. Todo era como ver el mundo a través de un cristal sucio y lluvioso.

—Mírame, Noah. No cierres los ojos, por favor.

—Lo siento...

—Cállate. No lo sientas. —A Liam se le rompió la voz, y me acarició la mejilla con una desesperación torpe—. Has aguantado como un puto titán. Ya ha pasado. Ya te tengo.

El frío del suelo de hormigón me entumeció hasta calarme los huesos, pero ya no me molestaba. Más bien, era agradable, como las manos de mi amigo. Qué lejos quedaba el zumbido constante de la muchedumbre. Qué lejos.

Me parecía una mala idea morir así, tirado en un rincón oscuro de Islington, pero una parte de mí, la que estaba agotada de luchar, casi lo esperaba con alivio. Solo había una cosa que me impedía soltarme del todo.

—Los Furin… No quiero que luchen… —balbuceé, notando cómo la angustia superaba al dolor físico—. Son demasiado pequeños... Inocentes… No lo merecen… Por mi culpa…

—¿Qué estás diciendo? No es tu culpa —sollozó Liam, y sus lágrimas cayeron sobre mi piel, mezclándose con mi sangre—. Vamos a casa, ¿vale? Te haré una sopa. Te curaré. Pero quédate conmigo, Noah. No te vayas a ningún lado.

Luché. Juro que luché por mantenerme consciente, no por mí, sino para tranquilizarlo a él. Pero mi cuerpo no respondía, pese a la necesidad feroz de proteger a Liam de su propio miedo.

—Estás llorando... —jadeé tratando de sonreírle—. Qué feo te pones cuando lloras...

Él soltó una risa húmeda y rota y usó la manga de su sudadera para limpiarme con brusquedad la sangre que me goteaba sobre la ceja.

—Y tú estás hecho un cuadro. Somos un par de bellezas, ¿eh?

Estaba perdiendo la batalla. No había épica en ello, solo una pesadez infinita que me arrastraba.

—¿Sabes que te quiero, verdad?

Miré a Liam a través de la niebla roja. Incluso así, medio ciego y aturdido, pude percibir la devoción absoluta y el terror puro en sus ojos. Me miraba como si yo fuera lo único que lo mantenía atado a al mundo.

—¿Por qué dices eso? —sollozó él.

Pensé en lo bonito que habría sido tener más tiempo a su lado. Quizá en otra vida, una donde no tuviéramos hambre, donde no hubiera jaulas ni deudas y pudiéramos ser dos críos compartiendo miles de sueños.

Tomé aire y solté la verdad que siempre había flotado entre nosotros.

—Solo lamento… no haberte querido como tú deseas…

Era la primera vez que hablábamos de los sentimientos de Liam de forma abierta. Era la primera vez que yo reconocía en voz alta que sabía que él me miraba con otros ojos. Ver cómo esa frase lo destruía, ver cómo su cara se descomponía de dolor y amor a partes iguales, fue mi última tortura.

Las lágrimas de Liam brotaron de nuevo, imparables. Negó con la cabeza, rechazando mi disculpa y mi pena. Me acarició el pelo con una ternura infinita y apoyó su frente en la mía, buscando conectarse conmigo, pasarme su vida.

—Que me quieras como un hermano me basta —balbuceó—. Siempre me bastó, Noah.

Cerré los ojos.

—No, no puedes dejarme, por favor.

La oscuridad abrió la boca y me tragó de un bocado. Sentí cómo mi cuerpo se desconectaba. Sabía que Liam me seguía hablando, notaba la vibración de su voz contra mi frente, pero ya no podía escucharlo.

Ojalá Liam hubiera sabido las tremendas ganas que tenía de abrazarlo.

De pronto, lo noté. Una sombra se acercaba. Me obligué a enfocar una última vez.

Vislumbré que no era de ese mundo. Vestía un abrigo de lana oscura, demasiado elegante, demasiado limpio para ese matadero. Distinguí un cabello rubio que parecía tener luz propia, brillaba incluso en la penumbra más absoluta, como un halo. Y sus ojos me observaban llenos de preocupación.

Mi cerebro, aturdido por los golpes y la falta de oxígeno, me susurró que aquello era imposible. Kenny Langford no pisaba agujeros de mierda como aquel. Kenny era un dios que vivía bajo los focos de los estadios.

No entendí por qué mi mente me regalaba esa imagen tan bonita justo en ese momento. Por más imponente que fuera ese hombre, yo siquiera lo idolatraba. Era simplemente un rival al que respetaba y al que miraba en secreto porque a veces mi mente corriente no entendía cómo demonios existía alguien tan perfecto.

No entendí por qué veía a Langford y no a mi madre. Pensé, con una lógica infantil y rota, que habría estado genial ver a mamá y abrazarla otra vez. Sentir su olor y no el de mi propia sangre. Habría sido poético morir de frío en sus brazos, igual que ella murió en los míos.

«Mamá, podrías cogerme la mano… Daría lo que fuera por volver a sentir tu mano sobre la mía», pensé.

Pero mi mente eligió al «Golden Boy». Quizá porque él representaba todo lo que yo nunca fui. Quizá porque el amor que Sam sentía por ese hombre era tan puro y cálido que a mí podría abrigarme en el peor momento.

No lo sabía. Y tampoco quise luchar contra ese delirio. Me aferré a él con la poca fuerza que me quedaba en los dedos. Si iba a desmayarme, prefería hacerlo mirando a mi ángel inventado antes que a la oscuridad que me rodeaba.

Acepté la alucinación como un consuelo final. Un último regalo piadoso de mi cerebro.

Y entonces, dejé de resistirme.

15

KENNY

Lo vi todo desde mi refugio en la penumbra, a solo unos pasos de distancia. Y no pude moverme. Fue incapaz de intervenir, pero también me sentí un *voyeur* de la tragedia más íntima que había presenciado jamás. Escuché cada susurro roto, cada sollozo ahogado. Escuché a ese chico, Liam, declararle su amor incondicional a un moribundo, y escuché a Noah pedir perdón por no ser lo bastante fuerte.

No estaba preparado para que se me rompiera el alma.

Aquella fragilidad, aquella pureza en medio de tanta inmundicia, me destrozó como nunca. Me sentí pequeño y sucio por estar allí de pie mientras ellos se despedían. Y pensé en los días en que creí que perdería a Gianni, en el dolor que experimenté cuando no supe qué hacer por él. Entendía ese tipo de amor, pero esos dos hombres lo habían elevado al paraíso, y eso era muy complicado de procesar.

De pronto, Noah alzó la vista.

Sus ojos me encontraron en la oscuridad. Me preparé para el rechazo. Esperaba ver odio, miedo o el reconocimiento del rival que viene a burlarse. Pero lo que encontré me dejó sin aliento. Detecté una devoción que nada tenía que ver con la conciencia. Fue quizá la vez que más cerca estuve de la pureza.

Me miró con una mezcla de asombro y paz infinita, con la expresión de un creyente que ve abrirse las puertas del cielo en su hora final. Me observaba como si yo fuera una aparición divina. Un

ángel vengador o un dios pagano que había descendido al infierno solo para sacarlo de allí.

Dios, esos ojos me atravesaron como una lanza. Me hizo sentir aún más indigno, porque yo no era ningún salvador, sino el hijo del hombre que lo había condenado a esa vida.

Sin embargo, noté algo más. Una conexión eléctrica que me erizó la piel y silenció el ruido del mundo. Me prometí que ese hombre no volvería a sufrir, incluso si yo ya no estaba para protegerlo con mis manos.

Entonces, su cuerpo cedió de golpe. Liam intentó traerlo de vuelta a la consciencia, pero su propio llanto desesperado no le dejó.

De pronto, el instinto tomó el mando. Salí de la protección de la columna y me agaché junto a ellos. Liam estaba demasiado aturdido como para frenarme. Así que pude extender una mano y tocar el cuello de Noah en busca de su pulso.

Al hacer contacto con su piel, me quedé helado por el contraste. Estaba ardiendo. Tenía una fiebre salvaje que me quemó la palma de la mano. Bajo mis dedos, noté la textura pegajosa de la sangre, un sudor frío y la capa de suciedad de la jaula que cubría su palidez.

Su cabeza terminó cayendo suavemente contra mi pecho. De inmediato, lo envolví con mis brazos, creando un escudo. Al sentirlo así, tan frágil, tan roto y pequeño, tuve que tragarme una punzada de dolor.

Lo apreté con fuerza. Era la primera vez que lo tocaba, la primera vez que sentía su peso, y sin embargo lo sentí como algo definitivo. Una sensación de posesión absoluta, casi animal.

«Ya te tengo, Noah. Te tengo».

Liam se quedó paralizado.

Sus ojos viajaron de la cara destrozada de su amigo a la mía. Estaba viendo al jodido Kenny Langford arrodillado en el asfalto y sujetando a su «hermano» como si fuera lo más valioso del mundo. El *shock* le hizo empalidecer y sus pupilas se dilataron tanto que por un momento temí que fuera a desmayarse él también.

—Tú eres… eres… —tartamudeó, con la voz estrangulada.

No podía darle tiempo a asimilar quién era yo ni qué demonios hacía allí. No mientras sentía cómo la vida de Noah parpadeaba contra mi pecho.

Sin embargo, en medio del caos, un detalle me encogió el corazón. Pese al miedo, pese al temblor y mi presencia, el chico no había soltado la mano de Noah. Se aferraba a sus dedos inertes como si fuera un ancla en medio de la tormenta.

—Está ardiendo —desvelé—. Y apenas puede respirar. Tenemos que sacarlo de aquí.

Liam sacudió la cabeza, confundido y visiblemente asustado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó trémulo.

—No tenemos tiempo para eso…

¿Qué iba a decirle? «Hola, resulta que mi padre es el monstruo que arruinó la vida de tu amigo y vengo a limpiar mi conciencia y a arreglar el estropicio que provocó ese hijo de puta que descansa en un panteón de lujo».

—¿Has apostado por él? —masculló.

Lo miré a los ojos, serio y tajante. Aquello me ofendió, me hizo sentir sucio, pero suavicé la expresión al instante al detectar el terror detrás de su pregunta. Entendí perfectamente que no me estaba atacando. Liam solo intentaba proteger a Noah de otro buitre más que viniera a cobrar su libra de carne.

—Yo no apuesto para que otros se maten.

La respuesta dejó a Liam mudo. Y mientras él trataba de reaccionar, yo me quité el abrigo a toda prisa y cubrí a Noah con él. Notaba la mirada del chico sobre mí, estupefacta y aterrada. No concebía que Kenny Langford estuviera tratando a su amigo con tanta reverencia.

—Te llamas Liam, ¿cierto? —pregunté.

Él miró a Noah, inerte bajo la tela cara, y luego volvió a mirarme a mí. Se sentía pequeño e insignificante, pero reconoció el respeto con el que yo lo observaba. Respeto por haberse quedado y por

amar a Noah tanto como para enfrentarse al mundo. Y eso, en el fondo, me conmovió más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Sí… Sí. Liam Addison —suspiró él como si su nombre ya no significara nada en medio de aquel desastre.

Apoyé una mano en su hombro. No dejaba de temblar.

—Bien, Liam. Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —jadeó.

La forma en que lo dijo, con esa mezcla de inocencia y terror absoluto, me terminó de romper. Vi tanta miseria en sus ojos, tanta desesperanza, que me dieron ganas de prenderle fuego al mundo. Ese chico esperaba que lo llevara a un matadero y no a un lugar seguro.

—Tu amigo necesita un médico.

Me contuve de mencionar el nombre de Noah. A ojos de Liam, se suponía que no nos conocíamos, y tenía que mantener esa farsa un poco más.

—No… No podemos… No puedo pagarlo —sollozó—. Y si lo llevas al hospital llamarán a la policía y entonces… —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a llorar de pura impotencia—. Ah, ¿qué le voy a decir a los chicos?

Se me encogió el estómago al ver su angustia. No podía dejar que colapsara ahora, lo necesitaba entero. Lo cogí del cuello con firmeza y lo acerqué a mí, obligándole a mirarme a los ojos.

—Ey, respira, ¿vale? —le pedí cortando en seco su espiral de pánico.

—¿Se va a morir? —tartamudeó, mirándome como si yo tuviera el poder de decidir sobre la vida y la muerte.

—Por supuesto que no. No voy a dejar que eso pase, ¿me oyes?

Entonces, cogí a Noah y lo levanté del suelo. Me hirió que apenas pesara. Era como levantar a un niño. Un crío de metro setenta y cinco. No podía creerlo. Yo, que había donado millones, que había salvado a miles de chicos de ese destino con mi fundación.

Apreté los dientes. No era momento para odiar a Alistair Langford, pero lo odié con toda mi alma.

—Vamos, muévete.

—¿Por qué haces esto? —preguntó asfixiado y destruido.

—¿Prefieres que os deje aquí tirados?

—No… —gimió cabizbajo—. Si se muere, yo…

—No se va a morir. Lo prometo.

Liam asintió lentamente. La forma en que me miró entonces cambió. Ya no había miedo ni sospecha. Me miraba como si yo fuera un ángel, otra vez y se aferró a mi promesa porque no quería perder a su amigo. Esas lágrimas… Me dije que haría lo imposible por no volver a verlas.

16

KENNY

Llevábamos unas dos horas en The London Clinic, uno de esos hospitales privados donde el silencio se pagaba a precio de oro. A esas horas, bien entrada la madrugada, la cafetería estaba cerrada a cal y canto. Sin embargo, el apellido Langford y el discreto destello de mi tarjeta American Express Platinum habían obrado el milagro. Así que ahora me encontraba junto a Liam allí sentados.

El chico parecía un extraterrestre en aquel entorno. Con su sudadera desgastada y sucia de hollín, los vaqueros rotos y las zapatillas que pedían a gritos un recambio, desentonaba violentamente con la elegancia aséptica del lugar.

El muchacho tenía las manos sobre la mesa y yo no podía dejar de mirar sus nudillos magullados. Se los había lavado, pero sus dedos todavía tenían ese rastro rosado que deja la sangre. Y seguían temblando. Todo el temblaba y no era por el frío.

Había conseguido que le sirvieran comida caliente. Un plato contundente y humeante mientras yo me limitaba a beber café para mantenerme alerta.

La batalla había sido convencerlo de comer. Liam miraba el plato con una mezcla de deseo animal y rechazo moral. Su estómago rugía, podía escucharlo, pero se había negado a tocar los cubiertos.

Lo entendía porque había visto esa misma mirada en los chicos a los que ayudaba en mi fundación. Liam no soportaba la idea de llenarse el estómago sabiendo que los suyos probablemente no

tenían nada que echarse a la boca esa noche. Y, por si fuera poco, Noah estaba ingresado.

—No me lo merezco —rezongó cabizbajo.

—¿El qué?

—Todo esto…

La realidad que desprendía Liam era devastadora. Un chico que creía que no merecía un plato de comida caliente o un trato digno solo porque la vida lo había tratado a patadas. Me costó horrores silenciar el malestar que me producía.

Entonces, empujé el plato hacia él. Sabía que ese chico necesitaba conservar la poca entereza física que le quedaba si quería seguir cuidando de los suyos.

—No creo que seas de los que desperdician comida, Addison. Come. Y háblame de esos chicos con los que compartes todo.

Nos miramos un instante. Él, con los ojos empañados. Yo, con la determinación de no dejarlo caer.

Liam cogió el tenedor con dedos temblorosos y empezó a comer. Al principio lo hizo con lentitud, masticando despacio mientras las lágrimas no dejaban de caer. Era una imagen desoladora.

—No vas a poder saborearlo si sigues llorando —le aconsejé—. Noah está bien, está a salvo.

—Eso no lo sé… Hace un rato que no nos dicen nada.

—Confía.

La palabra pareció detonar algo dentro de él y la presa de contención que había levantado durante horas, quizá años, reventó. Y soltó el tenedor.

—¡¿Por qué?! —estalló con la voz quebrada por la histeria—. ¡Ni siquiera te conozco! ¡Ni siquiera nos conoces! ¡Y mis hermanos estarán preocupados! Yo… Esto no debería estar pasando. No puedo más…

De pronto, el llanto de Liam se volvió convulso. Ya no eran lágrimas silenciosas, sino un dolor físico que lo dobló por la mitad en la silla, sacudido por unos violentos espasmos que apenas le

dejaban respirar. Estaba llorando de un modo tan visceral, tan primitivo y desgarrador, como nunca había visto.

Me levanté de mi silla y me arrodillé ante él. Aparté sus manos de la cara y las cogí, tratando de limpiar las lágrimas con mis pulgares. Me moría por darle un abrazo.

—Liam…

—Si no llegas a aparecer, Noah habría muerto… como Mark… —gimoteó—. Y yo… te juro que no lo soportaría… No aguanto más… Me estoy volviendo loco…

Se inclinó hacia mí y apoyó la cabeza en mi hombro. Siquiera dudé en rodearlo con mis brazos y acoger sus temblores.

—No te olvides de respirar —le susurré al oído, frotándole la espalda.

—No puedo.

—Sí que puedes. Claro que puedes.

Le obligué a separarse un poco, sujetándole la cara con ambas manos para que me mirara. Sus ojos eran un caos de pánico y congoja.

—Mírame. Inhala. Exhala. Conmigo.

Liam cogió aire de forma entrecortada, imitando mi ejercicio. Le costó varios minutos eternos donde solo se escuchaba su respiración irregular y el zumbido de las neveras. Pero, poco a poco, el ataque de pánico remitió.

Cuando se calmó lo suficiente, le serví un vaso de agua. Él se lo bebió sin rechistar, y un rato después alzó la vista y me miró.

—Si Sam te viera, se echaría a llorar —murmuró con voz ronca.

—Bueno, en eso os parecéis bastante —traté de bromear.

El comentario surtió efecto. Consiguió sacarle una pequeña sonrisa.

—Yo no estoy llorando porque sea tu fan.

Asentí, eso lo sabía bien. Y, joder, habría preferido mil veces verlo llorar por la emoción tonta de conocer a un futbolista y no

porque estuviera roto por dentro.

Torcí el gesto.

—¿Acabas de ironizar? ¡Vaya, qué sorpresa!

Ambos nos reímos a la vez, como si fuéramos viejos amigos, y eso ayudó a liberar un poco la tensión acumulada.

—Sam tiene ocho años. Te adora.

La edad del crío fue como recibir un puñetazo directo en la boca del estómago. Ocho años. Era solo un niño que debería estar pensando en jugar en el parque, no sobreviviendo en un agujero mientras sus «hermanos» luchaban en una jaula.

—Pues vas a tener que presentármelo.

Liam me observaba como si fuera en la Matrix.

—¿En serio eres real?

—¿Tú que crees? —repliqué, sosteniendo su mirada.

—Que Noah ha muerto, que a mí me ha podido la tristeza y que estoy desvariando justo antes de irme con él.

Se me cortó el aliento. Lo dijo con una calma que asustaba. Para Liam era más plausible estar muerto o loco que recibir ayuda desinteresada.

—Eso es muy triste.

—Es la única verdad que siento.

—Una verdad que tiene un origen… —suspiré— y me gustaría que lo compartieras conmigo.

—¿De qué serviría?

—Has dicho que no podías más. La desesperación no viene de pronto. Es algo que se va gestando con el tiempo, fruto del cúmulo. Y tú pareces haber acumulado bastante, pero tienes pinta de ser de los que se lo callan todo y sonríen.

Sabía que no me equivocaba. Era bueno analizando a la gente, una habilidad que había perfeccionado en el vestuario para saber quién estaba a punto de romperse antes de un partido importante. Y Liam era un cristal lleno de grietas a punto de estallar.

Soltó un suspiro tembloroso.

—No puedo ponerme a llorar sin nada que echarme a la boca y durmiendo en un catre junto a quince chicos más.

—Sois quince.

Sí, eso lo sabía por la información que me había entregado Daniel. Pero impactó igual. Quince bocas. Quince vidas. Descubrí la unión evidente que había entre ellos, la magnitud de la carga que Noah y Liam llevaban sobre los hombros.

—Sí. Ah… —Se frotó la cara con frustración. Tenía los ojos tan hinchados que apenas se le veían las pupilas—. Joder, ni siquiera sé por qué te cuento esto. Precisamente a ti.

Me encogí de hombros, intentando transmitirle una normalidad que no sentía.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Pero eres el puto Kenny Langford.

Me crucé de brazos y me apoyé en el borde de la mesa, acercándome un poco más. Entendía que para él fuera impactante tenerme a su lado. Pero la vida era un cúmulo de sorpresas y no todas tenían por qué ser desagradables.

—Mis amigos me llaman Kenny. O Ken cuando se ponen muy capullos.

—Pero yo no soy tu amigo.

—Imagina que sí.

Nos miramos fijamente. Él buscaba la trampa, pero no existía. Yo solo buscaba darle descanso.

—¿Qué quieres, Kenny? —preguntó bajito—. ¿Qué quieres… que yo pueda darte?

—Veamos, puedes darme cuantas verdades quieras. Y si resulta que estás delirando, mañana despertarás y ya te prepararás para capear tu día.

Esperé. Por la forma en que sus ojos oscilaban, supe que estaba tratando de ordenar el caos de sus pensamientos. Pero no me perdí el momento exacto en que tomó la decisión.

—Debemos mucho dinero a Billy —empezó, y la voz le tembló—. Que Noah haya perdido la pelea de esta noche, seguramente duplicará la deuda. Es tanto dinero que no creo que tenga vida suficiente para pagarlo.

Y entonces, todo salió a borbotones.

Liam me habló de su banda, los Furin. Me contó que las peleas ilegales no eran por gloria, sino el único sustento que tenían. Que la sangre de Noah pagaba la comida para que no tuvieran que robar en supermercados o dar palos violentos.

Habló con rabia de cómo los críos pasaban droga por el parque, de cómo había visto a varios dejarse tentar por la cocaína porque simplemente querían evadirse un poco y olvidar tanta mierda. Me contó que había días en los que ni siquiera comían.

Y luego soltó lo peor. Confesó que había pensado en más de una ocasión tirarse a las vías del tren. Que varios de sus amigos le habían propuesto hacerlo como una salida válida. Juntos, quizá cogidos de las manos.

—Estoy harto —gimoteó—. Tengo veintiún años y me siento como si tuviera ochenta. Estoy cansado de tener miedo cada vez que suena una sirena de policía o aparecen los lobos de Billy.

Escuché todo tratando de parecer impasible, pero, por dentro, estaba echo una mierda. Ver a Liam desahogándose entre lágrimas me rompió los esquemas. Imaginaba todas esas cosas que había dicho, las había pensado tras haber leído la realidad de Noah en unos documentos, pero jamás creí que cobrarían vida ante mí de esa forma tan espantosa.

Las manos me quemaban por consolarlo, pero me contuve. Intuí que si lo tocaba ahora, me rechazaría porque lo haría sentir débil. Así que me quedé quieto, resistiendo mi propia congoja. Me convertí en su sostén, dejé que drenase la rabia y toda la desolación. Y me pregunté con horror cuánto tiempo llevaba ese chico acumulando semejante tormenta.

—Después está Noah… —continuó asfixiado—. A veces me pregunto cómo es todo esto para él. Siempre ha sido tan callado e

introvertido. Nunca he sabido qué piensa de verdad. Solo lo veo resistiendo por todos, creyéndose que puede con todo. Se mete en la jaula con monstruos que lo doblan en tamaño y ni parpadea. Y odio que lo haga. Lo odio porque es un idiota y no lo soporto.

En verdad, aquello no era odio, sino terror a perderlo. El amor que le profesaba a Noah era tan puro, tan visceral y sincero, que me llegó directo al corazón. Pese a todas las penurias, se tenían el uno al otro. Se querían. Y aunque me sentía abatido, sentí un extraño consuelo al saber que Noah había tenido leales a su lado. La lástima fue descubrir que yo no había sido uno de ellos.

Liam se secó los ojos con agresividad, aunque las lágrimas seguían cayendo.

—No sé por qué te cuento esto...

—Acordamos fingir que somos amigos, ¿no? —le recordé con suavidad.

—En realidad, acordamos fingir que estoy delirando —corrigió él.

—Cierto. —Sonreí—. ¿Y en ese delirio tuyo tengo permitido ayudarte?

Frunció el ceño.

—¿Cómo?

Me incliné hacia él.

—Llévame hasta tus Furin.

Nos miramos con una intensidad pasmosa. Pude ver cómo sus pupilas se dilataban y cómo la esperanza intentaba abrirse paso a codazos. Pero no se atrevía a confiar en una ilusión. Todavía pensaba que todo aquello era un sueño febril inducido por el trauma y se resistía a despertar para no toparse de nuevo con la pesadilla.

Sin embargo, me había jurado a mí mismo que haría que ese sueño durara para siempre. Lo quería de verdad. Ya no solo por Noah, sino por todos aquellos a los que él había protegido con su propia sangre.

Me puse en pie y di un golpecito suave en la mesa para sacarlo de su trance.

—Pero antes termínate ese pudin mientras yo hago una llamada —dije con tono casual—. Está muy rico, por cierto. Lleva café. ¿Te gusta el café?

Liam pestañeó, aturdido.

—Creo que sí.

—Come.

Obedeció como un autómata mientras yo me alejaba unos metros.

Cogí mi teléfono y busqué en la agenda el número de Daniel Cross. No tuve que esperar. Descolgó al primer tono, como si me hubiera estado esperando.

—Algo me decía que llamarías.

—La de posibilidades que tienes como adivino si decides dejar de jugar a los espías —bromeé por el bien de mi sistema nervioso.

—Explícame qué coño haces en The London Clinic, Kenny.

—¿Me estás espiando?

—¿Acaso pensabas que iba a dejar a un amigo aventurarse solo a Los Arcos? Estás demente.

Adoraba cuando Daniel se ponía paternalista. Era el amigo por el que habría ido al frente.

—¿Cuántos de tus soldados has enviado? —indagué.

—A tres.

—Dime que están cerca.

—Los tienes haciendo horas extra fuera del hospital, en el aparcamiento. ¿Qué barruntas, Kenny?

Sacar a trece muchachos de Andover Estate, llevarlos al único lugar que podía darles una oportunidad y después pagar una deuda a un tal Billy para que dejara de joderle la vida a Noah. Pero, para que ese titular tuviera sentido, tenía que desarrollar la trama y ahora no había tiempo que perder.

—Haz que consigan una furgoneta —le pedí—. Grande. La vamos a necesitar.

—Y tú tendrás que darme muchas explicaciones.

—Te quiero, tío —dije sincero.

—Idiota empalagoso. Cuelga ya.

17

KENNY

El frío de la madrugada me heló las mejillas en cuanto salimos de la clínica. Junto a la acera, aparcada detrás de mi coche, esperaba una furgoneta negra con los cristales tintados. Los hombres de Daniel ya estaban allí, al pie del vehículo, irradiando esa eficiencia silenciosa y letal que caracterizaba a los miembros de la seguridad de Cross.

Me acerqué a ellos con paso firme.

—¿Qué tal, chicos? —saludé, abrochándome el abrigo. Finales de septiembre y la temperatura ya empezaba a refrescar por la noche.

Asintieron respetuosamente.

—¿Servirá esta furgoneta, señor Langford? —dijo uno de ellos.

Miré el vehículo. Era una Mercedes-Benz Sprinter de batalla larga. Espaciosa, rápida y discreta. Perfecta para lo que íbamos a hacer.

—De sobra.

—Si vamos a irrumpir en Andover Estate, le recomiendo que seamos rápidos —añadió otro con tono profesional—. Esa zona no es amistosa a estas horas.

Más bien, era un hervidero todo el tiempo. Solo que la luz del día ayudaba a ver por dónde venía el golpe. No quería ni imaginar cómo era vivir con esa tensión constante.

—Entendido.

Me encaminé hacia mi coche, pero Liam se había quedado quieto, mirando fijamente las puertas de cristal de la clínica con ojos nublados. Parecía a punto de volver a caer en el pánico.

Me acerqué despacio.

—¿Y si despierta y no estoy? —me dijo bajito antes de girarse para mirarme—. Me cuesta dejarlo solo.

La devoción que ese chico sentía por Noah era algo sobrenatural. Me conmovió su división entre la necesidad de proteger a los que estaban fuera y el terror por abandonar al que estaba dentro.

—Has oído al doctor. Noah está sedado. Dormirá toda la noche, Liam —le recordé, poniendo una mano en su hombro—. Y si tanto miedo tienes de Billy y sus perros lo mejor será que me lleves hasta tus Furin. ¿Trato?

—Vale.

—Pues sube al coche.

Liam asintió, se frotó la cara con la manga y caminó hacia el vehículo. Lo vi dudar un segundo, pero, finalmente, se deslizó en el asiento del copiloto, encogiéndose sobre el cuero de alta gama como si temiera mancharlo solo con su presencia. Yo me acomodé frente al volante y arranqué el motor. Teníamos trabajo que hacer.

Conduje rápido, devorando el asfalto con una seguridad milimétrica. La furgoneta de los hombres de Daniel nos seguía como una sombra leal a través del retrovisor.

El silencio dentro era denso. Liam se mordía las uñas con ansiedad mientras mantenía la vista clavada en la ventana. Creo que en ese momento no sabía ni qué decir.

Nos estábamos aproximando a la zona de Finsbury. Todo iba bien. Hasta que de pronto una figura salió de la nada.

Fue un borrón oscuro que corría a la desesperada lo que se cruzó en mi trayectoria antes de estamparse contra el capó. Pegué un frenazo brusco. Los neumáticos chillaron en el asfalto y el

cinturón de seguridad se tensó violentamente, cortándonos la respiración por la inercia.

Apenas estaba asumiendo lo que había pasado cuando Liam reaccionó, mirando hacia delante con los ojos desorbitados.

—Es Connor —jadeó. Se quitó el cinturón y se lanzó fuera como alma que lleva el diablo—. ¡¡¡Connor!!!

Lo seguí fuera de inmediato, con la adrenalina disparada. De todos los escenarios a los que podíamos enfrentarnos, jamás imaginé que uno de sus «hermanos» terminaría estrellándose contra mi coche, joder.

El chico, Connor, estaba en el suelo, tratando de arrastrarse hacia atrás. Lo habían golpeado, no me cabía duda. Un solo vistazo me bastó para saber que las heridas de su cara no eran fruto del atropello. Tenía el rostro amoratado y sangraba. Además miraba aterrado a su alrededor como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

Entonces, descubrió a Liam y sus hombros se relajaron de puro alivio. Pero luego su mirada subió y se topó conmigo. Se quedó petrificado. Vio a Kenny Langford de pie bajo la luz anaranjada de una farola y su cerebro pareció cortocircuitar ante la incredulidad absoluta.

—¿Estás bien? ¿Qué coño te ha pasado en la cara? —preguntó Liam, arrodillado junto a él.

Pero Connor solo tenía ojos para mí. Creo que por un instante olvidó incluso el dolor y el miedo.

—¿Langford?

—¡Señor, ¿está bien?! —exclamó uno de los guardias, que se había bajado de la furgoneta. Tenía una mano en la cintura, listo para sacar el arma.

Le hice una señal de calma.

—¿Quién te ha hecho esto? —insistió Liam.

Connor pestañeó para volver a la realidad, y el terror regresó a sus ojos.

—Billy… —jadeó—. Ha enviado a sus putos perros. Apenas hemos tenido tiempo de escapar. Nos han dado una buena paliza, pero era la única forma de sacar a los pequeños de allí.

Apreté los dientes con tanta fuerza que sentí cómo me crujía la mandíbula. No podía creerlo. Tipos adultos, mafiosos hechos y derechos, dando una paliza a unos críos solo por venganza o para cobrar una deuda impagable. La indignación y la rabia nunca me atacaron de una forma tan visceral. Me vi capaz de cualquier cosa, joder.

—¿Dónde están? —mascullé.

Liam y Connor me miraron, aún en el suelo. Estaban fascinados y al mismo tiempo estupefactos por el peligroso tono que había usado.

—En nuestro punto de encuentro —confesó Connor, trémulo.

Liam asintió enérgicamente, reconociendo el lugar. Lo miré.

—¿Dónde es eso?

—El túnel de Finsbury Park. Dentro del parque.

—¿Puedes incorporarte? —le pregunté a Connor, tendiéndole una mano.

—Sí…

El chico aceptó mi ayuda y se puso en pie con una mueca de dolor. Me observaba como si fuera una alucinación, pero yo solo era capaz de pensar en su temblor.

—¿De verdad eres Langford?

—No hay tiempo para las presentaciones. Sube al coche, rápido.

Liam ayudó a su amigo a meterse en la parte de atrás. Yo volví al volante y reanudé la marcha con virulencia, en dirección a Finsbury Park, masticando la tensión. Y entonces a Connor se le escapó un sollozo ahogado.

—¿Dónde está Noah? —preguntó al borde del colapso—. Billy nos ha dicho que lo han machacado en la jaula... Que tiene que estar criando malvas.

La forma en que se le rompió la voz me rompió a mí.

—Ese cabrón miente más que habla —gruñí, y apreté el volante.

La rabia apenas me dejaba respirar con normalidad. No estaba preparado para esa realidad tan dolorosa. El bastardo de mi padre no tenía nada que ver con eso, pero de alguna forma lo culpaba, porque eran hombres como él los que alimentaban esa estructura social que aislaba a la gente y les arrebataba oportunidades. Y deseé tener a ese tal Billy delante para destrozarlo con mis propias manos.

—Está en el hospital —confesó Liam, girándose hacia atrás y cogiéndole la mano a su amigo—. Le han dado una buena paliza, pero está a salvo y estable. No te preocupes. Por favor, no llores.

Liam se lo pidió conteniendo sus propias lágrimas para ser fuerte por el otro. Ver esa cadena de lealtad y dolor me revolvió las tripas.

—Los niños empezaron a llorar… —contó Connor entre hipidos —. Nate apenas ha tenido tiempo de sacarlos por la ventana. Decían que querían irse con Noah.

La imagen de los más pequeños llorando y pidiendo a Noah me hizo pisar el acelerador a fondo. Me salté todas las normas de circulación habidas y por haber y entré en la zona peatonal del parque, esquivando bolardos y metiéndonos por senderos de tierra no aptos para un vehículo, sabiendo que la furgoneta me seguía de cerca.

Nos aproximamos al túnel. Era un lugar lúgubre, lleno de grafitis y suciedad. Pero vislumbré unas sombras apiñadas en el suelo.

—¡Están ahí! —exclamó Liam.

Connor siquiera esperó a que detuviera el coche. Saltó en marcha cuando apenas nos quedaban unos metros, y yo frené en seco, levantando una nube de polvo.

Bajé al instante, dejando la puerta abierta. A mi espalda, la furgoneta negra se detuvo y los hombres de Daniel se desplegaron con una eficiencia militar para asegurar el perímetro. No sé por qué me pareció que estaban casi tan implicados como yo con lo que estaba sucediendo.

Me acerqué. Agazapados en la oscuridad, había un grupo de sombras temblorosas. En su mayoría críos y adolescentes apiñados como cachorros asustados. Pude escuchar el inconfundible sonido del llanto infantil. Uno de los mayores se puso delante como escudo.

La luz de los faros de mi coche barría la entrada del túnel, iluminándolos. Vi sangre. Demasiada. Dos de los chicos tenían cortes feos, navajazos superficiales pero sangrantes, y golpes inflamados.

Al verme aparecer bajo la luz, el tiempo pareció detenerse. Los ojos de aquellos chicos se abrieron como platos, olvidando por un segundo el dolor y el frío. El estupor era muy contradictorio, aparecía en el peor momento. Pero no me miraron como si fuera la superestrella del fútbol. Me hirió que me creyeran una especia de superhéroe invencible. Como Batman en medio de Gotham. Maldita sea, no merecía ese rango.

—Liam, a la furgoneta —ordené—. Los heridos, conmigo.

—Sí… —respondió el muchacho, apabullado por la situación—. Vamos, chicos, nos largamos de aquí.

El grupo empezó a moverse, desorganizado y tembloroso.

—¿Adónde vamos? —preguntó uno.

—¿Dónde está Noah? —gimió otro.

Dejé que Liam y Connor se ocuparan de las preguntas. Mi atención se la llevó un punto en concreto. En un bulto pequeño hecho un ovillo en el suelo, abrazándose las rodillas.

Me acerqué despacio. Debía ser Sam, ese crío que Liam decía ser mi fan número uno. El niño estaba en *shock*, con la mirada fija en la nada y el cuerpo tembloroso. Me acuclillé frente a él.

—Ey, renacuajo —saludé con suavidad—. Un pajarito me ha dicho que eres muy fan del chulo de Langford.

El niño parpadeó, rompiendo su catatonia, y me miró. Sus ojos eran enormes en una cara demasiado delgada.

—No es un chulo —protestó con un hilo de voz, defendiendo a su ídolo incluso en el infierno.

Aquello me arrancó una sonrisa triste. Lo cierto es que tenía ganas de echarme a llorar allí mismo. Con él.

—Claro que no.

—No he podido coger mi cromo —lloriqueó, y se llevó las manos a la cara—. ¡Me lo he dejado!

El mundo se me cayó encima. Estaban huyendo de una paliza y su mayor tragedia era un trozo de cartón con mi cara.

Me agaché más, hasta que mis rodillas tocaron el suelo húmedo.

—¿Tenías un cromo?

—Lo encontré en la basura —confesó entre sollozos—. Noah me dijo que lo guardara en secreto, que era nuestro tesoro.

Lo observé. Era tan pequeño que asustaba. No podía creer que tuviera ocho años. Los signos de desnutrición alarmaban. Las muñecas finas como ramas, la piel pálida y translúcida, las ojeras marcadas.

—Noah es muy listo —dije con la voz estrangulada—. Pero no te preocupes por el cromo. Yo te conseguiré otro. Te conseguiré todos los que quieras.

El llanto aumentó y el crío se encogió sobre sí mismo como si esperara un golpe.

—Quiero verlo... Quiero a Noah.

—¿Me dejas que te lleve con él?

Asintió frenéticamente y, sin previo aviso, se lanzó a mí. Se me enganchó al cuello con una fuerza desesperada. Y yo lo abracé como si hubiera estado toda la vida buscándolo.

Me puse en pie con él en brazos y regresé a mi coche. Los demás chicos ya estaban subiendo a la furgoneta bajo la supervisión de los guardias. Uno de ellos se me acercó.

—Señor, supongo que tenemos que llevarlos a la residencia de Maggie, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

—Exacto.

Era el único lugar donde esos críos tendrían una oportunidad real.

—Yo me encargo de llevar a los heridos al hospital —anuncié—. Vosotros dirigíos a Broadwater con el resto. Decidle a Maggie que os envío yo y que lo prepare todo.

—Entendido.

Me subí al coche con Sam en mi regazo porque se negaba a soltarme, y él se acurrucó en mi pecho. Podía sentir sus lágrimas empapando mi cuello. Connor y otros dos chicos heridos se apiñaron en el asiento trasero, mirándome como si fuera una deidad. Liam se acomodó a mi lado. Solo entonces arranqué el motor. Y salí de aquel infierno con la carga más valiosa que había llevado jamás.

18

KENNY

—El señor Bradley tiene heridas por arma blanca y varios hematomas severos —me explicó el doctor Shepherd con una solemnidad que agradecí—. No son de extrema gravedad, afortunadamente, pero sería conveniente que pase la noche en observación para controlar la pérdida de sangre. Lo mismo se aplica para sus compañeros, los señores Watts y Sullivan.

Noté un nudo de gratitud en la garganta. Me agradaba que un médico de prestigio tratara a unos chicos de la calle como «señores». Aferrarme a ese detalle de humanidad, me ahorró pensar en la causa de esas heridas: cortes y golpes que se habían hecho protegiéndose los unos a los otros, pese a no compartir ni una gota de sangre.

—De acuerdo —asentí, y tragué saliva—. Los dejo a su cuidado, doctor Shepherd.

—Puede irse tranquilo, señor Langford. Cuidaremos de ellos, se lo aseguro.

Nos dimos un apretón de manos firme y me encaminé a la sala de espera. Liam estaba allí, sentado en el borde de la silla con Sam dormido entre sus brazos. Le hice una señal suave y él se levantó maniobrando para no despertar al pequeño y me siguió hasta el aparcamiento.

En cuanto nos subimos al coche, me tomé un instante antes de acelerar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Liam en un susurró.

—A una residencia de acogida en Broadwater, con el resto de tus compañeros.

—¿Broadwater?

—Irónico para un Gunner, ¿cierto? —bromeé, intentando aligerar el ambiente.

Llevar a hinchas del Arsenal al territorio sagrado del Tottenham tenía su gracia. Pero Liam no sonrió por más que yo lo deseara. Agachó la cabeza y se aferró a Sam con más fuerza.

—¿Nos van a separar? —preguntó bajito.

Me desvié hacia el arcén y detuve el coche. Necesitaba que me escuchara de verdad.

—¿Por qué dices eso? —indagué.

—No guardo buenos recuerdos de los reformatorios.

Era lógico. Con todo lo que habían pasado, cualquier intervención adulta o institucional significaba peligro.

—Y yo soy mayor de edad —continuó—, pero no puedo dejar a mis...

—Nadie va a separarte de tus hermanos —lo interrumpí, tajante —. Nadie.

Liam se mantuvo cabizbajo. No lloraba, pero veía cómo las lágrimas bailaban en sus ojos. Estaba siendo una noche terrible para él, y yo no sabía cómo tranquilizarlo más allá de mis palabras.

—Ese lugar… es como un hogar —le aseguré—. No hay persona involucrada en él que no entienda a sus huéspedes.

—¿Huéspedes? —murmuró extrañado.

—Sí, huéspedes. Personas de tránsito. Llegan allí, se les acoge, se les da una oportunidad y se les ayuda a que recuperen su vida o a que se diseñen una nueva.

—¿Eso existe?

—Vas a verlo con tus propios ojos.

Nos miramos con intensidad. Por un instante, el silencio reinó entre nosotros, pero el corto espacio que nos separaba se llenó de cosas que no nos atrevíamos a confesar. Liam me estaba escrutando, intentando encajar las piezas de un rompecabezas imposible para él. Quizá también para mí.

—¿Quién demonios eres, Kenny Langford? —preguntó finalmente—. Porque, por más que te miro, ahora mismo no me recuerdas en absoluto al cabronazo que nos amarga la vida en el campo y provoca ante las cámaras.

Sonreí y desvié la vista hacia el pequeño bulto en su regazo.

—Se ha dormido.

—Mañana creerá que todo ha sido un sueño —dijo, acariciándole el pelo.

—Entonces, tendremos que recordarle que no.

Le di un codazo suave en el brazo a Liam, un gesto de camaradería masculina para sacarlo de su melancolía.

—¿Listo?

—¿Prometes que no van a separarme de ellos?

—Lo prometo.

Liam respiró hondo, como si tomara impulso para saltar al vacío.

—Entonces, estoy listo…, Kenny.

Me emocionó escuchar mi nombre en sus labios. Ya no era el señor Langford ni el enemigo. Ni siquiera el tipo que había aparecido de la nada.

—Eso suena muy bien, Pecas —bromeé, haciendo referencia a las pequitas tan monas que se esparcían por su nariz y las mejillas.

—Capullo —sonrió.

Veinte minutos después, llegamos a Broadwater Farm. El barrio tenía esa atmósfera de hormigón y desesperanza que caracterizaba a los grandes bloques de viviendas sociales del norte de Londres. Un

laberinto gris donde la lluvia que empezaba a caer parecía ensuciar más que limpiar. Pero entonces, giramos una esquina y ahí estaba.

The Safety Net.

Aquel moderno edificio era como un oasis en medio del desierto. Lo que había empezado años atrás como un bajo comercial protegido por rejas de colores, se había transformado en una joya arquitectónica.

La fachada no tenía nada que ver con el brutalismo que la rodeaba. Estaba recubierta de listones de madera clara y jardines verticales que trepaban por los muros, aportando el verde vibrante que faltaba en el barrio. Los grandes ventanales de cristal blindado dejaban escapar una luz cálida que hacía que el edificio pareciera un hotel boutique que invitaba a dejar los problemas en la puerta.

Para mí, aquel lugar era más importante que cualquier estadio.

Todo había empezado el día que conocí a Maggie Davies en una manifestación, gritando verdades que nadie quería oír. Recuerdo que iba en el autobús del club. Era mi primer año como titular indiscutible y la prensa me acosaba porque un jugador tan joven no podía ser tan arrogante.

La vi entre la gente que se agolpaba en torno al estadio. Estaba junto a una docena de mujeres y varios hombres jubilados. Tenían pancartas enormes. «La dignidad no debería comprarse», rezaba una de ellas. Y a mí esa verdad me impactó tanto que apenas pude concentrarme en el partido.

La dignidad no debería comprarse. Era cierto. Tan cierto como que el oxígeno nos mantenía vivos. Pero a nadie parecía importarle.

A la mañana siguiente, me planté en su territorio como si fuera un perrito mojado y perdido. Ella me miró escéptica, yo la miré ilusionado. Y desde entonces, me había convertido en su «mecenas fantasma». Financiaba cada ladrillo, cada comida y cada abogado, porque allí era el único sitio donde Kenny Langford se sentía útil de verdad. Era mi legado silencioso y me sentía muy orgulloso de ello.

Aparqué. Liam apenas quería mirar. Se resistía. Quizá por orgullo o miedo. Pero al entrar el cambio fue inmediato. El calor lo abrazó y

al instante detectó ese aroma a estofado casero, pan recién horneado y café.

—¿Estás bien? —quise saber al ver cómo se estremecía.

Pero no respondió, lo analizaba todo como si fuera una fantasía surrealista. Tenía sentido, aquel lugar era hermoso, pese a las historias de terror que a veces acogía.

Lo guie hacia el comedor. A esas horas, la planta baja solía ser un mar en calma, pero esa noche se escuchaba el murmullo de platos y voces. Los Furin estaban allí.

Liam se adelantó, con Sam en brazos, que se había despertado al instante, y se acercó a la mesa donde estaban sus hermanos.

La escena me encogió el corazón. Comían con una ansiedad dolorosa, lo devoraban todo como si no hubiera un mañana.

Me quedé en el umbral, observando en silencio. Vi a Bishop, el cocinero. Un hombretón de color de unos cincuenta años, con brazos como jamones y esa eterna expresión de refunfuñón. Pero sus gestos lo delataban. Servía cucharadas generosas de estofado con una delicadeza que no pegaba con su tamaño y bromeaba con los muchachos, que lo miraban como si fuera una entidad de otro mundo.

También vi a Maggie, mi socia, mi compañera, moviéndose entre ellos con esa energía inagotable, rellenando jarras de agua y partiendo trozos de pan con las manos. Les reñía si se precipitaban en tragar. Era su forma de consolarlos y de protegerse a sí misma de la devastadora imagen.

Algunos chicos me descubrieron. Dejaron de masticar un segundo y me observaron con adoración. Pero también detecté una profunda tristeza. Comían porque el hambre les dolía, pero el miedo seguía ahí, agazapado detrás de cada bocado. No entendían qué pasaba ni por qué estaban en aquel lugar tan bonito.

Maggie se acercó a mí con paso firme.

Esa mujer bajita, de caderas pronunciadas y belleza heredada de sus padres keniatas, llenaba cualquier habitación con su imperiosa presencia. Desprendía carácter y temperamento. La

admiré desde el primer momento porque tenía la fortaleza para ponerse de rodillas y limpiar el barro de un mendigo o para amedrentar a un político.

La adoraba como a una madre. Quizá más, porque ella me había enseñado lo que era cuidar de alguien sin pedir nada a cambio. Me había enseñado que en la vida no todo era ganar. Que una sonrisa también podía ser una victoria.

—Están hambrientos, comen como animales —murmuró acongojada—. Pero son buenos chicos. Se han lavado las manos sin rechistar antes de sentarse a la mesa.

Ella estaba acostumbrada a esas escenas. Llevaba décadas rescatando a las víctimas del sistema, pero el hambre real, esa que vacía los ojos, nunca dejaba de impactarle.

La miré de reojo y sentí una oleada de cariño antiguo. Sí, era mi madre. La de verdad. La gruñona y resuelta.

—¿Tenemos habitaciones disponibles? —pregunté.

—Ya están listas —anunció ella, eficiente como siempre—. Tendrán que compartir, pero los he colocado a todos en el mismo pasillo, en la primera planta. Así no se sentirán solos.

Asentí, agradecido por su criterio. Era lo mejor. Haberlos puesto en la tercera o la cuarta planta, donde alojábamos a las familias completas y los niños pequeños, habría sido un caos. Y la segunda estaba reservada para madres solteras y algunos jubilados que necesitaban tranquilidad. La primera era perfecta, un terreno neutral donde podrían ser una manada.

—Dile a Bishop que le debo una y que le recompensaré por las horas extras.

Maggie soltó una risotada seca.

—¡Bah! Bishop disfruta viendo cómo devoran sus alitas. Y eso que le quedan más secas que la mojama —bromeó—. Se ha venido arriba con la emoción de tener público nuevo y está preparando unos bizcochos de postre. Eso sí que lo hace bien.

Nos echamos a reír, y me gustó porque ayudó a liberar un poco la presión de mi pecho. Pero Maggie, con ese radar emocional infalible suyo, detectó de inmediato cuán destrozado me sentía.

—Kenny…

Me froté la frente. De pronto, me sentía tan pequeño y perdido.

—¿He hecho bien trayéndolos, Maggie? —dije bajito—. No confían en el sistema. Tienen pánico a que los separen.

—Nos movemos en el sistema, pero este es mi universo y el tuyo, y aquí se dictan por nuestras reglas —defendió Maggie al instante, irguiéndose cuan bajita era, orgullosa de lo que habíamos construido juntos ladrillo a ladrillo—. No solo has hecho bien, es lo correcto, cariño. Y no me pongas esa cara de muerto, ya están a salvo.

Me pellizcó la mejilla con fuerza, como hacía siempre para espabilarme.

—Van a llenar esos buches vacíos y van a dormir en una cama decente. Alégrate, porque has obrado otro milagro —me dijo con una mueca suave y sincera—. Eres mi chico de los milagros, ¿recuerdas?

Esbocé una sonrisa triste. Claro que lo recordaba. Desde que me uní a su causa, no había dejado de mover cielo y tierra para ayudarla en su objetivo. Sus metas eran tan hermosas que las adopté como mías para darle sentido a mi fortuna. Recordé a toda la gente que habíamos ayudado, a las familias que habían recuperado la dignidad entre esas paredes, y me sentí orgulloso.

Pero, aun así, no podía evitar sentirme mal por esa noche. El orgullo no bastaba para tapar el agujero que tenía en el estómago. Todavía podía sentir el calor de Noah contra mi pecho, su sangre en mis manos, y saber que él no estaba allí me quemaba por dentro.

—Falta otro —anuncié.

En realidad, faltaban cuatro, pero Maggie entendió. Maggie siempre entendía.

—Noah Sterling.

—Estás al tanto…

—Tu maldita costumbre de cargar con todo el peso del mundo sobre la espalda y guardarte la peor parte para ti no te libra de tener amigos que son más listos que tú —me riñó con suavidad—. Daniel me ha llamado hace una hora. Habla que da gusto cuando se trata de tu seguridad. Me ha contado lo básico: hospital, pelea, deuda.

Sonreí, negando con la cabeza. Daniel era incorregible, pero bendito fuera.

—Pensaba que iba a salvarlo a él… —suspiré, y miré hacia el comedor—. Iba a por uno, Maggie, y me encuentro con esto.

Miré a los chicos. Algunos ya habían terminado de comer y cabeceaban de sueño sobre la mesa. Otros seguían rebañando el plato.

—Mañana a primera hora crearé sus fichas y lo organizaremos todo legalmente —dijo Maggie, activando su modo «generala»—. Además, necesitan una revisión médica completa y el tratamiento necesario. He oído un par de toses feas.

—Carga a mi cuenta todos los gastos extra. No me importa cuánto sea.

—Lo sé, cariño. —Maggie suspiró y luego soltó una risita maliciosa—. Pero recuerda compensar también a tu prima.

Alcé una ceja.

—¿Melani?

—La tengo encerrada en la oficina reconfigurando mi agenda y preparando los kits de bienvenida para los próximos días —bromeó Maggie, señalando con la cabeza hacia el pasillo—. Tenemos mucho trabajo por delante y ella es la única que me sigue el ritmo a estas horas intempestivas.

Melani West. La sobrina de mi madre. Su poderoso apellido no bastaba para que fuera la única persona de mi familia que no tenía hielo en las venas. Era una leona tan hermosa como.

—Me aseguraré de recompensarla —sonreímos, y volví a mirar a los chicos de reojo—. Honestamente, ¿cómo lo ves? —indagué. El

veredicto profesional de Maggie nunca fallaba.

—¿Qué te digo siempre?

—Que si los ojos brillan, es que el sol está en lo más alto.

—Yo estoy viendo el sol y eso que son las cuatro y media de la madrugada, cariño. —Me dio una palmadita en el pecho—. Vete a descansar. Sé que mañana tienes entrenamiento.

—Llámame con lo que sea.

—No lo haré.

Le di un beso en la frente.

—Bruja.

Maggie me guiñó un ojo y se encaminó hacia la cocina para ayudar a Bishop.

Estaba más que listo para salir de allí. Realmente necesitaba descansar. Pero mis pies se negaron a abandonar el lugar. Así que crucé el salón y salí a la terraza.

El frío me provocó un escalofrío, pero lo agradecí. Me apoyé en la baranda de cristal. Desde allí se veía el parque de recreo entre las sombras y el Langford Pitch, que era el campo de fútbol que mandé construir el año pasado.

Ahora que el silencio me envolvía, el peso de la noche cayó sobre mí como una losa de granito. Había drenado toda mi energía. Me sentía vacío y, al mismo tiempo, lleno de un dolor que no me pertenecía del todo, pero que me calaba hasta los huesos.

De pronto, escuché el chasquido suave de la puerta. No me giré. Reconocí el ritmo suave y elegante de aquellos pasos. Me sorprendió que James estuviera allí a esas horas. Aunque, en el fondo, en ese recóndito lugar donde guardaba mis pocas certezas, lo esperaba. Porque James Bellingham nunca me había dejado solo.

—Sabía que estarías aquí —me dijo.

—Has venido.

Se apoyó a mi lado.

—Daniel y yo estábamos terminando de organizar las habitaciones.

Alcé las cejas, incrédulo.

—¿Daniel y tú?

Se encogió de hombros. El muy cretino no perdía la arrogancia aristócrata ni siquiera con ojeras y el pelo ligeramente despeinado por el viento. Sería un príncipe hasta el último instante de su vida. Sería mi amigo incluso más allá de la muerte.

—Bueno, más él que yo —terminó reconociendo—. Pero he sabido dar las órdenes pertinentes a los empleados de guardia.

—No lo pongo en duda.

Nos echamos a reír. Pero el silencio volvió a caer sobre nosotros como un manto pesado, y desvié la mirada hacia el horizonte, donde las luces brillaban indiferentes.

—No puedo ni mirarlos a la cara —confesé.

James me acarició la espalda y yo cerré los ojos al sentir cómo el muro de contención que había levantado empezaba a agrietarse peligrosamente.

—Kenny…

—No vayas por ahí, James. —Negué con la cabeza—. Sabes que odio llorar.

—Y tú sabes que soy el único que te ha visto hacerlo.

—Qué desgracia la tuya.

Nos miramos. Tenía los ojos empañados y me ardían. Deseé con todas mis fuerzas que James se burlara de mí, que soltara algún comentario sarcástico para enfadarme y así poder bloquear el dolor. Pero no lo hizo. Me devolvió el vistazo con una comprensión que me desarmó.

—Lo he tenido entre mis brazos… Estaba tan… roto…

Agaché la cabeza y se me escapó un gemido que me quemó la garganta. Ya no pude más. James me abrazó al instante. Me rodeó con fuerza y yo apoyé la cabeza en su hombro, rindiéndome, dejando caer todo el peso de mi cuerpo contra el suyo.

—Ese hijo de puta se lo ha robado todo… —sollocé—. Y esos críos. Si hubieras visto a Liam llorar por él… Me ha destrozado, joder —gimoteé, temblando—. No he sentido algo tan devastador desde que murió mi abuelo. Si me viera ahora, llorando por su verdadero nieto… Es su nieto quien está en un puto hospital, James.

—Lo sé.

Y lloré sin pudor ni vergüenza, por la injusticia, por mi abuelo y por el chico de los ojos tristes al que le habían robado la vida.

19

NOAH

Lo primero que vi al abrir los ojos fue un blanco absoluto que me quemó las retinas.

Pestañee, aturdido, esperando ver las manchas de humedad del techo del almacén o la oscuridad habitual de mi rincón, pero el blanco persistía. No había humedad en el aire ni esa pesadez pegajosa a la que mis pulmones estaban acostumbrados. Solo había silencio. Y un aroma a limpio que me revolvió el estómago.

El pánico fue instantáneo. Me atravesó el pecho como una descarga eléctrica. Quizá estaba muerto. Quizá Billy se había cobrado la deuda y me había llevado a alguna morgue aséptica antes de deshacerse de mí. Quizá la policía me había pillado. Tal vez habían hecho una redada en los Arcos y ahora estaba en el ala médica de alguna prisión, esperando a ser procesado lejos de mis chicos.

Intenté incorporarme impulsado por el terror, pero mi cuerpo no respondió. Me pesaba como si estuviera hecho de plomo. Sentí un dolor agudo en las costillas, pero lo que sea que me habían dado amortiguó bien la punzada y me mantuvo en ese limbo pastoso e insoportable.

Notaba la textura rugosa de los vendajes cubriéndome la piel y una sensación punzante en el brazo. Miré. Me habían puesto una vía intravenosa.

El instinto animal de huida, ese que llevaba años manteniéndome con vida en las calles, se disparó. Tenía que salir de allí. Ya.

Me arranqué la vía de un tirón. Vi cómo una gotita de sangre brotaba al instante y me manchaba la piel. Me presioné la herida con el pulgar unos segundos, apretando los dientes hasta que el flujo se detuvo lo suficiente. Mierda, me mareó tanto que me revolvió el estómago. Odiaba las agujas con todas mis fuerzas. Las veía tan a menudo que me daban arcadas.

Enseguida me bajé de la cama. Las rodillas me fallaron y tuve que agarrarme al mueble para no caer.

Al alzar la vista, me vi reflejado en un espejo. Me asustó mi propia imagen, parecía un espectro con los pómulos marcados por los golpes y los ojos hundidos en cuencas oscuras. Me habían vestido con un pijama de tela suave que me hacía parecer algo que no era, y vulnerable. Sí, me sentía tan vulnerable.

Busqué mis cosas por la habitación. Las descubrí en un pequeño armario. Mi sudadera, mis zapatillas. Hasta las dos libras que llevaba en el bolsillo. No había ni rastro de los pantalones. Así que me puse la sudadera encima. Al instante me sentí un poco más yo. Me calcé y me subí la capucha.

Mi mente era un torbellino de terror. Tenía que buscar a los míos. Tenía que ponerlos a salvo antes de que fuera tarde. Billy no perdonaba un error, y yo había fallado estrepitosamente. Había perdido el combate. Eso significaba que la deuda, que ya era impagable de por sí, se habría desorbitado por los intereses de la derrota. Ese hijo de puta iría a por ellos para cobrarse en carne lo que yo no podía pagar.

Teníamos que huir. Todos, juntos. Como siempre. Teníamos que refugiarnos lejos de Billy y los suyos. Quizá abandonar la ciudad. No se me ocurría a dónde ir, pero me daba igual. Debía moverme, aunque apenas pudiera mantenerme en pie y me doliera hasta las amígdalas. Solo podía pensar en ellos y en el pánico que me cerraba la garganta.

Me lancé a la puerta y salí al pasillo. Estaba desierto y en silencio, algo que agradecí porque me daría ventaja para escapar. Me pegué a la pared, usando el hombro como apoyo, y avancé hasta ver el cartel verde luminoso que indicaba la salida de emergencia.

Empujé aquella pesada puerta. El frío, maldita sea. Tragué saliva y empecé a bajar los escalones de dos en dos, ignorando las protestas agónicas de mis costillas. Se me hizo eterno, parecía que el descenso no terminaba nunca. Al llegar abajo, forcé la barra de la puerta trasera. No imaginé que me llevaría a la calle.

La luz del día me recibió con su habitual manto de llovizna. Miré a mi alrededor, desorientado. No tenía ni la menor idea de dónde estaba, pero por los edificios imaginé que lejos de casa.

Aun así, eché a correr.

Mis piernas no respondían bien, tropezaba, me chocaba contra las farolas, pero seguí corriendo impulsado únicamente por el terror de imaginar qué les habría pasado a los míos mientras yo dormía.

Y seguí corriendo incluso cuando me faltó el aliento.

20

KENNY

El entrenamiento vespertino fue todo lo bien que podía esperar después de haberme pasado la noche entera en vela, ahogándome en mis pensamientos. No di pie con bola, nunca mejor dicho.

Por suerte, el equipo técnico lo dejó pasar. Al fin y al cabo, estaba en pleno duelo. Ignoraban que tenía el ochenta por ciento de mi cerebro en una habitación del The London Clinic y el otro veinte en Broadwater Farm. No había espacio para la muerte de un canalla ingrato.

Caía la tarde cuando salí del aparcamiento de Hotspur Way. Iría directo al hospital para ver a Noah. Quizá allí podríamos hablar. O no. No tenía ni idea. Honestamente, me acojonaba la reacción del chico. Lo último que quería era que me odiara o huyera.

Jamás creí que lo segundo se haría realidad.

El doctor Shepherd me avisó de que Noah se había escapado. Y me vi parando el coche en el arcén, sintiendo cómo el mundo me daba vueltas.

Mierda, Noah estaba herido, medio sedado y solo tirado por las calles de Londres. A saber dónde podía estar. Y no podía buscarlo a ciegas. Para mi desgracia, necesitaba al único que conocía todos los rincones de su mente o al menos los más importantes.

Conduje a Broadwater Farm como un demente. Pese a estar a kilómetros de allí, llegué en tiempo récord y entré como un

vendaval, buscando a Liam. Lo encontré ayudando a Maggie con unas cajas de donaciones.

El muchacho me miró emocionado, pero la sonrisa se le congeló en un instante.

—¿Noah? —preguntó.

Ya lo sabía. Ya podía imaginarlo.

—Necesito que me digas dónde podría estar.

Se le cayó la caja de las manos de puro espanto. El estruendo resonó en todo el pasillo, pero a nadie le importó.

—¿Por qué?

Me pasé una mano por la cara, frustrado, y me resigné a contarle la realidad.

—Se ha escapado. Hace apenas una hora.

—Mierda…

Apenas me dio tiempo a reaccionar. Echó a correr hacia la salida. Por suerte, lo intercepté de inmediato, y atrapé su rostro entre mis manos.

—¡Liam! Necesito que me digas dónde buscar.

—Voy contigo.

—No. Esto tengo que hacerlo yo. No me pidas explicaciones ahora, por favor.

Lo miré fijamente a los ojos, rogándole en silencio. No podía contarle la verdad, no podía. Pero detecté que Liam empezaba a sospechar que había algo personal. Y, sobre todo, que confiaba en mí.

—Es… Estará preocupado. —tartamudeó—. Creerá que Billy nos ha hecho algo. Irá a… a…

—Tranquilo. Estoy aquí, ¿vale?

—Andover Estate no es seguro para ti.

Me estremeció que, pese a su preocupación por Noah, hubiera algo para mí.

—¿Ves que me importe? Dime dónde.

Cerró los ojos un instante.

—El cincuenta y tres de Newington Barrow Way. Entra por el antiguo taller mecánico. Está junto a los contenedores. Lo reconocerás por el letrero amarillo.

Me lancé a la puerta, pero Liam me detuvo, cogiéndome del brazo. Joder, me dijo tantas cosas sin abrir la boca.

—Noah es… No podrás hablar si tiene miedo. Es… Es como un gato… Y por favor, ten cuidado.

Asentí y eché a correr.

21

NOAH

Llegué a Andover Estate con el aliento quemándome la garganta y las costillas gritando de dolor. Honestamente, ver el cincuenta y tres de Newington Barrow Way alzándose frente a mí me hizo boquear desesperado. Y me sentí ridículo tambaleándome hacia esa mole de hormigón como si fuera el mismísimo paraíso.

Me arrastré hacia la entrada trasera del viejo taller mecánico, rezando a los dioses en los que no creía por encontrar a los míos allí. Necesitaba ver sus caras y escuchar sus voces. Maldita sea, necesitaba aferrarme a ellos tan fuerte que ni la paliza más grande pudiera separarnos.

Pero al entrar el mundo se me cayó encima.

No había nadie y el silencio me golpeó más fuerte que cualquier puñetazo.

El lugar parecía una zona de guerra. Alguien había desatado un huracán de violencia en nuestro pequeño refugio. Los colchones estaban rajados, las pocas pertenencias que teníamos estaban destrozadas y esparcidas por el suelo entre cristales rotos.

El pánico me atenazó. Asumí lo peor. Mi mente dibujó la escena a la perfección. Billy se había cobrado la derrota. Había venido a por lo único que tenía valor para mí y se los había llevado a todos. Y yo me quería morir allí mismo.

La culpa me golpeó en el estómago con tal fuerza que me dobló por la mitad, provocándome una arcada. Intenté respirar, pero mis

pulmones se negaron a expandirse, como si una mano invisible me estuviera aplastando el pecho contra la columna. El garaje empezó a dar vueltas. Noté cómo se me dormían las puntas de los dedos y un hormigueo eléctrico me subía por la nuca, erizándome el vello. Empecé a hiperventilar al tiempo que un sollozo seco y desesperado se me escapó de la garganta.

«No, ahora no. Joder, ahora no», pensé.

Conocía esa sensación. La conocía demasiado bien y me avergonzaba hasta la médula. Era la misma asfixia que me atacaba en las noches más oscuras. Me apoyé contra una viga oxidada, sintiendo un sudor frío en la espalda. Las paredes del taller parecían cernirse sobre mí para engullirme. Estaba teniendo un ataque de pánico.

—Mamá… —jadeé frotándome el pecho—. Ah, mamá… Si me escuchas, mi amor… —Apreté los ojos—. Te lo ruego envíame una señal… Una pequeña, por favor —jadeé. Las lágrimas me quemaban los ojos—. Solo una… Solo una… Solo… una…

Escuché un chasquido.

Me giré sobrecogido, poniéndome en guardia por puro instinto. ¿Acaso mamá me había escuchado? Sabía que ella siempre respondía de alguna manera, pero aquel ruido era demasiado realista. Una realidad que se convirtió en miles de fragmentos de cristal cuando vislumbré a Kenny Langford de pie en medio de aquella miseria gris y tenebrosa.

El tiempo se congeló. Me congeló a mí y a mis pulsaciones. Ahora mis oídos solo eran capaces de procesar una respiración que no era mía.

Fruncí el ceño y pestañeé aturdido. Era injusto que mi mente estuviera castigándome de esa forma. O quizá me protegía porque el monstruo que habitaba tras el maldito rostro de Langford era feo y tenía sed de sangre y de alguna forma mi instinto no quería darme un final tan trágico y lamentable.

Pero allí estaba él o lo que yo creía que era él. Y el *shock* fue total, lo devoró todo de mí, incluso los latidos apresurados de mi

corazón. Solo podía mirarlo en silencio, ahogarme en su mirada azul y divagar sobre la razón por la que volvía a verlo en el peor de los momentos.

Sacudí la cabeza, mareado. Me había quedado petrificado. Me sobrecogía la forma que tenía de observarme, con una intensidad que oscilaba entre un cuidado extremo y una tristeza infinita.

Allí, de pie entre los escombros de mi vida, Kenny Langford se veía tan imponente, tan glorioso, que parecía un arcángel vengador que hubiera descendido al mismo infierno.

Me estremecí al verlo avanzar, lento, como si flotara. Fue entonces cuando el corazón me escaló a la garganta y los bordes de mi visión empezaron a nublarse. Creí que iba a desmayarme allí mismo. Por un instante, no me pareció un mal final la idea de desfallecer en los brazos de ese hombre. Y a punto estuve de echarme a reír porque no había venerado nunca nada como en ese instante lo veneré a él.

—No eres real… —jadeé sin apenas aliento.

—Noah… —murmuró. Y su voz fue como recibir un disparo.

Tuve un escalofrío violento al escuchar mi nombre en sus labios. Sonó a algo sagrado.

Tropecé hacia atrás. Mi cerebro me decía que corriera o que peleara, pero mi cuerpo se negaba a obedecer.

—Tus hermanos… —dijo con cuidado.

—¿Qué? —grazné—. ¿Dónde están?

La desesperación rompió mi parálisis y me acerqué a él, vacilante.

—Están bien —me calmó, alzando las manos para mostrarme que no era una amenaza—. Los he puesto a salvo.

No entendía nada. Era muy difícil procesar sus palabras a través de la niebla de la fiebre, el dolor y el estupor.

—¿Tú? —dije incrédulo.

—Sí.

Negué con la cabeza. Su silueta brillaba demasiado, los bordes se desdibujaban. No dejaba de temblar.

—No eres real —jadeé de nuevo, convencido de mi propia locura.

Era la fiebre. Tenía que ser la fiebre trayéndome al ángel otra vez. Pero Langford ignoró mi delirio y se acercó un poco más. Estaba a punto de tocarme, la anticipación me erizó la piel.

—Tengo que sacarte de aquí. Tienes que venir conmigo.

—¿Contigo? —Retrocedí por instinto, chocando con la columna —. ¿Qué mierda estás diciendo? ¿Dónde están mis hermanos?

—En una residencia de Broadwater… ¡Espera!

Eché a correr. Quería verlos. Necesitaba verlos. Me importaba un carajo si estaba cayendo en una trampa de mi propia mente. Me lancé a la puerta.

Y me topé con Billy.

El terror me congeló la sangre, pero mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Por puro instinto de protección, entorné la puerta tras de mí y me erguí en el umbral bloqueando la entrada. Solo quería ocultar a Langford de los ojos de ese animal y sus hienas.

Quizá era una gilipollez. Ni siquiera sabía si Kenny Langford era real o si era un fruto precioso de mi mente, pero, por si acaso, lo protegí. Si era el de verdad, no podía permitir que Billy lo tocara.

Ese bastardo hijo de puta se alzaba bajo la llovizna de la tarde junto a sus perros más fieles, que me sonrieron con esa malicia depredadora.

—¡Sigues en pie, cisne! —exclamó Billy, alegre.

Pero la diversión le duró poco. De pronto, endureció el rostro y me clavó una dura mirada antes de invadir mi espacio vital.

—Y ahora me debes mucha pasta.

Me propinó un puñetazo en el estómago. El dolor estalló como una granada y me dobló. Francamente, sentí que me desgarraba por dentro, pero clavé los pies en el cemento y apreté los dientes.

No me movería de la puerta. No iba a delatarlo.

KENNY

Apenas me dio tiempo a entender por qué Noah cerró la puerta. Hasta que escuché la voz de aquellos tipos riéndose de él.

Probablemente, Noah seguía creyendo que yo era una alucinación, pero ese «por si acaso» me estremeció por dentro. Porque escogió protegerme por encima de su propia integridad. Y antes de que yo pudiera reaccionar, vi desde la pequeña rendija cómo el puño de ese animal impactaba contra su estómago.

La ira me invadió de súbito y me lancé a la puerta para mostrarme sin temor alguno. No dije nada. Simplemente, avancé hasta quedar a solo un palmo de ese canalla y empujé a Noah detrás de mí, cubriéndolo por completo.

Noté cómo temblaba contra mi espalda, una vibración de dolor y asombro que me caló hasta los huesos. Por suerte, Noah se dejó hacer y apoyó la frente contra mis omóplatos, buscando un soporte para no desplomarse.

Tal vez le acojonaba lo que podía pasarme. Sin embargo, yo era su muro ahora y ese muro no tenía ni una pizca de temor. Más bien, todo lo contrario, joder.

El *shock* fue absoluto para el tal Billy y sus tres gorilas, que se quedaron de piedra. Se les desencajaron las mandíbulas. Pasaron de la agresividad depredadora a la incredulidad total en una fracción de segundo. Había experimentado ese estupor demasiadas veces en las últimas horas, maldita sea.

Pese a que sabía que eran radicales del Arsenal y que yo representaba al enemigo, el impacto de tener delante a una celebridad los paralizó.

—Ni se te ocurra volver a tocarlo —gruñí.

No supe de dónde demonios me salió aquel instinto salvaje. Sentí los ojos de Noah clavados en mi nuca. Me quemaban la piel.

Billy parpadeó, aturdido, y luego soltó una carcajada estridente.

—¡Joder, hay que tener huevos para bajar a las cloacas! —bramó, abriendo los brazos en un gesto teatral—. ¡El puto Kenny Langford en mis dominios! ¿Qué pasa, niño rico, buscas que te partan los dientes?

Torcí el gesto.

—¿Te parece que sí? —mascullé.

Eso asombró a Billy. Esperaba de mí miedo y respeto, acostumbrado como estaba a someter. Pero no iba a dejarme intimidar por tan poco.

Dio un paso hacia mí, enfurecido.

—Esto no es Chelsea, gilipollas. Aquí se te odia.

Sentí un siseo a mi espalda. Noah intentó reaccionar impulsado por una lealtad suicida. Pero llevé una mano atrás, sin dejar de mirar a Billy, y lo agarré firmemente por la sudadera para mantenerlo pegado a mi espalda.

«Quieto», pensé.

—Gracias por la información, capullo —espeté—. Pero no me hagas decirte por dónde coño me paso yo vuestro odio. ¿Cuánto?

La pregunta trastornó a los tipos. Se miraron entre ellos, perdiendo el hilo de su propia amenaza.

—¿De qué cojones me hablas?

—La deuda. El motivo por el que estás aquí. ¿Cuánto es?

Billy miró a Noah, que lo fulminaba con los ojos detrás de mí. A continuación, me miró a mí con el ceño fruncido. Una sonrisa cruzó su cara.

—¿Te van las pollas, Langford? —preguntó con sorna—. ¿Por qué cojones ibas tú a ayudar a esa rata?

La insinuación me resbaló. Me importaba un carajo lo que creyera.

—No es asunto tuyo si quiero o no ayudar. ¿Cuánto?

Billy entornó los ojos, calculando. No me costó reconocer que iba a pedirme lo más grande. Los tipos como él solo entendían el

dinero como método de negociación y a mí me sobraba.

—Más de lo que llevas en la cartera, Golden Boy. Entre la droga perdida, los intereses y las molestias... Digamos que cien de los grandes.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Noah fuera de sí, tratando de lanzarse a él. Tuve que agarrarlo a tiempo de que le estampara una patada—. ¡Suéltame! ¡Está mintiendo! ¡Estás mintiendo, cabrón de mierda!

Pasé mi brazo por su pecho y lo empujé hacia atrás, inmovilizándolo contra mí. Billy se echó a reír mientras yo trataba de retener a Noah, que se estaba rompiendo en pedazos entre la desesperación y el dolor de sus heridas.

—Con que cien mil, ¿eh? —dije, ignorando los forcejeos de Noah.

Mi mente voló rápido hacia mis finanzas. Iba a tener que darle muchas explicaciones a Monty, mi agente, para disponer de esa cantidad en efectivo de un día para otro sin levantar sospechas, pero era factible.

Billy, envalentonado por mi silencio, intentó apretar más la tuerca.

—Bueno, después del agravio, quizá pida más.

—No, no lo harás —lo corté en seco—. ¿Efectivo?

—Siempre, niño rico.

—Hecho. Mañana tendrás tu dinero. Pero esto se acaba aquí. —Di un paso adelante, obligándolo a alzar la vista para mirarme a los ojos—. La deuda queda saldada. Tú te olvidas de su nombre, de su cara y de la de todos sus amigos. Si vuelvo a veros cerca de ellos, no vendré con ganas de negociar.

—¿De verdad crees que le temo a la policía, Langford? —se burló.

Qué poco me conocía, joder. Y cuánto me gustó.

—¿Qué me dices del MI5? —desafié.

Billy parpadeó. La mención de la inteligencia británica lo descolocó por completo.

—Ellos se mueven en zonas muy grises —continué convirtiendo mi voz en un susurro peligroso—. No creo que les cueste meterte a ti y a los tuyos en un zulo perdido en alguna isla hasta que se te pudran los huesos. Tengo entendido que los lugares tipo Guantánamo no son muy cómodos para gente como tú.

—¿De verdad podrías? —dudó, y por primera vez vi el miedo real en sus pupilas.

Alcé el mentón.

—Ponme a prueba.

Billy se alejó un poco, reculando. Ante todo era un hombre de negocios, un miserable que codiciaba más el dinero que el honor o la violencia gratuita. Y recuperó su sonrisa, aunque esta vez era más tensa.

—Es un placer hacer negocios contigo, Langford. Llévate a tu mascota.

Noah gruñó por lo bajo, pero no le di tiempo a reaccionar. Lo cogí del brazo.

—Camina —le ordené, tirando de él.

Le di la espalda a Billy y a su tropa y me encaminé hacia mi coche, arrastrando a Noah conmigo.

Conforme nos alejábamos bajo la lluvia, sentí su mirada clavada en mi perfil. Me observaba inquieto y apabullado y un poco mosqueado, pero no se soltó de mi agarre. Tal vez porque ya no le quedaban fuerzas.

—No soy tu puta mascota —gruñó al borde del llanto.

Lo miré de reojo. Estaba tan pálido y temblaba, pero seguía teniendo ese fuego en los ojos. Era exactamente como lo había descrito Liam, un gato muy peligroso.

—Por supuesto que no lo eres, idiota.

22

NOAH

Me dejé caer en el asiento del copiloto y para mi sorpresa aquello, más que un coche, parecía una jodida nave espacial diseñada para cortar el viento y el sonido del mundo exterior. Y me estremecí porque estaba al borde de romperme en pedazos.

En cuanto Langford arrancó el motor, la calefacción empezó a filtrarse en mis huesos de inmediato, descongelando el frío de la lluvia y el miedo.

Debería haberme sentido aliviado, pero no podía dejar de temblar. Mis dientes castañeteaban y mis manos eran dos bloques de hielo. Me sentía expuesto y ridículo en medio de tanta perfección. Y joder, por perfección también me refería al tipo que conducía.

Para disimularlo, me arrebujé dentro de mi sudadera, escondiendo los puños dentro de las mangas. Quería volverme invisible.

—Dime una canción —dijo Kenny de pronto.

Su voz rompió el silencio mientras dejábamos Andover Estate y el reflejo venenoso de Billy y los suyos en el retrovisor.

—¿Qué? —pregunté, atontado.

Honestamente, era incapaz de procesar lo que me estaba pasando. Si era una broma, no tenía ni puta gracia. ¿Ese maldito hombre acababa de comprar mi vida por cien mil libras y me preguntaba por música? ¿Desde cuándo mi condenada cabeza tenía tanta imaginación?

—Rápido, la primera que te venga a la mente.

Me quedé en blanco, pero una melodía lejana, una que solía tararear cuando quería escapar del ruido, emergió de la nada.

—*Art Deco* de Lana del Rey —dije bajito.

Kenny tocó la pantalla del salpicadero

—Vaya, qué gusto más refinado, Sterling.

Tuve un escalofrío. Fue por el tono o quizá por cómo pronunció mi apellido, pero sentí una punzada de algo que no supe identificar.

Entonces, los primeros acordes, lánguidos, elegantes y tristes, empezaron a sonar envolviéndonos por completo. La voz de Lana llenó el habitáculo. Me estremecí, y no fue por el frío. Esa mujer… Esa mujer era lo más cerca que podía estar de mi madre… Me recordaba a ella, su rostro era como un reflejo lejano de la preciosa Lucy Sterling, que murió congelada en una maldita calle de Londres.

Miré a Langford. No podía creer que le hubiera echado cara a Billy y ahora estuviera allí sentado, tamborileando los dedos sobre el volante y mirando la carretera como si no hubiera pasado nada.

—¿Qué cojones quieres de mí, ah? —gruñí, dejando que mi paranoia tomara el control.

Kenny ni se inmutó, pero sonrió.

—Tu amigo me hizo la misma pregunta anoche.

—¿Y qué le dijiste?

—Que ya lo tengo todo.

Lo miré de arriba a abajo, aprovechando que él tenía la vista fija en el asfalto. Ahora me parecía aún más imponente. Sus hombros llenaban el espacio, su perfil era duro y perfecto. Demasiado para ser real. Y entonces, como un dardo envenenado, recordé la mención de Billy.

«¿Te van las pollas, Langford?».

Tragué saliva. No me extrañaría. Zonas como Finsbury Park y sus alrededores eran un coto de caza habitual para la gente de la élite. Tipos con dinero, aburridos de su vida perfecta, que bajaban al barro buscando chaperos, carne fresca y desesperada que no hiciera

preguntas a cambio de un buen fajo de billetes. ¿Era eso? ¿Era yo su capricho de la semana? ¿Me había salvado para cobrarme el favor de otra manera?

—Para tu información, a mí no me gustan las pollas —espeté, sintiendo la absurda necesidad de aclarar las cosas y poner una barrera entre su mundo y el mío.

Kenny se carcajeó. Fue una risa genuina, ronca y espontánea, que me hizo tragar saliva, descolocado.

—Coincido. Pero si quieres confirmación, puedo llamar a mi prometida. Ella lo sabe mejor que nadie.

No hablamos más.

Me encogí en mi asiento, pegando las rodillas al pecho, y vi de reojo cómo Kenny subía un poco la calefacción en el panel táctil. El calor me abrazó. Joder, era tan agradable, pero mi mente no podía descansar. La situación me tenía al límite.

Cien mil libras.

Cien. Mil. Libras.

Langford había pagado eso por mí como quien compra un chicle en un quiosco. El puto Kenny Langford había soltado una fortuna para salvar a una rata de alcantarilla. No lo entendía. No me cabía en la cabeza. En mi mundo, en las calles, nadie daba nada gratis. Jamás. Todo tenía un precio.

¿Qué había vendido sin saberlo? ¿Era suyo ahora? ¿Qué iba a pedirme a cambio de esa cifra astronómica?

No concebía el altruismo. La idea de que lo hubiera hecho «porque sí» era más aterradora que pelear en la jaula. Pensé que había saltado de la sartén para caer directamente al fuego.

Me froté los ojos con fuerza. Habría creído que de verdad era una alucinación, que mi cerebro se había inventado al salvador perfecto, pero el propio Billy lo había visto, joder. Había hablado con él y había tenido miedo.

El puto Billy se había acojonado frente a las narices del capitán del Tottenham. Ese al que tanto odiaba.

Miré de reojo a Langford. Conducía tranquilo, con una sola mano en el volante. Su perfil iluminado rítmicamente por las luces anaranjadas de las farolas que pasaban veloces. Me pareció un ser de otra especie. Un dios intocable que jugaba con reglas que yo no conocía. Y me sentí minúsculo a su lado. Una hormiga a la que un gigante caprichoso había decidido no pisar… por ahora.

Percibí que me miraba de reojo un par de veces, controlándome, pero no dijo nada. Era como si no quisiera asustarme, como si supiera que cualquier movimiento brusco me haría saltar por la ventana. Y mientras tanto la música sonaba.

«Estás delirando», pensé, cerrando los ojos con fuerza. «Billy te está pateando las costillas y te has inventado todo esto para no sufrir».

El coche se detuvo suavemente.

Abrí los ojos y reconocí la zona al instante. Broadwater Farm. Pero no estábamos frente a la panorámica de bloques grises y deprimentes que identificaba el lugar. Nos habíamos detenido a pies de un edificio moderno que parecía otro mundo en las entrañas de ese maldito barrio.

Me tensé como un arco al tiempo que Langford apagaba el motor. El silencio fue ensordecedor, rompiendo la burbuja de seguridad artificial en la que habíamos viajado.

—Hemos llegado —anunció.

Miré por la ventanilla. El edificio seguía ahí, brillando con esa luz cálida que parecía burlarse de mí.

—¿Qué es este lugar? —pregunté trémulo.

—Tus hermanos están ahí dentro. Todos.

No esperé más.

Salté fuera del coche, tropezando con mis propios pies. Me dolía todo el cuerpo, pero la necesidad de ver a Liam, a Sam y a los demás era una fuerza gravitatoria más fuerte que el dolor.

Crucé la entrada, tambaleándome. El calor me golpeó la cara como una bofetada amable. Y el olor… Olía a comida. A hogar.

—¡Noah!

Reconocería esa voz incluso muerto.

Ni siquiera me dio tiempo a mirarlo. Liam se lanzó a mí con la misma desesperación que yo sentía. No tardaron en unirse los demás. Noté el impacto de sus cuerpos contra mis heridas, pero no me importó.

Solo podía pensar que no podría abarcar lo suficiente de ellos con mis brazos. El corazón me iba a estallar de pura alegría, y caí de rodillas al suelo, dejándome sepultar por ellos. Mis hermanos. Los toqué frenéticamente, les olí el pelo, les acaricié las caras para comprobar que eran reales, que no eran fantasmas.

Estaban vivos. Estaban calientes. Y estaban a salvo. Y ese pensamiento fue la llave que apagó mi sistema.

Quería responder el torrente de preguntas que me hacían. Quería decirles que todo saldría bien, que nos teníamos, que éramos una familia. Pero mi voz no salió. Solo podía emitir gemidos y jadeos. Ni siquiera podía escucharlos. De pronto, sus voces eran un zumbido lejano y dulce.

Entonces, por encima de la marea de cabezas, miré a Langford. Estaba en el umbral, observándonos.

Me pregunté quién demonios era ese hombre, qué clase de monstruo disfrazado de ángel podía acabar con alguien como Billy con tanta facilidad, qué tan rápido podría acabar conmigo si quisiera. ¿Debía tener miedo? ¿Debía huir? ¿Por qué mi instinto me decía que no?

En los ojos de ese hombre no vi amenaza alguna. Solo alivio. Y yo cerré los míos porque la oscuridad me reclamaba y hacía calor. Un calor hermoso.

«Ya no tengo que pelear más hoy».

23

NOAH

Desperté lento, notando que mis propias fantasías me aplastaban. Maldita sea, no me acordaba ni de mi nombre.

No percibí el frío habitual mordiéndome las articulaciones ni esa humedad pegajosa que solía filtrarse por las paredes de Andover. No olía a moho, ni a gasolina ni a polvo. Al contrario, estaba envuelto por la calidez seca y acogedora de un edredón nórdico tan blanco y esponjoso que parecía una nube.

El pánico me sacudió antes que la lógica. Y me incorporé de golpe, en busca de amenazas. Pero la habitación no era una celda ni mucho menos un cuchitril. Más bien era un espacio amplio, luminoso y estaba impoluto. Había muebles de madera clara, un escritorio ordenado y una cama vacía al otro lado. Aquello parecía una residencia de estudiantes pija de esas que solo había visto en películas.

Me llevé una mano al pecho y comencé a frotármelo. Necesitaba calmar mis pulsaciones para poder pensar. Al tocarme noté la textura suave de unas vendas bajo aquel bonito pijama color marfil. La pelea, la jaula, el hospital. Aquello no era un hospital, ni se le parecía, pero estaba bien, estaba a salvo.

Me palpé las costillas y me sorprendió descubrir que aquel dolor agónico se había convertido en una molestia sorda. Alguien me había cuidado y me había tocado mientras permanecía indefenso. Y no sabía qué era más grave si eso o el hecho de estar bien.

Iba a volverme loco. Los delirios no duraban tanto, joder.

De pronto, la manilla de la puerta giró. Me puse en guardia al instante, listo para saltar o atacar. Pero la puerta se abrió y no asomó ningún verdugo.

Era Liam.

Entró con cuidado, cargando una bandeja que parecía pesarle, y se detuvo en seco al verme sentado en la cama. Por un instante, nos miramos en silencio. Él, procesando mi consciencia. Yo, reconociendo su presencia en aquel lugar tan bonito y extraño.

—¡Ah, estás despierto! —sonrió aliviado.

Debía de haber dormido mucho porque, a pesar de su sonrisa, Liam tenía ese rastro de preocupación en sus bonitos ojos ambarinos. Era la misma sombra que aparecía cuando temía quedarse solo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El desayuno.

Liam dejó la bandeja sobre aquel precioso escritorio que había frente a la ventana, bañado por la luz de la mañana.

—Vamos, ven aquí. ¿Puedes solo?

El olor a comida me golpeó. Huevos revueltos, tostadas calientes, beicon crujiente, algo dulce. Mi estómago rugió con una violencia que me dolió. Aquel aroma activó mi instinto de supervivencia más básico. Me levanté despacio, ignorando el mareo y la debilidad, y caminé hacia la silla acolchada.

Me senté junto a Liam.

—¿Y tú? —pregunté.

No iba a probar bocado si él no había comido. Mi compañero sonrió, empujando la bandeja hacia mí.

—Come.

Entonces, cogí el tenedor. Tenía tanta hambre que hasta me costaba masticar. Notaba la mandíbula tensa y mis manos temblaban tanto que tuve que soltar el cubierto un instante para no tirar la comida.

Comí lento, saboreando cada bocado como si fuera un milagro. Y para colmo, se me empañaron los ojos. Era estúpido, pero comer caliente y seguro me provocó unas ganas de llorar insoportables.

—¿Cuánto he dormido? —indagué, limpiándome la boca con la servilleta.

—Para asombro de todos, tres días.

Me quedé con el tenedor a medio camino. Eso me impresionó más que el lujo de la habitación. Era extraño que el insomnio me hubiera dado una tregua. Dormir tres días seguidos era como haber estado en coma.

—Maggie y la señorita Morley te han cambiado las vendas mientras dormías.

Fruncí el ceño, confuso.

—¿Quiénes son?

—Bueno, Maggie es la directora de este lugar. Y Morley es una mujer encantadora del centro de salud del barrio —me explicó con una naturalidad que me resultó ajena.

Lo miré fijamente, analizando cada milímetro de su expresión. Noté el cambio en él de inmediato. El pelo un poco más corto, las mejillas ligeramente sonrosadas, los hombros relajados. No encontré ese terror perpetuo en sus ojos que tanto se empeñaba en disfrazar para no preocuparme. Ahora parecía más un veinteañero normal y tranquilo.

Realmente, llegué a considerar que había perdido la cordura. Ni siquiera los suaves rayos de sol que se colaban por la ventana y jugaban a destacar las bonitas pecas de la nariz de mi amigo me parecían reales. Eran demasiado dorados, demasiado perfectos.

—¿Y los demás? —jadeé.

Dejé el tenedor sobre el plato con un tintineo agudo. Apenas había probado bocado, pero ya no podía comer más. El estómago se me había cerrado de golpe, como si tragar felicidad me doliera físicamente.

Liam, intuyendo mi colapso, me cogió la mano. Qué bonito fue sentir el calor de su contacto. Eso no había cambiado.

—Están bien.

—¿Dónde? —suspiré.

—Ahora están jugando al fútbol en el patio.

Esa realidad fue como recibir un bofetón. ¿Fútbol? ¿En un patio seguro? No podía creer nada de lo que estaba pasando. Mi cerebro no encontraba el archivo donde guardar esa información. Ni mis sueños habían sido tan hermosos.

—Mierda, me estoy volviendo loco —murmuré, frotándome la cara—. ¿Qué significa todo esto, Liam? Porque hasta hace un rato pensaba que me había muerto. Pero pareces demasiado real.

—Yo todavía estoy procesándolo —admitió. Él también tenía miedo de parpadear y que todo se desvaneciera—. Y los demás… Tendrías que ver la cara que ponen cada vez que Bishop los llama para comer.

—Bishop…

—Sí, es el cocinero de aquí. —Se le dibujó una mueca preciosa en la cara, una mezcla de diversión y cariño—. Digamos que ha adoptado a Connor…

Pestañee, aturdido.

—¿Cómo?

—Ya sabes cómo es, no puede estarse quieto y terminó cotilleando qué se hacía en la cocina.

Sonreí. Eso era muy de Connor. Su curiosidad siempre le ganaba al miedo.

—Bishop lo ha puesto a fregar platos y pelar patatas. Él está encantado.

Solo llevaban tres días allí y mis hermanos ya se habían adaptado. Era una señal dolorosamente inequívoca de lo mucho que ansiaban una vida normal y de lo fácil que habría sido ser felices si el mundo no nos hubiera pisado el cuello.

—Siempre quiso ser chef —susurré con la voz rota.

Recordé la de noches en vela en las que Connor nos contaba con ojos brillantes que algún día abriría un restaurante donde cocinaría las mejores hamburguesas de la ciudad para nosotros.

—Creo que tiene posibilidades si deja de romper vasos —bromeó Liam.

Me repantingué en la silla y cerré los ojos un instante para contener las lágrimas. Entonces, en la oscuridad de mis párpados, vi el rostro de ese hombre.

—Langford ha pagado la deuda —suspiré, y sentí que el nombre pesaba toneladas en mi lengua.

—Lo sé.

Miré a Liam, buscando algo que me ayudara a encajar las piezas de aquel absurdo rompecabezas.

—Lo sabes… ¿También el porqué? ¿Tiene un puto sentido?

—No… —Negó con la cabeza, mirando nuestras manos, todavía unidas—. Lo único a lo que me aferro fue que él apareció de la nada, te cogió en brazos y te llevó a un hospital cuando yo creía que te me ibas entre las manos.

Apreté su mano con fuerza. Pensé en lo aterrador que tuvo que ser para él verme caer aquella noche en el ring y pensar que no volvería a levantarme.

—Así que no fue un delirio, ¿no?

—Empiezo a creer que no.

De pronto, se abrió la puerta, rompiendo la burbuja de intimidad.

—¿Se puede? —dijo Connor al asomar la cabeza.

Pero ni siquiera le dio tiempo a entrar. Nate lo apartó de un empujón amistoso y se lanzó hacia mí como un misil teledirigido.

—¡Noah! —gritó, envolviéndome en un abrazo que casi me asfixia.

—¿Cómo estás, tío? —preguntó Connor.

—Me duelen las costillas —me quejé, aunque le devolví el abrazo con la poca fuerza que tenía.

Nate se separó un poco, escrutándome con ojo crítico.

—Tómate los analgésicos o Maggie nos reñirá —dijo, señalando el frasco que había en la bandeja—. Me ha hecho prometer que lo harías.

Sonreí sin fuerza. Liam seguía en la silla, Nate se había apoyado en el escritorio y Connor había arrastrado un puf de colores para sentarse a mi lado.

—¿Ahora tenemos que obedecerle? —ironicé, arqueando una ceja.

—Es una buena mujer, Noah —admitió Nate, y su tono serio me borró la sonrisa.

Los observé uno a uno. Noté que ellos también estaban diferentes. Llevaban ropa nueva, de calidad. Tenían el pelo acicalado. Ya no olían a calle ni a humedad o miedo.

Escuché atentamente el resumen de lo sucedido los últimos días mientras dormía: el ataque de venganza de Billy, la aparición de Kenny Langford, cómo los sacaron del barrio, la llegada a esa residencia que parecía un hotel y la aparición de Maggie, que los había recibido como si fueran su familia.

La incredulidad me taladraba el cráneo. Mi cerebro, adiestrado en la desconfianza, buscaba frenéticamente la trampa, pero no la encontraba.

—¿Y decís que podemos estar aquí sin más?

Mis amigos asintieron. Los noté relajados y eso era raro. Jodidamente raro. Pero confiaba lo bastante en ellos para saber que, si hubieran detectado una amenaza, ya habríamos huido.

—Cuesta de creer —resoplé—. Deberíamos… deberíamos meditar sobre qué hacer. No podemos…

—¿Y si no hacemos nada? —interrumpió Connor.

Lo miré, sorprendido. Mi gran amigo solía ser el primero en buscar salidas de emergencia. Pero parecía estar convencido de

nuestra nueva realidad.

—Quiero decir, llevamos casi cuatro días aquí y es la primera vez en mi vida que siento que pertenezco a algo. No sé… —Se encogió de hombros y agachó un poco la cabeza. Me pareció más pequeño de lo que era—. A lo mejor ha llegado el momento en que no tenemos que hacer nada, más que vivir.

Que Connor dijera eso me impactó porque solía ser el más escéptico de todos, el que siempre veía el vaso roto antes de que cayera al suelo. Tenía un poder para predecir la maldad que no era ni medio normal.

—No todo tiene por qué ser malo, ¿no? —añadió Nate, estrujándose los dedos.

—¿Un golpe de suerte? —dije.

La palabra «suerte» me supo rara en la boca.

—Eso parece —sonrió Liam.

—Joder… Es tan difícil de creer… —Me pasé las manos por el pelo, frustrado por sentir esperanza—. ¿Y Langford ha dicho algo? —indagué.

—Vino hace dos días —comentó Nate—. Pero solo estuvo un rato. Tenía partido.

—Contra el Aston Villa —masculló Connor, cruzándose de brazos —. El muy cabronazo marcó un golazo de falta directa y se puso a hacer sus puñeteras muecas. Me saca de quicio.

Hacía unos días lo habría creído, pero ahora no estaba tan seguro de ese odio visceral.

—Es una bestia, asumámoslo —se conformó Nate, que nunca fue muy futbolero pero sabía reconocer el talento.

—Puto Langford.

—Sam se puso a gritar como un loco y Jason se enfurruñó —sonrió Liam, recordando la escena.

—Estuvo dos horas enfurruñado en un rincón hasta que Bishop le dio un pastelillo —se enorgulleció Connor—. Por cierto, están de muerte. Yo le ayudé a hacerlos.

—Bueno, ayudarle… —bromeó Nate con sorna.

Connor le lanzó un cojín que él esquivó entre risas.

—¡Oye, la crema me quedó espectacular!

—Eso es verdad…

Los miré asombrado. La de veces que había soñado con vernos en una situación como esa, hablando de cosas triviales y bromeando sin pensar en la miseria.

Liam percibió el cambio en mi mirada y me tocó la rodilla con suavidad.

—Ey, ¿estás bien?

—¿Por qué demonios Kenny Langford ha hecho todo esto? —confesé en un susurro—. Si aparco el hecho de que todavía creo que estoy delirando, no encuentro las razones por las que… querría ayudarnos… Joder, ni siquiera somos… ni siquiera somos….

«Personas», quise decir. «Ni siquiera somos algo».

Se abrió la puerta de golpe, interrumpiendo mi espiral de autodestrucción.

—¡Noah! —Esa vocecilla.

Mi Sam me regaló una sonrisa radiante antes de lanzarse a mis brazos. Estaba tan precioso con su pelito peinado hacia atrás y su camiseta del Tottenham.

—Ey, colega, pero qué guapo estás, ¿no? —le dije, y me estremecí al sentir su calor contra mi pecho.

Sam me miró con los ojos brillantes de emoción.

—Me la ha regalado Kenny. ¡Mira! —Sam se estiró la camiseta con las dos manos, hinchando el pecho para que yo pudiera leer lo que había escrito con rotulador negro en la tela—. Es su firma.

Toqué la tela con incredulidad y mis dedos rozaron la tinta negra.

«Para mi seguidor favorito», había escrito el capitán.

Miré la cara de felicidad absoluta de Sam. Ya no tenía miedo. Ya no miraba a la puerta esperando que entrara un monstruo. Me

quedé sin argumentos. Toda mi paranoia se desmoronó ante esa imagen.

Si Kenny Langford era el monstruo egoísta o pervertido que yo temía, no se habría molestado en hacer feliz a un niño que no era nadie.

—¡Esto es mejor que el cromo! ¡Es superchulo! —exclamé.

—Me dijo que iba a venir a jugar conmigo.

—Por supuesto que sí, enano.

Lo abracé de nuevo, hundiendo la cara en su hombro pequeño, respirando su olor a jabón y a infancia recuperada.

Alcé la vista por encima de Sam y miré a mis queridos hermanos. Quizá llevaban razón. Quizá había llegado el momento de dejar de pelear y no hacer nada, más que… vivir.

24

NOAH

Habían pasado cuatro días. Y la fiebre no me había dejado vivir. Había sido como si mi cuerpo liberase toda la tensión acumulada de años. Me hizo hasta delirar, esta vez de verdad. Apenas recordaba las visitas y el suero. Creo que hasta lloré cuando me pusieron de nuevo una vía y no sé si me calmaron las manos de Langford o las de Liam.

Ahora que la fiebre había remitido, ya me podía incorporar sin sentir que la cabeza iba a explotarme. Y todavía me costaba procesar que fuera de aquella habitación que compartía con Liam hubiera todo un mundo de seguridad y armonía. Era complicado cuando entre esas cuatro paredes seguía apabullándome la comodidad. Tenía un baño privado con ducha de agua caliente a mi entera disposición y hasta un puto televisor de alta gama colgado de la pared con cientos de canales disponibles. ¿Cómo coño se concebía eso?

Me envalentoné a levantarme. En el armario había ropa limpia y nueva. No me lo pensé demasiado, me vestí con lo más oscuro que encontré y miré la puerta.

«Tienes que salir», me dije. Parecía fácil, pero me aterraba.

Finalmente, cogí aire y abrí.

Me sentí extraño caminando por el pasillo sin estar en alerta. El cuerpo me pedía tensión, pero el ambiente me daba calma.

El lugar era una pasada. Paredes de un color tierra suave, suelos de madera pulida y unas cristaleras inmensas que dejaban entrar la luz natural. Era una atmósfera tan cálida y acogedora que me puso los pelos de punta.

Me crucé con una mujer que llevaba un carrito de ropa. No dijo nada, solo me sonrió con una amabilidad que me desarmó. Y yo, por puro reflejo condicionado de años siendo invisible, hice una pequeña reverencia con la cabeza y bajé la vista.

Quería dar media vuelta y volver a la seguridad de las sábanas, pero me dije que no podía ser una rata asustada toda la vida. En algún momento tenía que dar la cara.

Busqué un rincón tranquilo y me apoyé en un ventanal con vistas al patio interior. Saqué el paquete de tabaco del bolsillo. Me lo había comprado Liam usando el «cheque de gastos extras» que nos habían entregado a cada uno al llegar. Era como una especie de paga mensual para esas cosillas propias. Un puto sueldo por existir. Hasta los vicios financiaba ese lugar. Parecía una utopía absurda.

Encendí el cigarro con manos temblorosas. Fumar allí, en medio de tanta pulcritud, era un acto de rebeldía, una forma de tener el control sobre algo, aunque fueran mis propios pulmones.

Miré hacia el exterior. Allí abajo, en el césped inmaculado de aquel campo de fútbol reconocí a varios de mis hermanos. Corrían, saltaban, gritaban. Estaban jugando un partido con otros chicos del lugar. Parecían tan felices detrás de la pelota que se me encogió el corazón.

Pero lo que más me impactó fue a Langford.

El capitán del Tottenham estaba jugando con unos críos sin hogar y parecía disfrutarlo. Se reía a carcajadas cuando uno de los chicos le robaba el balón. Bromeaba, hacía aspavientos y se dejaba regatear por Jason, fingiendo torpeza.

Aquella estampa idílica no encajaba con la imagen del millonario arrogante ni con la del jugador descarado que conocía por televisión. Pero tampoco encajaba con la del tipo duro y letal que se enfrentó a Billy en el callejón. Era desconcertante.

Estaba tan absorto observando a ese tío que no oí llegar a nadie. De pronto, una mano apareció en mi campo de visión. Dedos firmes, piel cuidada y oscura. Me quitaron el cigarro de los labios con una suavidad pasmosa y lo apagó en el alféizar de la ventana.

Me giré de golpe, defensivo.

No sabía quién era, pero algo en su postura me dijo que era la jefa del lugar.

Nos miramos. Esperé una bronca. Estaba más que listo para agachar la cabeza y esconderme en mi habitación como el intruso que era. Pero esa mujer alzó el mentón y me miró de una forma extrañamente maternal.

—Está estrictamente prohibido fumar en los interiores —me informó—. Para eso tenemos las terrazas. Y más te vale que no encuentre ni una colilla o te la haré limpiar de formas muy poco ortodoxas.

Tragué saliva. Su tono no admitía réplica.

—Vale… —murmuré. No sabía qué más decir.

Ella alzó las cejas.

—¿Solo vale?

Me encogí de hombros, incómodo. Y entonces, sonrió. Fue un gesto transformador. Me impactó ver esa sonrisa tan bonita.

—Va a ser cierto lo que dicen de ti.

—¿Qué dicen? —indagué.

—Que hablas poco y piensas mucho. Soy Maggie Davies.

Me tendió la mano. Un gesto de igual a igual.

—La jefa… —dije, aceptando el apretón.

—Entre otras muchas cosas.

Asentí y suspiré, dándome por vencido.

—Buscaré una terraza donde fumar.

Di media vuelta y me encaminé hacia mi habitación.

—O te vienes conmigo.

—¿Adónde?

—Querido, si vas a vivir bajo mi techo, esas greñas tienen que desaparecer. Mueve el culo. Si te portas bien, puede que te dé un caramelo.



Estaba sentado en la sala de enfermería frente a un espejo que no perdonaba ni un solo defecto. Pero antes de que aquella preciosa chica acercara unas tijeras a mi pelo, me habían obligado a pasar por un reconocimiento médico exhaustivo, basándose en los resultados de las pruebas que me hicieron en el hospital. Y el veredicto fue como recibir otra paliza, esta vez con palabras y cifras.

El informe médico confirmaba la devastación física que arrastraba tras años de pura supervivencia. Y me dio un poco de vértigo. Con mi metro setenta y ocho de altura, apenas llegaba a los cincuenta y ocho kilos, con un Índice de Masa Corporal por debajo de lo normal.

El doctor me explicó, con una gravedad que me asustó, que presentaba una anemia ferropénica severa y cuadros de hipoglucemia por inanición crónica. Básicamente, mi cuerpo, al no recibir combustible, había entrado en catabolismo. Lo que se traducía en que había estado consumiendo mi propia masa muscular para obtener energía y mantenerme vivo. Sí, me había estado comiendo a mí mismo desde dentro como un puto Ghoul.

Además, el informe destacaba un peligroso desequilibrio de potasio y magnesio que ponía en riesgo mi función cardíaca. Mis niveles de cortisol estaban disparados por el estrés constante. Pero lo más alarmante para los médicos fue que tenía la CPK por las nubes. Yo no tenía ni pajolera idea de qué mierda significaba eso hasta que me explicaron que era la prueba irrefutable de la rotura de fibras musculares causada por la paliza de Billy.

En resumen, médicamente era un jodido milagro que me mantuviera en pie. Y explicaba por qué había tenido fiebre tan intensa durante días.

Me habían recetado hierro para la anemia y un complemento vitamínico potente que me daba un sueño terrible, además de pastillas de magnesio y potasio. Y por si fuera poco, tenía que beberme una solución electrolítica que sabía a rayos diluida en tres litros de agua al día para «eliminar toxinas». Iba a convertirme en un tanque de agua con patas.

Obviamente, mi dieta no sería simple. Nada de atracones para saciar el hambre, ni grasas saturadas, ni azúcares rápidos que me dieran un subidón para luego dejarme tirado. Tenía que comer cosas «limpias». Pollo, pescado, avena, arroz integral. Todo ello en pequeñas dosis y muy frecuentes.

Así que allí estaba, condenado a asumir que me moría de hambre, pero incapaz de probar bocado, tratando de digerir que era más un cadáver que un chico de diecinueve años. Y completamente descompuesto porque, si yo estaba así, no quería ni pensar en los resultados de mis Furin.

Pero por si la situación no era lo bastante difícil para mí, llegó el momento cumbre: me desparasitaron. Así, tal cual. Analizaron que no tuviera piojos, como a un niño de guardería o a un perro callejero rescatado.

Sentí cómo la vergüenza me subía por el cuello, caliente y punzante. Era denigrante y, para colmo, quien se encargaba de la tarea era una chica monísima que no dejaba de sonreírme.

No tendría más de veinticinco. Rubia, con una melena preciosa que le llegaba a los hombros y unas gafas de pasta negra que le daban un toque intelectual muy sexi. Mientras ella rebuscaba en mi cuero cabelludo con guantes de látex, yo no pude evitar observarla de reojo.

Tenía un cuerpo bonito, con curvas pronunciadas. Los imbéciles habrían dicho que estaba entrada en carnes. Yo pensaba que estaba para comérsela y que sus caderas eran de lo más insinuantes bajo aquellos vaqueros de tiro alto. No era la clase de chica que yo veía a menudo. Desprendía carácter, salud y personalidad.

—No protestes tanto —dijo Maggie, que supervisaba la operación cruzada de brazos.

—Si no he abierto la boca —me quejé, indignado.

Ella me sonrió a través del reflejo del espejo. Me gustaba el contraste de su labial rojo sobre su piel negra.

—Te oigo pensar. Y lo haces muy alto.

Fruncí los labios, derrotado.

—Me siento como un perro pulgoso.

—Por suerte, no hemos encontrado pulgas —dijo la chica rubia, toda orgullosa, dejando el peine fino sobre la mesa.

—Qué gran noticia —me mofé, aunque el alivio fue real.

La chica cogió las tijeras y empezó a trabajar. Me revolvió el pelo, cortando las puntas muertas y dándole forma. Se tomó su tiempo, lo hizo con mimo.

Cuando terminó, sentí un atisbo de orgullo. Me había dejado un corte bastante chulo, respetando mi habitual melena desenfadada. Honestamente, jamás me había visto tan… atractivo.

—¡Listo! Tienes cara de muñeco —exclamó la chica.

—Y se le ven los ojos, que era lo más importante —comentó Maggie, asintiendo con aprobación.

—¿Dónde está mi caramelo, ah? —bromeé, manteniendo la seriedad para ver si colaba.

Ese caramelo llegó en forma de colleja rápida en la nuca. No dolió, pero fue firme. Pensé que aquello podría valer como bautizo oficial en la casa. La chica rubia se carcajeó.

—Me caes bien, Sterling —dijo ella, quitándome la capa de peluquería.

—Dame un rato para poder decir lo mismo. Ahora me siento demasiado humillado.

Traté de esconder el rostro entre las manos para frotarme los ojos, pero la chica lo impidió y me cogió una mano con suavidad.

—Trae, anda.

Se sentó en un taburete frente a mí y analizó mis nudillos. Estaban mucho mejor que hacía unos días, pero todavía se veían los arañazos. La señora Morley, la enfermera, se había olvidado de cambiar esos apósitos.

—¿También eres enfermera? —pregunté, sorprendido por su versatilidad.

—Aquí somos de todo —anunció Maggie, que le entregó a la chica una caja de primeros auxilios—. Me voy. Tengo que ir con Eddie a la óptica.

Fruncí el ceño al escuchar el nombre.

—¿Cómo? —pregunté, pero Maggie ya se había ido.

Eddie era el hermano pequeño de Nate. Tenía quince años y se le conocía como la versión morena y tranquila de su hermano mayor. El más introvertido del grupo, callado, inteligente, un lector voraz al que yo a veces le robaba libros de la biblioteca pública o de alguna librería despistada porque sabía que los devoraba. Era más bueno que el pan recién hecho.

Tenía astigmatismo desde los ocho años, pero llevaba unas gafas que le iban pequeñas, con la montura partida y remendadas con cinta aislante gris. Las necesitaba para ver bien.

Recordé una anécdota horrible de hacía unos meses, cuando se perdió en el centro porque no podía leer los carteles de las calles y le dio vergüenza preguntar. Nos pasamos cuatro horas buscándolo desesperadamente y al final lo encontré en un rinconcito del aparcamiento, abrazado a sí mismo y con los ojos acuosos.

Suspiré. ¿Cómo iba a quejarme de mi humillación o de mi orgullo herido si esa gente estaba cuidando así de los míos? Unas gafas nuevas para Eddie costaban una pasta. No me importaba que me revisaran los piojos cien veces si con ello los chicos recibían esa atención.

—No te quejas… —comentó la chica.

—Estoy acostumbrado.

Y era verdad. El dolor ya no me importaba.

La observé mientras trabajaba. No hacía preguntas incómodas sobre cómo me había hecho eso, simplemente me daba mi espacio. Era la clase de mujer por la que cualquier chico perdería la cabeza. Desprendía luz.

—Eres muy joven para trabajar aquí —solté de golpe, rompiendo mi propia regla de silencio.

—Echo una mano en mis ratos libres.

Agaché la cabeza, sintiéndome torpe. Ya no sabía qué más decir y no quería ser invasivo ni parecer que quería ligármela.

Ella me miró coqueta. Estaba seguro de que algunos de mis Furin ya habían caído rendidos a sus encantos.

—¿No vas a preguntar? —dijo divertida por mi bloqueo.

—¿Por qué?

—¿Acaso no estabas iniciando una conversación? Tu amigo Connor es más hablador.

Sonreí de medio lado. Connor había sido el primero en caer. Francamente, no me extrañaba. Mi amigo era de lo más exquisito con sus preferencias.

—Connor no calla ni debajo del agua —comenté, relajándome un poco.

—Eso es verdad.

—¿Lo conoces? Quiero decir…

—Me visita a menudo —me anunció, terminando de vendarme la mano derecha con destreza—. Y me trae café con galletitas. Le quedan un poco deformes, pero están muy ricas. No se lo digas o se me caerá el papel de chica dura.

Mi sonrisa se ensanchó.

—Te está cortejando…

—Eso creo yo… —bromeó, guiñándome un ojo.

—¿Cómo te llamas?

—Melani West.

—Encantado, Melani.

—Igualmente, Cisne Negro.

Me tensé al instante.

—Ese mote… solo lo uso para pelear.

—Bueno, ahora puedes usarlo para exhibirte. Eres monísimo. ¡Listo! —Me dio una palmadita en el brazo—. Sigue igual de hablador cuando te cruces con mi primo.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Tu primo?

—Kenny.

La noticia me asombró. Me quedé procesando el parentesco, buscando el parecido en los ojos o en la actitud desafiante. Pero Mel ya se había puesto a recoger sus cosas y a tararear, así que decidí salir de allí antes de hacer más preguntas estúpidas.

Caminé por el pasillo sintiéndome raro.

La ropa limpia, las vendas nuevas, el pelo saneado, bien alimentado. Nunca me había sentido tan… humano.

Al pasar frente a uno de los grandes ventanales del pasillo, me detuve un segundo a mirar mi reflejo en el cristal. Apenas me reconocí. No había cambiado mucho en esencia, seguía teniendo las mismas facciones marcadas y la mirada apagada, pero ahora parecía un universitario en vez de un delincuente juvenil. Y me costó sostenerle la mirada a ese extraño.

De pronto, escuché unas vocecillas emocionadas provenientes del vestíbulo principal. Me acerqué tímido. Y entonces lo vi.

Kenny estaba rodeado por una marea de críos. Cargaba a Martin sobre los hombros, que reía como un loco, y sostenía a Sam bajo el brazo como si fuera un saco de patatas, mientras el niño pataleaba de la risa. Alrededor, Jeremy, Jason, Luke, Tommy y David lo jaleaban, agarrándolo de la ropa, saltando para llamar su atención. No querían que se fuera.

Era una imagen impresionante. Nunca había visto a mis Furin comportarse como niños reales, sin la sombra del miedo o el hambre oscureciéndoles la mirada. Y paradójicamente, se me contrajo el

pecho de puro espanto. Una parte de mí, la que creía que todo lo bueno tenía final, no quería que ese sueño terminara.

Se me cortó el aliento cuando Kenny clavó sus ojos en los míos por encima del revuelo de cabezas. Su sonrisa se suavizó, pero no desapareció. Y yo me estremecí como un idiota.

Había algo en la forma en que me miraba, una intensidad directa y sin filtros, que me hacía sentir que teníamos nuestro propio idioma, uno que no necesitaba ni palabras.

Tenía que hablar con él. Tenía que resolver qué demonios estaba pasando, entender las reglas del juego para poder proteger a mi manada cuando él se cansara de jugar. Todo eso le dije en silencio.

Kenny bajó a Sam y a Martin con cuidado, se despidió de los chicos y borró la distancia que nos separaba.

—Hola.

—Hola —respondí tímido.

Kenny alzó una mano y me dio un pequeño toquecito en la barbilla. Tragué saliva.

—Tienes mejor aspecto.

—Me siento mejor. La fiebre ha bajado.

—Me alegro —sonrió.

No podía dejar de analizarlo. El escepticismo me arañaba las entrañas.

—¿Te vas? —pregunté.

—Sí. Tengo entrenamiento de tarde.

Me rasqué la nuca, nervioso. Sabía que si cruzaba esa puerta, quizá no lo vería en días, y yo necesitaba respuestas en ese instante.

—Esperaba que… pudiéramos hablar.

—Bien, hablemos —me dijo, pero empezó a caminar hacia la salida.

—¿Qué…? —Me giré, confundido.

—Una canción, rápido —me interrumpió sin dejar de andar.

Fruncí el ceño. Apenas podía pensar y él me pedía esa gilipollez. Otra vez. Solté lo primero que se me vino a la mente.

—*Brave*, de Riley Pearce.

Kenny se detuvo un instante, torció el gesto y me miró risueño.

—Definitivamente, tienes un gusto de lo más sofisticado. ¡Vamos, muévete!

No me quedó más remedio que seguirlo fuera.

25

KENNY

Noah no había abierto la boca en todo el trayecto. Nada, ni un suspiro. Y eso que la canción que había pedido sonó varias veces.

Creo que no fue consciente ni de que lo miraba de reojo constantemente. Vi cómo se escondía las manos en las mangas de su jersey y cómo se mordía el labio constantemente. Parecía un puchero parecido a los que me hacían Sam o Marty cuando me iba.

Estaba nervioso por tenerlo a mi lado, pero lo estaba aún más porque seguía pareciéndome tan frágil que asustaba y yo seguía teniendo la sospecha de que, si lo tocaba, terminaría de romperse en mis manos.

Ahora que había aparcado el coche en la zona reservada del Hotspur Way, Noah me seguía por el acceso privado intentando disimular lo alucinado que estaba con todo.

Lo observé sin disimulo. Noah era excesivamente reservado. Desde fuera, parecía un chico enfadado con el mundo a punto de darle una paliza a cualquiera que se atreviera a saludarlo. Pero eso era solo una fachada. Y lo sabía porque cuando me pillaba mirándolo se tensaba.

Me hacía gracia.

Además de nervioso, también estaba extrañamente emocionado. Bueno, más bien contento con que Noah estuviera allí, en el epicentro de mi mundo. Y me gustaba tanto que ni siquiera me

permitía pensar en toda la mierda que había desencadenado ese momento.

Me había pasado la semana preocupado por él, con el estómago encogido cada vez que Maggie me informaba de que la fiebre le golpeaba con dureza. Fui a visitarlo varias veces, solía quedarme en el pasillo escuchando su respiración, pero no me atreví a entrar en su habitación porque quería que ese fuera su refugio. Solo lo hice una vez, cuando su temperatura requirió de tratamiento por vía intravenosa. Y me rompió el corazón verlo tan vulnerable.

Tenía a Gianni frito a llamadas sobre el tema. Y al final hablaba más con Hunter sobre cómo encararlo. Su consejo fue simple. Lo mejor era darle tiempo. Y eso estaba haciendo. Noah no sabía que, aunque estuviera allí conmigo, tenía literalmente todo el control.

En cuanto llegamos al puesto de seguridad, Roy, el guardia, me miró, arqueando una ceja al ver a mi acompañante. Era la primera vez que traía visita a un entrenamiento.

—Viene conmigo, Roy —le sonreí.

El hombre asintió y rebuscó en un cajón.

—Pues toma esto.

Me entregó una tarjeta de visitante con una cinta para colgarla del cuello. Se la di a Noah.

—¿Qué es? —preguntó él.

—El pase de acreditación.

Le abrí la puerta de cristal y entramos al vestíbulo principal. Noah miraba aturdido a su alrededor mientras se colgaba el pase al cuello. Parecía un gato asustado.

—¿Cuánto dura el entrenamiento? —indagó.

—Unas tres horas.

Me miró con el ceño fruncido, como si acabara de insultarlo.

—¿Y qué esperas que haga en todo ese tiempo?

—No sé… Explora —sonreí, empujando la puerta doble que llevaba a la zona de vestuarios. Noah se quedó quieto, sabiendo que ahí no podía entrar—. ¿O es demasiado para un Gunner?

Puso los ojos en blanco.

—Capullo, ¿qué entiendes tú por hablar?

—El trayecto ha durado unos treinta minutos y no has abierto la boca. Quizá en las tres horas que tienes por delante puedas ordenar tus pensamientos. No me lo agradezcas ahora.

Entrecerró los ojos. Sus labios se curvaron en una mueca a medio camino entre la irritación y la incredulidad.

—Eres un… cretino, Langford.

Me carcajeé con ganas antes de que la puerta nos separara.



El césped era mi lugar favorito. Llevaba una hora dándolo todo en el campo. Era una sesión física, diseñada para quemarnos las piernas y los pulmones antes del partido del fin de semana contra el Manchester City. El entrenador nos gritaba instrucciones que rebotaban en el estadio vacío, el balón corría rápido sobre la hierba recién regada y el sonido de los impactos y los jadeos llenaba el aire.

Pero, aunque mi cuerpo estaba allí, funcionando como la máquina de precisión que era, mi radar permanecía en la grada norte.

Noah era un punto oscuro y solitario en una marea de asientos vacíos. Apenas se movía. Simplemente, me observaba. O eso creía yo.

No podía librarme de esa sensación eléctrica que me recorría la columna vertebral cada vez que lo miraba. Era completamente diferente a la adrenalina del fútbol. Yo, Kenny Langford, que estaba acostumbrado a que miles de personas corearan mi nombre y decenas de cámaras me siguieran, me sentía ridículamente agitado por la mirada analítica y silenciosa de un solo chico.

Su atención me pesaba más que la de todo un estadio lleno. Y me agradaba. Me hacía sentir visto. Quizá por eso mi ego tomó el control. Empecé a lucirme. Un regate innecesario por aquí, un

control imposible con el pecho por allá, un esprint explosivo para llegar a un balón perdido que cualquier otro habría dejado salir. Quería impresionar a Noah. Quería ser, aunque solo fuera por un instante, el centro de su universo. Quizá así lo ayudaría a olvidar la jaula.

A eso de las siete de la tarde, el entrenamiento terminó.

El sol empezaba a caer, tiñendo el cielo de Londres de un naranja violáceo. Me duché aprisa, me vestí y me despedí de mis compañeros antes de poner rumbo a esas gradas.

Noah seguía allí, ajeno a que yo me detuve a observarlo desde la distancia, protegido por las sombras. Estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas, fumándose un cigarro con una lentitud exasperante. El humo subía en espirales perezosas, difuminándose en el aire frío. Miraba el horizonte, aquella poderosa puesta de sol con un aire tan ausente y melancólico que sentí que se me encogía el estómago.

Ese perfil afilado, esa soledad que parecía tatuada en su piel. Vi el reflejo de lo que nunca debió pasar.

«Mira lo que te has perdido, Alistair», pensé con amargura. «Mira todo el daño que has hecho. Qué fácil habría sido resolverlo si hubieras tenido alma».

Suspiré. No era momento para los fantasmas.

Me acerqué a Noah. Él no se movió. Simplemente, giró la cabeza y me clavó la mirada. Tuve un pequeño escalofrío al ver la quietud depredadora de sus ojos azules.

—Divagas —dije, tomando asiento a su lado.

—En realidad, tenía la mente en blanco.

Eso me gustó. Aliviaba una parte de mi ansiedad saber que, al menos por un instante, no se estaba torturando con lo que había pasado.

Sin pedir permiso, extendí la mano y le quité el cigarro de los dedos. Noah no se opuso, solo arqueó una ceja al ver que yo me lo llevaba a los labios y le daba una profunda calada. Allí estaba

prohibido fumar, pero me importó una mierda. Solo quería compartir ese momento con él.

Solté el humo mientras nos mirábamos.

—No me caes bien —resopló Noah.

Me repantigué en la butaca, estirando las piernas para ponerme cómodo. Pensé que era la mentira más gorda y adorable que había escuchado en mi vida.

—Error, no te cae bien la imagen que tienes de mí. Que en tu favor diré que es lógico. ¿Quién soporta a un gilipollas como yo en el campo?

Lo dije con mi descaro habitual y ese tono burlón y encantador que usaba solo con mis amigos cercanos para quitarle hierro al asunto.

—Los putos Spurs —masculló con ese desprecio tribal tan típico del norte de Londres.

—Pues eso —me carcajeé.

Noah me miró con intensidad cuando di otra calada y le pasé el cigarro de vuelta. Nuestros dedos se rozaron. Estaba permitiéndole a Noah que marcara los ritmos, los silencios y los contactos. Era la única forma que se me ocurría de devolverle parte de todo lo que le habían arrebatado.

—No sabía que fumaras —murmuró.

—No lo hago. —Me encogí de hombros, restándole importancia —. Bueno, a veces. Si estoy muy nervioso.

Me arrepentí de haber dicho eso en cuanto las palabras salieron de mi boca. Maldita sea, no quería bajar la guardia delante de él. La situación exigía que yo fuera el pilar estoico y no que me pusiera a confesar que su compañía me ponía los nervios de punta. Había sido un error de novato, joder.

—¿Lo estás ahora? —dijo bajito. Era tan perspicaz, el cabronazo.

Lo miré a los ojos. No servía de nada mentirle ahora.

—Tiene sentido.

«Tiene todo el puto sentido del mundo», pensé, sintiendo el peso de esa verdad en mi garganta. «Hace unas semanas siquiera sabía que existías y ahora solo pienso en hacerte feliz».

—¿Por qué?

Lo miré, sopesando cuánto de mi armadura podía quitarme.

—Bueno, me he pasado la última semana pensando si cierto jovencito me mirará a la cara.

—Lo estoy haciendo ahora. Y busco explicaciones.

Torcí el gesto. Ahí venía la tormenta.

—¿A qué, concretamente?

—¿Qué hacías en los Arcos?

Todavía no era el momento para contarle la verdad. Noah estaba demasiado vulnerable como para enfrentarla y, si huía, yo no sabría cómo retenerlo. Debía ganarme su confianza primero, aunque mentirle me supiera a ceniza.

—Me invitaron.

No fui convincente y Noah lo notó al instante. Pero en ese silencio gélido de la grada, ambos parecimos alcanzar un acuerdo tácito: «Te estoy mintiendo y tú sabes que te estoy mintiendo, pero no es necesario que indaguemos ahora, ¿verdad?».

—¿Por qué me ayudaste?

—Estabas herido. Se llama empatía.

—¿La misma que usaste para salvar a mis hermanos?

Entendí que convirtiera su escepticismo en una navaja afilada. Para alguien como él, la bondad gratuita era un mito peligroso. Pero me hirió descubrir que ser su amigo iba a convertirse en una tarea complicada.

—Liam estaba destrozado y aterrorizado. No podía quedarme de brazos cruzados.

—¿Qué vais a hacer con nosotros?

Ya había escuchado eso antes.

—Cuando mencionaste que querías hablar, deberías haber especificado que esto sería más un interrogatorio.

El cigarro se había consumido entre sus dedos. El frío del crepúsculo empezaba a apretar y sabía que él necesitaba más tiempo y un entorno más amable para encarar aquella conversación. Así que me levanté y lo miré con un ánimo renovado.

—No sé qué va a pasar mañana, pero ahora tengo hambre. —Le tendí una mano—. ¿Vamos?

Se levantó por sí mismo.

—No hemos terminado —espetó, tozudo.

—Puedo responder mientras conduzco o como, Sterling. Se me da muy bien hacer varias cosas a la vez.

26

NOAH

De todos los lugares a los que Langford podría haberme llevado, escogió el único que no me inquietó. Y no sé si por pura casualidad o es que ese maldito hombre sabía mirar dentro de mí.

La fascinación era una reacción que pocas veces había sentido. Aquella fue una de ellas. El lugar era una taberna japonesa auténtica, una *izakaya* escondida en un callejón del Soho.

Nos habíamos sentado en el rincón más alejado de la barra. Ante nosotros, un festín que mi cerebro apenas pudo procesar. Unas jarras de cerveza helada y el menú clásico que tantas veces había visto dibujado en mis sueños. Dos boles humeantes de ramen, unos tazones de arroz blanco y una ración enormes de *gyozas* doradas.

Tragué saliva, intentando que no se me notara el brillo en los ojos. Era emoción, para que ocultarlo. Era la forma más inesperada de ver cómo un sueño escondido en un rincón de mi pecho cobraba forma delante de mí.

Siempre había deseado experimentar algo como eso. En mis ratos muertos, cuando conseguía leer algún manga rescatado de la basura o ver algo de anime, soñaba con viajar y explorar todo el país nipón. Japón era mi vía de escape mental, un lugar de honor y neones donde no existía Andover.

Por eso, estar allí sentado, con ese olor a caldo *tonkotsu* llenándome los pulmones, era algo alucinante.

Miré de reojo a Langford. Comía tan ricamente a mi lado, manejando los palillos con una destreza irritante, como si cenar allí fuera lo más normal del mundo para una estrella como él.

¿Cuál era el precio de ese bol de fideos? ¿Qué quería ese tío a cambio de aquella cena? Pero mis pensamientos se perdían en el delicioso vapor que emanaba mi plato.

—¿Te gusta? —preguntó Langford.

Asentí. Y entonces cogí la cuchara y el tenedor y probé un poco de mis fideos. Sí, había pedido cubiertos occidentales al camarero. Era un sacrilegio en un sitio así, pero no sabía coger los palillos y mi orgullo se negaba en rotundo a que Langford me enseñara. Pasaba de hacer el ridículo delante de él.

El sabor estalló en mi boca y cerré los ojos un instante.

«Mamá, deberías probar esto…», pensé. Y sentí cómo ella sonreía dentro de mí.

—No… no logro entender por qué lo has hecho —murmuré, más para mí que para él.

—Lo que te pasa es que temes el altruismo. —Langford atrapó una *gyoza* con sus palillos, se la metió en la boca de un bocado y terminó de masticar con calma antes de seguir—. Y lo entiendo. No ha debido ser fácil para ti.

Me tensé. Odiaba ese tono comprensivo.

—No me compadezcas, por favor. Bastante humillante es toda esta situación.

Dejó los palillos sobre el cuenco de cerámica y se giró en el taburete para mirarme de frente.

—¿Qué te hace sentir humillado, Noah?

Busqué una respuesta lógica en sus ojos, pero nada encajaba del todo. Era algo más profundo, quizá la sensación de estar desnudo frente a alguien vestido de etiqueta.

—No lo sé… No lo sé.

Langford suspiró.

—Si tu miedo es que vaya a usarte para mi entretenimiento, te equivocas. Puedes largarte cuando quieras si lo prefieres. Pero después no podrás lamentar que nadie te tendió la mano.

—¿Me la estás tendiendo tú?

Levantó su mano derecha y se la observó con aire risueño.

—Mírala, ¿no la ves? Sofía dice que tengo unas manos bonitas —bromeó, y entonces me la tendió—. ¿Por qué no pruebas a cogerla?

Bajé la vista hacia sus dedos. Sí que eran bonitos, joder. Largos y bien definidos, con la piel hidratada y las uñas cortas y limpias. No tenía cicatrices en los nudillos como las mías. Era una mano hecha para crear, no para destruir.

—Eres aterrador… —susurré.

Langford alzó las cejas.

—Me habían llamado de todo menos eso, no sé cómo tomármelo.

Seguimos comiendo, compartiendo un silencio insoportablemente cómodo. El calor del ramen me descongelaba el pecho, el ambiente tenue me relajaba los músculos. Por primera vez me permití aferrarme al simple placer de estar lleno y caliente.

—Por cierto, tengo un regalo. Si es que entiendes lo que eso significa —ironizó, travieso.

De pronto, se movió en su asiento y puso una pequeña bolsa de papel de una tienda de electrónica sobre la barra, justo frente a mis narices. No sé de dónde la había sacado.

La miré escéptico.

—Sé lo que significa, imbécil —protesté, enfurruñado, lo que hizo que la risa de Kenny se ensanchara aún más.

Se inclinó hacia mí y murmuró:

—¿Y lo vas a aceptar o pensarás que estoy ganándome tu confianza porque quiero que me la chupes?

—¿Quieres que te la chupe? —lo encaré.

Lo pensé de verdad. Esa petición habría sido lo más lógico de todo lo que me estaba pasando. Un intercambio. Placer por comida. Sexo por seguridad. Eso lo entendía. Nunca lo había hecho, pero… Joder, me lo estaba planteando. ¿Quién coño daba nada sin esperar algo?

Kenny me analizó un instante, atónito, y luego soltó una sonora carcajada que hizo que hasta el cocinero nos mirara.

—Qué gilipollas.

Aquella fue la primera vez que pensé que tenía una sonrisa preciosa y, por un absurdo momento, casi me contagió.

—Mira dentro, anda.

Observé la bolsa de papel como si contuviera una bomba de relojería. No me atrevía ni a tocarla, temiendo que al hacerlo aceptara otra deuda. Sin embargo, la curiosidad pudo más que el orgullo.

Dentro estaba la caja de un móvil de última generación. Lo saqué con cuidado.

—¿Para qué quiero yo un teléfono? —pregunté.

—No sé… —Se encogió de hombros, restándole importancia al hecho de haberme comprado un aparato que costaba al menos mil quinientas libras—. Podrías descargarte una aplicación de esas de juegos y divertirte un rato. Con un poco de suerte, a lo mejor cambias esa cara de gato enfurruñado que traes de serie.

Lo fulminé con la mirada, pero mis manos ya estaban abriendo la caja. Ojeé el dispositivo. Nunca había ambicionado tener uno. En la calle, un móvil era algo que se robaba para vender, no para conservar. Pero ahora, de pronto, me causaba una curiosidad casi infantil.

Kenny se acercó y pulsó el botón lateral. La pantalla se iluminó con una nitidez asombrosa. Deslizó el dedo con naturalidad, desbloqueándolo, y pinchó directamente en el icono verde de la agenda. Solo había un contacto guardado.

—Has memorizado tu número —dije al leer Kenny en la pantalla.

Levanté la vista. Lo encontré con la cabeza apoyada en la mano observándome con una tranquilidad pasmosa.

—Soy buen hablador.

—¿De qué querrías hablar conmigo? —dije bajito.

—Veamos… —Hizo una pausa teatral—. ¿Cuál es tu comida favorita?

—Cualquier cosa. Caliente. Que me achicharre la boca.

—¿Ves? Estamos hablando.

Agaché la cabeza, fingiendo interés en la pantalla táctil para ocultar mi rubor. Sentía una presión dolorosa en el pecho y no se parecía en nada a la angustia, esa la conocía bien.

«No quiero que este momento acabe. No quiero despertar y encontrarme de nuevo con ese infierno… ¿Qué hago, mamá?».

—Supongamos que me trago tu versión sobre el altruismo —murmuré cabizbajo.

—Ajá.

—¿Esperas que ahora me convierta en tu amigo?

Le clavé una mirada.

—No me parece una mala idea, la verdad.

Lo analicé. Reconocí bien lo que estaba haciendo. Usaba su humor y ese aire desenfadado que me sacaba de quicio para quitarle peso al regalo. Langford había entendido que, si se hubiera puesto solemne, yo lo habría rechazado por puro instinto de defensa. El muy cabronazo era insoportablemente listo, me tenía calado. Y eso me aterraba más que su presencia.

Cada vez tenía menos defensas para atacarlo. Mis muros se desmoronaban porque él no dejaba de golpearlos. De nada servía forzarlo a ser el villano si a cada rato se salía de mi guion. Pero es que yo quería que fuera malo. Quería que me destruyera. Era la única forma de vida que conocía, maldita sea.

—A diferencia de ti, yo no soy tan hablador —confesé.

—Eso es porque antes estabas demasiado pendiente de que no te dieran una paliza.

Apreté la mandíbula.

—Y aun así me la dieron. ¿Pudiste verla? —lo desafié, buscando lástima o burla en su mirada para poder odiarlo de verdad.

—La vi.

—Soy mucho mejor que eso —gruñí.

Arqueó una ceja, divertido por mi orgullo herido.

—¿Quieres que salgamos ahí fuera y nos demos de hostias para demostrarlo?

—Podría hacerlo. Te vencería.

—Lo sé.

Resoplé. Esa paciencia empezaba a irritarme.

—Te dejaría postrado en una cama al menos dos semanas.

—He captado la amenaza —sonrió.

—No toques a mis Furin —solté de pronto, exponiendo mi mayor terror, confiando ciegamente en que, de alguna manera, él lo entendería—. Si vas a acercarte a ellos, hazlo. Pero no les rompas el corazón. Ellos te admiran, están locos contigo. Has conseguido lo inverosímil en un grupo de chicos obsesionados con el Arsenal. No les hagas daño. Bastante mierda han visto ya. No soportaría que les mostrases la cara más amarga de la vida.

—¿No lo era la forma en la que vivíais? —susurró.

—No. Esa era nuestra realidad, la aceptábamos —expliqué con vehemencia—. Pero si alguien les muestra la belleza y luego se la arrebatan, eso es maldad, no altruismo, Langford. No me los destruyas más —casi rogué al final, sintiendo que me quebraba.

Kenny me miró con seriedad absoluta, valorando el peso de mis palabras. Supe que le habían llegado todos mis miedos, los hizo suyos delante de mí. Y de pronto, su expresión cambió. Sonrió con una ternura que me estremeció.

—¿Qué vas a darme a cambio?

Tragué saliva.

—¿Qué querrías, si dijiste tenerlo todo?

—Tu amistad no la tengo.

Nos miramos. El ruido del restaurante pareció desaparecer. Me quedé bloqueado. Esperaba dinero, lealtad ciega, servidumbre. Hasta prostitución. Pero ¿amistad? Eso era lo más caro que podía pedirme, porque implicaba confiar.

—Empecemos por asumir que me has dado tu número de teléfono.

—Es un buen comienzo, Sterling.



A la salida del restaurante, el frío húmedo de Londres nos golpeó en la cara, despertándome del letargo cálido de la cena.

—Canción —dijo Kenny, y yo me tragué una sonrisa.

Empezaba a acostumbrarme a esas salidas suyas. Ya no me pillaban desprevenido, Al contrario, era como si mi cerebro estuviera compilando una banda sonora para nuestras extrañas interacciones.

—*Thank God*, de Travis Scott.

Me miró asombrado, con las llaves en la mano, y desbloqueó el coche, haciendo parpadear los faros del Aston Martin en la oscuridad.

—¿Por qué algo tan duro después de canciones tan melancólicas?

Nos subimos a su coche. Langford tocó la pantalla táctil del salpicadero y buscó la pista. En cuanto sonaron los primeros acordes, graves y oscuros, tuve un escalofrío.

—En la jaula… Suelen relacionarla conmigo… —respondí, sintiendo el bajo retumbar en mi pecho—. Nunca he sabido por qué.

Arrancó el motor, pero no inició la marcha. Dejó que la voz de Travis llenara el habitáculo.

—La canción habla de dar las gracias por seguir respirando a pesar de los problemas —explicó, analizando la letra con una seriedad tranquila—, de celebrar la lealtad de tu gente y recordar que solo se vive una vez. Si lo piensas, sí que habla de ti.

Lo miré. Bajo la luz tenue del panel de control, Kenny parecía majestuoso. No, no lo parecía. Lo era. Sabía que él no tenía nada que hacer con la violencia física de las cloacas. Probablemente nunca había tenido que pelear por un trozo de pan. Pero también sabía que sería capaz de reventar esa jaula con un chasquido de dedos. Porque el poder real no se podía aplacar con un puñetazo. Y esa era su liga.

—Podría ser… Pero eso ellos no lo saben. Ellos solo ven al Cisne Negro pelear como un salvaje —suspiré cabizbajo—. ¿Y tú, qué viste? —me atreví a preguntar.

—Al hombre que me robó el puto sueño.

Tragué saliva. La intensidad de su respuesta me dejó clavado en el asiento.

—Me das demasiado poder —jadeé.

—Lo tienes, aunque todavía no seas consciente. —Kenny se inclinó hacia mí—. Ponte el cinturón.

Me quedé quieto, paralizado por su cercanía. Tiró de la cinta de seguridad, cruzando su brazo sobre mi pecho, rozándome apenas, y lo ancló en el cierre con un *clic* metálico.

Entonces, aceleró, pero el silencio que se instaló entre nosotros era tan sofocante como el *beat* pesado de la canción. No podía dejar de mirarlo. Lo analizaba. Su perfil bajo los destellos intermitentes de las farolas naranjas que nos bañaban y luego nos devolvían a la penumbra.

Con esa melodía tan intensa y agresiva de fondo, Kenny parecía distinto, mucho más crudo. Observé la tensión en los músculos de su mandíbula, la forma en que sus manos grandes y fuertes dominaban el volante con una facilidad insultante, y cómo la anchura de sus hombros llenaba el asiento. No se mostraba como un salvador de cuento. En ese momento, emanaba una potencia contenida, un

control absoluto del entorno que resultaba casi tan aterrador como la violencia explícita de la jaula.

—En realidad… Esta canción te pega más a ti —confesé, rompiendo el mutismo—. Se mezcla a la perfección con lo que emanas.

Kenny apretó el volante.

—Desconfías…

—A cada instante —aseguré, sin pestañear—. Pero me molesta aún más mirarte y pensar que estás jugando a ser Dios conmigo.

—Esa es la imagen que ahora tienes de mí, pero se aleja bastante de la realidad. Aunque a veces finja ser un hombre indestructible para que la prensa no me devore.

Me sorprendió que admitiera eso. Que ese hombre, que parecía tallado en éxito, dinero y una belleza intimidante, reconociera ser de carne y hueso.

—Altruismo, ¿eh? —resoplé, frotándome la cara con frustración. Me dolía la cabeza de tanto pensar.

El coche se detuvo suavemente en un semáforo en rojo. Kenny aprovechó la pausa para girarse y mirarme fijamente. Tragué saliva.

—¿Te sentirías más cómodo si te pidiera algo a cambio?

Sentí una punzada de adrenalina.

«Por fin», pensé.

—Pide —lo encaré, inclinándome hacia él—. Pero pide de verdad, Langford. No me gusta que me destrocen a medias.

«Rómpeme del todo», quise gritarle. «Dime que soy tu esclavo, dime que vas a venderme o a usarme. Confírmame que eres un monstruo para que pueda odiarte». Detestaba las falsas esperanzas. Eran peores que el hambre.

Kenny sostuvo mi mirada con una calma absoluta.

—Marca ese número. Descubrirás que siempre contesto. Incluso cuando no me necesites.

Contuve el aliento. Aquello no era una transacción, sino una promesa de lealtad absoluta. Kenny me estaba invitando a buscarlo por placer, por compañía o simplemente por existir. Me estaba abriendo la puerta a una amistad real sin letras pequeñas. Y no lo entendía. No me cabía en la cabeza por qué yo no dejaba de arañar y él no dejaba de soportarlo.

El semáforo se puso en verde. La canción terminó. El silencio me rompió.

El silencio.

—Canción —susurré.

Kenny no dijo nada. Simplemente tocó su pantalla táctil con suavidad y empezaron a sonar unas suaves notas de piano, lentas, melancólicas y preciosas.

Je te laisserai des mots, leí mientras él reanudaba. La atmósfera cambió de golpe. Se tornó suave y cálida. Tan cálida como las caricias que me inventaba en soledad.

—Una canción en francés —murmuré.

—Me obligaron a estudiarlo en Eton —me confesó, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y qué dice?

—Te dejaré palabras… debajo de tu puerta… Debajo de la luna que canta... —Recitó con una suavidad que no le conocía—. Habla del silencio de un guardián que da sin exigir nada a cambio.

La voz de Kenny era tan narcótica como la melodía. Me envolvió, tocó cada una de mis defensas.

—Es un mensaje bonito… ¿Por qué me parece tan triste?

—Porque es solitaria… —dijo bajito—. El guardián no busca el aplauso. Ni siquiera que le den las gracias. Solo se queda fuera, en la intemperie, asegurándose de que nadie perturbe el sueño de quien está dentro.

Parpadeé lentamente. Jamás en mi vida había sentido una paz tan aplastante.

—Suena a que es una mierda de trabajo…

Kenny se rio, pero detecté cierta melancolía. Apoyé la cabeza en el respaldo de cuero y seguí mirándolo. No tenía fuerzas para odiarlo. Era demasiado difícil.

La canción terminó.

—Ponla otra vez… —le pedí, y él lo hizo, y yo dejé escapar un suspiro hondo que fue mitad rendición, mitad alivio—. Si me duermo… Si me duermo, ¿seguirás ahí cuando despierte? ¿O volveré a la jaula?

Le estaba pidiendo que fuera mi guardián que espera a la intemperie.

—No vas a volver a ninguna jaula —sentenció—. Cierra los ojos.

—Solo un rato…

—Solo un rato. Te lo prometo.

27

NOAH

Soñaba que estaba en un campo de hierba alta y dorada que se agitaba con el viento como un mar seco y cálido. Me encontraba sentado en medio, protegido entre las piernas de mi madre y la espalda apoyada en su pecho. Podía sentir el ritmo pausado de su corazón contra mis omóplatos mientras ella me acariciaba el pelo con esa cadencia hipnótica que creía haber olvidado.

—¿Qué opinas, mamá? —murmuré, sintiéndome pequeño y seguro—. Ese hombre me acaricia como lo haces tú y ni siquiera me toca. No lo soporto.

Ella no respondió con palabras, pero sentí cómo su pecho vibraba al sonreír. Sus dedos siguieron enredándose a mi cabello.

—No te rías… —sonreí yo también. La echaba tanto de menos que dolía—. Quiero… huir de él. Quiero irme lo más lejos de su alcance… Solo tengo que romper la burbuja, ¿cierto?

—*Noah…* —Un jadeo lejano.

—Mamá… —jadeé, aferrándome a sus brazos, rogando al universo que no me la quitara de nuevo.

Pero la voz insistió con suavidad.

—*Noah…*

Abrí los ojos.

El oro del sueño se disolvió en el tenue ámbar de las farolas del aparcamiento que se filtraba a través de las ventanillas del coche. Y

lo primero que vi fue a Kenny.

Me quedé quieto, observando su cara, atrapado en ese limbo donde la realidad era más brumosa que el sueño. La penumbra jugaba a suavizar la dureza de su mandíbula y creaba sombras bajo sus pestañas. No me miraba como a alguien que quisiera ser amigo, sino como la quietud de una montaña antigua y robusta, de rebosante paciencia. Y sus cautivadores ojos azules silenciaron mi caos. En ese silencio compartido, su presencia parecía una manta invisible que me cubría del frío del mundo.

—Hemos llegado —me anunció.

Parpadeé, aturdido, y me incorporé en el asiento.

—¿Sigues aquí? —pregunté.

Kenny ladeó la cabeza.

—¿Preferirías lo contrario? —sonrió divertido.

Quise decirle que sí. Quise gritarle que su cercanía era peligrosa, que me estaba desarmando. Pero, al mismo tiempo, mi cuerpo y mi alma se negaron a mentir.

—Lo siento… —dije, bajando la vista.

—¿Te disculpas por dormir?

—Creo que te he babeado la tapicería.

—Qué sacrilegio —bromeó antes de bajarnos del coche.

Nos encaminamos al edificio. En realidad, Langford no tenía por qué entrar, era tarde y debía irse a descansar, pero me acompañó.

En cuanto cruzamos las puertas de cristal, detectamos un jaleo considerable que provenía de la sala común. Parecía que había una fiesta.

Maggie apareció en el pasillo como un vendaval.

—¡Tú! —me señaló con un dedo acusador—. Entra en ese salón y pon orden.

Fruncí el ceño.

—¿A qué?

—A ese grupo de trastornados que tienes por amigos. Han descubierto que tenemos una PlayStation 5, se han montado un guateque y llevan tres horas pegados a esa pantalla, jugando la maldita final de la Champions.

Kenny rompió a reír y yo miré a la mujer y luego a él, totalmente asombrado, sin saber muy bien qué hacer. Esas cosas jamás me habían pasado. Yo ponía orden en las peleas, en los repartos de comida escasa o en discusiones por dónde dormir, pero ¿por un videojuego?

Maggie señaló a Kenny.

—Tu Tottenham ha perdido la final seis veces, ¡seis! Y Sam se ha pasado la cena llorando de la frustración. Y yo los quiero arrastrar por todo el edificio. Me tienen histérica.

Kenny seguía riéndose cuando se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón y se acercó al salón comunitario. Yo lo seguí, sintiéndome un extraño en mi propia piel.

Al asomarme, descubrí el panorama. La pantalla gigante iluminaba la estancia, había cajas de pizza abiertas y bolsas de *snacks* por todas partes. Y allí estaban ellos. Mis Furin desparramados en los sofás, las sillas y la alfombra, exclamando como poseídos.

—Jeremy, me vas a comer las pelotas por debajo del culo, capullo —dijo Nate, todo ofuscado, agitando el mando de la PS5 como si quisiera lanzárselo a la cabeza.

—A ver si te las encuentro primero, gilipollas —protestó nuestro macarra favorito—. Walker es el mejor puto defensa de la Premier. ¡No me baja nadie de ese barco, cabrones!

—Walker es un pato mareado —se quejó Mike desde el suelo, con la boca llena de patatas—. Si cruza el medio campo, no vale para nada.

El griterío era ensordecedor, pero pareció calmarse cuando Kenny dio un par de palmadas fuertes y se situó en medio de la pantalla gigante, tapando el juego para llamar la atención.

—¡A ver, un poco de orden! —exclamó—. ¿Qué coño es esto, ah?

El efecto fue inmediato. Todos se entiesaron con respeto.

—Estábamos jugando al FIFA, señor Langford —dijo Luke, todo educado.

Kenny puso los ojos en blanco, divertido.

—Guárdate los formalismos, Luke, cielo. ¿Y quién ha hecho llorar a Sam? —Señaló al crío, que estaba sorbiéndose los mocos en un rincón.

Enseguida, Sam se deshizo del abrazo protector de Eddie y se lanzó a la pierna de Kenny. Se abrazó a su muslo como si fuera un poste de salvación al tiempo que el mayor le frotaba la cabeza con cariño, despeinándolo aún más.

Pestañeé aturdido desde el umbral de la puerta. Me sorprendía muchísimo que Kenny se supiera los nombres de todos mis Furin y que además les hablara como si fueran sus propios hermanos. Eso los validaba como personas.

Ante la pregunta de Langford, todos señalaron a Connor.

—¿Por qué me señaláis a mí? —Se quejó él todo indignado—. Yo solo he dicho que el puto Langford es… —Se calló de golpe al darse cuenta de quién estaba delante, y miró al nombrado, que lo observaba conteniendo una sonrisa lobuna—… el mejor jugador de la Premier sin duda —rectificó.

—¡Te lo dije! —exclamó Sam.

—¡Cobarde! —gritaron algunos, tirándole cojines.

—Así que me criticas a mis espaldas, ¿eh? —dijo Langford.

Disfrutó del apuro de mi amigo, que no sabía dónde meterse. Pensé que, en cierto modo, Connor tenía un carácter muy similar al de Kenny. Ambos eran gallitos de corral.

—Eso no lo he hecho en mi vida —se defendió.

—Miente como un bellaco —se carcajeó Liam desde el sofá.

Langford entrecerró los ojos.

—¿Me estás desafiando, Connor?

Se hizo el silencio. Ambos se miraron como dos pistoleros en un duelo al sol mientras los demás observaban expectantes.

—No tienes huevos a un derbi. Ahora mismo —le desafió mi amigo.

Kenny arqueó una ceja.

—¿Que no tengo huevos? —Se quitó la chaqueta de un tirón, la lanzó al suelo sin miramientos y tomó asiento en la alfombra, justo al lado de Connor—. Trae el puto mando.

Todos estallaron en gritos y aplausos, jaleando la batalla inminente. Y mientras tanto, Maggie resopló a mi lado, toda sonriente.

—Te voy a destrozar —dijo Connor.

—No me llores después.

Sentí cómo una sonrisa me tiraba de los labios. La escena era tan… doméstica que dolía.

—¿Siempre es así? —le pregunté a Maggie.

—¿Te sorprende?

—Pues sí.

—Ah, querido, tienes ante tus narices a mi chico de los milagros. Y, créeme, nunca dejará de sorprenderte. Yo todavía no lo consigo —dijo ella, y me acarició el hombro con suavidad antes de darse la vuelta—. Contrólame a la jauría, ¿vale?

Esa frase me confirmó lo que empezaba a sospechar pero no quería admitir: que Kenny Langford era real. Que no había trampa ni cartón.

—Cuenta con ello, jefa.

28

KENNY

El agua era el único lugar donde conseguía que el ruido de mi cabeza se apagara.

Llevaba cuarenta minutos nadando, y contaba cada largo con una obsesión casi matemática. El sonido rítmico de mis brazadas rompía la superficie y el eco hueco de mi propia respiración actuaban como un bálsamo.

La piscina era mi refugio personal, una joya arquitectónica que había costado una fortuna y que, en noches como aquella, valía cada penique. Era como mi propia catedral de cristal. Francamente, el lugar parecía un santuario élfico de esos que solo se ven en películas. Y estaba escondido en el corazón de mi casa.

Llegué al borde, toqué los azulejos fríos y emergí con un impulso violento para salir de la piscina. Me encaminé hacia una de las hamacas que había cerca de la cristalera. Cogí la toalla, me sequé la cara y me dejé caer en el asiento.

Desde allí, a través del techo acristalado, podía ver el cielo nocturno. En Hampstead, lejos de la contaminación lumínica agresiva del centro de Londres, las estrellas se dignaban a aparecer. Eran pequeños puntos de luz fría que me juzgaban desde las alturas.

Cerré los ojos y solté un largo suspiro.

Habían pasado dos días desde la noche del FIFA. Dos días desde que Noah decidió dormirse a mi lado. Y me sentía más sucio que nunca. El cloro podía limpiarme la piel, pero no la sensación de

fraude. Me estaba encariñando con los Furin. Demasiado. Especialmente con Noah.

Sobre todo con Noah.

Pero cada paso que daba hacia él, era uno más sobre la mentira. La inseguridad no había dejado de crecer en mí. Temía perder lo que sea que teníamos. Temía perderlo ahora que lo había encontrado.

De pronto, noté una vibración. Había dejado el sobre la mesita, pero no creí que sonara a esas horas.

Fruncí el ceño. A las tres de la mañana solo podía ser Sofía, que andaba por Los Ángeles rodando un anuncio para Cacharel. Quizá le había pasado algo. Era raro en ella que se saltase el cambio horario. O tal vez se trataba de Maggie para anunciarme que había problemas con los chicos.

Me lancé al teléfono como si no hubiera un mañana. Y el corazón me dio un vuelco. Jamás imaginé que me encontraría un mensaje de él.

Noah

No encuentro la app.

Se me escapó una sonrisa tonta.

Kenny

¿Qué app?

Los puntos suspensivos bailaron un instante.

Noah

Esa que dijiste que me descargara para divertirme. Este trasto solo tiene cosas de bolsa y noticias de deportes.

Solté una carcajada corta que se expandió por toda la piscina.

Kenny

Se llama App Store, cavernícola. Tienes que mirar en el catálogo, escoger la que más te guste y descargártela. Justo como has hecho con esta app de mensajería… ¿Estabas buscando una excusa para hablarme?

Lo imaginé en la oscuridad de su habitación, frunciendo el ceño con esa expresión de gato enfurruñado que ponía siempre.

Noah

Eres el primer mensaje que he enviado en toda mi vida. Siéntete orgulloso, capullo. Tu prima se ha pasado dos horas explicándome cómo funciona esta mierda.

Kenny

Vaya, ¡qué halago! Vamos a tener que enmarcar ese primer mensaje. Ha sido tremendamente elocuente.

Noah

No me toques los huevos, Langford.

Kenny

Por cierto, gato salvaje, ¿qué haces despierto a estas horas?

Noah

Hay demasiado silencio aquí. Parece que estoy muerto. Tú tampoco duermes…

Kenny

No. Estoy en la piscina. Intentando ahogar el insomnio.

No iba a decirle que no podía dormir por su culpa.

Noah

¿Tienes piscina dentro de casa? Joder. Eres un cliché con patas.

Kenny

Ven a probarla y luego hablas, imbécil. ¿Los chicos están bien?

Noah

Sí. Liam ronca como un cerdo moribundo. Hacía años que no dormía tan profundo.

Esa frase me aflojó un nudo en el pecho que no sabía que tenía. Saber que estaban descansando bien era la única validación que necesitaba.

Kenny

Me alegro. Pensaba pasarme mañana. Tengo una reunión con Maggie.

Noah

Claro… Ah, oye…

Kenny

Dime.

Pero Noah dudo. Los malditos puntos suspensivos bailaron en la pantalla durante una eternidad. Escribía. Paraba. Escribía de nuevo.

Noah

Nada… Olvídalo. Me ha entrado sueño. Adiós.

«Adiós».

Una mierda adiós. Empezaba a entender los silencios de Noah y aquella no era una despedida de verdad. Había algo ahí, un miedo o una duda que quizá no cabía en un mensaje de texto. O quizá solo estaba nervioso.

Necesitaba escuchar su voz.

NOAH

Estaba tumbado en la cama, con los ojos clavados en el techo, cuando de pronto el móvil vibró con una llamada entrante. Tuve un espasmo tan violento que hasta me aporreé con el teléfono.

Me incorporé de golpe, con el corazón a mil. Necesitaba silenciar esa cosa de inmediato. Liam dormía en la cama de al lado, no quería despertarlo y mucho menos que descubriera mi crisis nerviosa. Iba a darme un infarto, joder.

Así que me levanté al estilo *ninja* y salí de la habitación, en pijama y descalzo. El pasillo estaba en penumbra.

—Mentiroso —dijo Langford en cuanto descolgué.

Su voz me produjo un escalofrío que me recorrió de arriba a abajo. Sonaba demasiado cerca, demasiado real.

—¡Es verdad, tengo sueño! —exclamé en un susurro.

Me arrepentí al instante de haberle escrito. En qué coño estaría pensando. Qué mierda quería decirle. «No me fío de ti porque estoy hasta los huevos de que me hagan daño y no quiero que me rompan más. Y temo que tú seas el que más daño pueda hacerme». ¡Gilipolleces!

—¿Por qué has respondido, entonces? —me preguntó travieso.

—¡Me has llamado! ¿Qué esperabas que hiciera?

Me encaminé al *hall* de la planta.

—¿Por qué susurras?

—Porque quiero gritarte y no son horas.

—Te caigo mal, pero me escribes a las tres de la mañana. Eres un cúmulo de contradicciones —se burló, y yo habría sido capaz de

ir a buscarlo solo para darle un puñetazo en la boca. Esa capacidad suya para leerme entre líneas me enervaba.

Tomé asiento en uno de los sofás y me encogí, subiendo las rodillas al pecho.

—Voy a colgar.

—No, no lo harás. ¿Dónde estás?

—En el vestíbulo de la primera planta. Cuelga ya.

—Ni de coña. Ahora es cuando todo se pone interesante —dijo con voz cantarina—. Cuéntame algo.

Esa faceta traviesa suya me ponía de los nervios. Era como si disfrutara pinchándome solo para verme saltar.

—¿Qué coño quieres que te cuente, Langford?

—¿Qué has hecho hoy?

Resoplé, mirando mi reflejo fantasmagórico en el cristal.

—Pues… —Dudé. Mi día había sido ridículamente normal—. Me he comido unas tostadas con jamón. He ayudado a Melani a ordenar el pedido de la enfermería… He acompañado a Maggie a la óptica para recoger las gafas nuevas de Eddie y… no sé… no me acuerdo. —Me sentí estúpido.

—Tostadas, enfermería, óptica... Pareces un jubilado.

—Vete a la mierda.

La risa de Kenny al otro lado vibró en mi oído y también en mi pecho. Fue una sensación cercana a una caricia, casi como si me tocara la piel. Me molestó estremecerme.

—Es... raro —murmuré, dejando caer la cabeza sobre el respaldo.

—¿Raro bien o raro mal?

—No sabría decirte. Me sobra tiempo, joder. No estoy acostumbrado a que el día termine y yo siga... entero.

Me arrepentí de haber soltado eso. Era dar demasiada información a un desconocido.

—Llegará el día en que te acostumbrarás —dijo Langford con una suavidad que desarmó—, y tu mayor preocupación será elegir un tipo de mermelada para el desayuno.

Arrugué la nariz.

—No me agrada la mermelada.

—Pues pide otra cosa.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que tú quieras —confirmó Kenny—. Dijiste que estoy jugando a ser Dios contigo, ¿no? Prueba, a ver qué tal se me da conceder milagros para tu desayuno.

Lo único en lo que podía pensar era en meterme en su cabeza y averiguar en qué coño estaba pensando realmente.

—Eres un puto arrogante.

—Me acordaré de esta conversación cuando tu querido Arsenal visite mi casa y les metamos tres goles.

Se me escapó una risita tonta y me tapé la boca con la mano al instante, como si hubiera cometido un delito. El gesto aumentó la sensación de travesura nocturna.

—¡Espera! —exclamó Kenny—. ¿Eso ha sido una sonrisa?

—No.

—¡Te has reído! Lo he oído perfectamente.

—Que no… —resoplé con una sonrisa—. Vale, quiero probar… —retomé el tema anterior para que dejara de regodearse.

—Adelante. Pide.

—¿Por qué no puedes dormir? —lancé la pregunta—. Vives en tu mansión, tienes todo lo que quieres. ¿Qué demonios te roba el sueño?

—Hmm… —Langford dudó, y el silencio se alargó unos segundos—. ¿Dios puede tener secretos?

—Creo que sí. Además no me extrañaría, la mayoría de las veces está demasiado ocupado con sus mierdas como para atender las nuestras.

Oí una exhalación suave, y yo miré por la ventana. Por primera vez en mi vida, no busqué amenazas en las sombras. Solo escuchaba la respiración pausada de Kenny al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí? —dije bajito.

—Estaba pensando que tienes una voz muy bonita cuando estás relajado —confesó—. Y que me alegra haberte conocido, Noah.

Lo mencionó tan suave y lenta, con una honestidad tan brutal que tuve un escalofrío. Y de pronto sentí un calor repentino en la cara y en el pecho, y me encogí un poco más en el sofá.

No tenía ni puta idea de lo que me estaba pasando. Yo no era así. Yo no me sonrojaba por nadie. Mucho menos por un tío. Yo no tenía charlas bonitas de madrugada y mucho menos sentía… esas cosas.

—Sigues cayéndome mal —murmuré, y él se rio.

—No te lo crees ni tú, Sterling.

Me mordí el labio, mirando las sombras del jardín. Mi curiosidad, esa que había estado dormida bajo capas de supervivencia, empezaba a despertar.

—¿Cómo… cómo es tu casa? —me atreví a preguntar.

Me sorprendí a mí mismo. Estaba más hablador que de costumbre, pero la información era poder, y me convenía saberlo todo de ese tío.

—Grande. Divertida. Acogedora. Paso menos tiempo aquí del que me gustaría.

Traté de imaginármela. Pero mi mente no lograba dibujar los detalles del paraíso.

—¿Te apetece venir? —me propuso como si nada.

Entrar en su territorio era cruzar otra línea.

—Quiero ver esa piscina…

—Recuerda que es climatizada.

—Como no.

Su risa se mezcló con la mía.

—Tienes sueño —murmuró.

—Un poco… —Tragué saliva—. Pero no quiero colgar.

—¿Por qué?

Cerré los ojos. En la oscuridad de mis párpados, imaginé a Langford la primera vez que lo vi en el taller. Recordé la forma en que me miró, la intensidad silenciosa con la que me desarmó.

—Ah, Langford, me estoy devanando los sesos para entenderte —confesé, frotándome la frente con frustración—. Nunca nadie me ha parecido tan complicado de leer.

—¿Es necesario para ti?

—Sí, porque no sé cómo demonios darle un sentido a la posibilidad de ser tu amigo.

Necesitaba etiquetarlo. Si era amigo, no era amenaza. Pero mi cerebro no entendía que alguien como él quisiera ser amigo de alguien como yo.

—¿Y si empiezas por llamarme Kenny? Quizá así te sea más fácil.

Llamarlo por su nombre. Eso nos acercaría y empezaría a construir la confianza.

«Ya confías en él, idiota. Sigue diciéndote que no», me dijo mi fuero interno.

—Kenny… —Sonó demasiado íntimo. Y lo fue aún más cómo la respiración de Kenny tembló al otro lado. Esa pequeña vibración me produjo una descarga de adrenalina.

—¿Ves? Sigues vivo. —Esta vez se me escapó una risa de verdad—. Y te has reído otra vez —dijo Kenny, victorioso.

—No es verdad… Eres un idiota.

El silencio regresó, cargado con todas las cosas que no sabíamos decirnos, conectándonos en la distancia.

—¿Con qué soñabas el otro día? —indagó Kenny al cabo de un rato.

Me froté los ojos con el dorso de la mano. No vi razón para mentir. Tenía demasiado sueño como para activar las defensas habituales.

—Con mi madre… Le hablaba de ti.

—Le dijiste que te caigo mal.

—Le dije que no te soporto, que quiero huir.

Hubo una pausa breve, cargada de peso.

—¿Prometes avisar si decides marcharte? —Percibí un atisbo de preocupación en su voz—. Odio las despedidas, pero detesto aún más la incertidumbre.

—No lo haré. —Fui sincero—. Se supone que cuando huyes, no avisas.

—Qué triste.

—Pues sí… —Cerré los ojos—. No me hagas huir, Kenny.

Escuché un suspiro largo y profundo.

—Yo solo quiero que te quedes donde pueda verte…

—Vale…

Estaba a punto de quedarme dormido hecho un ovillo en el sofá del vestíbulo. Sabía que debía colgar y regresar a mi habitación antes de que alguien me encontrara allí dormitando. Pero quería estirar ese momento un poco más, aferrarme a su voz.

—Canción —murmuró Kenny de pronto, y yo sonreí. Qué tonto era.

—Pero si no puedes reproducirla.

—La guardaré para cuando te vuelva a ver.

Lo pensé unos segundos.

—*Cinnamon Girl*.

—Tienes debilidad por Lana del Rey, ¿eh?

—Sí… Me gusta su voz… —admití—. Es dulce y cálida… Y su rostro se parece al de ella.

Pensé en mamá. En sus ojos tristes, en su belleza de otro tiempo, en el dolor que me producía su ausencia.

—A tu madre —concluyó Kenny con suavidad.

—Ajá… Cuando siento que se me olvida…, la busco… Es mi forma de volver a verla…

El silencio que siguió fue sagrado.

—No se me da bien hacer daño, Noah… —me prometió, haciendo referencia al estribillo de la canción, y yo tragué saliva.

—Y por eso sigo pensando que no eres real… Kenny.

29

KENNY

Llegué a la residencia con una mezcla de agotamiento y una electricidad que me recorría la piel. Era la resaca emocional de la madrugada.

Me había pasado horas con el móvil pegado a la oreja en la oscuridad de mi habitación, escuchando la respiración acompasada de Noah al otro lado. Se había quedado dormido a mitad de la conversación, y yo fui incapaz de colgar. Me sentí como su guardián a distancia, velando por su sueño a través de una línea telefónica, hasta que mi propia batería amenazó con morir.

«Y por eso sigo pensando que no eres real…».

No dejaba de pensar en la vulnerabilidad con la que lo había dicho y esa forma ronca y suave con la que pronunció mi nombre. Me había desarmado por completo. Y no tenía ni puñetera idea de por qué me afectaba tanto.

El edificio estaba sumido en una calma. Los chicos debían de estar desayunando o cumpliendo con sus rutinas. Los saludaría después, ahora tenía algo importante que hacer, así que me encaminé hacia el despacho de Maggie.

Al entrar, me dio la bienvenida el clásico aroma a café que tanto le gustaba a la jefa y ese orden acogedor. La encontré tomando asiento en su butaca mientras Mel terminaba de grapar unos documentos.

Cerré la puerta tras de mí y me acomodé como si nada en la butaca que había frente a ellas, listo para el veredicto.

—Bien. —Di una palmada—. ¡Dame noticias!

—Todas buenas —dijo Maggie, mirándome por encima de sus gafas de cerca.

—¡Vamos, empieza bien el día!

Jamás creí que me desglosarían el inventario del infierno.

No se reservaron nada. Expusieron toda la realidad sin tapujos. Y mientras ellas comentaban todo lo que aparecía en sus informes, yo noté cómo se me encogía el estómago. Cada palabra era como recibir un puñetazo. Problemas de salud general alarmantes, desnutrición que había afectado al crecimiento de los más pequeños, Complicaciones dentales que requerirían miles de libras en odontología, ansiedad nocturna generalizada, terrores, traumas severos.

Hablaban de detalles que me partían el alma, como que algunos chicos escondían trozos de pan bajo la almohada por puro instinto de supervivencia, incapaces de aceptar que al día siguiente habría desayuno. O que otros se orinaban en la cama y trataban de ocultar las sábanas mojadas para evitar una paliza.

Melani mencionó incluso infecciones cutáneas mal curadas y cicatrices que contaban historias de castigos físicos que preferí no imaginar para no perder la cabeza.

—Joder, me has dejado un cuerpo de mierda —jadeé angustiado, pasándome una mano por la cara.

—Te dije que eran buenas —comentó Maggie como si nada, cerrando la carpeta.

Fruncí el ceño.

—¿Y qué hay de bueno, ah?

—Pues que tiene solución —sentenció, y se quitó las gafas antes de cruzar las manos encima de la mesa y mirarme con firmeza—. La mayoría responde genial al tratamiento. La adaptación está siendo espectacular. Respetan los horarios, se comunican con facilidad,

empiezan a adoptar hábitos y te juro que dejan sus habitaciones como la patena cada mañana. Además, da gusto verlos comer y jugar. Y ayudan en todo. Son participativos y muy proactivos.

Que Maggie desvelara la resiliencia de esos chicos me emocionó muchísimo. A pesar del horror que arrastraban, se habían adaptado a la limpieza y al orden con una gratitud que me rompía el corazón. Eran unos críos increíbles.

—Tiene especial predilección por los hermanos —me chivó Melani con una sonrisa traviesa.

—¿Nate y Eddie? —indagué risueño.

—Especialmente Eddie.

—Yo no tengo favoritos —corrigió Maggie al instante, centrándose en ordenar sus documentos para disimular.

—¡Venga ya, si adoras a ese crío! —exclamó Mel.

A mí no me extrañaba nada. Eddie tenía esa cualidad frágil y pura que hacía que la gente con un poco de sentido común quisiera abrazarlo y protegerlo del mundo entero. Era un cielo de niño.

—Es tremendamente inteligente —continuó mi prima, apoyando los codos en la mesa—. Se pasa el día en la biblioteca, y encima habla con esa vocecita tan educada y tierna. Parece que va a romper a llorar en cualquier momento.

Maggie carraspeó, incómoda por haber sido descubierta. Yo sonreí porque sabía que, en efecto, ese crío se había convertido en su debilidad.

—En fin, la cuestión es que creo que están listos para el siguiente paso —retomó la jefa.

Cogí aire.

—¿No te parece precipitado?

—Esos niños necesitan empezar a tener responsabilidades, Kenny —me aseguró—. Solo así entenderán que están progresando. De lo contrario, esto parecerá unas vacaciones y agravará su temor a que todo termine de golpe. —Lo cierto era que tenía razón—. Además, es la recomendación del equipo médico. Según sus

sesiones con cada uno de ellos, hablan de futuro, de aspiraciones y sueños. Ni siquiera entienden qué son realmente esos conceptos, pero les sale por puro instinto de supervivencia.

Tenía sentido. Yo no quería que ellos simplemente se divirtieran y engordaran. También quería darles un futuro, una vida real.

—De acuerdo. —Me incorporé en la silla, asumiendo el mando —. ¿Cómo lo planteamos?

—Bueno, hay que escolarizar a los menores. Nuestro centro ya está advertido. Y los mayores deben al menos examinarse en los estudios básicos, así que el profesor Ashcroft ya ha diseñado un plan de estudios base para ellos, a la espera de saber las nociones con las que cuentan tras un cuestionario.

Asentí. El centro del que hablaba no era una escuela cualquiera, sino una institución de educación para adultos y críos con problemas sociales y estructurales graves. De hecho, fue lo primero en lo que invertí cuando me uní a la fundación de Maggie. No quería un reformatorio, sino la excelencia. Y por ello nuestro claustro de profesores eran profesionales de altísimo nivel más que comprometidos con la causa.

El sistema no estaba organizado como una escuela simple, sino diseñado específicamente para garantizar que críos como los Furin aprendieran sin sentirse humillados por el resto. Era imposible inscribir a un chico de la calle en un instituto corriente y dejar que se las apañara, cuando la mayoría apenas sabía escribir su nombre sin faltas de ortografía.

—¿Ashcroft va a poder abarcarlo todo? —pregunté, visualizando al hombre.

Julian Ashcroft. La descripción que solían hacer de él era digna de leyenda: organizado hasta la obsesión, rígido y obstinado. Un hombre que seguramente ya lo sabía todo de sus nuevos alumnos antes incluso de conocerlos.

Tenía treinta y dos años y era un *gentleman* inglés de los de antaño. Provenía de una familia acomodada. Habíamos coincidido en Eton y en algunas fiestas sociales.

Su compromiso con nosotros era impresionante. Tanto así que se había convertido en el director del centro y había logrado lo imposible: que la mayoría de chicos que pasaban por sus aulas salieran con unos conocimientos que a veces superaban la media nacional.

Confiaba en él plenamente.

—Por supuesto —me aseguró Maggie—. Me reuní con él ayer y está más que preparado para ello. Además, ya sabes cómo es. Terco como una mula y estricto como un samurái. Antes de encontrarnos, ya tenía preparado un dossier con todos los puntos a tener en cuenta. Su nivel de organización a veces me exaspera.

Eso lo decía porque la mayoría de veces Ashcroft se le adelantaba a todo.

—Es un cielo. Y guapo —suspiró Mel, apoyando la barbilla en la mano—. El otro día me llevó a casa y me abrió la puerta del coche. Ya no quedan hombres tan caballerosos y amables como él. Es como el señor Darcy.

Pestañeé aturdido. A ver, objetivamente hablando, Ashcroft era un tipo atractivo, con esa percha aristocrática, pero no imaginaba que mi prima sintiera atracción por él.

—¿Te gusta el profe? —pregunté directo.

—Es un buen partido, si no fuera porque es gay —soltó sin anestesia—. Y yo tengo sobrepeso.

La miré ojiplático.

—¿Es gay?

No me había dado cuenta. Nunca habíamos hablado de nuestras vidas privadas en Eton, y en las fiestas sociales solía ir solo.

Melani me fulminó con la mirada.

—¿Insinúas que estoy gorda?

Tragué saliva. Mierda. Nunca había visto a mi prima como una mujer rellenita. De hecho, me parecía encantadora, con sus curvas y su sonrisa. Pero sabía que ella siempre se ponía a la defensiva con

su cuerpo porque había sufrido muchos desprecios a lo largo de su vida. Sobre todo de la familia.

—Esos pantalones te hacen un culo precioso —dije con total sinceridad. Y no mentía. Además, me había fijado en que varios de los Furin, e incluso alguno de seguridad, la miraban demasiado. Probablemente, tendría que partirme la boca con alguno de ellos.

Melani relajó los hombros y soltó una risita.

—Me lo tomaré como una disculpa, gilipollas.

Maggie dio unos golpecitos en la mesa con el boli para reconducir la conversación.

—Retomemos, que os vais por las ramas —dijo, y clavó sus ojos en mí—. Habla con ellos. Creo que tu estilo aquí funcionaría mucho mejor que el mío para venderles la idea de estudiar. Además, están locos contigo. Los has enamorado.

Sonreí como un bobo, no lo pude evitar.

—Porque no lo conocen —se burló Mel.

—¡Oye, soy encantador!

30

NOAH

Eran más de las ocho de la tarde cuando nos convocaron en el salón. Lo cierto fue que me tensó bastante, quizá Maggie había decidido que no tenía nada que hacer por nosotros y teníamos que abandonar la residencia. Y no era el único que lo temía, mis «hermanos» apenas podían respirar.

Pero ese lugar nunca dejaba de sorprendernos.

Al cruzar el umbral de la sala, me quedé clavado en el sitio incapaz de procesar la imagen. Maldita sea, aquello parecía Navidad. Habían desplegado mesas repletas de suculenta comida y refrescos y, al fondo, presidiendo la escena, una montaña de regalos envueltos con un esmero ridículo. Parecía una estampa sacada de una de esas películas navideñas americanas.

Los chicos se volvieron locos. Se acercó en tromba, con los ojos desorbitados y gritando, pero curiosamente ninguno se atrevió a tocar nada. Era como si esperaran el truco o el permiso. Como cuando íbamos caminando por la calle en diciembre y veíamos los escaparates de las tiendas.

Yo, por mi parte, busqué instintivamente el rincón más alejado del salón. Necesitaba distancia para analizar qué demonios estaba a punto de pasar.

Desde allí, los observé. Veía sus caras iluminadas por una mezcla de incredulidad y euforia. Noté una desbordante ilusión en sus gestos. Se daban empujones amistosos, señalaban los paquetes

con dedos temblorosos. Sentí una punzada agridulce en el pecho. Si aquello era una broma, iba a arder el edificio.

Entonces, entró Kenny.

No me vio, oculto como estaba en las sombras, lo que me permitió analizarlo con total impunidad. Observé su forma de caminar, esa zancada segura que devoraba el espacio. Emanaba una potencia física innegable, una actitud poderosa pero extrañamente cercana. Me fascinó comprobar que no actuaba como un benefactor estirado que viene a inspeccionar su obra de caridad, sino que parecía uno más.

Con una naturalidad aplastante, se quitó la chaqueta, la dejó en una silla y dio varias palmadas sonoras para llamar la atención de la tropa.

—¡Bien, niños! ¡Apoltronar los culos y no quiero oír ni una voz! —exclamó, fingiendo severidad.

Mis Furin obedecieron al instante, repartiéndose por el lugar, todos apiñados, pero el respeto duró poco. De pronto, una patata frita voló por el aire y le rebotó en la cabeza al puto capitán del Tottenham.

—¡¿Quién coño ha sido?! —gritó Kenny, escaneando al grupo, y señaló a uno con una mueca divertida—. ¡Jeremy, me cago en tu estampa!

El salón estalló en carcajadas. Cerré los ojos un segundo, dejando que el ruido me inundara. Era, sin duda, el sonido más bonito del mundo.

—¡Vale! ¿Veis esto? —Kenny señaló la montaña de regalos.

Era tan perfecta y hermosa que me daba hasta repelús mirarla.

—¿Qué es? —dijo Martin, ilusionado.

Sam a su lado no dejaba de apretar su brazo. Esos dos eran inseparables y unos traviesos de cuidado.

—¡Una caja de condones! —exclamó David.

A sus dieciséis, el pobre tenía una ligera obsesión con el sexo porque todo era teoría en su cabeza.

—Galletas de chocolate —apuntó Tommy, mucho más inocente.

—¡Una Nintendo Switch! —comentó Luke, emocionado.

—¡Exacto! —se alegró Kenny, y mi «hermano» estiró las manos.

—¡Dámela!

El capitán sostuvo el paquete en el aire y soltó la bomba.

—¿Cuánto es siete por nueve?

Pestañeé aturdido desde mi rincón. No tenía ni idea de qué se proponía, pero al ver la dinámica empecé a sospechar que aquello no era solo una fiesta. Íbamos a subir de nivel.

—¡Veintisiete! —gritó el mocoso de Luke, convencidísimo.

Arrugué la cara en la penumbra. Era lamentable ver que chicos de su edad no se supieran ni las tablas de multiplicar. La calle enseñaba a contar dinero rápido, pero no otras materias, joder.

—Sesenta y tres. —La vocecita de Eddie se abrió camino entre la algarabía con una claridad cristalina.

Estaba sentado en la alfombra, protegido entre las piernas de su hermano, y se tocó el puente de sus gafas nuevas con timidez. Fue una imagen tan dulce que me dieron ganas de salir corriendo de mi escondite y abrazarlo.

Nate le acarició los hombros.

—¡Veis! Un genio, lo que yo digo —se enorgulleció Anthony, señalándolo como si fuera un trofeo. Y Kenny miró a Eddie con auténtica devoción.

—Quiere ser físico nuclear —añadió Jeremy, hinchando el pecho.

Allí, todos admirábamos a Eddie. Él era nuestra excepción, el más diferente, el único que conservaba la curiosidad intacta.

—Químico forense —corrigió Luke, dándole una colleja cariñosa.

—¿Y tú? —lo señaló Kenny de pronto, dejándolo congelado.

Luke se ruborizó hasta las orejas y se rascó la nuca, incómodo por la atención repentina.

—Yo me conformo con aprender a leer.

Sentí cómo se me removían las entrañas. Llevaba mucho tiempo con ellos, cuidándolos, protegiéndolos, y nunca habíamos hablado de esos temas. Estábamos demasiado ocupados sobreviviendo, buscando dónde dormir o qué comer, como para permitirnos el lujo de soñar con la educación o un futuro diferente.

—Yo quiero hacer galletas de chocolate con Bishop —dijo Tommy, rompiendo la tensión—. Y quiero ser bombero.

—Yo quiero ser policía —anunció David, sacando pecho.

—Yo también —lo siguió Martin, y Sam lo miró como si fuera una creación perfecta.

—Pues a mí me molaría pintar manga —soltó Jeremy, un poco ruborizado y avergonzado.

Todos se metieron con él al instante, entre risas y empujones, y Jeremy se defendió a manotazos. Sonreí.

—¿Manga? —preguntó Kenny, curioso.

—Está obsesionado con el tío motosierra —se rio Anthony.

—Le da un aire, ¿a qué sí? —comentó John, cogiendo a Jeremy de la cabeza y mostrándosela a Kenny como si fuera un melón.

Jeremy le dio un manotazo para que lo soltara.

—¿Chainsaw Man? —dijo Kenny, arqueando una ceja.

Todos lo miraron alucinados. Yo tampoco di crédito. Y no sé por qué me vino a la cabeza el día en que descubrimos ese anime en los grandes almacenes de Foyles.

Caminábamos por allí, haciendo un poco de «limpieza» de carteras ajenas y esas cosas, cuando Liam tuvo la idea de entrar en aquella monstruosa tienda para refugiarnos del frío. Exploramos y de pronto vimos que en una pantalla gigante se estaba reproduciendo el anime. Nos hipnotizó. Al final nos tuvieron que echar al cierre y nos quedamos sin ver los tres últimos capítulos.

—¿Lo has visto? —pregunta Jeremy, emocionado—. ¿Cómo termina?

—Me flipa Makima. Estaría comiéndome sus tetas toda la noche —soltó David, siempre tan fino.

Me reí por lo bajo y puse los ojos en blanco. Sabía que Kenny debía de estar flipando, quizá porque nunca había imaginado que esa panda de presuntos delincuentes juveniles era, en realidad, una pandilla de frikis capaces de ir disfrazados de Naruto por la calle.

—Makima no tiene nada que hacer con Gojo —sentenció John.

—¿Qué coño dices? —Jeremy le lanzó un cojín a la cara—. Jujutsu Kaisen está muy sobrevalorado. Como Ataque a los Titanes.

La discusión subió de volumen en segundos. Y yo empecé a reírme al ver la pasión con la que defendían sus animes, igual que otros defendían sus equipos de fútbol.

—i¿Qué profundidad tiene que el prota solo aspire a tocar una teta?! —cuestionó Jason, haciéndose el intelectual.

—¡A ti te gustaría tocar una teta! —contraatacó Jeremy.

—Bueno, sí, pero a mí me mola Blue Lock.

—Este, que se cree que va a ser el extremo del Arsenal —se burló Mike.

—¿Izquierdo o derecho? —intervino Kenny.

Captó la atención de todos al instante. Sin embargo, fue Jason quien tragó saliva y empezó a temblar. Hasta sentí que el chico tenía taquicardia.

—Me siento más cómodo en el derecho —murmuró.

—Bien, así no me quitarás el puesto —sonrió Kenny.

Fruncí el ceño. Tenía el corazón en la garganta. ¿Qué estaba tramando ese hombre?

—¿Qué? —Jason lo miró incrédulo, no se enteraba de nada.

—Filiales del Tottenham. Tienes las pruebas de acceso la próxima semana.

Lo soltó así, como si nada, como quien comentaba el tiempo.

—¿Qué? —repitió.

—Quieres jugar, ¿no? Profesionalmente, me refiero.

—En el equipo rival —se carcajeó Jeremy.

—No estaría bien visto que tire de contactos para enchufarte en el Arsenal. Pero si lo haces bien… Existe el mercado de fichajes.

No me lo podía creer. Acababa de hacer realidad el sueño imposible de uno de mis Furin con la facilidad con la que otros chasqueaban los dedos.

—¿Puedo escoger dorsal? —tartamudeó con los ojos vidriosos.

—Vale. Policías, bomberos, químicos forenses, pasteleros, ilustradores, jugadores de fútbol. Os tengo calados —dijo, barriendo la sala con el dedo—. ¿Lo queréis?

—¡Sí! —gritaron al unísono.

—¿Tanto como ese banquete de ahí?

—¡Sí!

—Pues el lunes empezáis a ir a clase.

Se me cayó el corazón a los pies. Sentí físicamente cómo se me movía hasta el puto suelo. Me aterrorizó esa decisión porque sabía la verdad desnuda: iban a ser el hazmerreír de todos en las aulas. La mayoría ni siquiera sabía escribir su nombre correctamente, maldita sea. Esa decisión era un suicidio social.

El aturdimiento en la sala fue general, la euforia se cortó de golpe. Miraban a Kenny pálidos y ojipláticos.

—A ver… —carraspeó Langford, percibiendo a la perfección el cambio en el ambiente—. Sé que es duro para vosotros. En las últimas dos semanas os han pasado muchas cosas. Cosas que la mayoría de nosotros no ha experimentado. Entiendo que adaptaros ha sido difícil, que el cambio ha sido brusco, que todavía tenéis muchas heridas que sanar y que seguramente algunas se queden más tiempo del debido o incluso tengáis que aprender a convivir con ellas.

De repente, se hizo el silencio. No porque nadie lo ordenara, sino por el peso específico de las palabras, que los tenía a todos mirando a Kenny con devoción y una tristeza antigua en los ojos.

—Será un camino arduo, quizá hasta penséis que no sois capaces, que no valéis para esta vida. Meterse en una clase, estudiar

para un examen. A algunos os suena imposible —continuó con una sinceridad sobrecogedora—. Pero esa es la primera herramienta que necesitáis para el mundo. Será como una oda a vosotros mismos, como la forma más hermosa y amable de deciros: «Lo pasé mal, estuve en la mierda, pero he tenido el valor para salir adelante y estoy diseñado para algo más que resistir».

Tenía la vista clavada en él. Lo veía vulnerable, honesto hasta la médula. Kenny no nos hablaba desde un pedestal dorado, sino de tú a tú, de cicatriz a cicatriz. Era como si ese hombre pudiera ver cada una de nuestras heridas sin necesidad de levantarnos la camiseta.

—Ahora tenéis esa oportunidad —sentenció—. Y todo esto no va de caridad ni de mí queriendo hacerme el guay. Va de vosotros. De miraros a vosotros mismos y de descubrir que la vida es algo más que sobrevivir.

Oteé a mis compañeros. Descubrí ojos llorosos, cabezas que se alzaban con un orgullo renovado, puños apretados sobre las rodillas con determinación. Estaban absorbiendo la esperanza como plantas secas durante una tormenta. Se sentían protegidos, comprendidos y, por primera vez en sus vidas, respetados. Se sentían parte de algo hermoso y bueno.

—Este lugar es eso. Aquí los sueños pueden vivir sin miedo, buscan una certeza, se abren paso a través de los miedos y después cobran forma a través de vuestras acciones. Serán vuestras manos las que irán moldeando esos sueños, poco a poco, sin prisa, momento a momento. Hasta que llegue el día en que un solo sueño no será suficiente, y querréis más —siguió hablando, conquistándolos a todos, conquistándome a mí—. Y después un poco más. Y entonces os miraréis al espejo y sentiréis el orgullo de haber superado una guerra que la mayoría de gente desconoce. Y eso no solo os hará más fuertes, sino que os convertirá en seres extraordinarios.

Entonces, tuve un escalofrío. Kenny hablaba de cosas que llevaban años instaladas en mi cabeza. Sin saberlo, había cogido mis sueños más profundos para hacerlos realidad. Y me sentí como un espectador que ve su obra completada por manos ajenas.

No tenía nada que ver con los celos ni la rabia de no haber sido yo quien le diera esa vida a mis «hermanos». Solo había una admiración tan pura que me hacía temblar. Kenny no les vendía palabras vacías, sino dignidad. La misma con la que yo soñaba.

—Y después de esta chapa que os he metido… —Se rascó la cabeza, un poco avergonzado por su propia intensidad—. Yo también pienso que Jujutsu Kaisen está sobrevalorada.

La tensión emocional se rompió en mil pedazos con unas carcajadas liberadoras y una lluvia de cojines que volaron hacia él.

—¡Qué gilipollas! —gritó uno entre risas.

Kenny esquivaba los proyectiles entre carcajadas, y señaló a Jeremy.

—¡Ey, no se llora! —le ordenó.

Ver a Jeremy llorando era como ver a una suricata con patines. El chico se levantó, se limpió la cara con furia y, rompiendo su propia barrera de tipo duro, abrazó a Kenny.

—Yo… yo quiero estudiar mecánica… —dijo Nate, tímido y cabizbajo.

Me di cuenta de que, hasta ese momento, los más mayores no habían dicho qué querían ser. Quizá porque eran los que más miedo tenían a soñar.

—A mí me gustaría… cocinar… —murmuró Connor, totalmente avergonzado.

—Yo quiero… escribir… —suspiró Matt, casi inaudible—. Me… gustaría ser periodista…

Kenny los miró con una ternura que dolía.

—¿Estamos listos entonces? —preguntó.

—¡Sí! —gritaron todos.

—¿Cómo?

—¡Sí!

—¡No os oigo!

—¡SÍÍÍ!

—¡Eso está mejor! —Cogió un paquete de la mesa y se lo lanzó a Luke por el aire—. Toma, la Nintendo Switch para ti.

Entonces empezó el reparto. Kenny gesticulaba, soltaba algún insulto cariñoso y se reía a carcajadas. Se mimetizaba con ellos a la perfección. Era un camaleón social impresionante. Por un momento, parecía un Furin más.

Y yo seguí quieto en mi lugar, empapándome con esa imagen. Sabía con certeza que esa noche nadie tendría pesadillas. Aquella especie de asamblea de sueños iba a destruir cualquier terror nocturno.

De pronto, me vibró el teléfono en el bolsillo, y sonreí. Kenny me escribía pese a estar en la misma habitación.

Kenny

Mañana te vienes conmigo.

Noah

¿Es una orden? ¿Al fin te vas a quitar la máscara de santo y vas a cobrarme la deuda?

Kenny

Sí… Soy malísimo. No te lo había dicho. Y me debes mucho, así que a partir de ahora eres mi sirviente.

Noah

Me parece un trato justo.

Kenny

Qué idiota eres, Noah…

Noah

Qué aterrador eres, Kenny…

Bloqueé la pantalla, pero la palabra «aterrador» se quedó flotando en mi mente. Porque para mí lo era.

Sí, me aterraba ese hombre.

31

NOAH

Había vuelto a la jaula.

La melodía distorsionada de *Thank God* retumbaba en las paredes, burlándose de mi miseria, mientras las luces cenitales me cegaban. Todo a mi alrededor era una realidad deformada. Bajo mis pies descalzos, el suelo era una lona empapada en fluidos corporales. Era asqueroso, y el olor era insoportable.

Pero todo eso no importaba porque estaba peleando.

No veía bien. La sangre me caía a chorros por la brecha que tenía en la frente. Notaba un vacío en el estómago que me arañaba las tripas, el hambre del perro de presa. Y es que luchaba como un animal acorralado, pero mi oponente era más rápido. Me inmovilizó contra la lona, aplastándome el pecho.

Desesperado, revertí a mi estado más primario. Olvidé la técnica. No usé los puños. Abrí la boca y mordí. Sentí la textura rugosa de la piel bajo mis dientes, la resistencia de la carne y luego el estallido. El sabor salado y metálico de la sangre me llenó la boca, y arranqué un pedazo de un tirón salvaje.

El oponente cayó como un saco de plomo.

Trémulo, me limpié la boca con el dorso de la mano, y miré al frente buscando al árbitro. Pero allí no había público. No había gritos, ni apuestas, ni humo. Solo una persona.

Kenny.

Estaba sentado en un trono de cristal que brillaba de forma obscena. Me observaba con una curiosidad lobuna. Y entonces, una sonrisa perversa curvó sus labios.

—Sí que eres salvaje, Noah —dijo arrogante. Y me hizo una señal con la mano—. De rodillas.

Cuando caí, el impacto me despertó de golpe.

El mundo real me esperaba con un ataque de ansiedad que me comprimía el pecho. El corazón me iba a estallar. Liam estaba allí, a mi lado, con la mano en mi hombro, tratando de calmarme. Al parecer, lo habían despertado mis espasmos o quizá mis jadeos.

—Ey… ¿estás bien? —dijo con suavidad.

No podía responder. El aire no me llegaba a los pulmones. Solo lo miré desesperado, tratando de atarme a su realidad y a la solidez de su mano en mi hombro.

—¿La jaula? —Lo intuía.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también sueño con ella.

Nos miramos en la penumbra de la habitación. La conexión fue casi telepática. Ambos conocíamos demasiado bien la mierda que habíamos vivido ahí dentro. Y de alguna manera, quise saber cómo lo estarían llevando Connor y Nate, que también luchaban con nosotros y a veces se llevaban la peor parte. Ni siquiera me atrevía a preguntarles. Prefería pensar que ellos dormían en paz.

—Ven. —Liam me cogió de la mano y me ayudó a salir de la cama—. Melani me ha dicho el código de la despensa.

Ambos nos escabullimos moviéndonos como sombras por los pasillos. En cuanto llegamos a la cocina, Liam marcó el código en el teclado numérico y entramos en el paraíso. Todo estaba lleno de estanterías repletas de comida y neveras industriales. En el centro había una mesa de trabajo de metal frío.

Cogimos un pedazo enorme de tarta que había sobrado de la noche anterior. Yo me senté encima de la mesa con los pies colgando y Liam se apoyó en el mostrador, frente a mí.

El primer bocado me supo a gloria bendita. El azúcar me disparó la dopamina de inmediato. Sabía que no debía comer eso debido a la dieta de mi tratamiento, pero lo hice lento, saboreando cada pedacito.

—Está bueno… No… —dijo Liam, cerrando los ojos.

—¡Está buenísimo! —exclamamos los dos a la vez, risueños.

—Joder, me duelen hasta las amígdalas de lo bueno que está —sonrió Liam, rebañando el plato.

Por la ventana vimos cómo despuntaba el alba.

Nos habíamos acostado tardísimo por culpa del maratón de Chainsaw Man que nos pegamos. Queríamos saber el final, y lo más surrealista fue que Kenny lo compartió con nosotros, tirado en la alfombra.

Joder, me había ido a la cama feliz. No había razones para tener pesadillas.

—¿Qué miras? —curioseó Liam.

No me había dado cuenta de que lo observaba a él.

—Estás… diferente —confesé—. Sigues siendo mi Liam, pero ahora eres como… una versión mejorada.

—Tú tampoco estás mal —bromeó, y se sentó a mi lado de un salto.

El silencio volvió, pero esta vez cargado de dudas.

—Yo no sé qué quiero ser… —suspiró mirando sus manos vacías.

—Ya somos dos… —Le di un codazo amistoso. Me sentía igual de perdido.

—A lo mejor es que estamos defectuosos.

Se nos escapó unas risitas que me devolvieron a los días en que regresábamos de la jaula al amanecer y jugábamos a decir comidas.

Dejé el plato vacío a un lado. En realidad, no habíamos nacido defectuosos, sino que el tiempo nos había roto. Habíamos sido como los «padres» y protectores del grupo durante tanto tiempo, priorizando que los pequeños comieran o durmieran, que se nos

había olvidado construir una identidad propia, más allá de la supervivencia.

—Pero me mola la idea de ir a clase —suspiró.

—Lo cierto es que sí.

—La mayoría de los chicos se pasan la vida odiando estudiar y, henos aquí, deseando lo contrario solo porque el capitán del Tottenham nos ha soltado un discurso de la hostia.

Lo miré. Siempre que Liam hablaba de Kenny lo hacía con un deje afectuoso.

—El cabronazo tiene labia para convencer —me mofé—. Es demasiado persuasivo.

—Te cae bien —dijo, echando mano al bolsillo para sacar un cigarrillo.

Lo encendió y me lo pasó. Le di una calada profunda.

—Dice que quiere ser mi amigo —exhalé el humo—. Y yo de eso no necesito.

—No tienes uno como él.

—Estás de su parte —bromeé.

—Me encanta hablar con él. —Se encogió de hombros—. Es un buen tipo. Me hace reír, da unos consejos increíbles y me siento cómodo a su lado. Es como un hermano mayor forrado.

—Te gusta —dije travieso, y él me miró con complicidad y se rio por lo bajo.

—A ver, el tío está para comérselo…

Se me escapó una carcajada sonora. La verdad es que nunca me había reído así, tan libre y despreocupado.

—No te rías —se quejó, riéndose también—. Hasta un ciego podría ver que está buenísimo. ¿Has visto el culo que tiene?

Obviamente, eso era un hecho. Kenny era guapo a rabiar y tenía un cuerpazo, pero yo solía bloquear esas cosas. No eran para mí.

—¿Dónde está la trampa, Liam? —suspiré antes de devolverle el cigarro.

—Eres el más escéptico e inteligente de todos, por eso supiste coger el testigo de Mark y protegernos como un capitán. Es normal que desconfíes. Venimos de un mundo en el que no existen los colores.

—Y ahora vemos muchos.

—Demasiados. Saturación de rosas —se burló Liam.

—Y amarillos.

Nos volvimos a reír, pero la risa de Liam se apagó rápido. Percibí que tenía la mente en sus propios demonios.

—Habla, piensas muy alto —le pedí.

Liam dio una calada nerviosa y bajó la vista.

—He olvidado cómo se escribe… —se sinceró con un hilo de voz —. Me da vergüenza que el profesor vea que tengo la letra de un crío de seis años. Me veo rellenando esas libretitas de primaria para mejorar mi caligrafía mientras los demás avanzan.

—Ya somos dos —resoplé—. Pero saldremos adelante.

—Por supuesto que sí.

—A lo mejor hasta te sale novio.

—¿De dónde, si en esa clase solo estaremos nosotros?

—Dicen que nuestro profe es un hombre. El director del centro, por cierto.

Me pareció increíble estar allí, sentado en una mesa de acero a las tantas de la madrugada, buscándole novio a mi mejor amigo. Pero, de alguna manera, me asombró descubrir que me encantaría verlo teniendo una vida romántica sana y bonita. Quizá así se le olvidarían los escarceos que había tenido en el submundo. No lo sabía todo, porque él protegía esa parte de su vida con celo y vergüenza, pero sospechaba que el descubrimiento de su homosexualidad había sido algo traumático para él, manchado por la necesidad y el entorno hostil. Se merecía algo limpio.

—¿Me ves tirándome a un señor mayor que seguramente tiene nietos? —se quejó, sabiendo que yo volvería a carcajearme.

—Con un poco de suerte te deja herencia.

—Capullo.
Y entre risas se me olvidó por completo la pesadilla.

32

KENNY

Había llegado temprano a la residencia con la alegría de un niño la mañana de Navidad. Le había mandado un mensaje a Noah pidiéndole que me esperase en la entrada y había cumplido. Por suerte, no me vio sonreír como un idiota.

Estaba todo formal, tratando de hacerse pequeño dentro de su ropa. Iba guapo, joder. Llevaba unos vaqueros un poco anchos y una sudadera blanca inmaculada que contrastaba con su chaqueta negra. Tenía una cara de sueño adorable y no la cambió siquiera cuando se subió a mi coche, refunfuñando algo por lo bajo.

No preguntó adónde lo llevaba. Es más, se pasó dormido buena parte del trayecto. Yo, mientras tanto, estaba deseando ver su reacción. Y es que había reservado un circuito profesional a las afueras, el mismo que usaban los examinadores oficiales para los exámenes de conducir más exigentes.

En cuanto llegamos a nuestro destino, me tentó sacarle una foto. Se había bajado del coche y miraba la pista con el ceño fruncido, sin entender qué demonios pintaba allí.

Yo me apoyé en el lateral de mi deportivo, totalmente relajado, con las gafas de sol puestas y masticando chicle con ese aire arrogante que tanto le molestaba. Disfrutaba, y mucho, de su desconcierto.

—¿Qué coño es esto? —indagó al tiempo que se nos acercaba un coche oficial.

—Un circuito.

—Eso ya lo veo, capullo.

Me carcajeé.

—Si vas a ser mi asistente, deberías examinarte —ironicé.

En realidad, me importaba un carajo el título que tuviera. No quería un asistente, sino darle herramientas para que tuviera el control y dejara de depender de otros para moverse por el mundo.

—Dijiste sirviente, no asistente —me corrigió, degradándose a propósito con esa mueca cínica suya.

—Lo mismo da —me encogí de hombros, restándole importancia.

—¿Y por qué das por hecho que sé conducir?

—Tengo mis confidentes.

Liam era muy hablador cuando se relajaba. Y Connor aún más. En una de esas charlas informales, me habían comentado que hubo una época en la que Billy les mandó a robar coches y que Noah resultó ser un puto genio huyendo de la policía.

Lo miré. Estaba observando cómo se le acercaba el examinador con una carpeta bajo el brazo. Llevaba escrito en la frente lo mucho que deseaba matar a sus amigos por ser tan bocazas.

Ambos se saludaron con torpeza y se dispusieron a ocupar sus puestos. Pero el examinado estaba pálido como la cera y no tardó en aferrarse al asidero de la puerta. Digamos, que no parecía muy seguro de si el generoso bonus que le había dado valdría para compensar el infarto. Me dije que tendría que darle una propina extra por daños y perjuicios.

Desde luego Noah conducía como un fugitivo, pero pasado un rato dejé de escuchar cómo las ruedas chirriaban cada vez que giraba. Supongo que empezó a sentirse más cómodo y relajado.

Cuarenta minutos después, el coche se detuvo a unos metros de mí y Noah se bajó disculpándose con timidez. El examinador le sonrió con cara de circunstancia, firmó los papeles con una mano

temblorosa y le entregó el carné provisional y el certificado de aptitud.

Nos despedimos del hombre, que se fue limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo. Yo estaba pletórico mientras Noah se encendía un cigarrillo todo nervioso.

—¡Felicidades! —exclamé, revolviéndole el pelo.

Me fulminó con la mirada, lo que hizo que mi sonrisa se ensanchara.

—Lo has sobornado, ¿cierto?

—Minucias. Toma. —Le lancé las llaves del Aston Martin.

Noah las atrapó al vuelo por puro reflejo. Fue entonces cuando tomé asiento en el puesto de copiloto. Se me hacía raro ir en ese lugar, pero estaba deseando ver a Noah conducir.

Él permaneció fuera un rato más. Miraba las llaves como si fueran un artefacto alienígena. Le dio una última calada a su cigarro y lo tiró al suelo antes de tomar asiento frente al volante. Honestamente, parecía que iba al matadero, y yo tenía muchas ganas de reír.

Lo observé descaradamente. Le favorecía muchísimo estar ahí, al mando de una máquina así. Lo hacía irresistiblemente atractivo y peligroso.

—Es automático. Acelerar y frenar —informé, y toqué la pantalla del salpicadero para que apareciera el mapa—. Llévame hasta ese punto.

Ese punto era Spencer Manor, pero no iba a decirle todavía de qué se trataba. Me acomodé en mi asiento de piel, me puse el cinturón y me crucé de brazos. Cerré los ojos, entregándole el control absoluto.

—¡¿Vas a dormirte, así sin más?!

Lo miré por encima de las gafas.

—¿No confías en ti mismo?

—Aquí lo sorprendente es que tú confíes en mí.

—Qué bueno que te hayas dado cuenta.

Noah dio por hecho que había vuelto a cerrar los ojos. Sin embargo, no dejé de mirarlo. Disfruté viendo cómo entraba en un ataque de nervios silencioso. Oteó el salpicadero lleno de luces, cogió aire hondamente para infundirse calma y pisó el acelerador.

Lo hizo un poco brusco al principio —el motor rugió con fuerza —, pero enseguida tomó el control de la máquina.

«Es un chico listo», pensé, sonriendo para mis adentros. Me parecía increíble lo cómodo que me sentía a su lado.

—Pareces cansado —comenté.

—No he dormido bien.

Miró los retrovisores como si esperara una emboscada antes de incorporarse a la autopista con una suavidad sorprendente.

No empezó a relajarse hasta pasados varios kilómetros, aunque seguía apretando el volante con las dos manos. Y a mí me sorprendió lo difícil que era apartar los ojos de él. Me tenía hipnotizado la delicadeza con la que sus manos aferraban el cuero, la forma en que se le marcaban los nudillos, cómo su nuez subía y bajaba al tragar o la manera inconsciente en que se mordía el labio.

—¿No vas a preguntar? —dijo sin apartar la vista de la carretera.

—¿Quieres que lo haga? —runruneé, divertido.

—Eres un cotilla de cuidado. No es que quiera que preguntes, es que lo espero.

Me reí por lo bajo.

—No llames cotilla a quien quiere información. Si no me la das tú, tengo que buscarla en otras fuentes.

Noah entrecerró los ojos.

—Tus fuentes y yo vamos a tener una charla bastante instructiva.

Me volví a reír, imaginando la bronca que les iba a caer a Liam y Connor por irse de la lengua. Probablemente, Nate se libraría porque era una monada.

—¿Fue fea? Tu pesadilla, quiero decir —dije bajito, realmente interesado.

—Horrible. Participabas.

Alcé las cejas, sorprendido. Noah soñaba conmigo.

—Me sorprende que algo en lo que yo participe sea horrible, Sterling.

—Qué gilipollas eres, Langford —sonrió, relajando al fin el gesto —. Vas bien de narcisismo, ¿eh?

Me señalé a mí mismo. Lo cierto era que estaba para comerme entero.

—¿Te parece que miento?

Noah ni se atrevió a mirarme. Las mejillas se le encendieron y negó con la cabeza, risueño.

—Idiota.

Me encantaba su risa. Verla era más bonito que oírla. Y esa realidad tan espontánea me aturdió un poco. Yo no solía pensar así, mucho menos sobre un hombre.

Me reacomodé en mi asiento un poco tenso con mis propios pensamientos.

—¿Y qué coño hacía en tu pesadilla que fuera tan horrible? —pregunté, dejando que la curiosidad ganara terreno.

Noah cogió aire.

—Me… sometías…

—¿Cómo?

—En la jaula… Me ponías de rodillas después de pelear…

Apreté los dientes con fuerza hasta que me dolió la mandíbula.

—Sí que es horrible… —admití.

Un silencio denso y pesado se instaló entre nosotros. No soportaba la idea de que Noah tuviera esa imagen de mí, la de un tirano que lo doblegaba. Y fue incómodo descubrir que él no temía mi fuerza física, sino mi poder y me estatus, mi capacidad para controlarlo. Me sentí sucio por ser el villano en su mente y la cara de sus miedos, pero decidí aceptarlo. Si eso era lo que su subconsciente necesitaba, cargaría con ello hasta que me ganase su confianza.

Me giré un poco más para mirarlo. Se le veía tan firme y frágil al mismo tiempo, una contradicción con patas. No tenía ni puñetera idea de por qué necesitaba proteger con tanta desesperación a ese chico. En cierto modo, ya no era solo por el secreto que le guardaba. Había algo más visceral gestándose debajo de todo eso y me intimidaba no saber qué coño era.

—Canción —jadeé.

—Elige tú… —suspiró Noah, visiblemente nervioso por mi escrutinio.

De alguna manera, sabía que él se resistía a mi cercanía precisamente porque lo intimidaba. Y eso, lejos de alejarme, me atraía como un imán.

Toqué la pantalla táctil del salpicadero, deslicé el dedo por la lista de reproducción y puse a Lana del Rey. Vi cómo Noah tragaba saliva en cuanto los primeros acordes llenaron el coche.

—*Gods & Monsters* —dijo tenso, reconociendo la melodía al instante—. ¿Por qué la usas a ella?

—Es el único idioma que entiendes —repliqué—. Y me encanta esta canción. Es una de las mejores que tiene esa diosa.

Era, en esencia, un himno a la inocencia corrompida por la necesidad de sobrevivir, un réquiem por la pureza perdida en la oscuridad. Y mientras la voz lánguida de Lana llenaba el interior del coche, percibí cómo la melodía se fusionaba con él. Era extrañamente cautivador.

—¿Quién es el ángel? —preguntó tímido, en referencia a la letra de la canción.

«No sabía que existían los ángeles… hasta que te conocí», pensé, asombrándome a mí mismo.

—No vale de nada que yo te lo diga —dije con suavidad—. Creerás que te estoy poniendo de rodillas. Porque aquí yo soy el monstruo.

A Noah le afectó el comentario. Lo vi suspirar y apretar el volante con más fuerza, pero su mueca no fue de miedo, sino de

tristeza. Pensé que siquiera él podía escapar de la brutal e inesperada conexión que estábamos logrando.

—Nadie se va a llevar mi alma… —susurró. De nuevo mencionando la canción, y lo dijo como una promesa para sí.

—Ni siquiera yo —sentencié con firmeza—. ¿Podrás recordarlo mañana?

—No eres un monstruo, Kenny.

—Pero te sigo pareciendo aterrador.

—Los dioses a veces lo son.

Noté cómo mi pulso se aceleraba. Y me obligué a desviar la vista hacia mi ventanilla. Cerré los ojos.

«¿Qué coño me está pasando?».

—¿De verdad te vas a dormir? —me pregunto.

—Tus Furin me tienen agotado… Y tú me has robado el sueño. Devuélvemelo un rato, niño.

Me dejé llevar por el ronroneo del motor, sabiendo que Noah iba a aparecer en mis fantasías porque todo mi jodido coche olía a él y mi pulso era demasiado consciente de su cercanía.



Desperté lentamente. Me sentía un poco más humano, aunque el cansancio seguía ahí, agazapado.

El paisaje había cambiado radicalmente. Ahora el asfalto gris había dado paso a los verdes y ocres de la campiña inglesa. Pronto veríamos los muros de Spencer Manor.

Oteé a Noah. Parecía confundido observando el entorno, y sonreí. Sabía lo que se le venía encima. Iba a sufrir un choque cultural brutal cuando conociera a mi «familia». Solo lamenté que Sofía no hubiera podido venir; ella habría suavizado el golpe con su dulzura. O no, a veces era una gata intimidante.

Noah me miró de reojo y percibí su alivio al verme despierto. Seguramente, se lo estaban comiendo las dudas sobre la ruta y no

había querido molestarme.

—Creo que me he perdido —dijo preocupado—. Aunque el puntito ese no se ha salido de la ruta.

Sonreí y me estiré en el asiento. Ya podía ver la imponente silueta de Spencer Manor dibujándose en el horizonte.

—Sigue el sendero, e intenta ser amable.

—¿Por qué? —preguntó aturdido.

—Vas a conocer a dos príncipes hoy, y a sus compañeros más leales.

33

NOAH

Todavía me costaba procesar lo que estaba pasando. Todo había sucedido como en una película a cámara rápida donde yo era un extra que se había equivocado de set.

La llegada a Spencer Manor fue un golpe a los sentidos. Aquello era un jodido palacio de piedra y cristal que gritaba poder. Pero si la residencia me dejó mudo, el comité de bienvenida casi me provoca un infarto.

Ver allí plantados a James Bellingham —el mismísimo hijo del rey— y a Gianni Moretti —el dios de la Fórmula 1—, charlando como si nada me cortocircuitó el cerebro. Me puse tan nervioso que, sin pensarlo, hice una especie de reverencia torpe y ridícula. James soltó una carcajada encantada, como si fuera lo más adorable que hubiera visto en su vida, y me abrazó.

Sí, me abrazó un puto príncipe de Inglaterra, aunque ya no lo era, pero pocos podían olvidarlo.

Fue todo un contraste. Mientras James y Gianni creaban un caos de energía desbordante a mi alrededor, los otros dos hombres actuaron más calmados. Ellos debían ser los «compañeros» más leales.

Daniel, un hombre de elegancia despiadada, me ofreció la mano. Su apretón fue firme, transmitiendo una autoridad tranquila que me calmó un poco. Al ver cómo miraba a James, supe que debía

de ser su pareja, el hombre por el que un príncipe había mandado a la mierda a la Casa Real.

Pero el momento clave se dio con Hunter.

Pese a lo intimidante y serio que parecía, se movía con una lentitud deliberada. Cuando nos saludamos, me miró directamente a los ojos. Lo que sentí fue un reconocimiento silencioso, de animal a animal. Algo de mí gritaba que ese hombre había estado en el barro, como yo, e instantáneamente me sentí cómodo a su lado.

Ahora estábamos en el cenador del jardín, frente a una mesa impresionante y disfrutando de un ambiente que jamás habría podido imaginar.

Kenny actuaba como el nexo de unión, no dejaba de charlar y reír, rellenaba nuestras copas de vino o agua, me integraba en la conversación con una naturalidad pasmosa. Yo comía en silencio, pero seguía vigilante.

No podía dejar de observarlos. La camaradería entre ellos era brutal: se insultaban con un cariño feroz, se robaban comida de los platos, se reían a carcajadas. Eran una familia real, no una pose de revista para las cámaras. Aquellas superestrellas mundiales, en la intimidad de ese jardín, parecían tipos normales.

Hablé lo justo porque la tensión me había robado hasta la capacidad para enviar palabras de mi cerebro a mi boca, pero sentía que ellos me tenían como uno más. No me miraban con lástima, no me veían como el niño pobre que habían rescatado de las cloacas para darle de comer. Incluso me sorprendió reír.

Joder, eran tan divertidos. Especialmente Hunter, con el que más hablaba, quizá porque su silencio era tan elocuente como las palabras de los demás. Y ponía unas caras supergraciosas cada vez que Gianni soltaba alguna burrada.

—James, ¿puedes dejar de mirar a nuestro invitado como si quisieras convertirlo en el postre? —dijo Daniel como si nada, cortando un trozo de carne.

Pero su compañero insistió en observarme fijamente y yo me hice pequeño en mi asiento.

—Eres guapo hasta la molestia —suspiró.

Aquello me extrañó porque yo no era nada del otro mundo. Bonito, quizá, pero corriente.

—¿Por qué coño no me dijiste que era tan guapo? —le preguntó James a Kenny, que estaba sentado en la cabecera, con Gianni a un lado y Daniel al otro.

El capitán me dio un lento repaso. Ni aunque me hubieran puesto un cuchillo en el gaznate habría podido descifrar qué demonios pensó en ese momento.

—Porque no lo vi necesario.

—¡Lo es, y tanto que lo es, Kenny! —protestó, indignado.

—Aquí viene —murmuró Gianni por lo bajo, preparado para algo que yo ignoraba.

James apoyó los codos sobre la mesa, juntó las manos y me sonrió. Bueno, más que una sonrisa, parecía la mueca de un diablillo. Y con esa cara esculpida por los dioses, la peligrosidad crecía, porque no creía que hubiera nadie en el mundo que le negara algo. Joder, era tan guapo que amedrentaba.

—Dime, ¿te gustaría posar para mí? —soltó de pronto.

—¿Eh? —Me quedé estupefacto.

Gianni dio un golpecito en la mesa y se carcajeó. Hunter masculló algo ininteligible por lo bajo y Daniel puso los ojos en blanco al tiempo que echaba mano a su cartera, igual que Hunter. El piloto estiró la mano y cogió los billetes de cincuenta libras todo contento.

Al parecer, habían apostado sobre cuánto tardaría James en proponerme algo así. Y miré a Kenny, aturdido, buscando una explicación, pero este se limitó a sonreírme. Se veía majestuoso allí sentado, observándome con aquella estúpida mueca arrogante. Era endemoniadamente cautivador, y no sé por qué coño pensé en eso. Me estaba fallando la concentración. Demasiados estímulos a mi alrededor.

—La nueva línea casual de otoño-invierno —siguió James a su rollo, ignorando el intercambio de dinero.

—Casual dice —se burló Kenny, acariciando el pie de su copa—, y es más pija que los modelitos que llevan los imbéciles del equipo nacional de Lacrosse.

—Que por cierto acaban de firmar conmigo —comentó James, dejando que aflorase su actitud de estirado—. Así que la firma Bellingham los vestirá la próxima temporada.

—*Touché*. —Kenny alzó su copa, y James volvió a mirarme, con esos ojos que parecían ver más allá de la piel.

—¿Qué me dices?

Sentí una mezcla de absurdez y pánico. La idea de que alguien quisiera fotografiar mi cara me parecía un chiste de mal gusto. Yo no tenía nada destacable. Bueno, sí. Podía birlar una cartera sin que nadie se diera cuenta, hacer un puente a un coche o partirle los dientes a alguien. También sabía huir como un *traceur* profesional y resistir el hambre durante días.

Tragué saliva.

—Pero yo no sé… posar —dije tímido.

Ni siquiera me reconocía, joder. Yo estaba acostumbrado a la mierda, no a compartir comida con la élite del país y hablar de moda.

—Oh, cielo, no te preocupes por eso. —James le quitó importancia—. Ya te enseñará este —señaló a Gianni— o Sofi.

Fruncí el ceño y miré a Gianni.

—Drakova —me aclaró.

—Oh…

La idea de posar con Sofía Drakova, que era la mejor modelo del mundo, me dejó impactado. Aquello definitivamente tenía que ser un sueño. Quizá estaba en coma en algún hospital y mi cerebro se había inventado todo ese surrealismo para no sufrir. Solo faltaban los putos unicornios vomitando arco iris, joder.

—¿Por qué das por hecho que voy a participar? —protestó el piloto.

—Vas a volver a la Fórmula 1 por la puerta grande.

—Ya te he dicho que me lo estoy pensando.

—Gilipolleces —dijo Kenny, cortando la excusa de raíz.

Estaba flipando. Gianni, que se había retirado de la F1 por una polémica sobre una violación que resultó ser falsa, iba a volver. Y no podía hacerme más ilusión. Ese tío era pura adrenalina, un dios del asfalto, pese a lo angelical y tranquilo que parecía allí sentado. Supuse que tal vez aquella era la versión más íntima de él y me sentí orgulloso de verla.

—¿Va a volver, señor Moretti? —pregunté emocionado.

—Uy… —bromeó Daniel, sabiendo lo que venía.

Tragué saliva al ver que Gianni me miraba fijamente.

—Noah, cielo, no me llames señor, por favor.

—Lo siento… —jadeé, sintiendo que me ardían las orejas.

Hunter, a mi lado, se encendió un cigarro y me ofreció uno en silencio. Me lo encendí con un poco de desesperación. Necesitaba hacer algo con las manos para que los nervios se aplacaran.

—Estoy… meditándolo —confesó Gianni, volviendo al tema.

—Mentira, va a volver —sentenció Hunter.

Gianni me miró con cara de circunstancia, como si me dijera: «Mira lo que tengo que aguantar».

—Lo que pasa es que le acojona volver al ojo del huracán —desveló Kenny, pinchándolo.

—Bien, eso es, vender mis reservas, así sin más —ironizó el piloto—. Daniel, di algo.

Pero el nombrado sonrió con una calma imperturbable.

—¿Y cómo quieres que controle a la jauría si hasta tu novio se les ha unido?

—¡¿Tú también?! —exclamó, lanzándole una servilleta a la cara —. Noah, huye. Todavía estás a tiempo.

Sonreí, relajándome por completo. Mierda, me lo estaba pasando genial con esos tíos. Me caían de puta madre.

—Volviendo al tema en cuestión —intervino James, atrayendo toda la atención con un gesto teatral—. Tú y yo somos uno. —Le puso dramatismo, y Daniel carraspeó a su lado, arqueando una ceja —. En el sentido más laboral del concepto.

Me tragué una risa. A diferencia de los demás, yo no estaba acostumbrado a esa faceta tan involuntariamente cómica del príncipe. Siempre había creído que era un gilipollas.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —quise saber.

Daniel se rio y miró a su compañero con adoración.

—Tu habilidad de persuasión es exasperante.

James le dio un sonoro beso en la mejilla, victorioso.



El atardecer había teñido el cielo de tonos violetas cuando empezaron las despedidas en la entrada de Spencer Manor. Kenny se quedó hablando con James y Daniel, mientras que yo me acercaba a Gianni y Hunter.

—Oye, ojazos, ¿ya has apuntado mi número? —preguntó el piloto.

—Ah, no… Espere, digo, espera. —Me corregí a mí mismo, sacando el móvil a toda prisa.

Mientras escribía el número de Gianni, pensé que no tenía ningún sentido que ahora mi agenda tuviera los números de personalidades tan importantes. Era de locos.

—Llama cuando quieras —me advirtió, guiñándome un ojo.

—A cualquier hora —le secundó Hunter, con esa voz grave que parecía retumbar en el suelo—. Y si lo necesitas, en Inverleigh tenemos habitaciones de sobra.

Gianni miró a su novio asombrado, y volvió a mirarme a mí. Sentí el corazón cálido de golpe. Hunter me parecía el tipo de

hombre por el que habría dado un pulmón para que fuera mi hermano mayor. Esa seguridad silenciosa era todo lo que yo aspiraba a ser.

—Te aseguro que esto es raro en él —bromeó Gianni.

—Cállate —refunfuñó Hunter, dándole un codazo cariñoso.

—Le has caído bien —me dijo.

Vi cómo Hunter suspiraba, resignado a la exposición de sus sentimientos.

—Vosotros a mí también —me sinceré—. De verdad.

—Nos vemos pronto, Noah —dijo Gianni.

Nos dimos unos abrazos rápidos.

—Buen viaje, chicos —les deseé.

Vi cómo se despedían de los demás y se encaminaban hacia el aeródromo privado de la campiña para coger un helicóptero. Me quedé allí parado, observando cómo el aparato se alejaba y el ruido de las hélices se desvanecía en la distancia.

—Nosotros también nos vamos —escuché decir a Kenny.

Me acerqué a ellos, sintiendo que el día había durado una semana entera por la cantidad de emociones vividas.

—Noah, no me rompas el corazón —me rogó James, cogiéndome del brazo y zarandeándome con dramatismo.

—¡Pero si no tienes! —bromeó Kenny.

—Pregúntaselo a este —protestó, señalando a Daniel con indignación fingida.

—Rara vez se lo noto —ironizó su novio con cara de póquer.

James le dio un manotazo en el pecho que, lejos de molestarle, ensanchó la risa de Daniel.

—¡Serás cretino!

Sonreí al verlos. Era imposible no hacerlo.

—Yo… Bueno, lo… lo pensaré —suspiré. James no iba a parar hasta conseguir su propósito, que, en realidad, yo no sabía muy bien cuál era.

El príncipe entrecerró los ojos al mirarme.

—Como se te ocurra volver a decir «Su Alteza» te arranco la yugular de un mordisco.

Tragué saliva. Sabía perfectamente que podría tumbarlo de un solo golpe. Pero de verdad lo vi capaz de hacer lo que había dicho. Tenía una chispa de locura en la mirada.

—Vale —sonreí, aceptando las nuevas reglas—. James.

34

NOAH

Conducía con suavidad, siguiendo la sinuosa carretera que atravesaba aquella preciosa campiña. De vez en cuando, miraba a Kenny. Iba repantigado en su asiento, con los ojos cerrados y una actitud de relajación total que contrastaba con su energía habitual.

Manteníamos un silencio tan cómodo como desconcertante. No estaba acostumbrado a tanta relajación y no me convenía porque, para colmo, estaba conduciendo y una parte de mí seguía acojonado con cagarla pisando los pedales. No quería ser el responsable de la muerte del mejor futbolista del mundo, joder.

De fondo, sonaba la radio a un volumen bajo. Estaban retransmitiendo un partido del Arsenal. Me di cuenta de que Kenny lo había sintonizado antes de salir, creyendo que yo querría escucharlo. Como capitán del Tottenham, aquello debía ser como escuchar clavos arañando una pizarra porque los míos iban ganando y se acercaban peligrosamente al puesto de los suyos en la liga.

Sonreí como un idiota, pero seguí conduciendo, procesando todo lo que había visto y oído en las últimas horas.

—No sabía que Gianni tuviera pareja… —comenté.

Kenny abrió un ojo, perezoso.

—Ni que fuera un hombre, ¿a qué no?

Lo miré un instante. El muy capullo estaba sonriendo con esa petulancia que lo caracterizaba.

—¿Te diviertes con mi aturdimiento?

—Mucho. —Al menos era sincero.

—Cada vez me caes peor.

—Qué mentira más grande.

Ambos nos echamos a reír. Y la verdad era que tenía razón. Me estaba acostumbrando a estar a su lado, y eso era muy peligroso.

—¿Te has divertido? —preguntó.

—Mucho. Son muy… agradables. Sobre todo James.

—Daniel se pondrá celoso.

—¡No de esa forma, imbécil!

James me parecía una preciosidad, eso era innegable. Seguramente medio planeta lo pensaba al ver su cara en las revistas. Pero yo no me refería a eso. De hecho, lo veía como un loco divertidísimo con el que me podía ir de juerga.

—Tú le has encantado —declaró Kenny con seriedad—. Te aseguro que si no estuviera locamente enamorado de Cross, te habría arrastrado a sus regios aposentos.

—Ni de coña.

Noté cómo me ardían las orejas. Y la forma en que Kenny me miraba me ponía los pelos de punta, joder.

—Eres bueno con los puños, pero un ingenuo de cuidado.

—¡Qué te digo que no! —protesté, un poco avergonzado por su insinuación—. Además, soy hetero.

—Eso le pone más —se carcajeó—. Daniel también lo es.

—¿Qué?

La sorpresa fue tal que mi pie se hundió en el acelerador involuntariamente y el coche se revolucionó con un rugido agresivo que nos sacudió contra los asientos.

—Cuidado con el pedal —me advirtió tan ricamente, disfrutando de mi desconcierto.

Corregí la trayectoria al instante, con el corazón en la boca. Mierda, había flipado tanto que casi nos salimos de la carretera.

—¿En serio es hetero?

—Ajá. Superhetero.

La información me dejó atontado. Ciertamente, Daniel desprendía la misma energía Alfa que tenían Kenny o Hunter. Pero no podía creer que un hombre como él hubiera desarrollado sentimientos románticos por otro tío siendo hetero, por más guapo que fuera James. No me cabía en la cabeza.

—Te estás preguntando cómo sucedió.

—Me he criado en la calle, pero sé lo que es la discreción, ¿sabes? —Traté de hacerme el estoico y fingir que me daba igual—. Pero, sí… Me lo estoy preguntando.

Kenny soltó una carcajada. Y yo quise asfixiarlo. Al final sí iba a ser cierto que, al día siguiente, los principales titulares de la prensa hablarían del fallecimiento de Langford.

—Supongo que el amor tiene sendas un poco extrañas. Nunca sabes cuándo te puede sorprender ni de qué manera —confesó reflexivo—. A veces, amas tanto que te da igual el cuerpo que encapsule ese alma. Te aseguro que esos dos se adoran con locura. Y los otros dos con más locura aún.

Tragué saliva. Tenía razón. Había percibido el amor entre ellos constantemente en detalles tontos como una caricia furtiva, una mirada cómplice o esos movimientos sincronizados propios de personas que se conocen tanto que no necesitan ni hablar. Había sido precioso presenciarlo, no estaba acostumbrado a ese tipo de lenguaje.

—¿Hunter también es hetero? —indagué un poco cortado.

—Lo de Hunter es más complejo que eso. Pero si tienes dudas puedes preguntárselo. Te ha dado su número y, aunque no lo parezca, sorprende lo buen conversador que es. —Kenny me miró—. Ahora tienes una agenda telefónica que vale millones.

En eso estábamos de acuerdo.

—Es un buen tío. Me ha invitado a Inverleigh.

—Aquello te encantaría.

—¿Tú has ido?

—Tengo mi propia habitación allí, en su casa, y me encanta fastidiar a su hermana. Me odia tanto como tú. Estoy deseando que llegue mi próximo finde libre para escaparme. Ese lugar tiene magia.

Apreté el volante y me reacomodé en el asiento. Me gustaba hablar así con Kenny, me gustaba descubrir esas capas de su vida que no salían en la prensa. Quizá por eso mi mente se llenó de preguntas que cruzaban una línea demasiado personal.

—Tú… ¿Estás enamorado de Sofía? —pregunté, sintiendo que la curiosidad me quemaba la lengua.

—La quiero con todo mi corazón —suspiró con una sinceridad aplastante—. Es mi compañera. Mi media naranja. Creo que la vida sin ella perdería todo el sentido.

Me quedé callado, preguntándome cómo sería albergar ese tipo de sentimiento. Enamorarse de verdad, tener una compañera. La verdad era que no lo veía posible.

—Nate la adora —confesé, quizá para aliviar la intensidad del momento—. Nunca lo dice, es demasiado vergonzoso para eso. Pero se queda embobado cada vez que la ve en un póster o en algún anuncio. Es la mujer de sus sueños.

Recordé que más de una noche lo había visto en su colchón, oteando una revista vieja a la luz de la llama de un mechero, sonriendo como un bobo. Supuse entonces que esa era la forma de soñar que tenía Nate, el único que aspiraba a tener una historia de amor preciosa y que esperaba entregarse por completo a una chica y no dejarse corromper por cualquier caricia barata.

—Nate es listo —resolvió Kenny.

Me extrañó que no sintiera ni una pizca de celos. Lo que clarificaba que la relación entre él y su prometida estaba blindada contra todo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije bajito.

—Claro.

—¿Por qué me has traído aquí contigo? Se supone que os veis cuando podéis, era vuestro momento. Yo no pintaba nada allí.

Se recolocó en su asiento.

—Quería igualar la balanza —murmuró, mirando por la ventana —. Yo he conocido a tu «familia», tú tenías que conocer a la mía.

Tragué saliva.

—¿Por qué querrías igualarnos?

—Porque quiero que confíes en mí. Quiero que escojas tenerme a tu lado.

El hecho de que lo dijera sin mirarme a la cara, mostrando esa vulnerabilidad velada, me estremeció entero.

—¿Vas a dejar de noquearme en algún momento? —pregunté.

Me había desarmado por completo, joder. Otra vez. Y no parecía cansarse.

Escuché su sonrisilla en la penumbra.

—No lo creo.

Y justo entonces en la radio empezó a sonar *Strong Enough* de Tender, y el silencio volvió a instalarse entre los dos, pero esta vez de una forma extrañamente íntima.

35

KENNY

«Quería igualar la balanza... Quiero que escojas tenerme a tu lado».

Cerré los ojos. Maldita sea, me arrepentía de haber abierto la boca. Había mostrado vulnerabilidad y eso era lo último que me podía permitir. No había querido mirar a Noah cuando lo mencioné porque tenía un miedo incomprensible a ver la duda en sus ojos.

Lo habría entendido. Joder, claro que sí. Pero me habría herido. Eso también lo sabía.

Apreté los dientes. Había pagado su deuda y lo había arrancado de su vida. En el fondo, sabía que eso creaba un desequilibrio de poder brutal entre nosotros. Noah podría sentirse obligado a estar conmigo por gratitud o por compromiso. De hecho, imaginaba que era exactamente así. De lo contrario, no estaría todo el tiempo tratando de darme algo a cambio.

Me sentía culpable y muy sucio por estar mintiéndole a la cara. Y ahora empezaba a temer que, cuando llegara el momento de decirle que mi padre era en realidad el suyo, se alejara de mí para siempre. No lo soportaría. No sabía por qué, pero esa maldita idea me aterraba.

Siendo asquerosamente sincero conmigo mismo, sentía una magnética atracción por él, y crecía a cada instante que pasaba a su lado. Desconocía de qué tipo era, pero a veces lo miraba con una intimidad que no tenía sentido. Intentaba mantener el control de una situación que se me iba de las manos y ni siquiera la entendía.

Me recoloqué en mi asiento en cuanto vislumbré los muros de mi propiedad.

—Creía que te habías dormido —dijo Noah, rompiendo el hielo.

—Solo meditaba.

—Meditas muy profundo —trató de bromear, y yo sonreí orgulloso de ver esa parte de él.

Redujo la velocidad conforme se acercaba. De reojo pude ver el asombro en sus ojos. Y es que mi hogar era una declaración de intenciones. Situada en la parte más elevada de Hamsptead, aquella mansión era una joya victoriana que había mandado restaurar con respeto.

No era un museo frío y aristocrático como aquellos en los que me había criado, sino un hogar con mayúsculas. Mantenía la elegancia clásica de los techos altos y las molduras, pero le había metido mi impronta personal. Así que ahora era la fusión perfecta entre la aristocracia de la que venía y el icono pop en el que me había convertido.

—¿Vives aquí? —preguntó Noah, alucinado.

Analicé su bonito rostro mientras él observaba mi casa, empapándose de cada detalle.

—Preciosa, ¿eh? —sonreí—. Se la compré a un duque, ¿o era un marqués? No me acuerdo.

—Pensaba que te iba más el rollo moderno.

—Bueno, algunas partes están rehabilitadas. Cruza ese arco de allí.

Noah giró el volante y tomó el desvío hacia el lugar que le indiqué para acceder a un garaje enorme, climatizado y con iluminación de exposición, donde guardaba mi colección privada.

Ambos nos bajamos del coche. Me quedé quieto un instante, observando la fascinación con la que Noah inspeccionaba el lugar. Estaba tan lindo tragando saliva y rascándose la nuca.

Sus ojos se clavaron en las motos. Lo vi acercarse a una de ellas, la Ducati Panigale V4 negra mate, una bestia de la ingeniería.

Hizo el amago de tocar el carenado, pero se contuvo en el último instante como si temiera profanarla.

—¿Te van las motos? —indagué, acercándome despacio con las manos en los bolsillos.

—Es una puta pasada —respondió, embelesado.

Traté de retener esa imagen en mi memoria como si fuera un tesoro. Era la primera vez que veía a Noah siendo un muchacho de diecinueve años de verdad, con ilusiones sencillas, y no ese chico roto obligado a sobrevivir.

—¿Quieres probarla? —dije bajito, casi al oído.

Noah se giró de golpe con los ojos como platos.

—¿Qué? ¡No, ni de coña! —exclamó nervioso, retrocediendo un paso—. Seguro que cuesta un riñón.

Me hizo gracia su pánico, y me acerqué al panel de las llaves más que dispuesto a coger la de la Ducati.

—Quizá un poco más —confesé travieso. Y sin darle tiempo a reaccionar, se las lancé—. Toma.

Noah las atrapó por puro instinto. Miró el objeto en su mano y luego me miró a mí.

—Kenny… —suspiró a medio camino entre la súplica y la advertencia.

Me acerqué a él más de lo estrictamente necesario. Sí, invadí su espacio personal con toda la intención del mundo y me incliné hacia delante sin saber muy bien qué demonios me proponía.

—Noah… —repliqué, desafiándolo con travesura.

Estábamos muy cerca. El eco de nuestros nombres todavía flotaba en el corto espacio que nos separaba. Y me dejé atrapar por aquellos ojos tan azules como un mar paradisíaco. Vi cómo sus pupilas se dilataban hasta engullir el iris. Y entonces noté cómo mi pulso se aceleraba. No lo entendí, no sabía qué coño me estaba pasando ni por qué de pronto sentía la dolorosa tentación de apartar ese mechón de flequillo negro que caía sobre su frente.

Era un impulso incomprensible, como una fuerza gravitatoria que no hacía más que arrastrarme hacia él.

«Joder, estoy tan cerca que podría...», pensé, y el final de esa frase me aterrorizó. Porque no quería creer que existía esa posibilidad.

Carraspeé y me obligué a retroceder, recuperando la compostura. Empecé a caminar hacia la puerta. Necesitaba alejarme de él si no quería cometer la mayor estupidez de mi vida.

—Ponte casco. Y vuelve —ordené. Pero antes de cruzar el umbral, me giré para mirarlo. Noah seguía inmóvil y un poco sofocado—. O me enfadaré y no quieres ver a un dios enfadado, ¿a que no?

Le sonreí, o al menos lo intenté. Y crucé la puerta. Fue entonces cuando tragué saliva y me pregunté qué coño me acababa de pasar.

36

NOAH

Aceleré la Ducati hasta que el mundo se convirtió en un borrón de luces y ruido. Conducía tumbándome en las curvas, buscando el límite de adherencia de los neumáticos. Solo quería dejar de pensar.

No entendía qué coño había pasado, pero había percibido algo en su mirada, una intensidad oscura y hambrienta que casi me tumba.

Para mi desgracia, yo también lo sentí. Todas las dudas que ese hombre me despertaba se habían callado de golpe y surgió esa parte visceral y salvaje más propia del instinto primitivo que de una persona cuerda. Joder, lo había mirado con el pulso disparado y el corazón estrellándose contra mis costillas. Imaginando que se acercaba un poco más y robaba algo de mí sin que yo pusiera resistencia.

Lejos había quedado el miedo a las sombras, el terror al hambre y el frío o las palizas. Su presencia a un solo palmo de mi cara fue lo más peligroso que había experimentado jamás. Porque, de alguna manera, no me importaba ser arrastrado por esa tormenta que era Kenny Langford. Y eso no tenía un maldito sentido.

No lo tenía, joder.

Me centré en la velocidad, disfrutando del modo en que el viento me golpeaba. Sus ojos habían sido el problema. Esos malditos ojos que me atrapaban con una facilidad pasmosa. Era insoportable.

Y me fascinaba. Y eso me jodía la mente casi tanto como su petición.

«Vuelve», me había dicho.

Vuelve, vuelve, vuelve.

No se había preocupado por la moto, si se la robaba o me mataba con ella. Solo quería que yo volviera. Y yo solo quería encontrar una explicación a por qué quería volver.

Sin saber cómo, terminé en las decadentes calles de Andover. Y me vi a mí mismo bajándome de la moto y acercándome a aquella maldita verja del parque. Me arrodillé, encendí un cigarrillo y lo dejé sobre el asfalto.

—Tú serías capaz de entender todo lo que está pasando, Mark… —susurré observando cómo el humo ascendía formando pequeñas espirales—. Siempre fuiste el más astuto de los dos, amigo mío. Y te echo de menos. Ahora más que nunca.

Agaché la cabeza y suspiré. Habría vendido un puto riñón por volver a ver a Mark un solo instante.

Sintiéndome un poco derrotado, me puse en pie. Estaba más que listo para largarme de allí. Pero una estúpida fuerza me empujó a visitar el lugar donde vivíamos.

Cruzar la puerta del taller fue una tortura tan consciente como perturbadora. Ya no tenía nada que hacer allí. Sin embargo, lo miré todo como si de pronto alguien me hubiera despertado de aquella maldita fantasía que era el mundo de Kenny Langford.

El interior seguía exactamente igual que la última vez, congelado en su propia podredumbre. Me sentí un jodido extraño. Un turista visitando las ruinas de su propia miseria.

De pronto, un ruido sordo rompió el silencio.

—¿Noah? —susurró Sally desde la penumbra.

Cerré los ojos y apreté los dientes.

«No debería haber venido», me dije. No quería ver a esa mujer.

Me resigné a mirarla. Ella me escrutó de arriba abajo con avidez. Reconoció la ropa nueva, el corte de pelo, el brillo en mi piel.

Y detecté un destello rabioso en sus ojos, una mezcla de posesión y envidia, antes de lanzarse a abrazarme.

Respondí al contacto sin ganas, lamentando que ella fuera una mujer tan destructiva. Ojalá Sally hubiera sido la chica con la que yo soñaba, la que pensaba que era cuando me miraba con esa preciosa sonrisa.

—Estás bien —me dijo al oído—. Creí que… creí que… —Se alejó un poco para mirarme—. ¿Dónde has estado?

Me sorprendió ver lo cerca que estaba de ponerse a llorar por mí. Ella, que la misma noche que murió Mark se fue con uno de sus asesinos en un coche. Recuerdo que no esperó ni a qué el bastardo acelerase, se lanzó a su bragueta y empezó a chupársela.

Por entonces creía que la habían drogado. No podía ser que alguien tan dulce fuera tan perverso. Pero días después, al verla riéndose con la pandilla de Billy mientras se dejaba meter mano, supe que era una maldita zorra sin escrúpulos y que yo me había quedado atrapado en sus artimañas. Porque si Sally no hubiera sido una vulgar ramera, Mark no habría pensado que la estaban violando, no habría muerto y yo no me habría arrancado la piel a tiras tratando de buscar venganza en los hombres para los que ella trabajaba.

—Nos hemos trasladado al distrito de Tottenham —le conté.

—¿Con los gallos? Qué valor —bromeó mientras me acariciaba la mejilla—. Tienes buen aspecto. ¿Qué estás haciendo? ¿Has aceptado la propuesta de algún viejo Lord?

Me enrabietó que diera por hecho que la única forma de mejorar mi vida era poniendo el culo como tantas veces me habían propuesto. Pero, de algún modo, por retorcido que fuera, tenía parte de razón. O al menos lo sentía así. Porque Kenny no pedía, pero yo no dejaba de esperarlo.

—Deja de decir tonterías, Sally —rezongué, intentando apartarme.

Pero ella me retuvo y me acarició con una nueva insistencia.

—Te he echado de menos —jadeó contra mi boca.

No respondí al beso, me quedé estático, permitiéndole hacer conmigo lo que quisiera. Como siempre. Sí, era el maldito desgraciado que la odiaba, pero lamentaba alejarme de ella. Supuse que era una forma enfermiza de recordarme a mí mismo que todo seguía igual, que yo seguía siendo una basura que nunca cambiaría por más ropa nueva que llevara encima.

El beso se volvió sucio. Sally deslizó la mano hacia abajo y estrujó mi polla. Parecía estar reclamando su territorio. Al fin y al cabo, era la única que la había probado.

No creí que consiguiera despertarme. En ese momento, lo único en lo que podía pensar era en… volver.

«Vuelve». La voz de Kenny me produjo un escalofrío.

—Fóllame, Noah —jadeó Sally.

Algo se rompió dentro de mí. La empotré contra la pared y empezamos a besarnos con violencia y desesperación.

Ella, lejos de quejarse, sacó un condón arrugado de su escote, me dio la espalda y se levantó la falda de un tirón, ofreciéndose sin preámbulos. Y yo como un necio, me bajé la bragueta, me enfundé el látex aprisa y la tomé por detrás.

Entré de golpe, hasta el fondo, sin delicadeza ni preparación. Ella soltó un gemido ronco, pero yo no sentí nada más que la fricción y su humedad apretándome. Empecé a embestirla con ritmo, golpeando mis caderas contra su culo, buscando un placer puramente mecánico y torturador.

Pero mi mente no estaba allí, maldita sea.

Mientras me follaba a Sally, viajé de nuevo a Hampstead. Regresé a los ojos de ese maldito hombre y reproduje el momento exacto en que dijo mi nombre y me miró como si yo fuera la joya más preciada de la Corona.

No podía comparar ese momento animal con la intensidad eléctrica de aquella mirada. Y me jodió preguntarme por qué cojones esa estupidez me había emocionado hasta el punto de erizarme la piel. Y seguía haciéndolo, incluso ahora que no dejaba de penetrar a Sally.

De pronto, follar con ella me pareció un intento patético de borrar a Kenny de mi cabeza. Pero no funcionó porque a veces lo imaginé a él. Y me corrí con un gruñido sordo.

Apoyé la frente en la nuca de Sally, asfixiado. Sentía cómo su vagina todavía me apretaba, exprimiéndome hasta la última gota con espasmos involuntarios. Me resultó doloroso, pero no la saqué. Me quedé allí enterrado, castigándome con la idea de haber pensado en Kenny mientras me follaba a una mujer.

—Ven conmigo, Sally —jadeé.

—¿Adónde? —quiso saber ella, sin moverse.

—Hemos encontrado un lugar seguro. Podrías… —Apreté los dientes—. Podrías empezar de cero allí. Son buena gente.

Soltó una risita por lo bajo y rompió el contacto.

—Ojalá fuera tan sencillo, cariño —se mofó mientras se bajaba la falda.

Tardé un poco más en reaccionar. Me quité el condón con asco, lo anudé y lo lancé a un rincón lleno de mugre antes de subirme la bragueta y abrocharme el cinturón.

Entonces, la miré. Sally ya lo estaba haciendo de antes, con esa mueca irónica que le torcía los labios. Entendí de golpe que ella formaba parte del tejido del barrio. Le gustaba esa vida, o al menos, era la única que entendía y controlaba. Ser una «puta» era su forma de poder en aquel agujero. No quería ser salvada.

—¿No lo es? —pregunté.

—Quizá si me quisieras…

Ahí estaba otra vez ese intento suyo por someterme. Quería perderla de vista para siempre, salir corriendo y no volver jamás, pero era Sally quien tenía el último pedazo de Mark en la tierra. Sentía que le debía a un fantasma cuidar de ella, y esa lealtad rancia era mi mayor condena.

Me acerqué, le saqué el móvil del escote sin pedir permiso y grabé mi número en la agenda con dedos rápidos.

—Puedes llamarme si… lo necesitas. Me voy.

Salí de allí sin mirar atrás, sintiéndome más sucio y asqueado que nunca.

37

KENNY

Era más de medianoche cuando me refugié en el jardín de invierno, un conservatorio de estructura victoriana y paredes de cristal plagado de plantas exóticas desde donde se podían ver las estrellas sin que el clima influyera.

Me había tumbado en una de las hamacas de lino. Las suaves luces del jardín exterior iluminaban las hojas de los helechos desde fuera, proyectando sombras largas y danzantes en el interior. Pero por más hermoso que fuera aquel pequeño rincón del mundo, no estaba relajado. Ni de lejos.

Noah llevaba demasiado tiempo fuera. Y, aunque intentaba mantener la calma, temía que se hubiera hecho daño con la moto. Peor aún, que hubiera huido de mí.

Me sentía estúpido por no haber podido dejar de pensar en sus ojos ni un solo segundo desde que se marchó. Y un idiota integral por actuar como un padre controlador, joder.

Confiaba en Noah. Mi instinto me decía que volvería. En lo que no confiaba tanto era en mí mismo y en aquella mezcolanza de emociones que se contradecían entre sí. No tenía sentido que mi corazón estuviera a la espera de verlo aparecer.

De pronto, el silencio de la noche fue interrumpido por el rumor inconfundible de un motor.

Solté el aire que no sabía que estaba conteniendo y noté cómo mis hombros se relajaban de golpe. Suponía que, tras el paseo, iría

directo a la residencia. Sin embargo, Noah había preferido volver a mi casa, y eso me satisfizo.

Cerré los ojos. Steve, mi mayordomo, le abriría y lo guiaría hacia su habitación designada. Ese pensamiento me relajó por completo, porque significaba que ahora Noah estaba bajo mi techo, lejos de cualquier peligro que el mundo quisiera lanzarle.

Pero entonces la puerta se abrió con un chirrido suave y Noah apareció en el umbral. Me giré para mirarlo. Venía con el pelo desordenado y las mejillas rojas. No había ni rastro de la emoción con la que nos despedimos. Casi parecía el mismo chico que me miró en el garaje donde solía dormir. Al parecer, la velocidad no había sido suficiente para escapar de lo que fuera que lo perseguía.

—Creí que dormías —susurró, acercándose tímido.

—Insomnio, ¿recuerdas?

—¿Puedo?

Señaló la hamaca que había a mi lado, y asentí en silencio, atento a cómo se tumbaba. Al principio, compartimos un silencio extraño mirando las estrellas a través de la cúpula de cristal. Era muy consciente de su cercanía, del calor que emanaba su cuerpo tras el viaje y de su respiración un poco entrecortada.

Intuía que había pasado algo, pero no quise presionar. Me sentía extrañamente agradecido de que hubiera escogido pasar un rato conmigo, aunque fuera en silencio. Era la primera vez que me buscaba más allá de los mensajes de texto.

—Se llama Sally… —suspiró de pronto, y yo lo miré.

En cierto modo, tenía sentido que estuviera así por una chica.

—¿Tu novia?

—No. Eso no va a pasar.

Percibí rabia en su tono.

—¿Estás enamorado de ella? —indagué.

—Hubo un tiempo en que lo creí. Pero esa fantasía se evaporó en cuanto me tocó —se sinceró apesadumbrado, sin apartar la vista de las estrellas, como si confesara sus pecados al cielo—. Se llevó mi

primera vez e hizo que el sexo me pareciera… repugnante… Y aun así siempre dejo que me encuentre. Siempre acaba… sometiéndome. Y no lo impido porque en el fondo me gusta que sea tan sucio.

Más allá de la suciedad que se escondía tras sus palabras, me entusiasmó que me contara algo tan íntimo y doloroso.

—Entiendo…

—No lo creo —se burló con una risa triste.

Al fin me miró. Maldita sea, tenía una mirada tan abatida.

Me di la vuelta en la hamaca y clavé el codo en el cojín antes de apoyar la barbilla en mi mano.

—A ver… ilumíname.

Noah tragó saliva.

—Sofía es un diamante perfecto —dijo bajito, y yo fruncí el ceño.

—Lo es. Es la reina de mi castillo.

—A mí jamás se me ocurriría describir a Sally de ese modo —sentenció con amargura—. No solo porque no tengo castillo, sino porque ella no es una reina.

Fue tan honesto que incluso tuve un escalofrío. La realidad de su intimidad era tan diferente a la mía. Yo jamás había puesto en duda mi amor por Sofía. Mis palabras eran hechos constatados, pura transparencia, y no jugaba con ellas a crear escenarios tan complejos.

En cambio, la visión de Noah era nefasta y demasiado destructiva. Evidenciaba una relación enfermiza.

Me tomé un instante para mirarlo en profundidad. La forma en que nos observábamos estaba cambiando poco a poco. Percibía que había mutado hacia algo que no sabía nombrar. Cada vez era más íntima. Como si nos hubiéramos dado un permiso tácito para hurgar sin límites en nuestras mentes.

—¿Y tú, qué eres entonces en ese cuento? —murmuré.

—El esclavo que no puede soltar ese vínculo retorcido porque cree estar en deuda. Nunca la he amado, pero la he querido durante años. Y me he alimentado de las migajas que me daba. Quizá porque a veces hacía demasiado frío.

El maldito frío. Detesté que describiera esas cosas con tanta resignación. Eran verdades horribles que él no merecía, que nadie debía vivir.

—¿Merecía la pena?

—No. Pero ¿a qué más puedo aspirar, Kenny?

Supe que Noah no hacía esa pregunta esperando respuesta. Pero para mis adentros pensé que podría haberse ahorrado toda esa visión de la vida si mi padre hubiera sido un hombre de verdad.

—Era la novia de Mark… —desveló, devolviendo la vista al cielo infinito. Observé cómo empezaba a estrujarse los dedos con disimulo, castigándose la piel—. Él murió protegiéndola. Creía que la estaban violando y lo cosieron a puñaladas. Por entonces yo creía lo mismo que él. Esta noche he ido a visitarlo. Bueno, he visitado el lugar donde lo mataron…

Todavía me impactaba la violencia que había marcado su vida. Pero traté de mantenerme firme. Debía ser el pilar que él no sabía que necesitaba.

—Liam también lo mencionó.

—Porque siempre fuimos los tres. Siempre estuvimos juntos. Y una mujer nos lo arrebató —confesó con la voz un poco rota—. Tendrías que haberlo conocido, era… increíble. Me enervaba esa sonrisa. Sonreía continuamente… Y ahora se me está olvidando, al igual que el rostro de mi madre…

Cada vez se estrujaba los dedos con más fuerza. Se iba a hacer daño si seguía así.

—Hay algo que nunca podrás olvidar, Noah —dije con suavidad, estirando el brazo y cogiendo una de sus manos para impedir que siguiera hiriéndose.

Tiré de ella con suavidad y la dejé sobre su pecho, justo encima de su corazón, para que sintiera que allí había algo real.

—¿El qué?

—Su alma.

Me miró de nuevo. Y poco a poco volví a ver al chico que había compartido conmigo el viaje a Spencer Manor, pese a que ahora tenía los ojos un poco empañados.

—Cuando mi abuelo murió… —Me detuve a tragar saliva. Habían pasado casi diez años y todavía me costaba hablar de él—. Era mi única familia en aquella casa de mierda. Y desde que se fue, por más que miro sus fotos, solo puedo sentirlo cuando cierro los ojos. Ahí es cuando lo veo de verdad.

Noah cerró los ojos. Esperó un instante. Y luego otro. Y yo solo podía observar cómo su respiración se hacía más profunda.

—Tienes razón… —sonrió con tristeza todavía con los párpados cerrados—. Puedo ver a Mark… Y a ella…

Fruncí los labios. Maldita sea, la culpa empezó a hervir bajo mi piel. Hasta el momento siempre había irrumpido con furia, pero esta vez arrastró consigo una tristeza demoledora. Me dolía pensar que mi abuelo se fue antes de conocer a su verdadero nieto.

Noah abrió los ojos y los clavó en los míos. Lo hizo de una forma tan infantil y tierna que me cortó el aliento.

—¿Quieres que vayamos a buscar a Sally? Juntos —ofrecí, dispuesto a bajar al infierno si él me lo pedía.

—No… —Negó con la cabeza—. Ella… está cómoda en ese mundo. Es como esa manzana podrida… No la podríamos rescatar ni aunque se lo rogara.

No dijimos más. No hacía falta. Nos quedamos allí tumbados en las hamacas, bajo la cúpula de cristal, mirando el cielo en silencio mientras la noche nos envolvía a los dos.

38

NOAH

Me vino genial pasarme la mañana moviendo cajas y organizando el material escolar junto a Melani y los chicos. De ese modo pude acallar mi mente un rato y centrarme en mi labor, aunque con Connor a mi lado haciendo el payaso fue bastante complicado. Sobre todo porque a Nate se le ocurrió compararlo con un pavo real tratando de cortejar a su pretendienta. Y es que nuestro amigo vivía enamorado de las caderas de Mel y su carácter esquivo. A la pobre se le estaban acabando los recursos para mandarlo a la mierda y ya hasta se reía de las peculiares formas que Connor tenía de hacer el ridículo.

No les conté a ninguno mi encuentro con Sally. Ni siquiera a Liam, que me miraba de reojo consciente de que le escondía algo. Y no me atrevía a decirlo porque me avergonzaba. Ese sentimiento me había acompañado incluso cuando desperté y miré a Kenny.

Habíamos pasado la noche en el conservatorio, en una maldita hamaca. Eso debería haberme dejado el cuerpo hecho una mierda. Sin embargo, no recordaba haber dormido tan bien en mi vida.

Después compartimos un desayuno en la terraza de la cocina. Kenny charló como si yo no le hubiera contado ninguna gilipollez por la noche. Parecía haberlo olvidado todo y seguía siendo el mismo de siempre.

Lo llevé al entrenamiento. Jugamos a las canciones de nuevo —él eligió *Erode* de Tender y yo la versión acústica de *Vertigo* de

Jutes, la cual lamenté después—. Se despidió de mí con una sonrisa y yo me quedé como un idiota apoyado en el volante observando cómo se alejaba. Y me pregunté si alguna vez dejaría de sentirme tan inseguro y perdido a su lado.

Terminé de amontonar las libretas y miré a mi alrededor. Aquella sala parecía un aula. Había material escolar por todas partes, libros de texto, estuches, mochilas. Todo un edén estudiantil. Se respiraba una agitación casi conmovedora. Era mágico ver a mis Furin emocionados con la idea de ir a clase.

A eso del mediodía subí a la azotea tras el almuerzo. Necesitaba un poco de soledad. No estaba acostumbrado a tanto ajetreo.

Me encendí un cigarrillo y me apoyé en la barandilla, mirando el horizonte de Londres. Estaba tan lejos de Andover. Sin embargo, no podía sacarme a Sally de la cabeza.

De pronto, la puerta metálica chirrió a mis espaldas, sacándome de mis pensamientos. No me hizo falta moverme para saber quién era. Liam jamás dejaría que yo me consumiera en mis propios pensamientos.

Se apoyó a mi lado.

—Tú y tu debilidad por las azoteas —comentó risueño.

—Esta es preciosa.

Y no mentía. Aquel lugar no tenía nada que ver con los peligrosos tejados de grava a los que estábamos acostumbrados. Habían instalado césped artificial de alta calidad, bancos de madera acolchados y unas jardineras que protegían del viento, convirtiéndolo en un espacio de descanso.

—Completamente de acuerdo —concedió, aunque su mirada me escaneaba con una precisión quirúrgica—. ¿A qué has subido aquí, ah? ¿Qué barruntas?

Liam era el único ser humano al que no podía mentirle, sencillamente porque se daría cuenta antes de que yo terminara la frase. Y aunque me había duchado a conciencia esa mañana, sentía que el hedor de haber vuelto a Andover seguía impregnado en mí.

—Me he acostado con Sally. Otra vez… —murmuré cabizbajo.

Liam se tensó a mi lado. Vi cómo sus nudillos se ponían blancos al apretar la barandilla. Sabía que lo había decepcionado profundamente.

—¿Cuándo? —masculló.

—Anoche.

—Regresaste… —jadeó como si no pudiera creer que fuera tan estúpido.

—Solo quería… —Me froté la cara con frustración—. Ah, no sé ni por qué lo hice. Simplemente apareció y sucedió.

Me merecía una bronca. Ambos sabíamos lo venenosa que era Sally y el daño que podía hacernos, especialmente en esa etapa tan delicada de nuestras vidas.

Pero Liam no gritó. Solo me miró con una firmeza aterradora. Parecía querer sacudirme.

—Lo siento… —jadeé, y acabé sentándome en el suelo.

—Ni se te ocurra pensar que son celos, Noah —gruñó, mirándome desde arriba—. Que te quiera no significa que te desee en mi cama.

—No me disculpaba por eso.

Lo cierto era que mi mente estaba funcionando de una forma muy rara últimamente y la culpa era de Kenny Langford.

—Entonces, ¿por qué? —protestó, agachándose para estar a mi altura—. ¿Por qué volver cuando todo empieza a cambiar y hacerte daño de forma premeditada, ah? No te tenía por estúpido.

Tragué saliva. Me sentía como una mierda.

—Supongo que necesitaba ver que ya no soy el mismo… —confesé, asombrándome a mí mismo—. Y eso me cuesta aceptarlo. Porque me miro al espejo y me veo a mí, pero no me reconozco.

Me sentía perdido. Me gustaba mi nueva vida, pero todavía no lograba confiar. Ese era mi mayor castigo.

—¿Y qué tiene de malo, si era esto con lo que soñabas? ¿Si ahora hasta tienes color en las mejillas y han desaparecido tus malditas ojeras? Te odio.

Liam estaba enfadado de verdad. No por lo que yo había hecho, sino por lo poco que me valoraba a mí mismo.

—Lo siento…

Ambos compartimos un rato de silencio tenso. Miré de reojo a mi amigo, que mantenía la vista clavada al frente y negaba con la cabeza, como si discutiera consigo mismo.

Finalmente, suspiró.

—Enamórate de quien quieras, Noah. De un tío o una tía, de una farola o un puto cactus. Pero no regreses con ella… No dejes que vuelva a tocarte. —Sus ojos brillaban con una intensidad feroz —. Esa mujer es una enfermedad.

Asentí, incapaz de refutarlo. Y vi cómo se marchaba para dejarme a solas con mis demonios.

Cerré los ojos y respiré hondo. Al menos ahora sabía que no tenía ninguna razón por la que dudar de mi nueva vida. Tenía a Liam. Tenía a Kenny. Podía hacerlo.

Pero de pronto me vibró el teléfono en el bolsillo. Fruncí el ceño.

«Te necesito. Estoy en apuros, Noah. Ven, por favor. Esta noche, en los Arcos. Tengo miedo».

Era Sally.

El estómago se me cerró de golpe. Mi instinto callejero, ese que me había mantenido vivo hasta ahora, me gritó que aquello olía mal. Era demasiado oportuno, justo después de mi visita. Sabía que Sally era manipuladora, que conocía mis botones mejor que nadie.

Pero entonces pensé en Mark.

La imagen de mi amigo desangrándose me asaltó la mente. Mark murió porque creyó que ella estaba en peligro. Mark murió porque no llegamos a tiempo para sacarlo de allí.

La culpa me nubló el juicio en cuestión de segundos. ¿Y si esta vez era verdad que Sally estaba en problemas? ¿Y si esta vez la

mataban por no acudir a ella?

Iba a traicionarme a mí mismo de nuevo. Pero antes tenía que cumplir con mis obligaciones como asistente de un jugador de fútbol.

39

KENNY

Algo iba mal. Noah apenas había abierto la boca desde que me recogió del entrenamiento y mantuvo un silencio sepulcral durante la cena. Apenas probó bocado. De hecho, fingió retirarse pronto a dormir alegando que estaba cansado. Supe que fingía, pero lo dejé estar porque quizá necesitaba un rato a solas.

Pasada la medianoche confirmé mis sospechas. Noah cogió la Ducati y huyó hacia la oscuridad de Londres. Cualquiera habría pensado que necesitaba salir a despejarse. Total, aquello no era una maldita prisión. Pero tenía una corazonada demasiado molesta y no estaba dispuesto a arrepentirme después.

—¿En qué lío vas a meterme ahora? —dijo Daniel nada más descolgar.

—¿Qué tal se te da rastrear un teléfono móvil? —pregunté, apostando por sonar casual para silenciar la preocupación que sentía crecer en mi estómago.

Normalmente, mi instinto no fallaba. No lo hizo en el peor momento de Gianni, cuando todos trataban de hundirlo y a punto estuvieron de lograrlo. Y confiaba en que no fallaba ahora.

—Supongo que es una de tus preguntas retóricas, ¿verdad, Langford?

—Qué malo es conocerse, Cross.

Lo bueno de Daniel era que siempre se daba cuenta de todo. Defecto profesional, supongo.

—Dame un momento.

—¿Ni siquiera vas a preguntar sobre la línea que tienes que rastrear? —bromeé, intentando aligerar la tensión que me atenazaba.

—No me tomes por gilipollas.

Me quedé callado. Él sabía perfectamente de quién era ese número de teléfono. Mi fijación por ese crío empezaba a ser preocupante. Hasta Daniel lo había notado.

—Mierda —suspiró de pronto.

Cerré los ojos, preparándome para el golpe.

—Está en Andover, ¿verdad?

—Peor.

NOAH

Me había refugiado donde siempre, detrás de las columnas de hormigón, y empecé a vendarme las muñecas. Me temblaban los dedos. No era solo por miedo al dolor. La rabia también quería su parte de protagonismo.

El rugido de los espectadores era tan ensordecedor y bestial como lo recordaba, una marea de gritos sedientos de sangre.

Sally estaba allí, a un par de metros, cruzada de brazos. No dejaba de mirarme. Ella ya sabía que yo había descubierto su mentira, pero confiaba demasiado en mi estupidez.

Sí, me había engañado. Me sentía un gilipollas integral porque había caído en su trampa pese a intuirlo.

Cuando llegué a los Arcos, la encontré con un moratón reciente en la mejilla. Me contó entre sollozos histéricos que se había gastado todo el dinero que había ganado los últimos días en cocaína y que Billy la había amenazado de muerte si no pagaba.

Lo cierto fue que no comprendí muy bien cuál era el problema ni la novedad. Sally hacía eso muy a menudo.

Le ofrecí de nuevo que viniera conmigo a la residencia, que allí encontraríamos la forma de resolver la situación con Hassan y Billy. Pero cuando ella se negó, supe que estaba jodido. Porque, una vez allí, ya no podía negarme a luchar. De lo contrario, aquella gentuza la matarían y probablemente a mí también por negarme a hacer lo de siempre. Y es que Sally había prometido que yo pagaría la deuda si ganaba en la jaula.

Esa hija de puta me había arrastrado al infierno de nuevo.

—Noah…

—Ni se te ocurra hablar —gruñí tirando de la venda hasta cortarme la circulación—. Me distraes.

Me revolvió el estómago verla sonreír cuando sabía perfectamente qué me esperaba en la jaula.

—Gracias por venir. De verdad. Solo tienes que ganar dos asaltos. Solo dos.

—Cállate.

La odiaba. La odiaba muchísimo.

Y cerré los ojos.

Pensé en lo bonito que habría sido estar con Kenny en su jardín de invierno o conduciendo por la ciudad. Quizá comiendo en aquella pequeña taberna del Soho. De hecho, me pregunté si me hablaría después de la decepción.

Pensé en lo cómodo que era estar a su lado, en lo rápido que pasaban las horas cuando charlábamos de todo y nada, en su estúpido juego de canciones, en su sonrisa o esos silencios suyos que parecían decirme «está bien, no tienes por qué hablar, me basta con que me quieras a tu lado».

Quería ser un «buen chico». Estudiar, engordar un poco, ayudar a los míos y a los suyos. Progresar. Sentía que esa era una forma digna de agradecerle todo lo bueno que había hecho por mí, y estaba a punto de traicionarlo.

—¡El Cisne Negro ha vuelto! —rugió el presentador a través del micrófono.

El público rugió como una bestia y a mí se me cayó el corazón a los pies. No quería luchar. No quería estar allí. Miré la jaula y sentí náuseas.

Entonces, abrí los ojos y el estupor me cortó el aliento.

Kenny.

Me observaba con una profunda decepción y una rabia fría que daba más miedo que cualquier grito.

Se tomó un instante para escanear el panorama. Vio mis muñecas vendadas, a Sally agazapada detrás de mí y entendió la jugada al instante. Era demasiado listo para que se le escapara algo. Incluso callado y serio, Kenny desprendía un poder que no tenía nada que ver con el dinero. Era autoridad pura.

—Kenny…

—¿Qué coño te propones, ah? —dijo avanzando hacia mí con lentitud.

Tragué saliva. Era incapaz de articular palabra, solo podía mirarlo.

—Habla —graznó.

Sally dio un paso adelante.

—Noah, tienes que subir —terció tan cínica como siempre, ignorando que el verdadero peligro era el hombre que yo tenía delante.

—No va a ir a ninguna parte —respondió Kenny sin dejar de mirarme.

—Pero…

Fue entonces cuando giró la cabeza y la fulminó con la mirada.

—Cállate.

Esa orden tan cargada de resentimiento me estremeció. Lo vi capaz de cualquier cosa en ese momento y supe, sin lugar a dudas, que ganaría.

Kenny me miró de nuevo y torció el gesto con disgusto.

—¿No respondes?

—No lo entenderías —jadeé. Ni siquiera yo mismo lo hacía.

—Quizá el que no entiende eres tú. ¿Quieres meterte ahí dentro? Adelante. Pero ni se te ocurra poner un pie en la residencia.

Temblé y fruncí el ceño.

—¿Me estás amenazando?

—En absoluto —espetó con frialdad—. Yo no amenazo, Noah. Yo ejecuto. ¿Quieres ver cómo tumbo este lugar de un plumazo? No me importaría arrastrarte a ti en el puto proceso.

—No necesitas recordarme cuánto poder tienes.

—Al parecer sí, porque tú solo ves al tonto que le da patadas a un balón.

—Bien por ti.

Tenía ganas de llorar, la presión era insoportable.

—Ese poder también podría servir para alejarte de ellos.

—No me chantajees —supliqué con la voz rota.

Sabía que Kenny solo buscaba hacerme entrar en razón, pero es que yo no quería luchar por gusto. Lo iba a hacer por miedo a las represalias. Porque no me fiaba de que Sally nos vendiera si me negaba. Porque sabía que, escapar de esa trampa, iba a costarme muy caro. Pelear era la única manera de proteger que conocía.

—Recuerda sus caras mientras te matas ahí dentro. —Kenny se inclinó hacia mi oído y susurró—: Al final no seré yo quien te ponga de rodillas, ¿eh?

Aquella mención directa a mi pesadilla me provocó un intenso escalofrió. Cerré los ojos un instante. Era tan fácil, tan peligrosamente fácil, estar cerca de ese hombre.

—Noah… —intervino Sally cargada de urgencia—. Tienes que subir. Sabes que esto no va solamente de dinero.

Ahí estaba la amenaza. El recordatorio de lo que pasaría si no cumplía.

—¡Cállate! —grité.

—¡Lo prometiste! —chilló ella.

Pero Kenny ni se inmutó. Para él, Sally solo era ruido de fondo.

—¿Quieres que me quede a ver cómo te desangras? —preguntó, y la rabia me cegó.

Lo cogí por las solapas de su chaqueta y estrujé la tela antes de empujarlo contra mí. Quería pegarle, pero no pude hacerlo. La fuerza se me escapó de entre los dedos y acabé apoyando la cabeza en su pecho mientras las rodillas amenazaban con doblárseme.

—Ven conmigo —susurró Kenny.

Maldito fuera ese hombre. Una palabra suya bastaba para someterme.

—¡Noah! —gritó Sally, enfurecida.

Pero ya no respondí. Kenny aprovechó mi rendición para rodearme con su brazo. Apenas avanzamos unos pasos.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Sally llena de odio—. ¡Él es mío!

De pronto, empuñó la navaja que solía llevar para defenderse en el barrio y se lanzó hacia Kenny, ciega de rabia. Intenté interponerme, pero no me dio tiempo. El capitán fue más rápido. Me empujó con fuerza hacia un lado para protegerme con su propio cuerpo y recibió la puñalada.

Todo sucedió tan rápido. Vi el impacto, escuché el rasguido de la tela y, acto seguido, vi cómo Daniel Cross surgía de las sombras e interceptaba a Sally con una maestría brutal, retorciéndole la muñeca hasta hacerla crujir. El cuchillo cayó al suelo con un tintineo metálico.

Y entonces vi la sangre de Kenny.

Mi mente apenas podía procesar nada. No entendía qué demonios pintaba allí el compañero de James, ni por qué la hoja de aquel cuchillo estaba empapada en sangre, ni por qué Kenny seguía protegiéndome con su brazo, pese a estar herido.

Esa mujer era un monstruo. Un puto monstruo que acababa de herir lo único bueno que tenía en la vida.

Se me nubló la vista. La furia era tan densa que me vi capaz de matar. Honestamente, me habría dado igual hacerlo con mis propias manos. Lo deseaba. Quería ver a esa mujer en el suelo, tal y como terminó Mark.

Aparté a Kenny de un empujón. Sí, quería matarla, quería destrozarla allí mismo.

Sally lo supo. Y Daniel también. Ambos reaccionaron tratando de esquivarme, pero me lancé a ella como un animal. En cuanto mi mano impactó con violencia contra su cara empezaron las patadas. Maldita sea, me volví loco. Solo quería apalearla. Pero una fuerza mucho mayor me trincó por la cintura y me arrastró lejos.

Sally gritaba aterrada, cubriéndose la cara con las manos mientras Daniel trataba de contenerme.

—¡Noah! —exclamó. Me sentí un guiñapo entre sus brazos, pero no dejé de patear en el aire—. Vete —le ordenó a Sally.

Yo seguí forcejeando, gritando de pura frustración al ver cómo ella huía hacia la oscuridad de los túneles.

—Tranquilízate —me dijo Cross al oído.

Pero la exaltación apenas me dejaba respirar. Y cuando me soltó, me hinqué de rodillas en el suelo y resollé como un animal.

—¿Kenny, estás bien? —le preguntó Daniel.

—Creo que no ha entrado del todo.

Miré de reojo, aterrorizado. Él seguía de pie, pálido pero entero, mientras Daniel inspeccionaba la herida en su costado con una profesionalidad clínica. Su jersey estaba teñido de rojo.

—No. Apenas unos centímetros. Pero necesitas puntos. Vamos. —Daniel se colgó al cuello el brazo sano de su amigo para servirle de apoyo—. Noah, muévete.

Tardé en reaccionar. Mis piernas no respondían. Solo podía ver la sangre que Kenny había derramado por mi culpa. Por poca que fuera, para mí supuso un océano.

40

NOAH

Estaba sentado en el pasillo, junto a la puerta del box donde se encontraba Kenny. Nadie me prohibió entrar, pero al ver cómo le cosían no creí que pudiera resistir. Y la culpa me abofeteó con tanta intensidad que por poco vomito.

Aquella clínica no se parecía en nada al hospital del que me había escapado. Me recordó a un laboratorio secreto y moderno. Se encontraba a las afueras de la ciudad y estaba cercado por una valla vigilada cuyo acceso se parecía más al de un centro penitenciario.

Pero allí nadie puso pegas a nuestra presencia cuando Daniel mostró su identificación. De hecho, lo saludaron como si fuera un superior. Quizá lo era, tal vez esa broma que me hicieron durante la comida en Spencer Manor sobre que trabajaba en Inteligencia no era tan mentira como yo había creído. Y recordé entonces que Kenny mencionó a Billy sus influencias en el MI5.

Tenía sentido que estuviéramos allí. Al fin y al cabo, Kenny Langford no podía presentarse en su clínica habitual y decir que le habían dado una puñalada sin que la policía se presentase allí y la noticia saltara a la prensa en minutos.

Me miré las manos.

Ya no estaban vendadas ni tenían sangre, me las había lavado compulsivamente en el baño. Los remordimientos apenas me dejaban respirar. Cada segundo que pasaba era una tortura. No dejaba de pensar en lo que había pasado.

De pronto, la puerta se abrió y apareció Daniel. Me encogí deseando que el suelo me tragara. Kenny era su amigo, tenía lógica que se cabreara conmigo por haberlo involucrado en algo así.

Sin embargo, Daniel me observó con una calma imperturbable. Busqué furia en su mirada, pero solo encontré una evaluación pragmática de la situación y una comprensión hiriente.

Sí, eso me dolió especialmente porque merecía que me odiara, joder.

—¿Quieres entrar? —preguntó con una suavidad fraternal que me descolocó.

Agaché la cabeza, incapaz de seguir mirándolo, y tragué saliva con dificultad.

—¿Está bien?

Solo me preocupaba saber si Kenny se recuperaría. Habían dicho que la herida no era grave, pero yo no dejaba de fantasear con escenarios terribles.

—Ha sido un rasguño de nada.

—Han tenido que ponerle puntos, señor Cross —le corregí con voz ahogada.

Sabía que una navaja como la de Sally no podía hacer un daño letal, pero el simple hecho de que Kenny hubiera recibido un ataque dirigido a mí era lo que me destruía por dentro.

—Muchacho, ¿has olvidado mi nombre?

—Perdón… Es que…

Volví a agachar la cabeza.

—Entra, anda. —Cross me frotó el hombro.

Lo miré con los ojos empañados.

—¿Tú también estás enfadado?

Daniel suspiró y se arrodilló delante de mí.

—No confundas enfado con preocupación. Conozco el idioma de la calle, así que no podría enfadarme contigo por eso —dijo con

firmeza, y luego señaló la habitación—. En cuanto a él… Creo que necesitáis una conversación.

—Vale —asentí, y Cross se levantó—. Muchas gracias, Daniel.

—No me las des.

Me guiñó un ojo y se marchó por el pasillo mientras yo reunía el valor para cruzar aquella puerta.

Kenny estaba de pie, poniéndose un jersey nuevo que le habían ofrecido. Analicé el movimiento rígido de su cuerpo y vi la mueca de dolor que se dibujó en su perfil al levantar el brazo para meter la manga.

«Y es por mi culpa», me recordé al tiempo que él me clavaba la vista.

El silencio que se instaló entre nosotros pesaba toneladas. Kenny estaba serio, envuelto en esa calma fría y autoritaria que asustaba mucho más que los gritos o los reproches.

Intenté mantener la distancia, pero la gravedad de su presencia me atraía irremediablemente. Me sentía indigno de estar en la misma habitación y respirar el mismo aire.

—Te han herido por mi culpa —jadeé con la voz rota.

—No ha sido para tanto.

Kenny le restó importancia, ajustándose el jersey con un gesto brusco. Pero yo sentía que su irritación iba mucho más allá de lo que había pasado en los Arcos. El problema no era la herida, sino la mentira.

—Estás enfadado —afirmé.

—Sí, bastante.

Cerré los ojos, agaché la cabeza y tragué saliva.

—No tienes derecho a meterte en mi mundo y obligarme a cambiar mis decisiones —acusé antes de mirarlo, intentando recuperar un poco de mi antigua armadura.

Kenny torció el gesto, incrédulo.

—¿Incluso si esas decisiones ponen en riesgo tu vida?

—¡Pero es que es mi vida! —estallé incapaz de contener la presión. Yo no era bueno para él. En realidad, no era bueno para nadie, joder—. ¡¿No lo entiendes?! ¡Ese es el único tipo de vida que conozco! ¡Lo que tú me pides es jugar a ser un chico normal y no quieres ver que no tengo nada de normal!

Acortó la distancia que nos separaban en apenas unas zancadas.

—¡Tampoco lo estás intentando! —gritó—. Te metes en tu burbuja, te aíslas incluso de tus hermanos. ¿Crees que ellos no lo están pasando mal? —Aquella fue la primera vez que lo vi perder la compostura—. Para ellos también ha sido traumático. Y ahora que tienen una oportunidad, ¿quieres volver a arrastrarlos a esa mierda?

Negué efusivamente con la cabeza. Eso no. A ellos no.

—No los metas en esto. Tu complejo de dios termina donde empieza mi familia, ¿me has oído?

—No aceptaré órdenes de un mocoso con demasiado orgullo.

Aquella verdad dolió tanto, fue tan directa y certera, que reaccioné por puro instinto de supervivencia. Levanté la mano y le estampé un bofetón. El sonido fue seco y violento y rompió el aire estéril de la habitación como un disparo.

Empecé a temblar de pies a cabeza. La respiración se me cortó de golpe. Miré a Kenny con terror absoluto, miré mi propia mano como si fuera un arma ajena a mí. Y de pronto me sentí un monstruo. Acababa de golpear al hombre que había sangrado por mí.

Él no se movió. No hizo nada, ni siquiera parpadeó. Solo me miró. Reconoció el pánico desbocado en mis ojos y entendió al instante que ese golpe no era una agresión, sino un acto de pura desesperación que ninguno de los dos merecía.

Y entonces, rompí a llorar, convulso. Mis rodillas cedieron. Iba a caer al suelo, iba a dejarme someter por la culpa, pero no llegué a tocar las baldosas. Kenny se lanzó a mí de inmediato y me atrapó a tiempo, envolviéndome en un sólido abrazo. Me aferré a él como un

náufrago. El llanto que salió de mi garganta fue gutural y primitivo, me quemaba por dentro. Me llenaba de desesperación.

—No sé cómo ser lo que me pides —balbuceé, temblando entre sus brazos.

—Noah…

—No sé cómo hacerlo… —continué con la cabeza enterrada en su hombro, clavándole los dedos en el pecho.

Algo de mí necesitaba sentir a ese hombre más cerca. Mucho más cerca.

—Yo no te estoy pidiendo nada —me susurró al oído, y yo me permití exteriorizar todo ese miedo que me consumía desde que mi madre murió.

Siquiera Liam lo conocía. Siquiera yo sabía que existía. Pero lo vertí en Kenny, y me perdí a mí mismo porque sabía que él me encontraría. Y la culpa daría igual. La culpa no importaría.

—Lo siento. Lo siento mucho —sollocé asfixiado—. No se lo digas a los chicos, no me separes de ellos, por favor… Por favor.

—Shhh, tranquilo. —Kenny me acarició la cabeza. Me recordó tanto a mamá—. No era cierto, solo quería traerte de vuelta.

—Y te han hecho daño por mi culpa. Sabía que era una trampa. Lo sabía.

—Ya está.

No dejó de abrazarme y yo no dejé de apretarlo contra mí. Ni siquiera recuerdo el tiempo que pasamos enganchados el uno al otro. Solo sé que mi llanto se apaciguó y ya solo quedaron los espasmos involuntarios de mi pecho contra el suyo.

—Deberías odiarme —susurré con la voz ronca.

—Pero no lo consigo —jadeó él, y buscó mis ojos. Me estremecí cuando los suyos me encontraron—. ¿Vas a odiarme por eso?

Pensé que era imposible odiar a ese hombre. Ni en mil vidas podría lograrlo.

41

KENNY

Noah conducía en absoluto silencio. No sospechaba que me tenía completamente atrapado. Fingía estar en mi mundo porque eso era lo que él quería, pero no podía dejar de mirarlo. Y todavía tenía el corazón en un puño porque sus mejillas seguían hinchadas de tanto llorar. De hecho, de vez en cuando se le escapaba alguna lagrimilla traicionera y se la limpiaba con la manga de su chaqueta, todo frustrado. No estaba acostumbrado a llorar.

Francamente, me importaba una mierda lo que había pasado. Me daba igual el escándalo, la sangre o el susto. Lo único que me interesaba era que Noah estaba conmigo y no había sufrido ninguna agresión. Y confiaba lo suficiente en Daniel como para saber que Sally jamás volvería a inmiscuirse en su vida.

«Esa maldita mujer…». Había entendido muchas de las cosas que Noah me contó de ella al verla en persona.

Me acomodé en el asiento. No esperé que los puntos me tirasen de la piel. Enfatizó el persistente resquemor que tenía en el costado. No era exagerado, había tenido desgarros mucho más dolorosos, pero es que esa herida podría haberla recibido Noah.

Recordé cómo quiso interponerse entre la trayectoria y yo. Recordé también cómo reaccionó después, cuando vio que yo estaba herido. Esa violencia animal, esa furia ciega que mostró contra Sally solo porque me vio sangrar.

Aparcó el coche en su lugar y entramos en la mansión en silencio. Me sentía agotado, pero Noah parecía a punto de vomitar, y sus manos seguían temblando.

Fui directo a la cocina, saqué un bote de helado del congelador y dos cucharas y me encaminé al salón. Noah me siguió sin hacer ruido, cabizbajo, arrastrando los pies. Supongo que esperaba que lo mandase a la mierda y me dejara solo. Sin embargo, lo único que yo quería era borrar esa noche y regresar a la mañana cuando desperté y estaba durmiendo a mi lado en la hamaca.

Me senté en el sofá, ignorando la molestia en el costado, y abrí el helado. Me metí una generosa cucharada en la boca y miré a Noah, que seguía de pie y parecía desear que el suelo se lo tragara. Sin duda, esperaba escuchar mis reproches.

—¿Vas a quedarte ahí? —comenté, y señalé el helado—. Es de chocolate. Mi confidente me ha dicho que es tu favorito.

Quizá una broma aligeraría el ambiente. Y creo que funcionó porque Noah entrecerró los ojos y se acercó lento.

—A tu confidente se le acumulan las explicaciones —dijo bajito antes de sentarse a mi lado.

Mierda, parecía tan pequeño.

—No seas demasiado duro con él —sonreí, dándole un suave codazo.

Noah cogió la otra cuchara, la hundió en el helado y se la metió en la boca. Vi de reojo cómo le temblaba el labio de puro placer. Sus ojos todavía acuosos. No era justo para ninguno de los dos lo lindo que estaba.

—¿Está bueno? —murmuré, y él asintió extrañamente tímido.

Aproveché entonces para coger el mando y encender la tele. Navegué por el menú y escogí Los diarios de la Boticaria. Solo quería un momento de normalidad y tranquilidad junto a él, lejos de cuchillos y hospitales. Y el anime tenía una cualidad relajante que nos vendría bien a ambos. Además, me había quedado en el capítulo trece.

—¿La boticaria, en serio? —se mofó, aunque ya estaba mirando la tele embelesado.

—Maomao es una monada. Y es escurridiza, como tú —sonreí, a la espera de que él me mirara enfurruñado como hacía siempre que soltaba un comentario travieso.

Pero no respondió a la broma, sino que me oteó con una profunda preocupación. Se tomó su tiempo en recorrer cada centímetro de mi rostro con un detenimiento que me aceleró el pulso.

De pronto, levantó una mano y rozó mi mejilla con una suavidad que me robó el aliento. Me estremecí ante el contacto de sus dedos contra mi piel.

Tragué saliva.

—Todavía está rojo —murmuró.

Supe que tenía que restarle importancia de inmediato o se hundiría de nuevo.

—Tienes un buen revés.

—Menos mal que no te di un gancho.

Solté una carcajada.

—Probablemente, estaríamos lamentando un problema odontológico grave. Y teniendo en cuenta lo que me debes, se te complicaría el asunto.

Sabía que Noah se sentía un monstruo por haberme pegado. Si me hubiera puesto serio o en plan «te perdono», él se habría sentido humillado por mi benevolencia. Digamos que una gracieta restaba drama a la situación. Y por la forma en que brillaron sus ojos, supe que él se había dado cuenta de mis intenciones.

—¿Vas a hacerme un contrato laboral regulado? —preguntó, siguiéndome el juego.

—Indefinido, al parecer.

—Esto podrían considerarse horas extras.

El alivio que sentí fue inmenso. Que Noah bromeara demostraba que estaba recuperando su ingenio y dejaba atrás la culpa

paralizante. Era la mayor recompensa que podía recibir esa noche.

—Lo tendré en cuenta.

Seguimos comiendo helado en silencio mientras Maomao resolvía sus misterios. Pasó un capítulo y luego otro. La tensión inicial se fue disipando y dio paso a una intimidad cálida y envolvente.

Y entonces Noah dejó caer la cabeza sobre mi hombro. Fue un gesto simple, pero para mí significó el mundo.

Me quedé quieto, respirando su aroma, y con una lentitud deliberada busqué su mano sobre el sofá. La cubrí con la mía, despacio, como pidiéndole permiso. La respuesta vino a través del temblor de sus dedos.

—Dime que no vas a regresar —murmuré.

—No lo haré. Nunca más —me prometió, y yo cerré los ojos porque confiaba en él.

42

NOAH

Estaba envuelto en una calidez desconocida tan agradable que me resistía a despertar.

Pero finalmente abrí los ojos.

Tardé un instante en procesar dónde me encontraba. De hecho, pensé que quizá me había quedado atrapado en un sueño un tanto raro. Pero el contacto no fallaba y eso era muy real.

Estaba medio tumbado sobre el cuerpo de Kenny, con la cabeza apoyada en su pecho y mis piernas entrelazada con las suyas en el sofá. Sus brazos me rodeaban de forma protectora, me mantenían pegado a él incluso en su letargo.

Se me cortó el aliento. No supe cómo reaccionar. Lo más lógico habría sido alejarme de él, pero mi cuerpo se negaba a obedecer, seguía hechizado por ese calor que emanaba. No me atrevía ni a respirar.

Lo observé tímido por entre los mechones de mi flequillo.

El muy cabronazo era insultantemente guapo. Pero no como Nate que parecía creado por un genio o James que era una obra de arte. Kenny disponía de ese tipo de atractivo que derrochaba masculinidad y autoridad.

Gracias a la luz de la mañana que se colaba por los ventanales y bañaba su rostro, sus duras facciones parecían haberse suavizado. Sus pestañas descansaban sobre los pómulos marcados, su fuerte mandíbula estaba relajada y los labios, entreabiertos. Me encantó

ver su melena rubia despeinada. Me entraron unas ganas enormes de enterrar mis dedos en ella.

De pronto, sentí una electricidad muy extraña recorriéndome la espina dorsal al mirar su boca. Como un chispazo que nacía en mi estómago y tenía su reflejo en mi entrepierna.

Me tensé. Aquello no era normal. Estaba pensando gilipolleces.

Entonces, Kenny abrió los ojos. Lentamente, muy despacio. Se encontró directamente con los míos. Creí que eso le inquietaría. Al fin y al cabo, estábamos demasiado cerca para ser amigos. De hecho, jamás había compartido espacio de esa forma con nadie.

Sin embargo, no hubo sobresalto ni incomodidad por su parte. Más bien, parecía que Kenny se había dejado observar. Quizá llevaba más tiempo que yo despierto y solo quería ver qué demonios hacía yo al descubrir que me había pasado la noche durmiendo pegado a él.

Tragué saliva. Me hervía la piel, sentía un cosquilleó muy incómodo en el pecho. Quería irme.

En cambio, me ahogué en su mirada.

Nos observamos con una intensidad muy rara que cargó el ambiente de una emoción demasiado desconcertante. Era tan extraño como que ninguno de los dos buscara alejarse. Deberíamos haber dado un brinco. Quizá bromear sobre las gilipolleces que pensaba uno recién levantado. Pero ninguno reaccionó.

De pronto, Kenny levantó la mano y, con una lentitud deliberada, me retiró un mechón de pelo que me caía sobre la frente para colocarlo detrás de mi oreja.

No hubo ni un ápice de duda en su gesto. Sus dedos rozaron mi sien y se quedaron ahí tras haber trazado la línea de mi mandíbula. Me erizaron la piel.

Aquello me aturdió por completo porque no estaba acostumbrado a semejante caricia. La intimidad entre nosotros era tan grande, tan física, que las preguntas me asaltaron sin previo aviso. ¿Cómo sería besarlo? ¿A qué sabría esa boca? ¿Sería suave o exigente? ¿Sería peligrosa o tímida? ¿Me gustaría, querría repetir?

Aquella maldita vorágine de pensamientos fue tan intensa que me aterrorizó.

Súbitamente, me incorporé y rogué porque mi cuerpo no mostrara ninguna evidencia de las tonterías que había pensado. Era Kenny, joder. Se suponía éramos amigos y que no me gustaban los tíos. ¿Por qué demonios imaginaba esas cosas?

Para mi desgracia sentí que el calor me encendía las mejillas. Me dije que podía atribuírselo a que era un tipo lo bastante introvertido como para dormir con alguien. Sí, eso funcionaría.

Kenny pestañeó aturdido y trató de incorporarse, pero se encogió un poco. Había olvidado que anoche lo apuñalaron y se llevó la mano al costado.

—¿Te duele? —pregunté, preocupado.

—Un poco.

Me lancé a él, priorizando su salud sobre mi confusión.

—Déjame ver.

Le levanté el jersey con cuidado y le quité el apósito para inspeccionar la herida. Los puntos estaban bien y había bajado la inflamación.

—No está mal… Pero deberías ir a que te curen.

—Vale —jadeó Kenny.

Mis dedos seguían sobre su piel y, sin darme cuenta, acaricié la zona sana con suavidad. Me encantó la delicadeza con la que mis yemas se deslizaron por la sinuosa línea de sus oblicuos.

Kenny no se movió. Siquiera hizo el amago de apartarse, y eso fue lo que más me aturdió. Maldita sea, estaba dejando que yo lo tocara de una forma que nada tenía que ver con la amistad.

Pese a tener el pulso desbocado, me atreví a mirarlo. Allí estaban esos ojos terriblemente azules desafiándome a seguir. No entendía por qué sentía aquellas ganas locas de volver a abrazarlo. De lanzarme sobre él, hundir la cara en su cuello y lamer su maldita piel. Y quizá volverme un poco más loco y besarlo hasta olvidar todo.

Alguien carraspeó.

—Disculpen la interrupción, pero ha llegado la señorita Drakova —dijo Steve.

Me puse en pie de un salto, todo ruborizado, como si nos hubieran pillado cometiendo un crimen. Mierda, quería huir. No, mejor, quería morirme allí mismo. Sentí que me iba a dar un infarto, joder. Para colmo, Kenny parecía como si no hubiera pasado nada. El muy cabronazo se limitó a frotarse la frente con gesto cansado.

—No me llame señor, Steve —resopló.

Pero el hombre lo ignoró olímpicamente. Era de esos que parecían haber visto de todo en la vida y ya se había resignado a cualquier excentricidad. Lo cual me habría parecido gracioso si no fuera porque estaba concentrado en no escupir el corazón por la boca.

Entonces apareció ella. La diosa que me dejó sin aliento.

Sofía era una belleza impactante. Iba vestida con unos vaqueros ceñidos de tiro alto, una blusa de seda rosa pálido y una chaqueta de cuero sobre los hombros, rematada con unas gafas de sol oscuras que la hacían parecer una estrella de cine de los sesenta.

El rumor de sus tacones se interrumpió cuando se detuvo en el umbral al tiempo que Steve hacía una corta reverencia a modo de despedida y se marchaba, dejándonos a su merced.

Me quedé petrificado en mi lugar al ver cómo la mujer se bajaba las gafas lentamente por el puente de la nariz y miraba a su novio.

—Te dejo solo unas semanas y terminas como un colador. ¿Qué clase de loca adicción tienes al riesgo, *zlato*? —dijo con esa dicción tan sexi, marcada por un acento del este de Europa, antes de posar sus ojos en mí—. Oh, ¿pero qué preciosidad tenemos aquí?

Tragué saliva con dificultad al verla caminar hacia mí como una elegante depredadora. Soltó el bolso y las gafas en el sofá.

—Ella es Sofía Drakova —dijo Kenny todavía un poquito aletargado.

—En… Encantado de conocerla —tartamudeé.

La diosa, lejos de darme la mano, me estampó un abrazo perfumado y me pellizcó las mejillas con familiaridad. Parecía genuinamente emocionada de conocerme, y yo no entendí nada. Supuse que Kenny le habría hablado de mi situación, pero su calidez parecía mucho más profunda, como si llevara tiempo esperando ese momento.

—Eres una monada —me sonrió—. Pero no me trates de usted, por favor. Me haces sentir una anciana y solo tengo veinticinco.

Me dio un sonoro beso en la mejilla antes de acercarse a su novio, que observaba la escena como si nada.

—Dime, ¿te ha dado muchos dolores de cabeza? —me preguntó Sofía.

—¡Soy un santo! —protestó Kenny, poniéndose en pie con lentitud.

—Claro que sí, mi amor.

Vi en riguroso directo cómo lo cogía por la nuca y le estampaba un beso en los labios. Tragué saliva. Mierda, era como presenciar un puto milagro. No podía creer que una de las parejas más deseadas del planeta se estuviera besando delante de mis narices.

Me fijé que la complicidad entre los dos era demoledora, del tipo que solo consiguen los más afortunados. Observé que las manos de Kenny buscaban las caderas de Sofía con una naturalidad que me escoció en el pecho.

—Dijiste que no venías hasta pasado mañana —comentó Kenny sobre sus labios.

—No quería perderme la fiesta.

Entonces, Sofía se apartó, cogió su bolso y sacó un cigarrillo fino.

—Ya… ¿Daniel te ha ido con el cuento? —indagó Kenny, que se acercó al minibar a por una botella de agua.

—No soltaría prenda ni aunque lo torturasen, es una tumba, pero tú ya sabes que yo tengo un sexto sentido para el drama. Lo huelo a kilómetros.

Tragué saliva de nuevo. Un fogonazo de imágenes sobre lo sucedido la noche anterior amenazó con tumbarme allí mismo.

—El drama soy yo… —jadeé tímido, notando una culpa aplastante.

Sofía, lejos de reñirme o reprocharme nada, se echó a reír. Y era una risa tan bonita y contagiosa que por un segundo me olvidé de todo, incluso de los ojos de Kenny fijos en mí.

—¡Oh, fíjate cuántas cosas tenéis en común! —exclamó la mujer, señalándonos a los dos con el cigarrillo sin encender—. Sois tal para cual.

Miré a Kenny aturdido, que estaba apoyado en la barra.

—Son las ocho de la mañana, cariño —le dijo a su prometida—. Espera a que desayune antes de empezar a meterme caña. Te lo ruego.

Me hizo gracia el comentario. Denotaba la confianza absoluta que había entre los dos, ese tipo de intimidad construida a base de años y mucho sarcasmo.

—Noah, bombón. —Me erguí de golpe cuando Sofía volvió a referirse a mí—. Voy a obligar a este —señaló a Kenny, esta vez con el cigarro encendido— a que use su American Express Centurion hasta sacarlo de quicio, lo cual es bastante tedioso como te habrás dado cuenta.

Coincidí con ella. Era tremendamente difícil cabrear a Kenny Langford fuera del campo. Su paciencia parecía infinita.

—¿Por qué no te vienes y me ayudas?

La invitación me gustó, de verdad que sí, pero en ese momento necesitaba estar lo más lejos posible de Kenny para aclarar qué coño me había pasado al despertar. No quería entrar en una crisis de identidad con él cerca, joder.

—Verás… —Me rasqué la nuca. Mierda, estaba tan nervioso, y miré de reojo a Kenny, que no me quitaba ojo de encima—. Ah, en realidad tengo cosas que hacer en la residencia.

—¿En serio? —ironizó él antes de llevarse la botella.

Me fijé en el movimiento de su nuez al tragar agua y tuve que desviar la vista de golpe sintiendo cómo el calor me subía por el cuello. Lo odiaba. Definitivamente, era odio lo que sentía.

—Lo siento… —le dije a Sofía.

Ella se acercó toda sonriente.

—¿Me compensarás después?

—Prometido —le sonreí, porque era imposible no hacerlo. Esa chica era un encanto.

Y de pronto se me cruzó por la mente qué demonios habría pasado entre su novio y yo si ella no hubiera aparecido en ese preciso momento. Quizá yo no habría podido aguantar las ganas. Pero ¿qué ganas eran esas? Estaba perdiendo la cabeza. Quizá solo era el sentimiento de culpa jugándome una mala pasada, confundiendo gratitud con deseo.

«Entonces, ¿por qué demonios Kenny no se ha apartado, eh?», preguntó mi fuero interno, que parecía tener muchas intenciones de unirse a la fiesta.

Tragué saliva, me despedí rápido y salí de allí disparado.

—Tu debilidad por los chicos tiernos empieza a preocuparme —oí decir a Kenny a mis espaldas.

—Es una monada. Ahora entiendo por qué James está loco con él.

—Yo también soy tierno si me lo propongo.

Me tragué una sonrisa al escuchar las quejas de Kenny, que efectivamente de tierno no tenía nada.

—*Zlato*, tú eres una apisonadora. No se puede tener todo en esta vida.

—Bruja.

Subí las escaleras sonriente, con el corazón todavía acelerado. Lo cierto era que había sido increíble ver a esos dos juntos. Pero, al llegar al rellano, sentí algo extraño en las tripas, una punzada amarga y solitaria que no entendí. Y empezaba a acorralarme.

43

KENNY

Me encontraba en el exclusivo The Champagne Bar de Harrods. A mi alrededor, el tintineo de las copas de cristal se mezclaba con las conversaciones discretas de gente vestida de riguroso diseño.

Yo ocupaba un reservado, prácticamente atrincherado tras una muralla de bolsas de compras con logotipos de firmas de lujo que Sofía ya había ido dejando en sus incursiones.

Cambié de postura en el sillón de terciopelo y no pude evitar una mueca. Los puntos del costado me provocaron un pinchazo agudo. Era un recordatorio físico constante de Noah, una marca que llevaba grabada en la piel. Pero no me importaba porque era mucho más interesante mensajearme con él que seguir preocupado por lo que habría pasado si no hubiera llegado a tiempo a los Arcos.

Kenny

¿Vendrás esta noche?

La respuesta llegó rápida.

Noah

Me quedaré en la residencia. No quiero molestaros.

Kenny

¿Molestar? ¿Eres idiota?

Noah

Llevas casi un mes sin ver a tu prometida. Céntrate. Aquí el único idiota eres tú.

Pensé que ese tiempo no era nada en comparación a los meses que a veces habíamos estado separados por culpa de mis torneos o sus sesiones. Además, hacíamos videollamada casi cada día y no dejábamos de escribirnos y hablar por teléfono. La distancia física nunca había sido un problema real para nosotros. Pero me gustó que Noah estuviera tan preocupado por mi vida íntima.

Kenny

Mi prometida está más centrada en el encaje de su nueva ropa interior que en mí. Se ha gastado cinco mil libras en bragas, ¿te lo puedes creer? Estoy convaleciente, necesito mimos.

Disfrutaba como un crío picando a Noah, imaginándome su cara de incredulidad o qué estaría haciendo en ese preciso instante en la residencia. Mierda, me fascinaba hablar con él.

Noah

Mira la parte positiva, podrás hacer buen uso de ellas esta noche.

Kenny

Si se las rompo, me matará.

Noah

Eso de romper las bragas de tu novia es un fetiche que no necesitaba saber, gracias.

Me eché a reír, lo que llamó la atención de un par de señoras enjoyadas que había en la mesa de al lado. Disimulé de inmediato dándole un sorbo a mi cóctel.

Kenny

Deberías estar contento. Ya sabes más de mí que la mayoría de los mortales. Nuestra amistad va viento en popa. Hasta he recibido una puñalada por ti. Por cierto, me debes una compensación.

Noah

¿Y cómo mierda compenso eso, ah? Todavía te odio por interponerte, capullo.

Kenny

Cierto, ibas a protegerme tú a mí. Pero soy un caballero.

Lo cierto era que no me sacaba esa imagen de la cabeza. Jamás creí que vería al animal que llevaba dentro reaccionando por alguien que no fuera uno de los suyos.

Noah

Un demente es lo que eres.

Kenny

¿Ya no te parezco aterrador?

Noah

Déjame en paz.

Sonreí. Ya podía imaginarlo todo ruborizado de pura irritación.

Kenny

Qué mono te pones cuando te enfurruñas.

Noah

¡Ni siquiera me estás viendo, imbécil!

Kenny

Pero puedo imaginarlo. Casi siempre tienes la misma cara.

Noah

Adiós.

Sofía apareció entonces cargada con más bolsas.

Era un auténtico espectáculo visual. Guapa, imponente, dueña absoluta del lugar mientras sorteaba las mesas. Me pilló riéndome como un tonto. Se dejó caer en el asiento frente a mí y me robó el cóctel para beber un trago largo mientras yo le hacía una señal al camarero.

—He pedido lo de siempre —informé.

—¡Qué bien! Estoy hambrienta.

Se cruzó de piernas con esa elegancia innata, apoyó la barbilla en su mano y me miró con una expresión pilla, analizándome. Pestañeé, aturdido. Ese gesto era un aviso de peligro inminente. Mi novia era jodidamente perspicaz. A veces pensaba que me leía la mente.

—Te atrae —sentenció sin preámbulos.

—¿Qué? —Alcé las cejas. Me había noqueado con solo dos puñeteras palabras.

Ella soltó una carcajada.

—Mi bombón, Noah.

Fruncí el ceño, removiéndome incómodo en el asiento.

—¿Qué coño dices, cariño?

—Te conozco como si te hubiera parido. Te gusta.

El camarero escogió ese instante para servirnos el almuerzo. Sofía empezó a comer como si nada. Le importó una mierda dejarme al borde de una crisis existencial.

Nunca me había planteado la posibilidad de que me gustara un tío, en serio. Ni siquiera cuando esa mañana me quedé mirando los labios de Noah mientras acariciaba su cara y pensaba a qué sabría su boca.

Recordé ese instante. La sensación física de tenerlo encima de mí, el peso cálido de su cuerpo, la forma intensa en que me miró. El tirón que sentí en el estómago cuando cerró los ojos al recibir mi caricia, lo nervioso que se puso después y cómo huyó escaleras arriba.

Lo cierto era que no me sacaba la imagen de la cabeza y que tenía unas extrañas, casi urgentes, ganas de volver a verlo.

Era raro, sí. Joder, a los amigos no se les trataba así. Ni siquiera me pasaba con Gianni y James, y eso que teníamos un contacto físico constante y cero barreras. Pero ellos no me despertaban esa sensación tan alarmante. Bueno, ni ellos ni nadie que tuviera pene.

—Es un tío, Sofía —suspiré.

De algún modo, sentí que me lo estaba recordando a mí mismo.

—¿Y?

A veces, me sorprendía lo increíblemente liberal que era. Joder, estaba hablando con mi prometida sobre la posibilidad real de que me molase un tío. Era una maldita locura. Lo más loco que habíamos hablado, y eso que a veces se nos iba la olla.

—Cielo, creo que se te olvida que soy rotundamente hetero.

—No lo pongo en duda.

—Le estoy cogiendo cariño —me sinceré—. Es un buen chico, una especie de hermano menor al que tengo que proteger, nada más.

Vale, quizá estaba usando la carta del «paternalismo» de forma descarada para justificar la tensión que compartía con Noah. Pero es que me negaba en rotundo a pensar que aquello fuera atracción física.

Mierda, estaba perdiendo la cabeza.

Ella soltó los cubiertos sobre el plato y volvió a apoyar la barbilla en las manos, esta vez usando las dos. Parecía Maléfica.

—Ya, dime una cosa, ¿tan grave sería para ti?

Tragué saliva. El corazón me saltó a la garganta. Mi mente traicionera me jugó una mala pasada en ese preciso instante e

imaginó, con todo lujo de detalles, cómo sería tener a Noah en mi cama, deshecho entre mis sábanas, sudado y rogándome que le diera más.

Me tensé al notar una punzada inconfundible en la ingle.

—Sofía, mi amor, ¿te has fumado algo raro? —bromeé, buscando una salida de emergencia—. Dímelo, estamos en confianza. Si me lo propongo, podría darle una paliza a tu camello por venderte cosas en mal estado.

Ella soltó una carcajada.

—Idiota.

Me centré en la comida, atacando el plato con más entusiasmo del necesario, pero el miedo se me instaló en el cuerpo. Sofía no solía equivocarse con sus predicciones. Tenía un radar infalible para las emociones ajenas, casi parecía brujería. Y eso me aterraba. Además, me pregunté qué tan rara estaba siendo mi relación con Noah para que mi propia novia hubiera deducido en apenas un instante que yo sentía atracción por él.

—No me importaría que explorases —soltó ella de pronto.

Nos miramos en silencio. El ruido del restaurante pareció desvanecerse. La evalué buscando burla o una trampa. Quizá quería cancelar nuestro compromiso, quizá se había cansado de mí.

Sin embargo, en sus ojos solo encontré una curiosidad tranquila y una seguridad aplastante en lo nuestro. Me sostuvo la mirada, desafiándome a ser valiente o quizá, simplemente, aceptar que yo era un ser complejo y que ella me quería con todas mis aristas.

Fue un momento de conexión silenciosa, de esos que definían por qué seguíamos juntos pese a todo.

—Haré como que no he escuchado nada —repliqué, y me metí un trozo de carne en la boca para sellar mis labios y zanjar el tema —. Mejor cuéntame, ¿qué bragas te vas a poner esta noche?

—Ninguna —me siguió el juego, recuperando su sonrisa pícara —. Pensaba deambular en pelotas por la casa.

Ambos sonreímos, cómplices.

—Pues será mejor que hagamos una parada en la farmacia. No vas a lubricar lo suficiente.

Ella se volvió a carcajear, escandalizando a la mesa vecina, y me tiró la servilleta a la cara.

—¡Eres un cerdo!

44

NOAH

Esa tarde me refugié en la biblioteca de la residencia.

Era un puto remanso de paz. Y se notaba en la pesadez de mis párpados. En más de una ocasión tuve que releer varias frases del libro que me estaba leyendo, *Lejos del mundanal ruido* de Thomas Hardy, porque no me estaba enterando de nada.

Ciertamente, no era muy dado a la lectura. Mi interés por leer un clásico victoriano venía infundido por Connor. Y es que mi amigo —ese que no había cogido un libro en su puta vida— no dejaba de comentarlo, y a mí me picó la curiosidad. El muy ladino se estaba leyendo a escondidas las obras favoritas de Melani para tener tema de conversación con ella y conocerla a través de sus gustos. Me parecía un gesto supertierno de su parte porque evidenciaba que estaba pillado hasta las trancas por esa chica.

Lo cierto fue que, a medida que avanzaba por las páginas, me parecía una lectura muy triste, llena de desencuentros y fatalidad, pero empezaba a entender la belleza del amor que Melani ansiaba y que Connor intentaba descifrar.

—Y dime, Eddie. —Llamé la atención del crío, que estaba tirado en la alfombra a mi lado—. ¿Qué tiene de atractivo una protagonista vanidosa? La verdad es que no me cae muy bien.

Me miró como si lo hubiera despertado, tan absorbido como estaba por su lectura, *Rebelión en la granja* de George Orwell. Sabía poco de literatura, pero me parecía una lectura demasiado densa y

política para un crío de quince años. Aunque Eddie siempre había sido un alma vieja.

—Es lógico —me dijo—. Es una prota lo bastante inmadura como para despertar sentimientos contradictorios. Pero Mel no se está proyectando en ella.

Lo observé de modo que lo invité a seguir hablando. Me encantaba escucharlo y esa delicadeza con la que describía las cosas. Eddie dejó su libro a un lado y adoptó la posición de flor del loto.

—Mel no quiere un hombre como el sargento Troy, que la arrastre a vivir una historia de amor pasional y destructiva, porque ese tipo de amor, aunque brillante, se quema rápido y deja cicatrices.

—¿Y qué crees que busca? —indagué, pese a que ya lo entendía.

—La intensidad de la lealtad, la constancia de Gabriel Oak. La seguridad de quererse como compañeros, porque eso es lo único que dura para siempre.

Sonreí y le revolví el pelo. Estaba tan bonito con sus gafas nuevas.

—¿Cuántas veces te los has leído, cielo?

—Solo dos —dijo todo tímido—. Me molan las descripciones de Hardy. Aunque prefiero el ingenio de E.M. Forster. Deberías leer *Una habitación con vistas*. —Alcé las cejas—. O por lo menos recomendársela a Connor. Estuve comentándolo con Melani el otro día y coincidimos en que es una lectura más satisfactoria.

Genial, a Connor se le acumulaba la faena. Pero confiaba en él.

De pronto, se formó un caos en el pasillo que rompió nuestra burbuja de tranquilidad. Escuchamos un golpe seco seguido de un alboroto de voces. Cerré el libro de golpe, le hice una señal a Eddie y salimos de la biblioteca a toda prisa para ver qué demonios había pasado.

La escena que me encontré era digna de una comedia. Sofía Drakova de rodillas en el suelo, inclinada sobre Nate mientras le daba aire frenéticamente con la mano. Mi amigo yacía desparramado en el suelo del vestíbulo, pálido como la cera. Mientras tanto, varios de mis Furin se descojonaban de la risa sin ningún tipo de empatía, señalando al caído.

Kenny, por su parte, trataba de despertarlo dándole toquecitos en la cara y, finalmente, tuvo que ayudar a levantar al pobre desgraciado, que iba mareado perdido y balbuceando, para llevárselo al salón a que se recuperara del impacto de ver a su «diosa» en persona.

—No se va a recuperar de esto —bromeó Eddie a mi lado.

Me eché a reír y nos chocamos los cinco antes de emprender el camino hacia el lugar. Nuestro rato de lectura había terminado.

El resto de la tarde transcurrió entre bromas y diversión. Me resultó sorprendente descubrir que Sofía conocía a todos los huéspedes de la residencia. Y a nosotros nos llamaba por nuestros nombres, charlaba como si nos conociera de toda la vida. Fue increíblemente fascinante verla siendo una chica normal, lejos de su imagen como modelo.

Cenamos juntos en el comedor. Incluso se apuntaron varios huéspedes que hablaban con la pareja con total confianza y cariño. Hubo algún pique por sentarse al lado de Sofía, pero al final ese premio se lo llevó el enamorado sufridor. Nate no se atrevía ni a mirarla, era ella quien trataba de sacarle conversación. Él solo se dedicaba a asentir y a ruborizarse.

Sin embargo, yo estaba en otra frecuencia. Kenny y yo no dejamos de mirarnos de reojo durante toda la cena, como si hubiera un imán tirando de nuestras pupilas.

Me sorprendí a mí mismo pensando en lo jodidamente atractivo que era con cualquier movimiento que hacía, por simple que fuera.

Quizá el tratamiento estaba haciendo que desarrollase algún efecto secundario. Quizá se me había fundido algún fusible en la

cabeza. Definitivamente, mi mente estaba escacharrada si me estimulaba tanto ver a Kenny repantingado en su silla.

De pronto, noté la vibración del móvil en el bolsillo. Lo saqué con disimulo por debajo de la mesa.

Kenny

Le estás poniendo ojitos a mi prometida.

Mentira. No la miraba a ella, sino a él, pero siempre que Kenny me pillaba escaneándolo, yo desviaba la vista hacia Sofía para disimular. Así que técnicamente le estaba poniendo ojitos a mi puto guardián, y yo me quería morir.

Noah

Es preciosa. Mejor dicho… Es una diosa que está buenísima. ¿Qué quieres que haga?

Lo cierto era que entendía perfectamente por qué Nate la miraba como si fuera una aparición divina. Y me alegraba ver que mi amigo, al fin, podía hablarle sin parecer que iba a echar el corazón por la boca.

Kenny

Podría cortarte los huevos y ponértelos de corbata, Sterling.

Alcé la vista y lo vi mordiéndose el labio, pendiente del móvil, con una postura tan relajada y erótica como insoportable.

Tragué saliva. ¿Qué coño me estaba pasando?

Noah

Antes tendrías que alcanzarme. Y no te lo pondría fácil.

Kenny

Tengo el mejor esprint de la Premier.

Noah

Bravo por ti, balón de oro. Pero yo sé pelear, y tú no.

Contuve una sonrisilla. En el fondo, me molaban mucho esos piques infantiles que tenía con Kenny.

Kenny

Se te olvida que duermes.

Noah

¿Vas a entrar en mi habitación mientras duermo solo para mirarme las pelotas?

Kenny

Tengo que verlas para poder cortarlas.

Noah

Yo que tú me preocuparía más por Nate. Está fascinado con tu prometida.

Miré de reojo cómo Sofía le hablaba a Nate con una pausa y una delicadeza tierna que no había mostrado antes. Parecía hasta tímida.

Kenny

Nate me cae bien. Creo que le confiaría cualquier cosa.

Noah

¡¿Y a mí no?!

Kenny

Tú… Tú eres como un agujero negro en medio del universo. Me he metido en tu órbita y eso es preocupante.

Levanté la vista. Kenny me miró fijamente a través de la mesa. Fue solo un instante, un cruce de miradas, pero sentí un escalofrío.

Noah

Tendrás que explicarme tus metáforas, Langford.

Kenny

Es que voy puesto de analgésicos.

Se me escapó una risa corta. Al mirarlo de nuevo, descubrí que me estaba observando con una intensidad depredadora.

Me tensé. El móvil vibró de nuevo en mi mano.

Kenny

Me encanta cuando sonríes. Te brillan los ojos. ¿Eso lo entiendes, Noah?

Aquel mensaje fue la gota que colmó el vaso. No podía más, sentía que el aire del comedor se había vuelto repentinamente denso y caliente. Necesitaba escapar de esa órbita de la que hablaba Kenny antes de estrellarme.

Me levanté y salí al balcón de la residencia, buscando el frescor de la noche. Me apoyé en la barandilla de piedra, pero la tensión extraña entre los dos seguía ahí, pegada a mi piel. Era muy difícil de entender, una mezcla de pánico y deseo que me tenía completamente descolocado. Jamás había experimentado nada parecido.

De pronto, el móvil volvió a sonar en mi mano. Di un respingo pensando que era Kenny otra vez, pero al mirar la pantalla me asombré.

—¿James? —dije nada más descolgar.

No me creía que el príncipe estuviera llamándome.

—Pero qué bien empieza esta llamada —exclamó él con ese tono vibrante y teatral—. Dime que no has hecho una reverencia.

Me eché a reír. Me encantaba James, era tan divertido y absurdo que resultaba imposible no apreciarlo.

—Deja que tenga mis secretos.

—No me hagas enfadar. Dime, ¿te animas a tomar un café conmigo mañana? Tengo las mejores pastas de la ciudad.

Entrecerré los ojos, desconfiado.

—¿Es tu forma de ocultarme que vas a hacerme una encerrona?

—Son de chocolate. Kenny me ha chivado que te gusta.

—Kenny es un bocazas —protesté, aunque sentí un calorcito en el pecho al saber que hablaban de mí.

—Oh, detecto ocultación de información comprometida. Dame la oportunidad de sonsacarte, cariño —bromeó James.

La verdad era que me sentía extrañamente cómodo charlando con él. Me hacía sentir normal y aceptado. Pero todavía no me veía capaz de ponerme ropa de diseño y posar como si fuera alguien importante. Y si iba a aceptar, porque en el fondo me apetecía pasar tiempo con él, pensé que lo mejor era llevar refuerzos. Alguien que me sirviera de escudo y que disfrutara de la experiencia, incluso más que yo.

—¿Puedo llevar compañía? —pregunté, trazando mi plan.

—Ni lo dudes. Trae a quien quieras. Cuantos más, mejor.

—Pues añade tartas —me animé—. A Liam le encantan.

—¿Al final quién soborna a quién, querido? Te veo mañana. Te pasaré la dirección por mensaje.

KENNY

Mi primer impulso fue seguir a Noah y chincharlo un poco más. Pero le di tiempo. La forma en la que se había largado parecía gritarme

que no estaba en sus cabales. Y eso me hizo gracia, pero también me pregunté si la tensión que yo sentía era recíproca.

Finalmente, salí del salón. Pensé que se había ido a su habitación, pero lo encontré en la terraza, hablando por teléfono. Me acerqué. Reconocí de inmediato con quién hablaba por la postura relajada de sus hombros. James era el único que conseguía que la gente bajara la guardia de ese modo.

Me detuve en el umbral y me permití el lujo de observarlo detenidamente ahora que todavía no me había visto.

Mis ojos recorrieron la línea de su espalda y subieron hasta su cuello. Me pregunté cuánto destacaría un chupetón sobre aquella pálida piel. Me pregunté qué sentiría si yo mismo se lo hacía.

Sentí un nudo apretado en el estómago. No tenía ni pajolera idea de lo que me pasaba. Quizá estaba demasiado sugestionado por la cantidad de tonterías que me había dicho Sofía en las últimas horas. Tanta insistencia en que ese muchacho me atraía había terminado por lavarme el cerebro, eso tenía que ser.

Noah colgó y se giró. Nuestros ojos se encontraron y el mundo pareció detenerse un instante. Observé su boca. Joder, nunca me había fijado tanto en los labios de un tío. Era rosada y carnosa, un contraste brutal y perfecto con su piel de porcelana y su cabello azabache.

Me encantó ver cómo se cohibía bajo mi escrutinio. En realidad estaba para comérselo, y ese pensamiento me golpeó con la fuerza de un tren de mercancías.

—¿James? —carraspeé, rompiendo el silencio antes de cometer una locura.

«¿Qué locura, Kenny?», ironizó mi fuero interno. No quise ni imaginarlo.

—Sí. —Noah se rascó la nuca, nervioso—. Me ha convencido para ir. Y yo había pensado en llevar a Liam conmigo. Tiene mejor porte que yo, ¿no te parece? A lo mejor, con un poco de suerte, puedo encasquetarle a él eso de posar.

—Es tan bueno que seguro que no te pone pegas.

Y lo decía en serio. Estaba seguro de que James se iba a enamorar de la bondad de Liam. Ese chico era fácil de adorar, tan noble como los de antaño.

Noah tragó saliva. El movimiento de su garganta me fascinó. Sabía que estaba nervioso por mi presencia y provocar eso en él lo hacía aún más irresistible a mis ojos.

—¿Te vas ya? —preguntó tímido.

Sabía que lo estaba mirando con un hambre que no tenía explicación, pero no podía evitarlo. Lentamente, me acerqué a él con las manos en los bolsillos, disfrutando de cómo se le cortaba el aliento.

—Sí. Los chicos se están despidiendo de Sofía.

Noah miró de reojo hacia el vestíbulo.

—¿Y te atreves a dejarla sola?

—Ha toreado en plazas peores, créeme —bromeé, sin una pizca de preocupación.

Sofía había empezado muy joven en el mundo del modelaje, un terreno lleno de tiburones. A los dieciséis años ya sabía lo que era que un hombre intentara meterla en la cama bajo la promesa de éxitos rápidos. Y ella conoció ese día lo que era ser una víbora sedienta de sangre, porque no solo se defendió, sino que le arrancó de un mordisco un pedazo de oreja al tipo.

Por entonces, todo el mundo le dio la espalda. Al fin y al cabo, era una cría que apenas había hecho unas pocas sesiones para marcas sin importancia y la tacharon de problemática. Pero ella siguió insistiendo, peleando con uñas y dientes, y al final logró que los mejores diseñadores del mundo se pusieran de rodillas a sus pies.

Así que no me preocupaban mucho los babosos que había por ahí, porque Sofi sabía hacerse respetar. Era una mujer de alto valor, y Nate y los demás eran inofensivos comparados con los que ella había devorado.

—Nate es más guapo que tú —sonrió Noah, sacándome de mis pensamientos.

A pesar del ataque, me emocionó saber que Noah me tenía en su mente para hacer comparaciones. Torcí el gesto, fingiendo ofensa.

—Vaya, ¿crees que soy guapo?

—Yo no he dicho eso —protestó Noah, ruborizado hasta las orejas.

—No, pero si me comparas con tu amigo, se puede malinterpretar.

—Idiota.

Noah me empujó el hombro, y yo me reí. Era tan divertido pasar tiempo con él, tan fácil.

Vi cómo agachaba la cabeza.

—¿Qué te han dicho en el club?

—Una semana de baja. —No me pude resistir a levantar una mano y tirar de un mechón de su flequillo—. Los del Wolverhampton están celebrándolo.

—Golear al Wolverhampton es de paletos —se burló.

—No me quites méritos.

Le costó un poco más sonreír. Seguía un poco decaído. Entonces, deslicé mi mano hacia su mandíbula, acariciando el hueso con el pulgar. Sentí claramente cómo se estremecía bajo mi contacto, pero no se apartó. Y yo no quise parar.

—Sigues culpándote —murmuré.

—Me siento como una mierda. —Me miró directo a los ojos—. Esa es la única verdad que te diré.

Sentí cómo el pulso se me aceleraba ante esa confesión.

—¿Hay más verdades?

Noah me empujó, rompiendo el hechizo.

—Vete de una vez.

Risueño, asentí con la cabeza y acepté mi retirada.

—Buena suerte mañana.

—Gracias.

Me alejé de allí sonriendo como un bobo. Al llegar al vestíbulo, me acerqué a Sofía, que estaba intimidando con una sensualidad aterradora a Nate. El pobre parecía a punto de desmayarse otra vez. Era tan guapo el condenado que me hacía mucha gracia verlo temblar como una hoja por la cercanía de la diosa de las tinieblas que era mi novia.

Me despedí de los chicos con un gesto general y bajamos al garaje.

—¿Tengo que ponerme celoso? —bromeé en cuanto nos subimos al coche.

—Ese chico se cortaría las venas antes de ponerme un dedo encima. Por cierto, es más guapo que tú —comentó Sofía mientras se ajustaba el cinturón.

—Sí, eso dicen —me reí, encendiendo el motor.

En la radio empezó a sonar *High by the Beach* de Lana Del Rey. La hipnótica melodía llenó el espacio y, de inmediato, me recordó a Noah. Pensé que él era exactamente como una canción de Lana: sensual, oscuro y un poco enigmático. Y lo peor de todo fue que, mientras conducía divagando sobre eso, recordé con una claridad dolorosa lo fácil que habría sido besarlo esa mañana.

45

NOAH

La mañana había sido una absoluta locura, y Liam había estado que no cabía en sí de la emoción por acompañarme y, sobre todo, por conocer al famoso James Bellingham. Su entusiasmo fue tan contagioso que hasta hizo que el trayecto fuera diferente. Sí, por primera vez en nuestra vida, cogimos el metro pagando el billete.

Habíamos llegado a eso de las diez al *showroom* de James, ubicado en un impresionante edificio georgiano de Mayfair. Al principio, estuve un poco tenso, esperando encontrarme un ambiente estirado, pero James se encargó de disipar cualquier incomodidad al instante. Y por supuesto se encandiló de Liam. Fue un flechazo estético inmediato. Además, conectaron con una facilidad pasmosa.

El equipo de James fue encantador con nosotros, nada que ver con lo que había imaginado. Nos trataron como a reyes tomándonos medidas, vistiéndonos de mil formas, con telas que costaban más que mi vida entera, y maquillándonos para resaltar los rasgos.

Aproveché el descanso para refugiarme en un rincón con una botella de agua. Me asombró descubrir lo bien que se le daba a Liam eso de modelar. Tenía una naturalidad frente a la cámara que asustaba. Y eso que a nuestro alrededor teníamos a tíos guapísimos.

Sin embargo, por más que los analizara, no podía sacarme de la cabeza a cierto jugador de fútbol. Ninguno de ellos tenía ese

magnetismo salvaje, ese carisma tentador que Kenny desprendía sin esforzarse.

Luché por silenciar esos pensamientos. De hecho, en un intento desesperado por probar mi heterosexualidad o mi cordura, miré a mi amigo y traté de imaginarme besándolo. Pero no lo conseguí. En todo caso, la imagen me resultó extraña, casi incestuosa, y no me despertó absolutamente nada.

—¿Por qué pareces a punto de entrar en una crisis nerviosa? —dijo James, que se había acercado con sigilo—. Algo me dice que no tiene nada que ver con la sesión.

Tragué saliva.

—Estoy bien —evadí, mirando hacia otro lado.

—Por favor, huele a mentira desde aquí.

Me encogí, sintiéndome acorralado.

—Es… Es algo privado.

James me miró con una expresión pilla, como si ya tuviera la respuesta antes de formular la pregunta.

—¿Ese tema privado tiene el nombre de cierto hombre?

—Ni de coña —protesté de inmediato.

La risilla del príncipe no me contuvo de valorar la situación. James era un hombre abiertamente gay y sin complejos. Quizá él entendería qué demonios me estaba pasando. Aunque temía que le contara algo a Kenny. Al fin y al cabo, era su mejor amigo.

Sin embargo, al mirarlo a los ojos, no me pareció que James fuera la clase de tío que iba vendiendo mierdas por ahí.

—¿Cómo… Cómo supiste que te… gustaban los hombres? —me animé a preguntarle.

—Porque nunca miraba a las mujeres.

—Pero yo sí las miro —sentencié, aferrándome a eso.

James me miró fijamente. Ya sabía por dónde iban los tiros.

—La cuestión no es si prefieres a unos o a otros. Sino si te enciende aquello que está en las antípodas de tus preferencias.

Necesitaba hacer algo con las manos, así que decidí encenderme un cigarrillo allí mismo.

—¿Te refieres a excitarse?

—Exacto. Eres hetero, ¿verdad?

—Completamente. —Lo dije con firmeza, porque era lo único que tenía claro. O eso quería creer.

James asintió despacio, cogió aire y, con un gesto cariñoso, me dio un toquecito en la nariz.

—Entonces, no caigas en la tonta confusión de mezclar admiración con deseo o lujuria.

Tenía sentido. Kenny se había convertido en una especie de ángel de la guarda para mí. Alguien inalcanzable y poderoso que me había salvado el culo. Quizá solo era eso: una admiración desmedida.

—¿Y cómo lo descubro? —pregunté cabizbajo, mirando la brasa del cigarro.

—Te diría que el tiempo quizá responderá a esa pregunta.

—Ese «quizá» no resuelve el problema.

Al final del día, yo seguiría pensando tonterías sobre Kenny. El tiempo no iba a borrar la calidez de su abrazo en el sofá.

James me analizó en silencio. Sentí que podía leerme los pensamientos y desentrañar el nudo que tenía en el estómago. Entendí que estaba teniendo tacto porque había reconocido que mi agobio era real.

—¿Cuál es el problema exactamente, Noah?

—No lo sé… —jadeé.

—¿Pero?

Era una estupidez seguir esquivando la realidad. Lo mejor para entender lo que me estaba pasando era enfrentarse a ello de cara, como en una pelea.

—No dejo de pensar en él.

Nos miramos.

—En cierto modo es lógico. Kenny se ha convertido en tu referente de seguridad.

Sí, eso creía yo también.

—¿Tanto como para confundirme? —planteé, buscando una respuesta lógica—. No entiendo de sentimientos románticos, James, pero creo que esto que siento no es normal.

—¿Y qué sientes? —indagó, poniéndome contra las cuerdas. Quizá era necesario para que yo reaccionara.

—Tuve un encuentro sexual con una vieja conocida hace unos días. No podía sacarme sus ojos de la mente mientras lo hacía. Esa fue la primera señal de alarma.

Todavía me perturbaba haber pensado en Kenny mientras me follaba a Sally. Me sentía sucio.

—¿Y las demás?

—Me pongo… nervioso cuando… está cerca… o me escribe. ¡Ah, me estoy volviendo loco! —Me froté la cara con frustración—. ¡No sé qué mierda me pasa!

James sonrió como si fuera un gato a punto de cazar al ratón.

—La situación me lleva a proponerte métodos bastante… drásticos.

Lo miré casi con devoción. En ese momento, James era mi única tabla de salvación.

—Tócate. —Soltó la bomba sin anestesia. Y yo me quedé congelado, con el cigarro a medio camino de la boca—. Y piensa en él mientras lo haces. Piensa en él de la forma más íntima posible. Es vulgar y sucio. Pero resuelve el principal problema.

Parpadeé aturdido.

—Es demasiado extremo.

—Cierto, pero si el experimento falla estrepitosamente sabrás con certeza que no quieres a Kenny de ese modo.

Le di una profunda calada al cigarro. Me imaginé haciéndolo. Me imaginé en la oscuridad de mi habitación, tocándome mientras

visualizaba la cara de Kenny, su boca, sus manos. Y sentí un terror frío en las venas.

—¿Y si resulta que funciona?

—Hablaremos de ello entonces.

Lo miré asombrado y agradecido, pero también me sentí extraño.

—¿Por qué me aconsejas esto? Estoy hablando de tu amigo.

James dejó de mirarme a mí para fijar la vista en un punto más allá de mi hombro.

—Hablando del rey de Roma. —Me tensé al instante, como si me hubieran pillado robando—. Disimula mejor, Noah, cariño.

KENNY

Entré en el *showroom*. Solía ir a menudo, pero en esa ocasión solo me apetecía ver a Noah. Y no quería ni preguntarme por qué. Simplemente me movía por puro instinto.

Lo encontré junto a James en un rincón apartado. Me quedé paralizado y el pulso me estalló frenético en los oídos. Noah no llevaba su habitual ropa holgada. Mi amigo lo había estilizado con un traje de corte moderno y cuello italiano que, para colmo, lucía como si fuera una segunda piel hecha a medida para su cuerpo. Le habían peinado el cabello hacia atrás, dejando que varios mechones de su flequillo cayeran sobre sus ojos para enfatizar el puente de sus cejas.

Su lenguaje corporal me dejó sin aliento. Estaba apoyado en un mostrador, fumando un cigarro con una desgana ensayada, con los hombros ligeramente encorvados y los pies cruzados. Desprendía una masculinidad chulesca, callejera y un poco violenta que, misteriosamente, me encendió la sangre.

Aquello no era la ternura habitual de «hermano mayor» que solía sentir, sino una apreciación estética pura y dura. Y es que Noah parecía un príncipe oscuro, una obra de arte peligrosa en medio de aquel caos de moda. Y a mí se me secó la boca al instante.

«Quizá no ha sido tan buena idea venir», pensé.

Cogí aire y caminé hacia ellos, escondiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón. Era la única manera que se me ocurrió de fingir relajación, además de evitar otear lo bien que aquellos pantalones marcaban su cintura.

—¡Qué bien te sienta hacer el vago, Kenny!

James me recibió con su habitual arrogancia cariñosa, abriendo los brazos como si fuera el dueño del mundo.

—Cállate —sonreí—. Sofía me ha dejado tirado porque quería irse a tomar café con sus amigas. Y yo me aburro sin nada que hacer.

Eso era cierto. Tenía una agenda tan estricta con el fútbol que me parecía mentira tener tiempo libre un martes por la mañana.

Miré a Noah. Lo recorrí con la mirada de arriba abajo porque disimular habría sido más cantoso. Mis ojos se engancharon en la línea de sus piernas, en cómo la chaqueta se ajustaba a sus hombros. Joder, estaba para comérselo. Quizá no era el pensamiento más adecuado sobre un colega. Pero es que hasta mi polla se confundió. Sentí un latigazo muy incómodo e inoportuno.

—Vaya, pareces una obra de arte.

Maldita sea, no lo dije para ser amable. Lo solté porque era una verdad que se me escapó de los labios sin pasar por el filtro de mi puto sentido común. ¿Qué coño me pasaba?

—Obvio —se vanaglorió James—, me he encargado de destacar sus virtudes, y son muchas.

—Eso veo. Estás guapo. Peligrosamente guapo.

Noah, en lugar de sonrojarse o tirar de ironía como solía hacer, palideció de golpe. Sus ojos mostraron un pánico real, tan intenso que a punto estuve de echarme a reír por lo absurdo de la situación.

—Me voy.

Pestañeé aturdido observando cómo desaparecía entre los percheros. Sí, acababa de huir de mí.

—¿Qué le has hecho? —le protesté a James.

—¿Yo? —Levantó las manos en señal de inocencia—. Nada. Has sido tú que nos has interrumpido en la mejor parte de nuestra conversación. Me estaba abriendo su corazón.

No quise ni imaginar qué demonios estaban hablando. De James podía esperarme cualquier cosa.

—Invítame a una copa, anda.

Fuimos hacia la zona de bebidas. Me sirvió un *whisky* con hielo y me miró con esa sonrisita insoportable de «lo sé todo y tú no». Traté de ignorarla y me apoyé en la mesa, dándole un sorbo a mi copa para calmar aquellos estúpidos nervios que sentía.

Desde nuestra privilegiada posición, se veía todo el set. Liam estaba posando y lo hacía sorprendentemente bien, con una naturalidad pasmosa. Parecía que llevaba años practicando. Sin embargo, mis ojos se desviaron hacia Noah, que estaba junto al fotógrafo, charlando con él. Raro teniendo en cuenta lo introvertido que era ese chico. O quizá es que lo era solo conmigo.

Vi cómo el fotógrafo le enseñaba el resultado en la pantalla de la cámara y comentaba algo con él, provocando que Noah asintiera. Parecía tan cómodo como lo habría estado con uno de sus Furin. Yo nunca había conseguido que se calmase de esa manera.

Mierda, solo tenía ojos para él. Seguía cada uno de sus gestos, cada cambio de postura, cada mirada o sonrisa con una intensidad obsesiva. No podía evitarlo, era como si mi mirada estuviera imantada a su piel.

—No le quitas ojo —afirmó James, rompiendo mi concentración.

—¿Tú también? —suspiré.

—¿Quién se me ha adelantado? —bromeó, alzando una ceja.

—Sofía.

«No me importaría que explorases». Esas habían sido las palabras de mi novia y yo no podía sacármelas de la cabeza, ni siquiera mientras estábamos follando. Y eso que nos pasamos toda la noche haciéndolo para compensar las semanas de ausencia. Pero la imagen de Noah no abandonó mis pensamientos ni cuando me corrí. Y eso me hacía sentir una culpa terrible.

—Es sibilina como una serpiente —se rio James, divertido—. No se le escapa nada. ¿Y bien, hemos acertado?

Le di un codazo en las costillas, algo que ensanchó aún más su risa. Me molestaban horrores sus carcajadas. De hecho, en ese momento me pregunté por qué coño lo quería tanto si era tan insoportable.

—Kenny, reconoce que ese chico te tiene embelesado y que eso va más allá de tus objetivos filantrópicos.

Tragué saliva y apreté el vaso con fuerza, temiendo romper el cristal. Intenté racionalizar lo que sentía a toda costa. Me dije a mí mismo que era «amistad», que era «protección». Me aferré a mi identidad heterosexual como a un salvavidas en medio de una tormenta. No quería involucrar nada más en aquella ecuación.

—Solo quiero su bienestar. Cuando lo conocí no esperaba que congeniáramos tan bien. Me gusta pasar tiempo con él.

—Un amigo.

Fulminé a James con la mirada.

—Exacto. Un amigo —sentencié.

Me parecía increíble que estuviéramos hablando de la posibilidad de que me gustara un tío. Ni siquiera en Eton, cuando todos estábamos en esa fase de explorar y probar cosas nuevas, toqué a un tío. No me iba ese rollo.

—A mí no me miras de ese modo. Ni a Gianni, y eso que es una belleza. Ni qué decir de Daniel o Hunter o tus compis de equipo.

—¿Y cómo lo miro, ah? —desafié.

—Como si quisieras devorarlo.

Me tensé. Me molestó que insinuara algo tan puramente sexual. Yo sentía que mi devoción por Noah era algo más elevado, algo puro.

—Estás demente, ¿lo sabías?

Me convencí a mí mismo de que todo aquello que me estaba pasando era pura justicia poética. Quizá mi cerebro estaba confundiendo «querer salvarlo» con «querer tenerlo». Tenía que ser eso.

—A lo mejor es que me enfurece toda la situación. Me parece injusto que Alistair tratara así a un ser tan increíble.

James suspiró y se apoyó en la mesa junto a mí.

—Acordamos que esa realidad no te afectaría en el proceso, Kenny.

—Pues lo hace. Me afecta —protesté.

—Porque está empezando a importarte demasiado. Y por tu forma de observarlo o reaccionar cuando está cerca, amigo mío, no pinta muy bien la cosa.

Sabía que James tenía parte de razón, pero me daba terror admitirlo en voz alta.

—No me infectes con tus suposiciones de cotilla —bromeé.

—Soy un rey chismoso.

Alcé las cejas, mirándolo de reojo.

—¿Has subido de estatus?

—No voy a caer en la trampa de responderte, gilipollas.

Nos carcajeamos, liberando un poco de tensión.

—No pierdas la cabeza sin estar lo bastante seguro, ¿vale? Odio discutir contigo.

Apreté los dientes. Entendí perfectamente qué quería decir. Nada de jugar con Noah por culpa de una confusión pasajera. Pero es que eso no iba a pasar.

—James, no necesito consejos sobre atracción homosexual. Las respeto, pero esas son cosas que están lejos de mis preferencias.

Volví a mirar a Noah al otro lado de la sala. Maldita sea, me pareció hermoso. Y por primera vez me permití dudar. Me pregunté si esa «conexión» que sentía, esa necesidad física de estar pegado a él tenía un nombre que yo no quería pronunciar.

Sentí un vértigo real, pero también una atracción inevitable, tan constante como la gravedad.

—Ese es el principal problema de los hombres heteros —dijo James—. Nunca entendéis que a veces la atracción no es solo física. El alma satisface más que un buen polvo.

46

NOAH

Habíamos tomado aquella aula como si fuera una especie de patíbulo.

Fui el último en entrar, y cogí aire. Mis «hermanos» no tardaron en despatarrarse en las sillas con una desidia fingida. Intentaban ocupar más espacio del que les correspondían para ocultar que, en realidad, estábamos todos acojonados esperando al «viejo aburrido» que evidenciaría cuán idiotas analfabetos éramos.

Había nervios, para qué negarlo. Se notaba en el movimiento frenético de la pierna de Nate, en la forma en que Connor mordía el capuchón de un boli hasta deformarlo o en el silencio sepulcral de Liam. Era nuestro primer día de clase y no teníamos ni puta idea de qué mierda nos esperaba.

Por suerte, a los pequeños Furin les había ido genial por la mañana. Los había dejado haciendo los deberes en la sala común y hablando maravillas de su profesora. Jason incluso tenía un *crush* con ella. Quería regalarle flores.

Ahora era nuestro turno. Y allí estaba el resto de la banda. Liam, Connor, Nate, Anthony, Matt, John y yo. En un aula que buscaba intimidarnos, pero que en el fondo tenía un algo acogedor que no terminaba de encajar con nosotros.

Casi lamenté que estuviera anocheciendo. Si al menos hubiera habido un poco de sol la cosa no habría sido tan incómoda.

De pronto, el profesor hizo su entrada. Francamente, esperaba un cincuentón severo, pero el tipo que entró no debía tener más de treinta. Era muy atractivo, parecía uno de esos modelos con toque aristócrata de las revistas de pijos. Para colmo, vestía un traje impecable que le daba una autoridad tranquila y esas gafas de pasta negra que llevaba le daban un aire intelectual que gritaba «suspendo a todo dios y me quedo tan a gusto».

El cambio de energía en el aula fue fulminante. Todos lo miramos como si fuera una aparición mariana. No era para nada como lo habíamos imaginado.

Entonces, me giré hacia Liam. Casi se me escapaba una risa nerviosa. Mi mejor amigo, que solía mantener un porte tranquilo y pasota ante casi todo, se había tensado de golpe y tenía los ojos fijos en el profesor.

—Por favor, tomen asiento —dijo el hombre al ver que algunos seguían apoltronados sobre las mesas.

Obedecieron de inmediato, sin apenas hacer ruido, algo inaudito en ellos.

—Será coña, ¿verdad? —murmuró Liam, pegado a mi costado.

Maldita sea, tuve que apretar los dientes para no reír. Nunca había visto a mi amigo tan impactado. Se había prendado al instante. Menuda jugarreta le tenía preparada el destino.

—No tiene pinta —bromeé en voz baja.

El profesor barrió la clase con la mirada, deteniéndose un segundo en cada uno de nosotros.

—Buenas tardes —saludó con amabilidad—. Mi nombre es Julian Ashcroft. Soy el director de este centro y, de ahora en adelante, seré vuestro tutor.

—Joder… —suspiró Liam, haciéndose pequeño en su asiento.

—Al final, resulta que no es un viejo.

—Cállate —me siseó sin mirarme.

—Pero eres muy joven, profe —soltó Connor desde el otro extremo de la clase, con un interés genuino—. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y dos —respondió el señor Ashcroft mientras lo señalaba con un gesto elegante—. Y baje las piernas del asiento, por favor, señor Bradley.

—¡Hostia, se sabe mi nombre!

Un rumor de pura emoción recorrió el aula. El hecho de que aquel tipo nos tuviera ya fichados nos descolocó por completo.

—Me sé el de todos —desveló el profesor, apoyándose ligeramente en su mesa—. Evitemos las expresiones soeces, ¿de acuerdo?

—Sí —respondimos todos a coro.

El señor Ashcroft apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, aumentando esa presión magnética que emanaba de él. Pude escuchar perfectamente cómo Liam volvía a tragar saliva a mi lado. El pobre lo estaba pasando de pena. Por un segundo, casi lamenté haberlo arrastrado a la primera fila, exponiéndolo así a la mirada del profesor.

—He de suponer que, para la mayoría de ustedes, esta es vuestra primera vez en contacto con una institución educativa —dijo el profesor con una empatía que me descolocó—. Así que permítanme decirles que trataremos de establecer pautas diferentes a lo habitual. No quiero que se sientan presionados ni mucho menos inferiores. Aquí estamos para aprender.

Se explicaba con una delicadeza que no encajaba con su aspecto pudiente e ilustre.

—Plantéense esto como un nuevo reto en sus vidas —continuó —. Pero antes de comentar cómo se va a desarrollar todo este proceso de aprendizaje que os llevará a conseguir vuestros estudios, preferiría que nos conociéramos un poco mejor, ¿están de acuerdo?

La tensión con la que habíamos empezado se evaporó de inmediato. Ese tipo iba a ser nuestro aliado y nosotros el mejor proyecto de sus vidas, no me cabía la menor duda.

—¿Le parece bien empezar a usted, señor Addison? —El profesor tomó asiento sin perder un atisbo de elegancia—. Háblenos de usted.

Liam se entiesó tanto que creí que le iba a dar un calambre.

—¿Qué…? ¿Yo?

Se miraron con fijeza. Fue un duelo silencioso entre la calma de Ashcroft y el caos interno de mi amigo.

—Claro. Está en confianza, ¿no es así? —El profesor señaló al resto de la clase. Sabía perfectamente que allí todos éramos «hermanos»—. Aquí nadie va a juzgarle.

—¿Qué cojones digo? —me susurró Liam sin dejar de mirar al frente, como si temiera que, al parpadear, el hombre se esfumara o le soltara una reprimenda.

—Lo que sea. Vamos —le animé, dándole un codazo cómplice.

Liam se puso de pie y empezó a hablar. Jamás, en todos los años que llevábamos sobreviviendo juntos, creí que lo vería diciendo tal cantidad de gilipolleces. Estaba tan fuera de sí que hasta le temblaba la voz, hilando frases sin sentido sobre mezclas imposibles de comida y anécdotas que no venían a cuento.

Cuando terminó, reinó un silencio estupefacto en el aula.

Me tuve que morder el interior de la mejilla para no estallar en una carcajada. Al mismo tiempo, Ashcroft mantuvo la compostura de forma heroica, pero tras el cristal de sus gafas detecté un destello divertido.

Suerte que Connor no tardó en igualar la apuesta.



Salimos de clase tres horas más tarde, cuando la noche ya se había tragado por completo la ciudad y el aire se sentía más afilado. Nos habíamos convertido en una revolución de bromas y carcajadas que rompían el silencio del barrio mientras cargábamos nuestras mochilas y nos fumábamos unos cigarros.

Lo cierto fue que ese cigarro del postrimer día de clase fue una pasada. Y me detuve un segundo a observar la escena que se desarrollaba a mi alrededor. Me costó procesarla. Nunca creí que vería algo igual.

Había sido una experiencia magnífica, para qué engañarnos. Nos lo habíamos pasado de lujo presentándonos, hablando y descubriendo que, a pesar de todo, teníamos algo que decir. Tenía ganas de volver al día siguiente.

—¡Parecías un puto idiota! —se burló John de Liam, dándole un empujón amistoso que casi lo manda al suelo.

—¡Y el profe no dejaba de pestañear con cara de: «¿y a mí qué coño me importa la mezcla de atún con chocolate, ah?»! —le secundó Anthony, imitando la expresión de desconcierto de Ashcroft.

—Lo mejor ha sido cuando ha dicho que nunca ha tenido una cita —se carcajeó Matt.

—¡Idos a la mierda de una puta vez, cabrones! —gritó Liam.

Estaba rojo como un tomate. Le ardían hasta las orejas. Y yo no podía dejar de reírme, me dolía hasta la tripa. Mierda, jamás me lo había pasado tan bien.

—Que yo recuerde tu apreciación sobre los pechos de Melani tampoco era necesaria, Connor —comenté, cambiando de objetivo para darle un respiro al pobre Liam.

Pero a Connor le importaba un carajo todo.

—Los pechos de mi dama son una puta obra de arte —comentó con orgullo—. Ergo me gusta el puto arte.

—¿Ergo? —dijimos varios a la vez.

—Sí, ¿qué pasa? Me estoy culturizando —se defendió él—. Ya he leído cuatro novelas de esas chungas e intelectuales que tanto le gustan a mi dama.

Se me escapó una carcajada. La verdad era que el muy capullo se lo estaba currando de verdad.

—Tu dama pasa de ti —se rio Nate, buscando guerra.

—Al menos yo no me desmayo delante de la realeza —le soltó Connor sin anestesia.

Eso fue un punto bajo que me arrancó otra risa. Iba a pasar mucho tiempo —o quizá hacía falta que otro hiciera un ridículo todavía más pavoroso— para que lográramos olvidar la imagen de

Nate desplomándose como un saco de patatas delante de Sofía Drakova.

—¡Estaba bajo de tensión, capullo! —protestó.

—Hiciste el ridículo, asúmelo.

Nate lo señaló con el dedo, todo enfurruñado. Era guapo incluso cabreado.

—Así te entren retortijones cuando estés a punto de comerle la boca a Mel —lo maldijo Nate, y nuestras carcajadas subieron de volumen.

—Ergo das por hecho que voy a liarme con ella —bromeó Connor.

—Ergo me suda la polla —exclamó harto ya de la palabrita.

Me fijé en Liam. Caminaba un poco encorvado, todavía ruborizado, completamente perdido en sus pensamientos. No hacía falta ser un lince para saber que seguía dándole vueltas a su estreno como alumno estrella.

Le di un empujoncito con el hombro para llamar su atención.

—Te ha molado —le piqué.

Nos miramos con complicidad. El resto de la banda seguía bromeando unos metros por delante. Ahora le tocaba a Anthony aguantar el chaparrón de burlas, pero, conociéndolo, seguro que hasta participaba.

—Mierda, está buenísimo —soltó Liam—. ¿Se me ha notado?

—¡Qué va! —ironicé.

—Vivía mejor pensando que era un viejo que chochea. ¿Cómo mierda me voy a concentrar en clase con él? Y encima tiene esa voz grave y se expresa tan bien.

—Lo de la cita ha sido muy casual, la verdad. No se te ha notado nada.

—Vete a la mierda —me empujó entre risas—. Me puse nervioso, joder. Estaba ahí mirándome con sus gafas…

Lo cierto era que Ashcroft poseía una mirada intimidante. Disponía de un atractivo de esos que hacen sentir a uno fuera de lugar solo por la forma en que el tipo respiraba o se movía. Pero todo lo que tenía de arrogante en su aspecto lo tenía de amable en su actitud.

—A saber qué guarradas estabas pensando —me burlé.

—No quieras saberlo. Ah, el puto Julian Ashcroft. Hasta su nombre es perfecto.

—Y le queda bien el traje, ¿eh?

—¡No me lo recuerdes! —protestó casi con dolor físico—. Bastante daño me ha hecho ver cómo se le ciñe el pantalón de pinzas al trasero. Me he pasado las tres horas imaginándomelo en pelotas.

Entramos en tropel a la residencia. Sam vino corriendo hacia nosotros y se le tiró encima a Connor, que lo subió en volandas.

—¡Kenny está en la tele! —exclamó el crío.

—¡Mierda, el partido! —soltó Connor al tiempo que Maggie aparecía por el pasillo con las manos en las caderas.

—¡Esa boca! —gritó ella.

—Quiero decir, ¡Recórcholis, el partido! —corrigió Connor antes de largarse tan pancho hacia el salón.

Los demás soltamos una carcajada y Maggie se pellizcó el entrecejo con resignación.

—Me saca de quicio —admitió sonriente—. ¿Cómo ha ido?

—El profe es la… —Liam se cortó justo a tiempo para no soltar una burrada—. Es encantador.

—¿Encantador? —Maggie parpadeó, completamente aturdida por la elección del adjetivo—. Bueno, es una apreciación bastante inesperada, la verdad.

—Es un tío genial —intervino Anthony con una sonrisa de oreja a oreja—. Ha pillado un bote de cristal y nos ha dicho que soltemos cincuenta peniques por cada palabra soez que digamos. ¡Hemos acumulado treinta y ocho libras solo esta tarde!

Maggie arqueó las cejas con incredulidad. Lo cierto era que nos expresábamos tan mal que, a ese ritmo, íbamos a tener el mejor viaje de fin de curso de la puta historia.

—Dice que al final del curso usaremos esa pasta para irnos de vacaciones —añadió John.

—¿Soez? —indagó Maggie, divertida con la nueva palabra fetiche del grupo.

—Sí, es una bonita palabra, ¿verdad? —recalcó Anthony, henchido de orgullo—. ¡Está usted muy soez esta noche, señora Davies!

Se quedó tan orgulloso después de soltarlo.

—Es el primer día, no se lo tengas en cuenta —murmuré risueño.

Al cabo de un rato, estábamos todos amontonados en el salón. Había varios huéspedes más, gente con la que ya estábamos tan integrados que los sentíamos como familia. Nos habíamos apiñado frente a la pantalla para ver el partido del Tottenham contra el Everton. Era el primer encuentro de Kenny desde su «baja» forzada. No quería pensar en ello.

Resultaba increíble ver a un grupo de Gunner animando al rival solo por un hombre. El efecto Langford era una fuerza de la naturaleza.

Entonces, ocurrió.

Kenny arrancó por la banda con esa potencia física que cortaba el aliento. Fue un disparo de pura velocidad. Esquivó al primer defensa con un quiebro eléctrico, dejó atrás al segundo como si fuera un poste y, sin pensárselo, marcó un golazo con la zurda que fue una puta fantasía.

La sala estalló. Saltamos como si se nos fuera la vida en ello. Yo me uní a la euforia general, gritando hasta quedarme afónico, sintiendo cómo la adrenalina me recorría la columna vertebral. Eso tampoco lo había sentido en mi vida.

Entonces, la cámara enfocó a Kenny corriendo hacia el córner. Pero no buscaba a la grada. De pronto, miró fijamente a la lente y, con una parsimonia que me heló la sangre, juntó los dedos formando la cabeza del zorro, el gesto de Aki en Chainsaw Man. Y sonrió.

El ruido de la sala se apagó. Mis «hermanos» y los demás huéspedes todavía celebraban, pero para mí solo existía ese mensaje. Nadie más en el estadio ni en medio Londres entendía lo que acababa de pasar. Solo los Furin.

Era Kenny diciéndonos «esto es para vosotros». Y el corazón empezó a martillearme contra las costillas con una violencia que me dejó sin aire.

Poco a poco, el sonido de la realidad volvió a filtrarse. Los chicos no paraban de aullar eufóricos, imitando el mismo gesto, pero yo ya no estaba allí. Tenía la piel encendida, no dejaba de seguir a Kenny con la mirada, hipnotizado. Era impresionante verlo jugar, observar esa potencia física desatada, la forma en que sus músculos se tensaban bajo la camiseta y cómo ponía los brazos en jarras cuando el árbitro paraba el juego. Tenía esa risa provocadora grabada en la cara constantemente, desafiando a los rivales, con el sudor perlándole la piel.

No pude aguantar más. Necesitaba silencio, necesitaba que el aire dejara de vibrar. Que mi cuerpo dejara de temblar de… ¿deseo? ¿inquietud? Qué coño sabía.

Me escabullí a mi habitación. Apoyé la espalda contra la puerta y cerré los ojos con fuerza, tratando de borrar la imagen de Kenny de mi retina. Fue inútil.

«Tócate. Y piensa en él mientras lo haces».

El consejo de James invadió mi mente. Fue como un latigazo. Abrí los ojos y miré mi entrepierna. Mierda, se me había puesto erecta solo por ver al puto Kenny Langford sudando en el campo.

Estaba jodido. Muy jodido.

Eché el pestillo con manos temblorosas y me tumbé en la cama. No iba ceder. Pensaría en una chica cualquiera. Una buenas tetas y

una cálida vagina. Me demostraría que seguía siendo hetero, que Kenny no me encendía, que el consejo de James no serviría para nada.

Me bajé la bragueta y cogí mi polla. No sé por qué temblé cuando empecé a tocarme. Al principio, fue algo mecánico, casi como un castigo. Pero mi mente no tardó en traicionarme.

Kenny apareció bajo mis párpados, dominante y radiante bajo los focos del estadio. Traté de evitarlo, de luchar contra la marea, pero me faltaron las fuerzas. Me dejé llevar por la fantasía, imaginando que estaba allí, conmigo.

Lo imaginé tocándome con esa misma seguridad con la que manejaba el balón, lamiéndome la piel con una lentitud desesperante, susurrándome guarradas al oído con esa voz grave que me deshacía por dentro. Lo imaginé sentado a los pies de la cama, simplemente observando la puta locura que yo estaba llevando a cabo por su culpa.

El placer se volvió intenso y me sobrevino una descarga eléctrica insoportable. Me corrí de forma violenta, arqueando la espalda contra el colchón y jadeando su maldito nombre entre dientes.

Un rato después, me cubrí los ojos con el antebrazo. El pulso me taladraba los oídos. Y la realidad no tardó en caérseme encima.

—Mierda…

47

KENNY

Faltaban unos minutos para que dieran las ocho de la tarde cuando detuve el coche frente al Centro Educativo. Bajé y me apoyé contra la carrocería, sintiendo un cansancio muy agradable en el cuerpo. Y es que venía de pasar la tarde con los enanos. Me habían dejado agotado. Hasta Eddie, con lo bueno que era, había sacado su parte loquita a la luz.

«Nota mental: no dejarle jugar de nuevo al Paintball», pensé. Y es que el hermano de Nate tenía un punto sádico bastante controvertido.

Ahora, sin embargo, le tocaba el turno a los «mayores». Quería darles una sorpresa, algo que les hiciera sentir que su esfuerzo tenía recompensa. Me sentía jodidamente orgulloso de ellos y no pensaba ocultarlo.

En cuanto la puerta del centro se abrió y los vi salir, sonreí. Disfrutaba de su energía caótica, de esa forma que tenían de ocupar la acera, como si el asfalto les perteneciera por derecho. Pero, como siempre, mis ojos hicieron un barrido rápido hasta dar con el objetivo.

Noah.

Se detuvo un instante al verme y noté cómo un ligero rubor le subía por las mejillas. Era evidente que no esperaba verme allí, y esa expresión de sorpresa mezclada con timidez fue como un chute de adrenalina.

—¡Kenny! —exclamaron Anthony y John a coro, corriendo hacia mí.

Los recibí con un abrazo. En realidad, creo que me pasé unos quince minutos repartiendo saludos y palmadas y más achuchones. Tuve hasta que repartir collejas para que no me mantearan por mi última victoria.

Noah, sin embargo, observó la escena con esa reserva tan suya. Y me miraba con una sonrisa traviesa que logró erizarme la piel.

—¿Qué pasa, tío? —dijo Connor tratando de hacerme una llave de esas de kárate—. Qué asco más grande te tengo, joder. Menudo golazo marcaste ayer.

Se me escapó una carcajada. Me encantaba ese tío.

—Soy el puto amo, chaval. Acéptalo. —Le guiñé un ojo—. Por cierto, se te está poniendo cara de empollón, Connor.

—¡Ja! Soy más listo que ayer, pero menos que mañana.

Nos echamos a reír.

—Venga, elegid —anuncié—. Hamburguesa, pizza, tacos, sushi… Lo que queráis.

—¿Nos vas a invitar a cenar? —indagó Liam.

—Me he pasado la tarde en el parque de bolas con los pequeños —les conté mientras empezábamos a movernos—. Por culpa de Jeremy he tenido que pagar la reforma del tobogán y unas nuevas gafas para tu hermano, Nate —señalé al aludido, que puso los ojos en blanco porque sabía de sobra lo torpe que podía llegar a ser el crío—. Pero todos están ilesos y con una indigestión de dulces. Así que ahora me toca celebrar con los mayores.

—¿El qué exactamente? —preguntó Matt.

—El comienzo de vuestra vida estudiantil. El hecho de que no hayáis quemado el instituto el primer día ya es un logro.

Todos se pusieron a gritar.

—¡Coño, pues prepara la cartera! —exclamó Connor.

—¡Quiero emborracharme! —gritó Liam.

Me acerqué a Noah.

—Tienes ideas muy peligrosas, Langford —dijo bajito.

—¿A que molo? —sonreí.



Observé el desastre con una mezcla de incredulidad y auténtica fascinación. Habíamos terminado en aquel reservado de karaoke casi por inercia.

Después de atiborrarnos a comida mexicana en una taberna que había por el barrio, Connor empezó a canturrear medio borracho al salir. Los demás, que no necesitaban ni medio empujón para apuntarse a un bombardeo, le siguieron el rollo, y lo siguiente que recuerdo es que estábamos allí metidos.

Me mantenía con una sola cerveza en la mano, controlando la situación desde la barrera. Hacía años que no me lo pasaba tan bien en una salida. Acostumbrado como estaba a las fiestas de alto nivel, aquello tan sencillo y casi adolescente me parecía mucho más divertido.

Los Furin eran una locura. Una fuerza de la naturaleza sin filtros. Justo en ese momento, Connor estaba subido a un taburete, moviendo la cabeza con la saña de un metalero poseído mientras berreaba algo que no entendía ni él. Los demás lo jaleaban como si estuvieran en Wembley.

Noah ocupaba un rincón justo a mi lado, observando el espectáculo como si estuviera tratando de descifrar en qué momento de su vida se habían convertido en eso.

Y de repente, el ruido de los chicos se volvió un murmullo lejano. Me quedé hipnotizado, mirando a Noah. Las luces de colores del reservado, erráticas y vibrantes, jugaban a crear profundas sombras en su rostro, perfilando la línea de su mandíbula con una precisión que me cortó el aliento.

Noah estaba demasiado guapo en ese preciso momento, con los hombros relajados y la guardia baja. Había algo en la forma en que

la luz acariciaba el puente de su nariz o se perdía en el desorden de su pelo negro que me revolvía el estómago. Y no pude evitar acercarme un poco más él ajeno a que su aroma me nublaría el juicio. Definitivamente, estaba perdiendo la cabeza por ese chico.

—Todavía no te he oído cantar a ti —le dije al oído.

Maldita sea, me encantó verlo temblar.

Noah se giró para mirarme con una rigidez que delataba lo mucho que le afectaba mi cercanía.

—Ni lo vas a hacer —protestó.

Su voz sonó un poco más insegura de lo que pretendía, y se me escapó una risa ronca.

—¿Y eso por qué? No me digas que el gran Noah Sterling tiene miedo escénico.

—Pues sí. —Se encogió de hombros, tratando de recuperar esa indiferencia que siempre usaba de escudo—. Tengo un sentido del ridículo mucho más grande que el de Connor y Anthony.

—¡Es que no se te entiende una mierda, tío! —protestó Liam a unos metros de nosotros, encandilado con el bochornoso espectáculo de su amigo.

—¡Es japonés, imbécil! —se quejó Connor, que por poco se parte los dientes al bajar del taburete.

—¡Qué va a ser eso japonés! —exclamó Nate.

—¡Comedme los huevos!

Me carcajeé. Eran tan desvergonzados. Pero el imán volvió a tirar de mí y devolví la mirada a Noah. Mierda, estaba tan cerca que podía ver perfectamente cómo se le erizaba la piel del cuello.

—Quítales el micro antes de que pidan otra ronda, por favor —me rogó, risueño—. Y deja de mirarme así.

Torcí el gesto y sonreí solo para él. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Era el mismo lenguaje corporal que usaba cuando quería conquistar a una chica en un reservado de Mayfair. No tenía sentido que lo hiciera con Noah. Joder, era un tío. Pero sin darme cuenta apoyé el brazo en el respaldo del sofá y reduje nuestro

mundo a ese pequeño espacio entre mi cuerpo y el cuero del asiento.

—¿Te intimido? —murmuré.

—¿No ves que sí, capullo?

Pero no se amedrentó. Me sostuvo la mirada con una valentía que me encendió la sangre. Y cometí el fatal error de otear su boca. Tragué saliva. Quería besarlo. Quería hacerlo de verdad. Allí mismo, pese a que las sombras no nos ocultarían a ojos de sus «hermanos». Sentí una posesividad abrumadora, una atracción tan física y pesada que apenas me dejaba respirar.

—¿Qué canción de Lana del Rey escucharías ahora? —jadeé.

—*Born to die*.

Entonces, moví la mano que tenía apoyada en el respaldo y deslicé mis dedos por su nuca, rozando la base de su pelo con una lentitud desesperante. Noah se quedó petrificado y contuvo el aliento, pero sus ojos no se apartaron de los míos.

—Estabas perdido, pero te he encontrado —le dije, citando la letra de la canción, y sentí que cada palabra pesaba una tonelada.

—Sí… —jadeó—. Esto es perfecto, y por eso tengo miedo.

NOAH

Después de la tormenta de diversión en el karaoke, tocó lidiar con la logística del regreso a la residencia. Y no fue tan fácil como cabría esperar de personas funcionales.

Como Kenny y yo éramos los únicos que apenas habíamos bebido, nos tocó la labor de pastorear al resto. Fue una odisea de caídas accidentales e intentos de despelote. A Anthony tuve hasta que colgármelo del hombro cual saco de patatas porque el tío tenía fijación con escalar farolas, y no quería terminar en urgencias.

Por suerte, logramos que bajaran la voz en cuanto cruzamos el umbral de la residencia. No era plan de despertar a todos porque un grupo de descerebrados se había emborrachado y les había dado por cantar *You never walk alone*.

Subimos a los chicos a sus habitaciones entre risas ahogadas, quejidos y tropiezos constantes. Me tocaba dormir con Nate, porque la borrachera de Connor no me daba para llevarlo hasta su habitación.

—Kenny, te quiero, tío —soltó enganchado al cuello del capitán mientras este lo arrastraba hacia mi cama.

—Sí, yo también, venga.

Lo acostó con cuidado.

—Pero que te quiero mucho, ¿eh? Me importa una mierda que seas un puto spur. Díselo a tu prima. Dile que soy un buen tío.

—Yo se lo digo.

Kenny lo tapó con la manta mientras yo, en la otra cama, me peleaba con los cordones de Liam para quitarle los zapatos.

—El profe me mira como si fuera un idiota —suspiró con la mirada perdida en el techo.

—Eso no es cierto —le aseguré.

—Me guuusta.

Kenny me miró con el ceño fruncido.

—¿Le mola Ashcroft?

—No preguntes —sonreí, haciendo un gesto para salir de allí antes de que Liam se pusiera a divagar sobre sus fantasías con el profe.

Abandonamos la habitación en silencio. Habíamos logrado acostarlos a todos y capear la vomitera de John. Así que me sentía orgulloso de que el caos hubiera dado paso a esa calma que se respiraba en aquel pasillo en penumbra.

—Te dije que no era bueno que pidieran otra ronda —bromeé un poco nervioso.

Kenny me sonrió y, como yo era idiota, me estremecí. Joder, no podía dejar de mirarlo. El silencio era tan denso e íntimo que me aceleró el pulso. Ya no había ruidos, ni amigos borrachos, ni distracciones. Solo ese hombre y yo, observándonos con una intensidad abrumadora.

Honestamente, su presencia me cautivaba. Pero me sentía culpable por lo que había hecho en mi cama la noche anterior, aunque en el fondo sabía que volvería a suceder.

Mierda, me había costado un mundo disimular esa tensión abrasadora cuando lo vi al salir de clase. Había creído que era unilateral, pero sus ojos me invitaban a divagar, y el contacto de sus dedos sobre mi nuca a punto estuvieron de provocarme una maldita erección. Así que tenía un problema muy serio con ese hombre. Y ahora intuía que estaba a punto de desbordarse.

—No estoy de acuerdo con algo que has dicho —suspiró Kenny.

—¿Y bien, qué es?

—Dices que todo esto es perfecto… y que tienes miedo —comentó, recordando la letra de Lana que habíamos compartido en el karaoke—. No necesito que me expliques qué tipo de miedo sientes. Lo veo en tus ojos a diario, Noah. Pero empieza a molestarme que una parte de ti siga atrapada en Andover. Es demasiado complicado sacarte de allí… y lo detesto porque te quiero aquí. Justo aquí.

La firmeza de su mirada fue como un impacto físico. Me temblaron hasta las rodillas. Kenny no solo me estaba mirando, parecía que me reclamaba.

—En realidad, empiezo a asumir dónde estoy —logré decir un poco asfixiado.

No sé a qué mierda estábamos jugando.

—Eso no significa que lo aceptes al cien por cien. Todavía insistes en que vas a despertar.

—¿Lo haré, Kenny? —le pregunté, buscando en él una certeza que yo no tenía.

—Por supuesto que no —sentenció.

Tragué saliva y asentí. Creo que nunca había estado tan nervioso, siquiera el día que me estrené en la jaula.

—Apareciste un día en nuestras vidas como por arte de magia y lo cambiaste todo. Has logrado incluso que un grupo de Gunner celebren tus goles. O que yo disfrute de mi tiempo contigo… —Me atreví a mirarlo de nuevo—. ¿No te parece suficiente?

—Lo sería si fuéramos amigos.

Torcí el gesto.

—¿No lo somos?

De pronto, Kenny acortó la distancia que nos separaba y me acorraló suavemente contra la pared. Su aroma me invadió. Era una mezcla embriagadora de perfume y ese magnetismo animal que lo envolvía todo.

—Quiero besarte —jadeó contra mis labios, tan cerca que pude sentir la humedad de su aliento.

Joder, por un momento, incluso se me olvidó respirar. El corazón se me estrellaba histérico contra las costillas.

—¿Qué clase de amistad es esa, Noah?

—Kenny… —alcancé a murmurar, completamente abrumado.

Y entonces, lo hizo.

Sí, Kenny Langford me besó y fue como una colisión tan suave como inesperada.

Ese hombre solo se permitió un instante de duda. Buscaba mi permiso con ese roce de labios mientras yo me deshacía en temblores y era incapaz de procesar que me moría de ganas de él.

Supongo que entendió mi parálisis y por eso tomó el control. Clavó sus manos en mi cintura y me atrajo hacia su cuerpo a la par que hundía su boca en la mía. Y yo sentí como mi estúpida necesidad de él estallaba. Quizá después sufriría una crisis de identidad, pero en ese preciso instante solo quería a Kenny.

Sus labios eran firmes y exigentes y se movían sobre los míos con autoridad. Hasta que su lengua encontró la mía. Y entonces

pensé que podría correrme en los pantalones. Kenny se encargó de que aquel beso borrase el mundo. Ya no había pasillo, ni residencia, ni pasado, ni hombre o mujer. Solo estaba la presión de su cuerpo contra el mío, el calor que emanaba de su piel y ese hambre voraz que parecía querer devorarme por dentro.

Mis manos cobraron vida propia y se hundieron en su pelo, tirando de él con una desesperación que me asustó. Lo atraje aún más hacia mí, como si necesitara fundirme con él para poder seguir respirando.

Kenny soltó un gruñido bajo, un sonido puramente animal que vibró mi garganta, y sus manos se deslizaron por mis caderas y se clavaron con fuerza en mis nalgas. El gesto me hizo notar su erección, dura y rotunda, apretándose contra la mía. Y fue un gesto tan devastadoramente placentero que no pude evitar frotarme contra él.

Mierda, quería más. La lujuria que sentía me quemaba la piel. Jamás había experimentado nada igual.

Una parte de mi cerebro creyó que estaba siendo demasiado osado, que quizá Kenny despertaría de su delirio y pondría fin a aquello. Al fin y al cabo, éramos dos tíos heteros. No tenía sentido que nos estuviéramos comiendo como si no hubiera un mañana.

Sin embargo, Kenny respondió a mi movimiento con un empuje posesivo, encajando nuestras pelvis con una precisión que me arrancó un gemido. No se conformó con eso. Profundizó el beso, reclamando cada rincón de mi boca como si le perteneciera por derecho. Creo que en ese momento así era. Podía hacer conmigo lo que le diera la gana por patético que pareciera.

Sentí sus dedos hundirse en mis nalgas, apretándome contra su dureza con una saña deliciosa, obligándome a arquear la espalda contra la pared. Mis manos bajaron de su pelo para aferrarse a sus hombros y le clavé las uñas mientras buscaba desesperadamente más contacto y fricción. Estábamos enredados en una lucha de lenguas y jadeos, un intercambio de saliva caliente que sabía a

cerveza y a deseo prohibido. Y maldita sea me volvía loco. Me gustaba de una forma demencial.

Kenny despegó sus labios de los míos y los arrastró hacia mi cuello. Incliné la cabeza para darle más acceso. Entonces, su boca se cerró sobre mi piel y mordisqueó la parte en la que mi pulso latía desbocado. Podía sentir cómo su erección pulsaba contra la mía. Podía sentir cómo el orgasmo se gestaba en la parte baja de mi vientre. El placer era tan nítido, tan físico, que me nubló la vista. Cada vez que me frotaba contra él, un espasmo de lujuria me sacudía las entrañas.

Era un baile brutal y desordenado. Sus manos no paraban de moverse. Abandonaron un instante mis caderas para subir por mi espalda, presionándome, buscándome, mientras su boca volvía a capturar la mía con una urgencia renovada. Notaba sus labios hinchados, calientes, y se movían con un ritmo salvaje que me obligaba a responder con la misma excitación.

Estábamos al borde del abismo, en ese punto de no retorno donde la ropa empezaba a estorbar. Y no se me ocurría la forma de parar y aportar un poco de cordura. En realidad, no la quería. Solo podía pensar en devorar a ese hombre. En arrastrarlo a una habitación vacía, arrancarle la ropa y hacerlo mío de todas las malditas formas posibles.

Me pregunté si aquel beso era la prueba de que él también había pensado en mí de esa forma, si me había imaginado desnudo y tocándole. Si estaría asustado con la intensidad de sus deseos o habría encontrado una explicación para ellos.

No lo sabía, pero allí estaba Kenny, besándome con desesperación y quizá un poco de rabia. Y allí estaba yo, recibiéndolo e incitándolo a más. Y creí que nunca terminaría, que sería eterno. Lo deseé.

Pero de pronto un quejido sordo de Liam rompió el hechizo y nos separamos con la brusquedad de quien acaba de cometer un crimen.

Nos miramos en esa penumbra asfixiante del pasillo, jadeando y con los labios hinchados y el pulso tronando en las sienes.

El estupor era tangible. Mierda, éramos heteros. Y lo que acababa de pasar no tenía nada de platónico ni de experimental. Había sido una explosión de hambre que echaba por tierra todas nuestras etiquetas.

Vi el peso de esa realidad cayendo sobre sus hombros. Sus ojos, siempre tan seguros de sí mismos, adoptaron un brillo de pura confusión. O quizá era un reflejo de mí, que todavía estaba asumiendo que acababa de besar al capitán del Tottenham.

Sí, estábamos aterrados, no por el acto en sí mismo, sino porque nos había gustado. La normalidad de lo que éramos hacía apenas diez minutos había saltado por los aires. Pero ninguno de los dos nos atrevimos a admitirlo. Ninguno quiso aceptar que volvería a repetir.

—Mierda, lo siento... —jadeó Kenny, visiblemente aturdido.

Pero volvió a mirar mi boca y, por un instante, creí que se lanzaría de nuevo a mí.

—Será mejor que me vaya.

Entonces, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, dejándome allí, estupefacto. Jamás, ni en mis fantasías más delirantes, hubiera creído que Kenny Langford sería capaz de besarme de esa manera.

Me llevé las manos a la cabeza y resbalé al suelo.

—Joder… —jadeé.

48

KENNY

Cerré la puerta del coche y el silencio del habitáculo me golpeó como una losa. Era un vacío hermético que solo servía para amplificar el sonido de mi propia respiración que sonaba como si acabara de correr un esprint de noventa metros.

Apoyé la frente contra el volante. El olor de Noah parecía haberse quedado impregnado en mi piel. Parecía que me estaba abrazando. Me miré en el espejo retrovisor y no me reconocí. Tenía las pupilas dilatadas y la boca hinchada por la urgencia con la que Noah me había devuelto el beso.

—¿Qué coño has hecho, Kenny?

Bajé la vista y solté un gruñido. La erección seguía ahí, rotunda y dolorosa contra la tela de mis vaqueros. Era una prueba irrefutable de que la excusa del «amor fraternal» acababa de morir de forma violenta. Me dolía la polla de una forma casi insultante. Me tentaba terminar el trabajo allí mismo, imaginando que eran sus dedos los que me apretaban. Pocas veces habías sentido un deseo tan intenso.

Maldita sea, necesitaba hablar con alguien. Alguien que no me juzgara y que entendiera qué demonios me estaba pasando.

—Más te vale que merezca la pena porque estaba a punto de hacerle una mamada a mi hombre —ironizó James nada más descolgar.

De fondo, alcancé a oír las quejas de Daniel.

—Lo he besado —solté sin más preámbulos.

Se hizo un silencio absoluto al otro lado de la línea. James tardó unos segundos en asimilar que no era una de mis bromas.

—¿Vale? —dijo con una calma que me puso de los nervios.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza. Si iba a ser sincero, tenía que serlo hasta el final. Era la única forma de que la verdad no terminara por asfixiarme.

—Y ahora mismo estoy en mi coche luchando contra las ganas de volver.

—¿Y bien? ¿El mundo ha implosionado?

Su burla me vino bien porque le quitaba hierro al asunto, pero no me servía para apagar el incendio que tenía entre las piernas. Solo podía pensar en follarme a Noah Sterling. Era un puto depravado.

—No. Pero ahora no sé cómo voy a mirarlo a la cara sin querer arrancarle la ropa.

Lo cierto era que sentía un terror genuino. No por el beso en sí, sino por la adicción instantánea. La maldita necesidad física de poseerlo me estaba nublando el juicio.

—Oh, entiendo. —Detecté la sonrisilla pícara de James a través del auricular—. Tendencias incestuosas.

—¡No te burles, joder! ¡Y no es mi hermano, capullo! —protesté —. Se supone que soy hetero. ¿Por qué cojones la tengo dura por culpa de un tío, ah?

—Te ha gustado —afirmó James con una seguridad aplastante.

Me desplomé en el asiento, dejando caer la cabeza contra el respaldo.

—Mierda, esto es culpa vuestra. Me habéis confundido.

Si mi novia y mi amigo no se hubieran puesto a divagar a mi alrededor, yo no habría caído en la trampa.

—No culpes al mensajero por saber leer las señales, querido.

Intenté comparar lo que sentía con mis aventuras anteriores. Había estado con tías increíbles, pero nunca había sentido aquel nivel de locura ni esa descarga eléctrica que me hacía vibrar hasta

los dientes. De acuerdo, acababa de besar a un tío, pero el problema es que todavía tenía el corazón en la garganta y me hervía la sangre. Y quería más. Si Liam no hubiera gimoteado, probablemente habría arrastrado a Noah a una habitación vacía y me lo habría follado hasta el amanecer.

—Te ha gustado mucho.

—Muchísimo —me resigné a admitir.

Fue una rendición en toda regla. Si mi polla respondía con esa violencia y mi ritmo cardíaco no bajaba de las cien pulsaciones por minuto, la etiqueta me importaba una mierda. Pero ese territorio era completamente desconocido para mí, y me sentía como si estuviera caminando por un campo de minas.

—¿Y qué tiene de malo, ah?

—Es Noah, James —jadeé. Su nombre me quemó en la garganta—. Noah Sterling.

Me quedé mirando el salpicadero, pensando que ese chico debería estar dirigiendo un imperio si su padre hubiera sido un buen hombre. Quizá nos habríamos criado juntos como hermanos. Y en la actualidad no tendría esos deseos impuros hacia él.

—Si ignoro lo mucho que me ha gustado besarle, sigo queriendo ser su amigo —aseguré—. Sigo queriendo protegerlo y cuidar de él. Ya te dije que le tengo aprecio.

—Y yo creí dejarte claro que ese tipo de amistad que compartís tiene una connotación más profunda que nada tiene que ver con su origen —me soltó James con seriedad—. Así que, cuando superes el pánico de haber besado a un tío, analiza por qué querías hacerlo y por qué te gustaría repetir. Eso te ahorrará cometer errores.

—No voy a arrastrarlo a mi cama solo para rascarme la picazón.

No podía ser tan egoísta, no con él.

—No, eso sería de hijos de puta. Y tú no lo eres. Pero si lo metes en tu cama, si eres capaz de tocarlo de ese modo... ¿Crees que solo será por lujuria?

En realidad, James le estaba dando la importancia que merecía el asunto y eso, lejos de tranquilizarme, me preocupó todavía más. Porque si mi amigo se ponía trascendental, la cosa era grave.

—Vete a casa, y evita pensar en eso ahora —me aconsejó—. Mañana tienes que estar firme. Tienes lo del bufete.

—Mañana podría no existir —respondí con amargura.



La voz del señor Prendergast se había convertido en un zumbido monótono y lejano. Llevaba cuarenta minutos hablando, desgranando términos legales que en cualquier otro momento me habrían parecido vitales. Era el mismo tiempo que yo me pasé asintiendo en piloto automático y manteniendo una máscara de profesionalidad impecable mientras mi mente flotaba en otra parte.

Aún podía sentir la presión de los labios de Noah contra los míos. La forma en que había temblado bajo mis manos, esa mezcla de miedo y hambre pura que había visto en sus ojos justo antes de que yo huyera como un cobarde.

«Lo he besado», me recordé, y esas palabras retumbaban en mi cabeza con más fuerza que cualquier cláusula del testamento.

Maldita sea, no me arrepentía. Ese era el verdadero problema, que no sentía ni una pizca de la culpa que se suponía que debía sentir tras haber cruzado esa línea. Solo sentía una ansiedad asfixiante por volver a verlo. Quería saber si él también estaba perdiendo la cabeza, si estaba repasando el roce de nuestras bocas o si me odiaba por haber roto nuestro equilibrio.

Me preguntaba si seríamos capaces de olvidarlo todo y seguir como estábamos o si ese beso lo había calcinado todo a su paso.

Un carraspeo me extrajo de mis pensamientos.

Estábamos en la sala de juntas de Highsmith, Vance & Associates, un bufete que era un mausoleo de poder en pleno corazón de Temple. Frente a mí, el señor Prendergast, que era el notario principal de la familia, se ajustaba sus gafas mientras ojeaba el fajo

de documentos. A su lado, estaba mi madre. El resto de abogados parecía no importar.

La tensión que se respiraba entre nosotros era una corriente eléctrica capaz de detener el corazón de cualquiera. No nos habíamos dirigido la palabra ni para saludar. Ella no me miraba como una madre mira a un hijo, sino como a un rival mientras hacía de su elegancia un arma de guerra.

Enderecé la espalda y me ajusté la corbata. El nudo me apretaba un poco la garganta. Pero el juego de tronos había empezado y no había beso que pudiera cambiarlo.

Prendergast tomó la palabra.

—Las mociones de enmienda que se han presentado en los últimos años para alterar el reparto del paquete accionarial mayoritario quedan desestimadas por el Consejo de Fideicomisarios de acuerdo a la cláusula 4B que expone, y cito: «La titularidad de las acciones de Clase A es intransferible y, al fallecimiento de Alistair Langford, pasará de forma automática e irrevocable al nieto, Kenneth Langford, independientemente de la voluntad del testador intermedio».

Las palabras del notario flotaron en el aire como una sentencia que lo cambiaba todo. Básicamente, mi padre nunca había tenido la potestad de quitarme nada por mucho que me hubiera amenazado con ello. Más bien, solo me lo estaba guardando. El imperio era mío por mandato directo de mi abuelo.

—Por lo tanto, la totalidad del patrimonio personal y el control del Grupo Langford pasan a su único hijo, Kenneth Langford —sentenció Prendergast.

Parpadeé varias veces, tratando de asimilar la magnitud de lo que acababa de oír. De acuerdo estaba en que yo ya sabía del poder que tenía en la junta dado que el testamento de mi abuelo me convirtió en su mayor heredero. Pero jamás creí que eso influiría en la última voluntad de Alistair.

Miré a mi madre de reojo. Ella estaba rígida como una estatua de hielo, con los labios apretados, que delataban una furia

contenida.

—¿La totalidad? —pregunté extrañado.

—Salvo el usufructo de la vivienda conyugal y una asignación mensual estipulada para la viuda —informó Prendergast—. ¿Alguna duda?

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra. Lo cierto fue que descubrir esa realidad me dejó atónito. Era la última gran jugada de mi abuelo, un movimiento maestro desde la tumba. El imperio estaba blindado. Alistair había muerto siendo impotente en su propio reino. Y yo, que nunca había pedido la corona, ahora la tenía pegada a la cabeza.

«Noah podría ser quien estuviera ocupando mi puesto», me dije.

—Bien —anunció Prendergast—. Dado que no hay alegaciones por parte de los albaceas, procedemos a la firma de la transmisión de activos. Todo el paquete mayoritario es suyo, Kenneth.

A continuación, se llevaron a cabo las firmas. Se respiraba una tensión casi insoportable mientras estampaba mi rúbrica en toda aquella cantidad de documentos. Francamente, sentía que estaba firmando mi propia condena. Era demasiado poder el que recaía sobre mis hombros. De pronto, me había convertido en uno de los hombres más ricos del continente y, en el fondo, me importaba una mierda.

La sala empezó a despejarse. Los abogados recogieron sus maletines y salieron con paso discreto, pero mi madre no se movió de su asiento. Supongo que allí todo el mundo creyó que queríamos un momento a solas.

Me levanté y me aflojé la corbata, sintiendo que las paredes de aquel bufete se cerraban sobre mí. Me sentía agobiado con la herencia y con la gélida presencia de mi madre.

—Ni siquiera has prestado atención —se quejó ella.

—Me bastaba con saber que mi madre se ha pasado los últimos años luchando por revocar un testamento que se suponía no se desvelaba hasta hoy —respondí sin mirarla.

Me froté la frente. Me dolía la cabeza y solo quería irme a casa, quitarme el traje y dormir dos días seguidos. Pero sentía la mirada de mamá clavada en mi nuca como un puñal de hielo. No entendía cómo la mujer que me había parido podía mirarme con tanto desprecio.

—Tu padre murió odiándote, ¿sabes?

—No era mi padre —le corregí, pero ella siguió como si nada.

—Odiaba que fueras el favorito de ese maldito viejo. Odiaba saber que todo lo que él construyó acabaría en manos de un niño mimado que prefiere jugar a la pelota antes que dirigir el legado familiar.

Era el mismo discurso de siempre, la misma mierda de cada cena familiar, solo que ahora, además, me reprochaba que mi abuelo me hubiera querido. Como si el amor del viejo fuera otro activo que yo le hubiera robado a Alistair. En todo caso, fue su maldito esposo quien le robó a su propio hijo el amor de su abuelo. Edward habría adorado a Noah, no me cabía la menor duda.

—No es mi culpa que el abuelo no confiara en su primogénito. Quizá vio lo mismo que yo: a un tirano sin escrúpulos —espeté, girándome al fin para encararla—. Además, no deberías atribuirle a ese canalla los éxitos que se encontró en el camino.

—Cuidado con cómo hablas de él. —Se levantó ella de un salto, ofendida en su orgullo aristocrático—. Te ha dejado una fortuna.

Fruncí el ceño. Era curioso ver cómo mi madre, que en privado despreciaba a su marido, ahora lo defendía con esa garra. Supuse que era porque, al morir él y quedar yo como heredero absoluto, ella se había quedado sin el poder que solía ostentar a través de su matrimonio.

—No, me la ha dejado el abuelo —recalqué con firmeza—. Tu esposo solo intentó quitármela hasta el último día. Deberías estar orgullosa de que tu hijo sea el heredero de semejante imperio. Al fin y al cabo, lo único que te importa es el poder.

Ella alzó el mentón, recuperando su máscara de duquesa, y adoptó una sonrisa cínica que me revolvió el estómago.

—El rey ha muerto, viva el rey.

—Sabes que nunca quise esto, madre. —Negué con la cabeza—. Hubiera preferido que Alistair viviera cien años si con eso me dejaba en paz.

—No seas hipócrita. Siempre has sido un oportunista, igual que él.

—Si has terminado con los insultos, me voy —resoplé, encaminándome hacia la puerta—. Tengo cosas que hacer.

—Ten cuidado, Kenneth. El poder atrae a las moscas. Y tú ya tienes demasiadas a tu alrededor.

Me tensé al instante y me giré para mirarla. Un presentimiento nefasto se asentó en mis entrañas.

—¿De qué estás hablando?

Ella sonrió de nuevo.

—Hablo de tu... obra de caridad. Ese chico. Sterling.

Aquella realidad me cayó encima como un jarro de agua helada. No necesité ninguna confirmación extra para saber que había estado siguiendo cada uno de mis movimientos durante todo ese tiempo.

—Deja a Noah fuera de esto.

—Es un parásito —me desafió ella, dando un paso al frente—. Y tú eres su anfitrión. ¿Crees que te admira? Te mira con hambre. Ve tu reloj, tu coche, tu apellido... y se relame. Y tú, en tu infinita ingenuidad de «héroe salvador», le estás abriendo la puerta de nuestra vida.

—No tienes ni idea de quién es —gruñí, notando cómo la rabia me nublaba la vista—. Es más noble y tiene más clase en un solo dedo que tú en todo tu cuerpo.

Pero a ella no le importó el comentario. Ni siquiera parpadeó ante el insulto.

—Ahora tienes el control de la empresa, pero yo sigo siendo miembro del consejo, sigo siendo una Langford. Y soy la Duquesa de Cavendish. Tengo influencia.

—¿Me estás amenazando?

—A las ratas hay que exterminarlas. Tómalo como quieras.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me encaré con ella, usando mi altura para intimidarla por primera vez en mi vida, invadiendo su espacio con una furia contenida que la obligó a tensarse.

—Escúchame bien, madre. Si alguien se acerca a él, si alguien le toca un solo pelo… convertiré tu vida en un puto infierno. Olvídate de la asignación mensual, de la casa o de la influencia de tu título. Te dejaré en la calle, madre. Arruinaré todo tu legado y el de cualquiera que se posicione a tu favor. Sabes perfectamente que Alistair me enseñó a ser despiadado.

Nos miramos fijamente. En sus ojos vi odio, rabia y, por primera vez, un destello de miedo. Reconoció que mi amenaza era real, que no estaba bromeando. En ese silencio cargado de veneno, Elizabeth supo que acababa de perder definitivamente a su hijo.

—Te recomiendo que no lo pongas a prueba —añadí con un hilo de voz letal—. Ninguno de los dos queremos esa guerra.

Ella retrocedió un paso, visiblemente sorprendida por mi ferocidad.

—¿Tanto te importa un muerto de hambre?

—¡Sí! —chillé al tiempo que tiraba una de las sillas al suelo—. ¡Sí, joder!

Salí de la sala dando un portazo que retumbó en todo el bufete. Necesitaba aire. Necesitaba agua. Y por encima de todo necesitaba borrar la voz de mi madre y salir de aquel mausoleo antes de que terminara por asfixiarme.

49

NOAH

El comedor de la residencia era un hervidero de gritos, risas y tintineo de cubiertos. Nadie prestaba atención a lo que a mí me tenía completamente atrapado.

El informativo de las ocho acababa de soltar la bomba: «Kenneth Langford se convierte en el presidente más joven y el accionista mayoritario del Grupo Langford tras una tensa lectura del testamento que ha sacudido la City londinense».

No sabía qué coño significaba la City, ni accionista mayoritario, ni presidente del Grupo. Solo podía pensar en el estupor que eso me causaba. Y miré mi móvil por enésima vez.

Nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Ni un estúpido emoticono. El último contacto que tenía de él era el recuerdo de sus labios sobre los míos en el pasillo.

Hasta el momento el silencio de Kenny se había sentido como un castigo o, peor, como un arrepentimiento. Pero al ver las noticias, la cosa cambió. Su silencio no iba destinado a mí, sino que se debía a la guerra que acababa de librar.

Con el pulso latiéndome en los oídos, busqué el contacto de James. Era el único enlace que quizá sabría algo de Kenny.

Noah

He visto las noticias. Y no contesta mis mensajes. ¿Está bien?

Apenas tuve que esperar para ver los tres puntos suspensivos. Me mordí una uña, nervioso.

James

¿Define «bien»? Si te refieres a si respira: sí. Si te refieres a si es una persona funcional ahora mismo: lo dudo.

Sentí un frío repentino en el estómago. «No funcional». Esa expresión me preocupaba. Kenny era un líder, el tipo que arreglaba los problemas con una eficiencia insuperable. Si se había encerrado en su mundo, quizá se debía a que la situación lo había sobrepasado. Y no me gustaba pensar que estaba sufriéndolo a solas.

Noah

¿Qué ha pasado? En la tele dicen que ha sido tenso. No sabía que hoy era la lectura del testamento. No me dijo nada.

James

Ha salido de la jaula de los leones con la corona puesta, pero con bastantes arañazos. La víbora de su madre nunca lo pone fácil.

Me imaginé a Kenny solo, rodeado de trajes caros y abogados, enfrentándose a la mujer que le dio la vida y que parecía odiarlo. Y pensé en cómo me miró la noche anterior. Tal vez aquella intensidad buscaba acallar sus propias inquietudes. Tal vez necesitaba pensar en otra cosa mientras se preparaba para aquella tormenta de herencias y acciones. Si lo hubiera sabido, lo habría apoyado de otra forma y le habría impedido que cometiera la locura de besarme.

Noah

¿Dónde está?

James tardó en responder. La espera se me hizo eterna. Incluso pensé que estaba buscando una excusa para darme largas.

James

En la mansión. Acabo de preguntarle a Steve y me ha dicho que lleva horas en la piscina. Siempre lo hace cuando está agobiado.

La imagen de Kenny nadando en la oscuridad, intentando quemar la rabia brazada a brazada, me golpeó con fuerza.

Noah

Ya…

Me quedé mirando la pantalla. Quería ir. Joder, claro que quería. Pero el recuerdo de ese beso me frenaba. ¿Y si Kenny no quería verme? ¿Y si yo era parte de su agobio? ¿Y si mi presencia complicaba las cosas?

James

¿Por qué no vas?

James, como siempre, parecía leerme la mente incluso a través de una maldita aplicación.

(20:51) Noah

Supongo que querrá estar solo.

James

O no.

Esas dos palabras se quedaron flotando en mi mente. Probablemente, Kenny estaba esperando que alguien rompiera esa soledad. Y si había alguien que sabía lo que era sentirse atrapado en una jaula, aunque no fuera de oro, ese era yo. Además, se suponía que éramos amigos.

Noah

Vale, voy… Sí. Gracias, James.

James

Suerte, y quiero el chisme completo.

Guardé el móvil en el bolsillo, sintiendo una mezcla de terror y determinación. Iba a meterme en la boca del lobo. Iba a ver al rey en su castillo. Y no tenía ni idea de lo que iba a pasar.



Llegué en taxi a la mansión, y Steve ya estaba allí, esperando en la entrada principal. Me abrió la puerta antes incluso de que pudiera pagar, y supe de inmediato que James le había dado el chivatazo sobre mi llegada. El muy puñetero no perdía el tiempo.

—Buenas noches, Steve —saludé un poco nervioso.

—Bienvenido, señor Sterling. Adelante. Está en la piscina —respondió él con esa cortesía imperturbable.

—Vale.

Crucé el umbral y me encaminé hacia el pabellón. A medida que me acercaba, la atmósfera empezaba a transformarse. El aire se cargó de humedad y tenía ese aroma tan característico del cloro. Ya podía escuchar el murmullo del agua, que retumbaba contra las paredes de cristal como un eco rítmico y furioso.

Se me erizó el vello justo antes de entrar.

La sala estaba sumida en una penumbra azulada, cortada únicamente por los focos subacuáticos que proyectaban reflejos eléctricos y fantasmales. Vi a Kenny. Sus brazadas eran violentas, ataques directos contra el agua que cortaba como una máquina diseñada para destruir todo a su paso.

Sentí un nudo amargo en la garganta. Fue entonces cuando entendí lo que James quería decir con «no funcional». Kenny no

buscaba desconectar de su día de mierda, sino agotarse para apagar el ruido de su mente.

Me armé de valor y me acerqué al borde. No quería interrumpirlo, así que me senté con las piernas dobladas y observé cómo su cuerpo se deslizaba con una potencia aterradora. Simplemente, esperé y me obligué a no pensar en el despliegue de belleza masculina que era verlo nadar.

Se hizo varios largos más hasta que me divisó. Entonces, se detuvo a mi lado, asfixiado, se quitó las gafas y el gorro y apoyó los antebrazos en el bordillo. El agua le chorreaba por la cara en regueros gruesos, tenía los ojos enrojecidos y el pelo desordenado. El cabronazo era imponente incluso entonces. Parecía una maldita fuerza de la naturaleza.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —indagó, todavía jadeante por el esfuerzo.

A saber la de horas que llevaba allí.

—Mi confidente me ha dicho que sueles nadar cuando estás agobiado.

Kenny esbozó una sonrisa cansada que me apretó el pecho.

—Tendré que azotar a tu confidente.

Lo miré en silencio. Una parte de mí pensó que había sido una idea nefasta haber ido, porque mi cerebro era incapaz de procesar otra cosa que no fuera el recuerdo de sus labios sobre los míos. Pero estaba allí porque era mi amigo y quería apoyarlo.

—¿Cómo estás? —me armé de valor para preguntar.

—Felicítame, soy el heredero más increíble de este país —bromeó, aunque el sarcasmo no logró ocultar su agotamiento.

—Felicidades —sonreí.

El silencio entre los dos evidenció una tensión insostenible que parecía vibrar a nuestro alrededor. Éramos dos piezas de un puzle que se negaban a encajar, pero que no podían evitarlo.

—¿Por qué no me dijiste nada? —indagué.

—Porque no quería pensar en ello. Porque no soporto esas cosas. Porque me importa un carajo ese maldito imperio y, si voy a protegerlo, es por mi abuelo. Porque, cuando estoy contigo, solo quiero ser yo.

Tragué saliva. Esperaba que me diera largas, pero su vulnerabilidad me descolocó por completo. Jamás me había sentido tan cerca de él.

—Todo eso podrías haberme contado —murmuré—. Se supone que querías equilibrar la balanza. ¿Cómo esperas lograrlo si yo apenas sé nada de las mierdas por las que tienes que pasar? Los amigos se apoyan. No estoy a la altura de James o Gianni, pero podrías darme un pequeño espacio para ser algo más que piques y canciones.

Kenny apoyó la cabeza en su brazo, mirándome con una ternura que me desarmó. Aquella mirada no era la del heredero de un imperio, pero tampoco logré traducirla. Bueno, más bien, no me atreví.

—¿Te gustaría que me desahogara contigo?

Me encogí de hombros, intentando ocultar lo mucho que me importaba su respuesta.

—¿Por qué no? Si es lo que necesitas ahora…

Kenny se deslizó hasta plantarse frente a mí y apoyó los brazos mojados directamente sobre mis piernas. Tragué saliva. Joder, nunca me acostumbraría a tenerlo tan cerca.

—No he dejado de pensar en tu boca.

Su maldita confesión me atravesó como un rayo. La conversación racional murió en ese preciso instante. Tal fue el impacto de sus palabras que hasta me estremecí. Para colmo, sus ojos se deslizaron a mis labios con una lentitud torturadora. Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho, el pulso empezó a martillearme las sienes y noté cómo las mejillas se me encendían. Parecía un puto adolescente enamorado. Lo cual no se alejaba mucho de la realidad porque tenía diecinueve años y estaba colado por ese tío.

—Esa no era la idea, capullo —protesté.

Kenny me dedicó una mirada traviesa y, antes de que pudiera procesar el peligro, sus manos se cerraron en torno a mi cintura y me arrastró a la piscina.

El agua fría me envolvió de golpe. Mis vaqueros y la sudadera se empaparon en un segundo, convirtiéndose en un lastre de plomo que me arrastraba hacia el fondo. Mierda, el pánico me invadió. Las luces se volvieron un caos de burbujas y sentí cómo el cloro me entraba por la nariz.

Emergí braceando desesperado, tragando agua y buscando aire desesperadamente.

—Información de última hora: no sé nadar —jadeé asfixiado.

—Joder.

Me sostuvo con fuerza y yo me aferré a él como un koala, dejándome arrastrar hacia la escalerilla mientras yo enterraba la cara en su hombro. Estaba temblando por el *shock* y el frío. Y me moría de la vergüenza.

Al salir de la piscina, era un desastre de tela chorreando que no dejaba de tiritar. Kenny, en cambio, solo llevaba aquel bañador oscuro que se le ceñía al cuerpo como una segunda piel. Resaltaba a la perfección su poderosa entrepierna y cada músculo de sus muslos y su abdomen.

—Podrías haberlo dicho antes, ¿sabes? —dijo con una mezcla de espanto y alivio.

—¿Cuándo? —tosí—. Me has lanzado sin preguntar, animal. ¿Qué coño iba a imaginar yo?

Kenny no pudo evitarlo y se le escapó una sonrisa que le iluminó la cara.

—No te enfurruñes conmigo, Sterling.

—Mira cómo me has puesto —le recriminé al tiempo que me quitaba la sudadera—. Esta me la pagas, Langford. Te lo juro.

Se estaba descojonando mientras cogía una toalla de las tumbonas.

—Ven aquí, anda.

Me envolvió con la toalla y me atrajo hacia él. Pensé que se alejaría de inmediato o que bromearía con la situación. Así habría actuado el Kenny de hacía unas semanas. Pero aquella versión de él se quedó quieta y me mantuvo pegado a él, pecho con pecho.

El contraste táctil fue un golpe directo a mis sentidos. La piel tersa y ardiente de Kenny contra mi ropa empapada. La tela mojada de mi camiseta se adhería a mis formas, pesada y extrañamente erótica bajo sus dedos. Noté cómo sus manos, grandes y seguras, empezaban a deslizarse con una suavidad pecaminosa por mi espalda.

—Debería enseñarte a nadar… —Su voz resbaló por mi mejilla.

—Honestamente, no estoy pensando en eso ahora mismo.

—¿Y en qué estás pensando, Noah?

Hundí la cara en el hueco de su cuello y aspiré su aroma mezclado con el cloro. No pude evitar clavar los dedos en su pecho firme. Me fascinó sentir el latido desbocado de su corazón contra mi piel, me encantó descubrir que él estaba tan nervioso como yo.

—Se suponía que venía a apoyarte como un amigo —lamenté.

—Tú nunca serás mi amigo…

—Kenny…

No sé quién de los dos se lanzó primero. Lo único que me importó fue que sus labios se estrellaron contra los míos, y yo me deshice en ese contacto.

Solté la toalla y me enganché a su cuello mientras él me empujaba contra la pared. Gemí en su boca al sentirme atrapado por su cuerpo. Dios, me encantó la forma en que sus brazos me estrecharon y su lengua se enroscó a la mía. Parecía que quería poseerme, que no me abarcaba lo suficiente. Era peligrosamente adictivo, y devolví el beso con la misma ferocidad.

Nos mordimos los labios, nos lamimos con una urgencia obscena. Me asustó mi propia lujuria por un hombre. Pero era Kenny y sus besos me gustaban tanto como pasar tiempo con él. Y eso me

aterraba y enloquecía. Porque había encontrado en ese maldito hombre el cúmulo de momentos con los que llevaba media vida fantaseando.

Se me escapó un gemido cuando su boca se deslizó hacia mi cuello. Succionó mi piel con avidez, y yo le tiré del cabello, haciendo presión contra mí. No había dulzura y, al mismo tiempo, sentía que era lo más intenso que había sentido jamás. Quería dejarme devorar por él, quería decirle que estaba dispuesto a cualquier cosa, aunque me aterrorizara la idea.

Nuestros cuerpos se frotaban el uno contra el otro con exigencia. Notaba su erección contra la mía. En cierto modo, me intimidaba haber logrado que Kenny se pusiera duro solo por besarme, pero enseguida imaginé cómo sería deslizar una mano bajo su bañador y atrapar su polla entre mis dedos.

Esa idea me arrancó un gemido al tiempo que Kenny colaba sus manos por debajo de mi camiseta. Sus manos sobre mi piel me estremecieron. Me pregunté qué demonios estaría pensando él, de dónde sacaba la valentía y el descaro para tocarme y besarme de esa manera. Supongo que se estaba dejando llevar por sus instintos más primarios, y no me pareció mala idea sucumbir yo también a los míos.

Así que dejé que mis manos bajaran por sus abdominales. Kenny gimoteó al regresar a mi boca. Noté cómo se le erizaba la piel al paso de mis dedos y cómo su aliento se entrecortaba cuando acaricié la goma de su bañador. Jugué a tentar esa zona. La acción era tan sencilla como colar la mano dentro y tocar su polla. Quería hacerlo. No, me moría de ganas de hacerlo. En realidad, estaba a punto de hincarme de rodillas en el suelo y metérmela en la boca. No tenía sentido dudar cuando mi cabeza estaba proyectando imágenes tan exageradas.

«Es una locura», pensé, pero no podía parar.

Creo que los dos estábamos tan excitados que habíamos olvidado siquiera qué coño significaba la racionalidad. Quería más, lo quería todo.

Fue Kenny quien con un movimiento brusco desabrochó mis vaqueros empapados y me bajó la bragueta sin delicadeza. Sus dedos se colaron dentro y atraparon mi erección.

Se me escapó un gemido gutural contra su boca que me sorprendió incluso a mí. Y sin pensarlo, atrapé su labio entre mis dientes y gruñí como un animal porque estaba absolutamente encendido. Yo nunca había gemido así, joder.

Emulándolo, mis dedos se deslizaron bajo el elástico de su bañador, buscando su propia dureza. La sensación de su polla entre mis dedos fue increíble y, al mismo tiempo, me asustó hasta la médula. No podía creer lo que estaba pasando ni las ganas obscenas que tenía de ver cómo se corría para mí.

Kenny tuvo un espasmo cuando acaricié toda su extensión. De hecho, rompí el beso y miré hacia abajo. Necesitaba memorizar ese momento, aunque después me arrepintiera.

Lo que tenía entre mis dedos era algo magnífico, un miembro grueso y vibrante que se contraía con cada roce. Y me sentí poderoso al ver que Kenny echaba la cabeza hacia atrás y dejaba escapar un profundo gruñido.

Se le tensaron los músculos y apretó los dientes mientras sus caderas daban un pequeño empujón involuntario buscando más presión. Cerró los ojos con fuerza y estrujó mis caderas con una fuerza que me hizo gemir. Ese impresionante hombre estaba a mi completa merced.

No lo pude evitar, me acerqué a su garganta y lamí allí donde su pulso martilleaba como un tambor. Kenny soltó un siseo entre dientes y arqueó el cuerpo buscando un contacto que ya no era suficiente.

Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor de su polla, deslizándose con una lentitud que lo hizo estremecerse de pies a cabeza. Era increíble sentir cómo su cuerpo, ese templo de músculos y control, se deshacía bajo mi mano. Le pasé el pulgar por la punta, recogiendo esa humedad pegajosa que empezaba a mancharme los dedos.

—Joder, Noah... —masculló asfixiado. Y su voz vibró directamente en mi erección.

Me encantaba verlo así, tan vulnerable y caliente, con la mandíbula apretada y la respiración tan errática que parecía que se iba a asfixiar. Lamí su nuez y subí hasta su mandíbula, mordisqueando la piel con una insolencia que lo obligó a mirarme. Sus pupilas estaban tan dilatadas que el azul de sus ojos era solo un anillo finísimo, un pozo de lujuria que me observaba con una intensidad que por poco hizo que me corriera.

Entonces, se lanzó de nuevo a mi boca con una voracidad que me dejó sin aliento. Fue un choque de lenguas desesperado, una lucha por el control en la que Kenny recuperó el mando a base de lujuria y deseo. Me besó con una profundidad que me hizo arquear la espalda contra la pared mientras sus manos bajaban con urgencia para reclamar el espacio entre nuestros cuerpos.

De pronto, atrapó nuestras pollas en su puño. Joder, la maniobra me provocó una descarga de puro placer, y gemimos al unísono. Kenny nos agarró con fuerza y empezó a mover su mano con un ritmo salvaje, de arriba abajo, estrujándonos. El sonido era obsceno, un chapoteo húmedo y constante de piel contra piel que retumbaba en todo el pabellón.

Kenny rompió el beso solo para buscar mis ojos. Me miró de frente, con la mandíbula apretada mientras su mano no dejaba de masturbarnos con una urgencia brutal. No hubo palabras, solo un silencio honesto y devastador.

Sentía el calor de su polla contra la mía, su glande frotándose contra el mío en cada movimiento ascendente, y la presión de sus dedos cerrándose sobre ambos. La fricción era tan intensa que cada vez que su mano bajaba, mi cuerpo pegaba un salto. Me mantuve firme en sus ojos, concentrado en la forma en que su expresión se desfiguraba por el placer.

Me hubiera gustado encontrar mi voz para decirle que me encantaba, que quería que me arrastrara a su habitación e hiciera de

mí un desastre, que no me importaba pasarme la noche entera follando. Que estaba perdiendo la puta cabeza por él.

La presión se volvió insoportable. Y entonces el clímax me llegó con un violento espasmo. Kenny enterró la cara en mi cuello y yo me enganché a sus hombros con fuerza mientras me corría junto a él.

Aquella maldita explosión fue tan intensa que creí que las rodillas se me doblarían y terminaría desplomándome en el suelo. Pero Kenny me sostuvo mientras ahogaba un rugido de pura satisfacción en mi piel.

Nos quedamos un rato así, intentando recuperar el aliento y esperando a que el temblor de nuestros cuerpos amainara. Ninguno de los dos se movió, ni siquiera intentamos hacerlo. Me encantaba abrazarlo y sentir su pecho aplastando el mío. Me habría gustado volver a besarlo.

Pero entonces el peso de lo que acababa de pasar me cayó encima. Y quise morirme.

Nos separamos con una lentitud torpe. El silencio se instaló entre nosotros. Ni siquiera nos atrevimos a mirarnos mientras recomponíamos nuestra ropa con movimientos erráticos. Se notaba que estábamos nerviosos y aturdidos, como si acabáramos de despertar de un sueño demasiado febril.

Kenny se pasó una mano por el pelo mojado, y supe que él estaba igual de perdido que yo. Aquel no era un error que pudiéramos olvidar con una ducha. Más bien, sería una herida que escocería durante mucho tiempo.

Definitivamente, aquello había sido un error catastrófico. Y lo único que quería era huir de allí antes de cometer la imprudencia de lanzarme a su boca de nuevo.

—Lo siento… —jadeé.

—¿Por qué? —preguntó él.

Agaché la cabeza, incapaz de enfrentarme a sus ojos.

—Voy a coger prestada tu moto.

—Entiendo… —asintió, tragando saliva con dificultad—. Buena idea.

Y tanto que lo era. Acabábamos de cometer una puta locura, un desliz que ninguno de los dos sabía cómo manejar. El arrepentimiento flotaba entre nosotros como una barrera insuperable.

—Vale —dije, y empecé a alejarme.

—Ten cuidado —soltó a mis espaldas.

—Sí.

50

KENNY

El estadio Diego Armando Maradona era una caldera a punto de estallar. El ruido me golpeaba constantemente, una mezcla de cánticos napolitanos, silbidos estridentes y el estallido de las bengalas que teñía el aire de un humo denso y acre. Era noche de Champions, el tipo de escenario donde yo me crecía. Al fin y al cabo, éramos los actuales campeones. Pero esa noche mi mente no estaba por la labor.

Físicamente estaba allí, pero mi mente era un puto colador. Íbamos perdiendo 1-0. En circunstancias normales, eso solo habría servido para encenderme, exigir el balón y destrozar la línea defensiva rival. Era una distancia ridícula, fácil de remontar si apretábamos los dientes. De peores habíamos salido.

Entonces, ocurrió.

El balón me llegó raso, un pase limpio que debería haber controlado a la perfección para iniciar la contra. Pero, en el instante en que el cuero tocó mi bota, el estadio desapareció y el rugido de aquellas sesenta mil personas se apagó.

La disociación fue tan violenta que me quedé paralizado. En lugar de ver al defensa italiano que se me echaba encima con los tacos por delante, mi cerebro proyectó con una nitidez insoportable la imagen de Noah.

Volví a verlo con la camiseta blanca pegada al cuerpo, revelando cada línea de su torso, jadeando contra mi boca. Sus ojos sobre los

míos llenos de una confusión que a mí también me afectaba. Sentí el peso de su cuerpo contra el mío, el calor de su piel y el recuerdo de su polla vibrando en mi puño. Joder, fue tan real que me nubló la vista.

—¡Kenny! —El grito de un compañero me alertó, pero ya era demasiado tarde.

Perdí el balón de la forma más estúpida posible. Se me escapó por debajo del pie, como si nunca hubiera pateado una pelota en mi vida. El público local rugió con una mezcla de mofa y triunfo, y desde la banda alcancé a oír los gritos desencajados del míster.

Me pasé la mano por la cara, frustrado. No estaba allí. Podía correr cien kilómetros, podía chocar contra quien fuera, pero mi cabeza y mi deseo se habían quedado encerrados en mi piscina de Londres.

Noah Sterling, sin estar allí, me había hecho un marcaje que ningún defensa en el mundo había logrado jamás.

A partir de ahí, el partido fue un desastre. Mi falta de concentración contagió al equipo. Yo era el capitán y, sin embargo, había sido sometido por el recuerdo de un beso clandestino.

Terminamos perdiendo 3-0, una humillación en toda regla que la prensa deportiva no tardaría en usar para despedazarme. Pero, mientras caminaba hacia el túnel de vestuarios, lo único que me importaba era que seguía oliendo a cloro.



Mi *suite* era impresionante. Todo en el Palazzo Caracciolo era perfecto. De una elegancia napolitana que resultaba insultante para un hombre que acababa de ser humillado en el campo.

Sofía me esperaba apoyada en la barra del minibar. Estaba impecable con aquella bata de seda color perla que dejaba adivinar una lencería de encaje de lo más sexi. Ella no olía a cloro, sino a una mezcla de sándalo y flores blancas que gritaba sofisticación.

Era la antítesis de Noah.

El orden frente al caos, la elegancia frente a la torpeza de unos vaqueros empapados.

Sentí una punzada de culpa al verla, pero también un alivio desesperado. Sofía era mi puerto seguro, la mujer que entendía las cínicas reglas de nuestro mundo. Necesitaba refugiarme en ella, necesitaba follarme a mi prometida para demostrarme a mí mismo que seguía siendo el Kenny de siempre, que lo de la piscina solo había sido un cortocircuito mental.

—Has tenido una noche de perros, ¿verdad? —murmuró con esa voz aterciopelada.

No respondí. La agarré por la cintura y la besé con una urgencia que rozó la violencia. Quería borrar el rastro de Noah de mis labios. Mis manos bajaron con rapidez por sus perfectas curvas, y caímos en la cama. La forma en que Sofía jadeó y comenzó a frotarse contra mí debería haberme encendido. Ella era experta, sabía exactamente cómo moverse y qué hacer para que yo perdiera la cabeza.

Joder, la quería tanto.

Pero entonces ocurrió el desastre. Empecé a recorrer su cuerpo, bajando por su vientre plano, pero mis manos tenían memoria propia. En lugar de sentir la calidez sedosa de Sofía, mis yemas recordaron la textura áspera y pesada de la ropa mojada de Noah.

Intenté concentrarme, cerré los ojos con fuerza buscando la imagen de la mujer que tenía debajo, pero mi cerebro era un traidor. Cada vez que intentaba excitarme, la imagen de Noah jadeando y aferrándose a mí como un náufrago se proyectaba en mis párpados.

Fue humillante. Mi polla, que siempre había respondido a la menor provocación de Sofía, se quedó muerta. O peor, amagó con endurecerse solo para desinflarse de inmediato, como si mi propio cuerpo se negara a colaborar en aquel simulacro de normalidad. Me granjeó una sensación de impotencia absoluta.

Sofía, siempre resolutiva, tomó el control. Se deshizo de la bata, se puso a horcajadas sobre mí y empezó a besarme el cuello

mientras sus manos bajaban con maestría hacia mi entrepierna, intentando rescatar lo que quedaba de mi orgullo.

Estaba impresionante. Era una maldita diosa. Tan hermosa que a veces me costaba procesar que fuera real.

Maldita sea, quería reaccionar. Quería hacer el amor con mi prometida. Quería adorarla y decirle esas guarradas que tanto le gustaban al oído. Y luego reírnos del ridículo tan pavoroso que había hecho en el campo, y quizá volver a follar y comernos unas tortitas. El tiempo junto a Sofía era eso, pura tranquilidad, diversión y confianza.

Pero, cuanto más me esforzaba, más nítido se volvía el recuerdo de Noah deshaciéndose entre mis dedos. Todavía sentía su espeso placer en la palma de mi mano.

—No estás aquí —sonrió Sofía, besándome el cuello.

La miré. Su cabello negro caía a ambos lados de su cara, enmarcando una expresión llena de una serenidad que me dolió. En ese momento, bajo la luz tenue de la *suite*, pensé que ella era la única mujer del mundo por la que moriría. Pero era una belleza que ya no sabía cómo poseer.

—Por supuesto que sí —le aseguré, acariciándole la mejilla.

—Mentiroso —murmuró ella, traviesa.

No pude negarlo más. Quería echarle la culpa al partido, después de todo ese 3-0 había sido una puta humillación. Quizá podía culpar también al agotamiento físico que suponía correr noventa minutos bajo la presión de Nápoles. Pero eso no se lo habría creído nadie.

—Lo siento… —resoplé, frotándome la cara con las manos.

Sofía soltó una risita suave y se dejó caer a un lado de la cama, pasando una pierna por encima de las mías. Empezó a acariciarme el pecho, trazando círculos lentos mientras me observaba con esos ojos que lo veían todo.

—¿Vas a ponerle nombre a lo que te pasa? —indagó con una calma que me asustó.

Sofía y yo compartíamos una honestidad tan brutal que a veces daba vértigo. Nuestros desencuentros se contaban con los dedos de una mano. Apenas discutíamos porque nos entendíamos muy bien y nos respetábamos por encima de todo. Pero, en aquella ocasión, poner en palabras esa verdad casi me parecía una traición.

—Tú ya lo sabes.

—Ahora entiendo por qué tu banda era un coladero —bromeó ella.

—No hurgues en la herida. Me ha caído una buena bronca del míster.

—Cabrones, qué injustos —susurró ella, acercándose para darme un besito en los labios—. ¿Y bien, beso o algo más?

—Sofía… —suspiré, cerrando los ojos.

—Noah está en tu cabeza —dijo, señalando mi sien con su dedo índice. Luego bajó la mano y la apoyó con firmeza en el centro de mi pecho—. Empieza a meterse en tu corazón. Y, por lo que veo —bajó más la mano y le dio un pequeño apretón a mi perezosa compañera —, tiene el control absoluto de tu polla. ¿De verdad vamos a seguir fingiendo que esto no está pasando, Kenny?

Tragué saliva.

—Pero yo te quiero —le aseguré con desesperación.

Maldita sea, la quería por encima de todo.

—Me quieres —repitió ella, acariciándome la mejilla con una ternura infinita—. Y yo te quiero a ti. Con locura. Y eso nunca cambiará. Pero no nos amamos, Kenny. Nunca lo hicimos. Tú y yo nos encontramos en medio de un mundo cínico, nos reconocimos como iguales y nos dimos la mano. Y ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Fruncí el ceño y mi pulso se disparó. Aquello sonaba a final.

—¿Me estás dejando?

—Calla, idiota. —Me dio un pequeño manotazo en el hombro—. Yo nunca te dejaría. Pero sé que tú me dirías lo mismo si vieras el brillo que yo veo en tus ojos.

Sofía me miró con una inteligencia que aterraba. En ese momento, entendía la situación incluso mejor que yo. Lo nuestro siempre había sido una anomalía: una amistad profunda, indestructible y blindada frente a un mundo cínico. Éramos socios, cómplices que incluso bromeaban sobre sus aventuras con otros. La quería tanto que jamás me había cuestionado si aquello era amor romántico.

—Tienes derecho a enamorarte —soltó ella con una calma devastadora.

—Sofía… —La abracé con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello, queriendo silenciar sus palabras.

—Tienes derecho, Kenny. Y yo también —sentenció, obligándome a mirarla a los ojos—. Tenemos derecho a pensar que existe esa persona que haga que nos enamoremos locamente.

—No estoy enamorado de él —espeté—. Solo es… La situación me tiene confundido. Nada más.

—Pues estás monísimo cuando te confundes —murmuró ella, y me mordió el labio inferior con una mezcla de picardía y cariño.

Mierda. Me sentía como el ser más ruin del planeta. Nunca había significado nada acostarse con otras mujeres. Pero Noah había llegado para desquiciarlo todo y jaquearme el sistema.

—Lo besé… —confesé, apoyando la cabeza en su pecho mientras Sofía me acariciaba el pelo con una parsimonia casi maternal—. Y él me devolvió el beso como un animal. Y entonces yo lo acorralé e hice que se corriera en mis manos. Y cuando se fue… —Tragué saliva. La verdad me quemaba—. Lamenté no haberlo abrazado hasta el amanecer.

A Sofía se le escapó una sonrisilla coqueta.

—Faltan ocho meses para nuestra boda.

—Cállate —mascullé, aferrándome a ella—. Ni se te ocurra mencionarlo.

—Escucha. —Me cogió la cara entre sus manos, obligándome a sostenerle la mirada—. Tienes ocho meses para explorar. Ponte a

prueba, Kenny. Resuelve si esto que sientes es amor de verdad. Puede que yo ya tenga la respuesta, pero eso es algo que debes descubrir tú solo. Si para entonces no lo has conseguido, me vestiré de blanco para ti. Pero, si resulta que mañana descubres que lo amas, no me mientas. Y mucho menos me dejes tirada en el altar.

Sentí una mezcla de pánico y desesperación. La idea de perderla me aterrorizaba.

—Eres la mujer de mi vida, ¿cómo iba yo a abandonarte? —jadeé, buscando sus labios.

Nos besamos con una profundidad distinta, más agónica, buscando una conexión que se nos escapaba de entre los dedos.

—Has dicho que no me amas —protesté.

—He dicho que te quiero —recalcó ella, traviesa.

—¿Ah, sí? ¿No estás enamorada de mí? —Me coloqué entre sus piernas con un movimiento ágil—. Sucia mentirosa.

Empecé a mordisquearle la cintura, buscando su punto débil, queriendo forzar una risa que disipara la densidad de la confesión.

—¡Cosquillas no! —gritó ella entre carcajadas.

51

NOAH

Me pasé los últimos días en un limbo insoportable, aislándome bajo la excusa de una indisposición que, en realidad, era puramente moral.

Para colmo, no pude prestar atención a una sola palabra en clase. Mi cerebro se había convertido en una pantalla donde se reproducía, en bucle y a cámara lenta, el momento de la piscina. No entendía cómo era posible que me hubiera dejado llevar de esa forma. Pero, a veces, me encontraba a mí mismo sonriendo como un gilipollas.

Definitivamente, Kenny Langford me había robado el puto juicio. Y tenía la vaga sensación de que él también estaba afectado. De lo contrario, jamás habría perdido contra el Nápoles en su competición estrella.

Ahora mismo estaba en su salón, y me sentía como un maldito intruso que venía a reprender al señor de la casa. Y es que me había propuesto darle luz a ese laberinto oscuro en el que nos habíamos metido. Quería ser la estúpida voz de la razón, por el bien de mi salud mental y de su concentración. Porque temía que su mediocre labor en aquel partido de Champions tuviera algo que ver conmigo.

Tenía un guion mental perfectamente ensayado. Palabras asépticas, distantes y definitivas. El cóctel necesario para poner fin a aquella locura que compartíamos.

Entonces, escuché el motor de su coche.

El corazón me dio un vuelco tan violento que me obligó a llevarme la mano al pecho. Por un segundo, el instinto de supervivencia me gritó que huyera.

«Quédate, Noah. Sé un hombre. Termina con esto», me dije.

¿Funcionó? No.

Escuché sus pasos. Eran firmes y rítmicos. La marca inconfundible del hombre que me había robado el sueño. La presión en mi cuerpo aumentó hasta robarme el aliento. Y en el último momento, justo cuando el pánico ganó la partida y me dispuse a huir, me topé con él en el umbral del salón.

Nos quedamos congelados, el uno frente al otro. Kenny traía el frío de la noche pegado a su ropa y aquel aura de capitán derrotado, pero sus ojos seguían siendo dos pozos de un azul eléctrico que me quemaban.

Allí estaba esa chispa de electricidad que saltaba siempre que estábamos cerca, anulando cualquier rastro de mi supuesta madurez.

—Hola… —logré articular.

Fui incapaz de mover un solo músculo. Solo pude tragar saliva y rogar para que no escuchara el estruendo de mi corazón.

—Hola.

Su voz fue una vibración baja que me recorrió la columna. Kenny me observaba con atención, y entrecerró los ojos a la par que torcía el gesto.

—Pensabas volver a huir, ¿verdad?

—Eso no es cierto… —mentí, desviando la vista.

Me sentía culpable y expuesto y, sobre todo, terriblemente atraído por la idea de comérmelo a besos. Y mi maldito guion mental se fue a tomar viento fresco.

Se instaló un silencio incómodo entre los dos. Aunque, por suerte, Kenny no dejó que durase porque se encaminó hacia el minibar con una parsimonia que me puso enfermo. Lo vi coger una botella de agua y bebió con total tranquilidad. Me molestó

muchísimo reconocer que estaba dándome tiempo para ordenar todas las mentiras que había ensayado para él.

Caminé unos pasos hacia el centro del salón, con el cuerpo tan rígido que temí que me crujieran las articulaciones.

—El otro día… Necesitaba pensar —solté por fin, nervioso.

—¿Y lo has conseguido?

Me miró con una amabilidad que me dolió. Seguía siendo el mismo Kenny que me había cuidado, el amigo que me había hecho reír cuando el mundo se me venía encima. Su paciencia seguía intacta, joder.

—No. Bueno, sí… —Tragué saliva y decidí atacar por otro flanco para protegerme—. Por cierto, siento mucho lo del partido.

Honestamente, todos mis Furin, yo incluido, sufrimos la pérdida. Connor estuvo a punto de reventar la pantalla de pura frustración.

—A veces se pierde. Gajes del oficio. —Le restó importancia, pero su mirada se volvió afilada—. No me cambies de tema, Noah.

Y nos miramos fijamente, desafiándonos en silencio, hasta que sentí que mis defensas se agrietaban.

—Me equivoqué al venir —empecé trémulo—. Me equivoqué al pensar que podía ser tu amigo.

Kenny arqueó una ceja.

—¿No lo eres?

Maldito fuera, él mismo había dicho que no un instante antes de besarme.

—Creía que sí. Pero no puedo serlo si no dejo de tener estos… malditos pensamientos.

Apreté los puños a los costados, frustrado por mi propia debilidad, por no ser capaz de controlar lo que pasaba dentro de mí.

—¿Quieres hablarme de ellos? —indagó bajito.

Casi me dio la risa. ¿Cómo demonios le iba a decir que se me disparaba el pulso cada vez que se me acercaba? ¿Cómo podía

explicarle que me moría por volver a sentir sus manos sobre mí, que quería besarlo hasta olvidarme de mi propio nombre?

No quería perderlo por aquella locura. Buscaba conservar lo que teníamos. Me encantaba la relación que habíamos construido. Empezaba a considerarlo un amigo de verdad. Pero ya no sabía cómo separar una cosa de la otra.

—No. Solo he venido porque quería… —Me detuve a tragar saliva—. Lo de la piscina fue un error. Creo que ambos compartimos un momento de locura transitoria. No te lo tengo en cuenta y espero que tú a mí tampoco. No volverá a suceder —sentencié—. Ni siquiera sé qué coño nos pasó… Pero tú tienes tu vida, Kenny. Te vas a casar. Y yo… bueno, yo soy yo. Quizá lo mejor sea que nos distanciemos. Somos una distracción innecesaria.

Él me observó con una calma insultante. No pestañeó ni se alteró. Parecía una puta estatua.

—¿Has terminado? —espetó.

—¿Y tú has escuchado algo de lo que he dicho?

—¿Esperas que te dé mi opinión? Porque no lo parece.

Se cruzó de brazos, observándome como si fuera un problema matemático difícil de resolver. En realidad, yo solo quería saber qué pensaba él de la hartada de tonterías que había soltado, si me odiaba o si estaba tan aterrado como yo.

—Es lo más sensato, Kenny —insistí, casi suplicando que me diera la razón.

—Sensato... Sí, puede…

Se encogió de hombros, dejó la botella en el mostrador y empezó a caminar hacia mí, lentamente, como un depredador. Retrocedí un paso por puro instinto. Aquel hombre me intimidaba y me volvía loco a partes iguales. Era tan jodidamente hermoso en su silencio que sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—Dices que fue un error. Que fue un momento de locura.

—Lo fue —le aseguré.

—Entonces, ¿por qué has venido a mi casa en lugar de mandarme un mensaje? —Su lógica fue aplastante—. Si tanto quisieras que nos alejáramos, habría sido más fácil. O quizá fingir que no pasó nada. Total, ambos somos heteros, ¿no? Olvidarnos de ese desliz sería sencillo, una puta experiencia más que nos llevaríamos a la tumba. —Se detuvo tan cerca que pude sentir el calor que desprendía su cuerpo—. Sin embargo, aquí estás y no dejas de dudar. —Su voz sonó tan íntima que me provocó un escalofrío.

—No puedes hacerme esto… —susurré.

Sentía que el control se me escapaba de entre los dedos como arena fina. No entendía por qué Kenny seguía alimentando aquella tensión, por qué no dejaba que me marchara con la dignidad intacta.

—¿Qué estoy haciendo?

—¡Volverme loco, eso haces! —exploté, furioso con él—. Primero te presentas en mi vida como si nada, luego juegas a ser mi amigo, haces que me lo crea, consigues que me sienta bien a tu lado y ahora… ahora…

—¿Ahora qué, Noah?

Negué con la cabeza.

—No me hagas decirlo, por favor.

Me negaba a verbalizar que me estaba enamorando de él. Pero el ambiente en el salón cambió de golpe. La tensión se tornó tan insoportable que apenas me dejaba respirar.

—Supongo que los dos hemos fallado… —suspiró Kenny.

—¿En qué?

—En tomar decisiones precipitadas. Los impulsos dan miedo.

—Me alegra que estés de acuerdo —jadeé.

—Pero casi siempre tienen razón.

Fruncí el ceño.

—¿Qué mierda estás diciendo? Soy un tío, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé. Te tuve en mis manos.

Su mirada bajó por mi cuerpo con una lentitud torturadora. Y mi mente, la muy traidora, reprodujo el maldito momento en que me tocó.

—¿Y por qué no estás entrando en pánico? —le pregunté con una incredulidad genuina.

—Probablemente lo haría si tú no estuvieras delante —admitió —. Pensaría: «qué coño hago robándole besos a un tío». Pero luego te miro y pienso que no me importaría robarte otro más. Y en la fina línea que separa un pensamiento de otro, me digo que, si un hombre ha sido capaz de colarse de ese modo en mi sistema, quizá es que mi instinto es más fuerte que mi sentido común.

El corto espacio que nos separaba de pronto se llenó de urgencia y deseo. Kenny tenía razón. Porque la tenía, joder. Él siempre sería el más valiente de los dos. Pero era demasiado arrogante como para decírselo a la cara.

—Estás loco —logré decir.

—Puede. O quizá soy el único de los dos que es lo bastante osado como para admitir que esto es algo más que un error.

—Eso nos convertiría en algo inevitable —reconocí casi sin aliento.

—Demuéstrame que no lo es.

Kenny inclinó la cabeza y me rozó los labios. Fue apenas un susurro de piel, y el mundo se detuvo en ese milímetro de distancia.

—¿Quieres que pare? —dijo bajito—. Dime que pare y no volveré a tocarte. Te doy mi palabra, Noah. Seré solo tu amigo… Lo prometo.

Cerré los ojos, sintiendo cómo mi voluntad se desintegraba. Me había dado el poder de detenerlo, tenía la salida de emergencia justo delante de mis narices, pero mis cuerdas vocales se negaron a obedecer. Porque lo cierto era que no quería irme. Así que me dejé vencer por mi propio deseo y me lancé a sus labios.

Nos besamos como locos, con una desesperación que rozaba la furia. Fue un choque de dientes y lenguas que se buscaban con una sed insaciable, como si lleváramos siglos esperando aquel permiso.

Me enganché a sus hombros y lo atraje hacia mí mientras sus manos bajaban por mi espalda con una firmeza que me hizo gemir contra su boca. Buscaban colarse bajo mi jersey, pero cambiaron de idea y continuaron bajando hacia mi trasero. Estrujó mis nalgas con una autoridad que me cortó la respiración. Sin embargo, no me contuvo de frotarme contra su erección. Ya estaba allí, presente contra la mía. Habían despertado tan rápido, puede que lo hicieran incluso antes de que empezáramos a tocarnos. Lo cual evidenciaba la intensidad del deseo que compartíamos. Y eso, maldita sea, me emocionaba y avergonzaba a partes iguales.

—No pareces muy contrariado con mis argumentos —jadeó Kenny antes de hundir su boca en mi cuello.

Ah, me encantaba que me mordiera. Me excitaba tanto que podría haberme corrido en los pantalones solo con eso.

Cerré el puño en su nuca y tiré de su cabello.

—Sé aceptar la derrota.

La sonrisa de Kenny vibró contra mi piel, y juraría que sentí ese eco hasta en la polla. Fue un escalofrío devastador que me recordó de golpe cómo habíamos terminado en la piscina. Si una simple paja nos había vuelto locos, lo que podía suceder esta vez podía hacernos estallar. O destruirnos del todo.

De pronto, Kenny se alejó unos centímetros. Me desorientó un poco su reacción. Quizá se había arrepentido. Bien por los dos. Pero antes de que pudiera decir nada, me agarró de la mano y me arrastró hacia las escaleras.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Joder, apenas podía caminar como un ser humano funcional por culpa de la erección.

—Si vamos a equivocarnos, hagámoslo bien —sentenció.

Empezamos a subir los peldaños casi a la carrera. Yo apenas podía ver por dónde pisaba. El corazón me martilleaba en los oídos y la piel me quemaba. Y cuando entramos en su habitación, la puerta al cerrarse resonó como una sentencia.

Kenny no perdió ni un segundo. Me empujó contra la pared y me atrapó con su cuerpo antes de volver a besarme. No pude pensar en nada más. Solo existía esa boca que me devoraba y esas manos grandes y seguras que se colaron bajo mi jersey y empezaron a subir por mi espalda.

Me aferré a él, hundiendo mis dedos en su pelo, confirmando que aquel error era, en realidad, lo único que tenía sentido en mi vida.

—No quiero acostarme contigo…

Kenny desvió sus besos hacia mi mandíbula.

—Mentiroso… —suspiró contra mi piel, y sentí su erección frotándose contra la mía.

Sí, mentía. La verdad era que solo quería arrancarle la ropa y tocarlo por todas partes.

De pronto, sus manos bajaron hasta el borde de mi jersey y tiraron hacia arriba con una brusquedad que me encantó. Joder, estaba temblando de puro deseo. Entonces, Kenny apretó mi cintura y empezó a moverse. Yo me dejé llevar tropezando con mis propios pies, resistiéndome a romper el beso. A más ahondaba en su boca, más quería de él.

Nos convertimos en un caos de extremidades y besos, avanzando con pasos erráticos. Sus manos subían y bajaban por mis costados, me estaba volviendo loco. Pero necesitaba más. Y le arranqué el jersey con urgencia. Cuando mis manos se deslizaron por su pecho, realmente creí que mis rodillas no lo soportarían.

Nos detuvimos a mitad de camino respirando de nuestras bocas. Mis dedos se precipitaron hacia su bragueta y la desabroché al tiempo que Kenny hacía lo mismo con mi pantalón. Ese punto de frenesí y torpeza hizo que todo fuera más real. Cada prenda que caía

al suelo se sentía como una barrera menos entre mi cordura y el abismo.

Caímos sobre el colchón, enredados el uno al otro. El impacto me devolvió un destello de realidad. Estaba en su cama, medio desnudo, con el cuerpo de un dios del fútbol encima de mí. ¿Cómo coño había llegado a ese punto? ¿Por qué demonios lo necesitaba tanto?

Mis manos recorrieron sus pectorales, deleitándose en la dureza de sus músculos y el calor abrasador que desprendía su piel. Probablemente, estaba siendo demasiado atrevido, pero es que sus manos no me lo ponían fácil. Las sentí deslizándose por mis costillas, apretando la curva de mis caderas y clavándose en mis muslos con una suavidad que hizo que me retorciera.

Nos besamos con más urgencia. Nuestras lenguas entrelazándose con desesperación mientras nuestras piernas se enredaban, buscando esa fricción perfecta.

—Dios, eres perfecto —jadeó Kenny en mi boca.

¿Cómo era posible que ese hombre tan impresionante pensara eso de mí?

—Deliras…

—Créeme, estoy más lúcido que nunca.

Y yo temblé porque de verdad me lo creí. Por estúpido que fuera, por mediocre que yo me sintiera, confié en las palabras de Kenny Langford mientras sus manos seguían acariciándome y su boca dibujaba la mía con una inesperada suavidad.

—Dime… —Su maldita voz me calaba hasta los huesos.

Kenny se separó apenas unos centímetros y me miró. Lo hizo con un respeto reverencial que me desarmó por completo. Tenía las pupilas tan dilatadas y su rostro mantenía una mueca de pura pasión que lo hacía parecer casi vulnerable. No podía ser real que, incluso en mitad de aquel incendio, Kenny mantuviera esa amabilidad tan protectora.

—¿Quieres entrar o prefieres que lo haga yo? —me susurró al oído.

Se me cortó el aliento. Me costó procesar lo que acababa de decir. Tenía al mismísimo Kenny Langford entre mis piernas, ofreciéndome el control absoluto, dándome la posibilidad de poseerlo yo a él. Era una pregunta que me costaba asimilar y, para colmo, me rompía todos los esquemas que yo tenía sobre el poder y la masculinidad.

—¿Me… me dejarías hacerlo? —tartamudeé, y Kenny se apoyó de nuevo en mis labios.

—Te dejaría hacerme cualquier cosa, Noah…

Me estremecí entero.

Lo cierto era que no había tenido ni un solo instante para pensar en la posibilidad real de acabar en una cama con él. Mucho menos cavilar sobre los detalles técnicos de ese encuentro. Pero, mientras sentía el calor de su cuerpo sobre el mío, me sorprendió descubrir que la idea de ser penetrado por él no solo no me disgustaba, sino que me generaba una curiosidad eléctrica y muy inesperada.

Desvié la cara, notando cómo el calor de la vergüenza me subía a las mejillas.

—Confío en ti… —gemí.

Definitivamente, había perdido la cabeza. Y percibí el asombro en Kenny. No dejaba de mirarme. Quizá creyó que yo estaba muy pagado de mi hombría y querría que él fuera el receptor, pese a que todo su cuerpo gritaba las ganas que tenía de follarme. Quizá pensó que yo odiaría la idea de ser penetrado por un tío, que me parecería una humillación. Y debería haber sido así, joder. Se suponía que era hetero. Aunque, maldita sea, a esas alturas ya no sabía nada de la vida.

—¿Estás seguro?

Me llevé las manos a la cara.

—Ah, deja de hacer preguntas…

Estaba tan nervioso. Quería morirme, quería irme de allí, pero no me movía porque también quería sentir a Kenny. Quería tocarlo, quería aceptar su peso entre mis piernas, quería confirmar qué demonios era eso que sentía por él, por qué me moría por abrazarlo.

Kenny no respondió con palabras. El muy cabronazo siquiera mostró inquietud o confusión. Se le veía tan seguro, tan firme, tan consciente de lo que estaba pasando.

Por entre mis dedos vi cómo estiraba un brazo. Con total naturalidad, abrió el cajón de su mesilla y sacó una tira de condones y un bote de lubricante. No pude evitar pensar que aquello estaba allí para Sofía, que eran los restos de su vida perfecta colándose en nuestro momento de locura. Posiblemente, era mi última excusa para detener todo aquello.

Pero el pensamiento se desvaneció en cuanto sus labios volvieron a tocar mi piel. Empezó por mi yugular. Repasó mi cuello con una delicadeza estremecedora y fue deslizándose por mi pecho. Jugó con mis pezones, hizo que me retorciera y temblara como un idiota.

Lo peor llegó cuando sus besos resbalaron por mi abdomen, marcando el camino con una parsimonia que me hizo arquear la espalda. Entonces, enganchó sus dedos a la goma de mis bóxers y tiró de ellos con una delicadeza extrema hasta dejarme completamente desnudo.

Me tragué mi pudor y lo miré. Ese tío era sin duda un capitán. Probablemente, no tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo, pero lo hacía con una seguridad que a punto estuvo de hacer que me corriera sin tocarme.

Kenny apoyó sus manos en mis tobillos y empezó a ascender con una suavidad insoportable. Sus dedos recorrieron mis muslos, estremecieron mi piel y me obligaron a abrir un poco más las piernas. Fue entonces cuando llegaron los besos. Comenzó dejando un tierno reguero por la cara interna, en dirección a mi ingle. Su boca se acercaba peligrosa a mi erección, y yo lo miraba estupefacto y convulso porque parecía tan entregado.

Su aliento estimuló mi piel, me estremecía. Incluso mi polla tembló. Ambos ignorábamos qué demonios se proponía ese hombre. Hasta que su boca me atrapó.

Al sentir ese calor húmedo se me cortó la respiración y arqueé la espalda. Mierda, no podía creer que Kenny me la estuviera chupando y lo hacía con un cuidado extremo y una dedicación incomprensible.

Su lengua dibujaba mi erección. Subía y bajaba mientras me observaba con una adoración que no entendí y a la par me estaba enloqueciendo. Y sus labios me acogían con firmeza. Me empujaban hacia su garganta. Me acogía como si fuera completamente suyo. Volcó en cada movimiento una dedicación que me resultó abrumadora. No esperaba que alguien tan imponente, tan acostumbrado a que el mundo entero gravitara a su alrededor, pudiera entregarse a mi placer con esa devota humildad.

Parecía que en aquel momento yo era el centro de su universo. Todo lo que había fuera de las paredes de su habitación le daba igual.

En mitad de aquel trance, escuché cómo abría el bote de lubricante. Un segundo después, sentí una caricia fría y viscosa justo en mi entrada. Me tensé al instante.

—Tranquilo… No voy a hacerte daño… —susurró.

Kenny empezó a tantearme con la yema de los dedos, masajeándome con una presión circular que hizo que me retorciera. Y me llevé las manos a la cara, otra vez, mientras un temblor incontrolable se apoderaba de mis piernas.

Solo quería esconder lo vulnerable que me sentía. Pero mi peor enemigo estaba dentro de mí. Una duda punzante me cruzó la mente, empañando el placer que me estaba dando la boca de Kenny. Pensé en quién era yo y quién era él. Pensé en la suciedad, en lo explícito de lo que estábamos haciendo, y me invadió un miedo irracional a que, en cualquier momento, Kenny se detuviera con una mueca de rechazo.

¿Y si le daba asco? ¿Y si aquello era demasiado real y crudo para un hombre que vivía rodeado de perfección?

—¿Lo estoy haciendo mal?

Su voz sonó contra mi piel. Kenny me estaba dando besos en las caderas mientras sus dedos seguían relajando mi entrada con una calma metódica.

Lo miré de refilón, tímido. Mierda, la imagen fue tan increíble. Ver al mejor jugador de fútbol del mundo con la cabeza entre mis piernas, tan entregado a mi placer.

—No… No…

—Entonces, ¿por qué parece que no lo estás disfrutando?

—Me está costando… olvidar quién eres… —me sinceré.

El rumor de su sonrisa fue como un bálsamo, porque me recordó que, a pesar de todo, seguía siendo él.

—Entiendo… Tienes al mejor jugador del planeta tocando tu trasero mientras te la chupa.

—Qué idiota eres… —logré decir, pero la frase terminó en un gemido porque, en ese momento, sentí cómo su dedo entraba lentamente en mí.

—Relájate —suspiró.

Un instante después, lamió toda la extensión de mi erección. Estrujé las sábanas como si mi vida dependiera de ello. El placer empezaba a nublarme la vista.

—¿Lo has hecho antes? —pregunté tembloroso.

—¿Tú qué crees? —bromeó, aunque sus ojos tenían un brillo distinto, mucho más honesto.

—¿Lo de chuparla también?

—Eso no… Vas a llevarte mi primera vez.

—Y tú la mía…

Perdido en su mirada azul, sentí cómo su dedo entraba al completo, rompiendo mi última barrera y llenándome de una sensación que era puro fuego y miedo a la vez.

Cerré los ojos con fuerza y me obligué a soltar los músculos para entregarme a lo que estaba ocurriendo. Me sentía expuesto,

pero al mismo tiempo me invadió una extraña comodidad. El contacto de Kenny era tan reverente.

Sus labios regresaron a mi cuello, luego se deslizaron por mi pecho y volvieron a bajar con una lentitud que me hacía retorcerme de pura anticipación. Me asombró descubrir que Kenny era un amante dedicado, un hombre que ponía su habilidad al servicio de mi placer, alejándose de cualquier rastro de egoísmo. Él se encargó de todo, guiándome a través de la oscuridad de mis propios nervios.

Poco a poco, con una paciencia que me desarmaba, incorporó un segundo dedo. Sentí un pequeño escozor, pero el lubricante facilitó la intrusión y pronto esa molestia fue sustituida por una plenitud abrumadora.

—Quiero besarte… —pensé en voz alta.

De hecho, siquiera creí que Kenny me hubiera escuchado. Estaba demasiado ocupado intentando no desintegrarme. Entonces, sus labios se apoyaron en los míos y pude saborearme cuando su lengua me invadió con lentitud. Joder, ese beso fue tocar el cielo. Y sus dedos seguían preparándome, y yo creí que iba a explotar.

—Podría hacerlo durante días, ¿lo sabías? —resolló en mi boca.

Me aferré a sus hombros y hundí mi cara en su cuello. Necesitaba abrazarlo. Necesitaba sentirlo completamente apegado a mí.

—¿Por qué me dices esas cosas?

—Porque te deseo. —La honestidad de sus palabras me estremeció, y clavé los dedos en su nuca. No me atrevía a mirarlo—. ¿Preferirías que te mintiera?

—¿Cómo sería esa mentira?

Kenny se detuvo un instante y apoyó su frente en la mía. Sentía los latidos de su corazón pegados a mi pecho.

—No estarías en mi cama. —Ese murmullo posesivo me erizó la piel—. No tendría mis dedos enterrados en tu culo ni estaría pensando que eres la cosa más bonita que he visto nunca.

Aquel reconocimiento me dejó sin defensas. Me quedé atrapado en su mirada. Solo encontré una verdad cruda y hermosa que a punto estuvo de arrancarme unas lágrimas.

Tragué saliva.

—Eres un amante bastante intenso —dije trémulo.

—Y realista.

De repente, un latigazo de placer como nunca antes había experimentado me recorrió la columna. Fue tan fuerte que mis piernas temblaron sin control.

—¿Qué… qué ha sido eso? —gimoteé confundido.

—Tu próstata te saluda —murmuró Kenny, sonriente y orgulloso.

Mientras tanto, yo me retorcía de puro placer por culpa de sus dedos. Y él continuó tocando ese glorioso punto que parecía querer matarme.

—Siento que voy a morirme…

Kenny me miró con una intensidad abrumadora.

—¿Quieres que pare?

Supe que de verdad lo haría si se lo pedía.

—No… —suspiré asfixiado—. Quiero que… —Dudé un segundo. El corazón se me estrellaba contra las costillas.

—Dímelo, Noah…

—Quiero que… entres.

Kenny se tomó su tiempo para confirmar esa petición a través de mis ojos. Un instante después, se incorporó. Se deshizo de sus bóxers con un gesto rápido y se sentó sobre sus talones, entre mis piernas. Su poderosa silueta me dejó hipnotizado. Pesé a la penumbra y los suaves rayos plateados de la luna que se colaban por los ventanales, mis ojos pudieron navegar por su cuerpo sin ningún tipo de interferencia.

Descubrí que aquellas líneas eran jodidamente hermosas, de una belleza tan cruda y devastadora que me cortó el aliento. Y su erección se alzaba orgullosa y temblaba. Y ansié probarla como él

había hecho conmigo. Quise disponer de la valentía para tocarla y adorarla y disfrutar de su espeso placer resbalando por mis dedos o mi boca

Sentí que Kenny me estaba dejando observarle de aquella manera para que pudiera mentalizarme de lo que iba a pasar. Y es que ese hombre iba a follarme, y yo lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¿Por qué no me lo pones tú? —dijo bajito.

—¿El qué?

Kenny cogió un condón de la tira y me lo tendió.

Era una sugerencia que podía rechazar. Pero no lo hice. Lo atrapé con los dedos temblorosos y me incorporé lentamente, notando que el cuerpo me ardía y que mi entrada palpitaba.

Lo miré tímido. Joder, me moría de la vergüenza y me irritaba que él estuviera ahí tan tranquilo, observándome como si fuera a saltar sobre mí en cualquier momento.

Abrí el paquetito y saqué el condón. Y tragué saliva al tocar la punta de aquella gloriosa erección. Kenny contuvo el aliento. Lo miré. Había cerrado los ojos y su nuez se movió de arriba abajo. Quizá estaba tan nervioso como yo, pero se le daba mejor ocultarlo.

Muy despacio, empecé a deslizar el preservativo por su duro miembro.

—Ya está…

—Lo sé… —dijo con una suave sonrisa, y acercó una mano a mi mejilla. Cuánto me gustó que me acariciara—. Pero tus dedos son tan placenteros como tu boca.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su pecho.

—Estás loco —resoplé.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Pero yo lo estoy más.

Entonces, lo volví a mirar y Kenny entendió que le estaba dando permiso para romper la última barrera entre los dos.

Se tumbó sobre mí y encajó sus caderas entre mis piernas. Se me escapó un quejido cuando su polla rozó la mía.

—Iré despacio, ¿vale? —me prometió, apoyando sus manos a ambos lados de mi cabeza.

Me miraba con una ternura que me asustó más que el hecho de tener un pene a punto de penetrarme.

—Vale…

Todo empezó con un pequeño roce de su punta contra mi entrada. Parecía como si su cuerpo le pidiera permiso al mío. Lentamente, noté cómo se empujaba dentro de mí, desgarrando mi resistencia centímetro a centímetro. Fue tan despacio que resultó agónico.

No apartó la vista de la mía. Kenny me sostuvo la mirada con una fijeza que me obligó a estar presente, a sentir cómo me invadía. Y fue eterno hasta que su miembro entró completo y lo vi apretar la mandíbula. Yo temblaba debajo de él. Lo hacía porque me costaba creer que esa cosa hubiera entrado y porque era precisamente Kenny quien lo hacía.

Se quedó quieto, estaba dándome tiempo a que me acostumbrara a su presencia y quizá también para que ambos asimiláramos la magnitud de la situación. Supuse que sentía mis espasmos y cómo lo apretaba, porque él también tembló y se le escapó un gemido.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Sí… —logré decir sin apenas aliento.

—Entonces, ¿por qué no me acaricias?

Me desarmó notar aquel rastro de vulnerabilidad en su pregunta.

—¿Puedo hacerlo?

—¿No ves que lo estoy deseando?

Me lancé a besarlo. Fue una invitación desesperada a la que él respondió con una intensidad abrumadora pero sin prisa, saboreando cada segundo. Mientras nuestras lenguas se

entrelazaban, mis manos recorrieron su espalda, maravillándose con la firmeza de su musculatura. Bajé a sus nalgas y las apreté con fuerza, atrayéndolo más hacia mí. Maldita sea, me encantó sentir cómo se estremecía.

—Puedes moverte… —murmuré contra sus labios.

Kenny soltó un jadeo ronco y empezó a mecerse con suavidad. Noté cómo me llenaba en todos los sentidos posibles. Lo tenía entre mis piernas, lo estaba abrazando y perdiéndome en su boca. Disfruté del modo en que jadeaba contra mis labios, de la forma en que sus manos apretaron mi piel, con esa dulzura animal. Era una plenitud que nunca antes había experimentado, algo que iba mucho más allá de la fricción de la piel.

Y puestos a perder la cabeza, me dije que esa noche no estaba mal ser egoísta. Así que rodeé su cintura con mis piernas, anclé a ese hombre a mi cuerpo y me entregué a un placer que me hizo ver las estrellas en la penumbra de una habitación.

—Me encanta cómo gimes… —me dijo al oído.

Su cálido aliento me provocó un escalofrío y me arrancó un gemido roto.

—Y a mí me encanta cómo te mueves…

La intensidad subió de golpe, transformándose en una marea de calor y sonidos que yo apenas podía procesar. Kenny dejó de mecerse con suavidad para imprimirle a sus movimientos un ritmo más hondo y rotundo. Cada embestida era una declaración de intenciones que me robaba el oxígeno. El sonido de nuestra piel chocando y frotándose, además del rumor de nuestros jadeos, se convirtió en una melodía preciosa.

Kenny no me estaba follando con la frialdad de quien busca un desahogo. Más bien, me adoraba con cada centímetro de su cuerpo.

Sus manos, grandes y firmes, se entrelazaron con las mías y estiró mis brazos por encima de mi cabeza antes de que sus labios recorrieran mi mandíbula.

—Perdí ese partido por tu culpa… —gruñó contra mi boca.

—Kenny… —gemí.

Sus embestidas no dejaban de alcanzar ese glorioso punto de placer.

—Lo perdí porque no dejaba de pensar en ti y en las ganas que tenía de tocarte de nuevo… —confesó, aumentando la velocidad. Sus ojos estaban fijos en los míos, febriles—. No podía ver el balón, Noah. Solo veía tu cara. Solo sentía el sabor de tu boca.

Aquella confesión me destrozó. Saber que el gran Kenny Langford se había desmoronado en un maldito partido oficial por mi recuerdo fue el detonante definitivo. Me liberé de su agarre y me aferré a sus hombros, notando cómo sus músculos se tensaban bajo mi tacto.

¿Cómo le decía yo que estaba loco por él, que lo quería de formas tan sencillas y complejas, que el tiempo a su lado era como un premio que todavía no sabía si merecía? ¿Cómo le decía yo que se había abierto camino en mi corazón y se había asentado en él?

Sus penetraciones se volvieron más urgentes. Kenny seguía ahí, engulléndome con sus ojos, asegurándose de que yo supiera que, en ese momento, no existía nada más en su mundo que lo que estaba sucediendo entre aquellas sábanas. Y el ritmo se volvió frenético. Ya no había rastro de la suavidad inicial. Ahora todo era hambre y un galope sordo que retumbaba en mis oídos.

Mis gemidos se transformaron en gritos ahogados que Kenny se apresuró a callar con su boca. Me devoró como solo él sabía hacerlo mientras sus manos se clavaban en mis caderas para guiarme en aquel baile salvaje.

Arqueé la espalda de forma violenta y perdí el control absoluto sobre mis sentidos, sintiendo que mis nervios estaban a punto de quebrarse bajo el peso de tanta intensidad.

Entonces, el mundo estalló.

Fue un clímax devastador que nos alcanzó casi al unísono. Un espasmo violento me recorrió de pies a cabeza mientras sentía el calor de Kenny inundándome por dentro y su peso hundiéndose contra mí en una entrega total.

En ese instante de ceguera y placer agónico, sentí que algo se rompía definitivamente en mi interior. Fue una fractura limpia. Acababa de entregarle a Kenny una parte de mi alma, un fragmento de mi propia esencia que sabía, con una certeza aterradora, que ya nunca podría recuperar jamás. Porque ahora le pertenecía a él.

El silencio se instaló en la habitación, apenas interrumpido por nuestras respiraciones agitadas. Poco a poco, empezaron a acompasarse. Pero Kenny no se apartó. Todavía podía sentirlo latiendo dentro de mí, y su rostro enterrado en mi cuello mientras mis dedos seguían trazando formas en sus omóplatos.

De pronto, besó mi yugular. Fue subiendo lentamente. Me llenó de besos suaves y perezosos con una ternura que me dolió más que cualquier paliza. Yo cerré los ojos cuando sus dedos entraron en el juego. Me acarició la mejilla y los párpados y los labios. Lo hizo con una domesticidad que me estremeció. Sentía su cálido aliento contra mi piel y su corazón latiendo con el mío.

En ese momento, atrapado bajo su peso y envuelto por su aroma, no pude evitar pensar que Kenny era tan cálido después de la tormenta como lo había sido durante el sexo. Y esa calidez era, precisamente, lo más peligroso de todo.

«No quiero enamorarme de él», pensé aterrado.

Pero me sumergí en esas caricias, en sus dedos peinando mi cabello, en sus labios dejando pequeños besos por mi cara, en su aliento un poco trémulo, en el calor de su cuerpo.

Con él nunca tenía frío. Ni siquiera cuando más asustado me sentía.

Con él era imposible sentir frío.

Por un instante, el mundo fue solo eso: Kenny Langford.

Pero entonces, la realidad empezó a filtrarse por la resaca del placer como un gas venenoso.

Aquello no había sido solo un desliz, ni siquiera había sido mera curiosidad satisfecha. El vacío que sentí en el pecho vino de imaginar que lo que sentía por Kenny me destrozaría en el futuro. Ese hombre jamás sería mío, no quería que lo fuera y aun así me dolió saber que

pertenecía a Sofía. Que mis sentimientos serían un problema para él y podían herirla a ella.

El pánico dejó de ser una idea para convertirse en algo físico. De pronto, el abrazo de Kenny me parecía asfixiante. Sentí una claustrofobia atroz. No quería acostumbrarme a esas caricias, no quería pasarme la vida soñando con ellas o tratando de buscarlas en alguien que no fuera él.

Me desenredé de sus brazos con una suavidad que me costó un mundo fingir. Necesitaba aire y distancia, necesitaba dejar de sentir su calor antes de ponerme a imaginar cómo sería una vida a su lado.

Sin decir una palabra, me levanté de la cama y me encaminé al baño. Al cerrar la puerta, me apoyé contra la madera fría y cerré los ojos.

La había cagado.

52

KENNY

El salón estaba sumido en una penumbra apenas rota por los jirones de luz de luna que se colaban por los ventanales, dibujando rectángulos sobre el suelo.

Estaba sentado frente al piano con las manos sobre las teclas. Mis dedos empezaron a moverse por puro instinto. Ni siquiera pensé qué canción tocar. Solo me dejé llevar y pronto reconocí las melancólicas notas de *Glassy Sky* de Yutaka Yamada.

La melodía flotaba en el aire, frágil y triste, como el eco de algo que se rompe. Pero mi mente no estaba en la música, sino en el piso de arriba. En esa maldita puerta cerrada.

Noah llevaba casi una hora allí escondido. Al principio, esperé en la cama pensando que quizá solo quería despejarse, tal vez darse una ducha. No creí que el tiempo se dilataría.

Sabía que tenía que darle espacio, que su silencio era el muro que él necesitaba levantar para procesar lo que nos había pasado, pero me moría por ir a buscarlo. Tenía los brazos vacíos y una inquietud en la sangre que solo su presencia podía calmar.

Yo también estaba intentando ponerle nombre a lo que había sentido. A lo largo de mi vida, el sexo siempre había sido algo físico o una transacción de placer clara y delimitada. Solo Sofía me había llevado a las estrellas. Con ella todo era mágico.

Pero acostarme con Noah me había dejado noqueado. No había sido solo piel contra piel. Más bien, lo percibí casi como una

conexión desgarradora. Jamás creí que compartiría un momento tan conmovedor y apasionante con un hombre.

Antes de entrar en la habitación con él, una parte de mí, la que aún intentaba aferrarse a la lógica, esperaba que su cuerpo desnudo me provocara algún tipo de rechazo. Sin embargo, la realidad me había arrollado. Verlo así, tan expuesto y tembloroso, solo había despertado en mí un hambre voraz de adorarlo y besar cada uno de sus rincones.

Lo impresionante no era que me hubiera gustado, sino que sentía que, a partir de ahora, cualquier otra cosa me parecería un simulacro de vida. Y quizá me había equivocado arrastrándonos a esa clase de intimidad, pero no lo lamentaba. No podía lamentar haberlo abrazado hasta deshacerme en sus brazos.

Un leve movimiento en la penumbra me hizo levantar la vista de las teclas. Allí estaba él, inmóvil en el umbral del salón, envuelto en una timidez que me encogió el corazón. No se había ido. Pese a todo, Noah había escogido quedarse, y eso me encantó.

Se había puesto uno de mis pantalones de chándal. Le quedaban tan holgados que pendían de sus caderas. Pero no se vistió la parte de arriba, prefirió ofrecerme la visión de su torso desnudo.

Sentí un golpe seco en el pecho. Joder, era tan bonito que hasta me dolía, con el cuerpo todavía encendido por las marcas de mis besos y la mirada empañada de dudas que no sabía cómo borrar.

Nos quedamos mirándonos durante una eternidad, compartiendo un silencio mágico que se llenó con todo lo que no nos atrevíamos a decir y la melodía suave del piano. El espacio que nos separaba vibraba con mis ganas de levantarme, acortar la distancia y volver a refugiarme en su boca. Pero cómo le decía que me volvía loco si ni yo mismo entendía el hambre que me provocaba.

—Dime, ¿te suena esta canción?

Rompí el silencio con un susurro, pero no dejé de tocar. La melodía fluía suave y envolvente. No quería asustarlo.

—Nunca he visto Tokyo Ghoul —dijo bajito, estrujándose los dedos.

No lo había visto pero reconocía la canción. Eso me hizo sonreír.

Noah se acercó con una lentitud casi ritual. Lo seguí con la mirada, hipnotizado por el modo en que la luz de la luna incidía en sus hombros y perfilaba su erótica y esbelta silueta.

—Te estás perdiendo la magia oscura, Sterling —sonreí—. Es una obra sobrecogedora. Aunque el anime no le hizo justicia.

Me contuve de suspirar cuando eligió sentarse a mi lado en la banqueta del piano. Pero se me erizó la piel al sentir el calor de su brazo rozando el mío. Creo que ni se dio cuenta, estaba demasiado concentrado en echarle valor al asunto.

—Por eso te lo has tatuado —murmuró.

Señaló la composición artística que cubría mi hombro: la máscara de Kaneki, con su sonrisa trágica y desencajada, rodeada de higanbana, esas flores del infierno que crecen en los límites del otro mundo. Ver su mano tan cerca de mi piel me trajo el recuerdo de cuando me lo tatué, justo al graduarme en Eton. Fue mi primer acto de soberanía, mi forma de gritarle a mi padre que su hijo perfecto ya no existía, que ahora era un adulto capaz de marcarse a su antojo y tomar sus propias decisiones. Y ahora que Noah miraba esa marca, me hacía sentir que la rebeldía por fin tenía un sentido completo. Era el hijo de ese maldito hombre lo que me hacía temblar.

—Obvio. Tiene sentido, ¿no te parece? —Le dediqué una sonrisa pícara—. Me gusta comer carne humana. Sobre todo la de jovencitos hostiles.

—Idiota.

Noah puso los ojos en blanco, pero se le escapó una risita tímida. Fue como ver el sol salir tras una tormenta. La tensión empezó a disiparse, dando paso a una atmósfera mucho más respirable.

—No sabía que supieras tocar —suspiró.

—Me obligaron en Eton.

—Como aprender francés.

—Exacto.

—Lo haces bien —dijo con una sinceridad que me desarmó.

Estaba bajando la guardia. Eso era una buena señal. Significaba que me daba permiso para seguir siendo lo que éramos, aunque no supiéramos qué éramos exactamente.

Llevé la pieza musical hacia su final y dejé que las manos cayeran sobre mi regazo.

—¿Se te ha pasado el ataque de pánico? —pregunté con suavidad.

—Tú lo llevas bastante bien.

—Lo mío más bien ha sido enfurruñamiento por carencia afectiva postcoital.

Hice un puchero exagerado. Solo quería volver a verlo sonreír. Y lo conseguí.

—¿Eres de los mimosos después de follar? —Arqueó una ceja, mirándome con una incredulidad muy graciosa.

—Por supuesto —asentí con toda la solemnidad.

—¿Incluso con tus ligues de una noche?

—No seas capullo.

Le di un golpe suave en la rodilla. Jamás se me había ocurrido traer a un ligue a mi casa y, mucho menos, meterlo en mi propia cama. Ese lugar era sagrado para mí. Solo había entrado Sofía. Bueno, y ahora también él.

Mis aventuras sexuales tenían lugar en un hotel. Follábamos, nos despedíamos con amabilidad y lo olvidaba todo en cuanto cruzaba la puerta. Respetaba el acuerdo tácito que tenía con mi novia, y la verdad es que nadie me había suscitado sentimientos reales. Hasta que llegó Noah y rompió todos mis esquemas.

—Me ha… gustado… Mucho…

Lo dijo tan bajito que casi se lo traga el aire. La vergüenza le encendió las mejillas.

—Define «mucho», Sterling —lo piqué.

No era por chulería, o bueno, quizá un poco sí, pero sobre todo era porque necesitaba oírlo. Necesitaba confirmar si a él también le había estallado el corazón en el pecho.

—¿Quién es el capullo ahora? —bromeó.

No lo aguanté más. Me incliné hacia él y le planté un beso en la mejilla. Pero no me alejé. Dejé que mis labios se deslizaran hacia su oído.

—Canción… —le susurré, sintiendo cómo se estremecía bajo mi aliento.

—Cinnamon Girl…

Apoyé de nuevo los dedos sobre las teclas y empezaron a sonar los primeros acordes de Lana del Rey. Noah me observó fijamente. No sé en qué estaba pensando en ese momento, pero noté cómo adoptaba una mueca de pura fascinación. Y me puso a cien. Agradecí muchísimo haberme puesto unos pantalones. De haber llevado calzoncillos, mi polla seguramente habría roto la magia. Y lo último que quería en ese momento era que Noah se asustara.

—Puedes tocar hasta sin partitura… Qué asco das —dijo, intentando hacerse el duro, y yo solté una carcajada.

Pero no duró, porque lo vi cerrar los ojos y suspirar.

—Hay cosas de las que quiero hablar, pero no me atrevo… —jadeó. Reconocí que estaba citando la canción—. Y si me abrazas sin hacerme daño, serás el primero en hacerlo.

Se me encogió el estómago. Tenía sentido que usara esa frase en concreto. Para Noah no era simplemente Lana del Rey, sino una forma de decirme cómo se había sentido y lo ajeno que le parecía cualquier muestra de afecto.

—¿Te he hecho daño? —murmuré.

—No… Y también has sido el primero, y no me refiero al… sexo gay…

Me enterneció saber que para él mi abrazo había sido tan suave y amable. Y a la par me dolió porque de pronto todo esos años que él había tenido que vivir en la calle se me cayeron encima.

«La de cosas que habría hecho por haber sabido de ti mucho antes», pensé. Pero no era momento para caer en la rabia ni dejar que el fantasma de su puñetero padre y el mío se interpusiera entre nosotros. Yo solo quería abrazar a ese chico.

—¿Todo eso has pensado mientras estabas en el baño?

—Me preguntaba cómo demonios voy a mirarte a la cara después de lo que hemos hecho —confesó antes de cubrirse la cara con las manos.

Dejé de tocar, me levanté y volví a sentarme a horcajadas en la banqueta, solo que ahora podía mirarlo de frente. Entonces, le aparté las manos y lo obligué a mirarme.

—¿Ves qué fácil? —sonreí.

Nos quedamos así, mirándonos el uno al otro. La química entre los dos se hizo cada vez más espesa. La sentía vibrándome en la piel.

—¿Sigo siendo tu amigo? —murmuró tan inseguro que me partió en dos.

Tuve un escalofrío. Noah creía que quizá, después de lo que habíamos hecho, todo se volvería más raro y dejaríamos de compartir ese vínculo tan bonito que habíamos creado. Su mayor miedo no había sido el sexo, sino perderme. Y la única forma que se me ocurría de responderle era abrazándolo.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, Noah Sterling.

Acaricié su mejilla. Lo sentí temblar contra la palma de mi mano al tiempo que me inclinaba hacia él y apoyaba mis labios en su mandíbula. Inicié un reguero suave y lento de besos por su piel. Y me encantó percibir el cambio en su respiración y cómo sus dedos se apoyaban en mis muslos y estrujaban mi pantalón. Terminó de excitarme el jadeo que se le escapó al sentir mi boca en su yugular.

—Me ha encantado tocar tu piel… —suspiré—. Me ha encantado abrazarte y ver tu cara de placer. Y me ha encantado que hayas jadeado mi nombre mientras te corrías. Has conseguido que me volviera loco, Noah. —Me separé lo justo para clavar mis ojos en los suyos—. ¿Resuelve eso tus dudas?

Tragó saliva, visiblemente afectado por mi franqueza.

—¿Cómo sabes que las tengo?

—Eres más transparente que el agua.

Le besé la sien con ternura y me deslicé hacia su boca. Joder, quería comérmelo a besos. Pero antes prefería tenerlo pegado a mí. Así que rodeé su cintura y tiré de él, animándolo a que se sentara a horcajadas sobre mis piernas.

—¿Qué haces? —jadeó.

—Voy a besarte. Y si la cosa se calienta, me tocará cargarte a la habitación —dije mirándolo con un hambre que ya no me molestaba ocultar.

—Es tu culpa por tener una casa tan grande —se quejó él, aunque se inclinó hacia mí sin oponer la más mínima resistencia.

—Mira la parte positiva, así hago ejercicio extra.

Apoyé mi boca en la suya. Empezó como algo lento, casi un tanteo, pero enseguida se aceleró. El contacto de sus labios me devolvió la urgencia que había sentido mientras follábamos. Era esa sensación la que me decía que nunca iba a tener suficiente de él.

—Sí, definitivamente me vuelves loco. Ese es el principal problema —le confesé a la par que sentía cómo enterraba sus dedos en mi pelo y se frotaba contra mí.

—¿Cómo lo resolvemos?

—Ni puta idea, «amigo mío».

En realidad, me importaba una mierda la solución. Yo solo quería tocarlo y no me parecía que eso estuviera mal.

Empecé a besarle el cuello de nuevo, y bajé hacia su pecho desnudo mientras mis manos navegaban por su espalda. Noah inclinó la cabeza hacia atrás, entregándose por completo al contacto.

Joder, me excitaba tanto tocarlo, la suavidad de su piel y cómo reaccionaba a mis caricias.

Sentí su pulso contra mi boca, y el calor que desprendía su torso me nubló el juicio. Clavé mis manos en su nalgas y las apreté, buscando más de esa fricción que nos estaba volviendo locos. Y volví a hundirme en su boca porque besarlo empezaba a convertirse en una maldita acción.

—Steve me va a matar… —jadeé.

—¿Por qué?

—Porque no creo que aguante hasta llegar a la habitación, y la idea de follarte sobre la alfombra me parece terriblemente tentadora.

Noah soltó una carcajada y, antes de que pudiera reaccionar, se levantó de un salto. Escapó de mi agarre con una agilidad que no me esperaba y se encaminó tan ricamente hacia las puertas del salón.

Me quedé sentado en la banqueta, con las manos vacías y una dolorosa erección latiéndome entre las piernas.

—¿Vas a dejarme así? —protesté.

Noah se detuvo bajo el arco de la puerta y se giró para mirarme. Tenía esa sonrisa de chico malo que mezclaba desafío y picardía, y me fascinó. La de cosas que deseaba hacerle a esa boca.

—A ver ese esprint, Langford —me picó antes de salir corriendo.

—¡Ven aquí! —exclamé echando a correr tras él.

Por supuesto que aceptaba el reto. Y más le valía ser rápido porque, si lo alcanzaba en la escalera, pensaba follármelo allí mismo. La erección seguía ahí, molestando, pero la adrenalina de la caza era mucho más fuerte.

—¡Ni de coña!

En ese momento, persiguiéndolo hacia mi habitación, me dio igual el fútbol, Andover, la empresa, mi padre o el resto del mundo. Solo me importaba el sonido de sus pasos delante de los míos y el hecho de que Noah Sterling estaba invitándome a alcanzarlo.

53

NOAH

Hacía un rato que había despertado, pero no me atrevía a abrir los ojos. Tenía miedo de hacerlo y descubrir que seguía en Andover y que quizá esa respiración que oía a mi lado era de Sally.

Pero no me dejé vencer por la cobardía. Al fin y al cabo, el valor era lo único que me quedaba.

Lo primero que vi fueron los tímidos rayos del día entrando por las ventanas. Me desvelaron una habitación mucho más grande de lo que parecía de madrugada. Era tan bonita y espaciosa que bien podía ser un maldito apartamento. Y para colmo había sido testigo de mi tórrida noche con Kenny Langford.

Cogí aire y oteé las sábanas. Me cubrían hasta la cintura, y descubrí una mano sobre mi vientre. Desvié la vista con una lentitud agónica. Algo de mí no estaba listo para aquella imagen.

Allí estaba él, durmiendo boca abajo, con la cara medio enterrada en la almohada y las sábanas enredadas entre las piernas.

Tragué saliva. Joder, era espectacular. La luz de la mañana destacaba su precioso trasero y perfilaba su espalda, dibujando cada relieve de sus músculos, ahora relajados. Verlo así, tan humano y vulnerable a mis ojos, me provocó un nudo asfixiante en la garganta.

Kenny era jodidamente perfecto en todos los malditos sentidos. Y ese era exactamente el problema. Que en mi mundo la perfección

no desayunaba con alguien como yo. Por más que sus ojos y su boca me hubieran dado la mejor noche de mi puta vida.

Me entró un pánico repentino. La urgencia por salir de allí me ardía en la piel. Me aterraba que Kenny despertase y se arrepintiera de todo. Eso me destrozaría. No podía permitirme ver esa mirada de «lo siento, me equivoqué» en sus ojos. Prefería ser el cobarde que huía a ser el error que se quedaba a recoger las migajas.

Me levanté con cuidado, como si estuviera desactivando una bomba. Mi cuerpo protestó al instante. Me dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía, y sentía una molestia en el trasero que me llenó de nostalgia. Joder, Kenny había resultado ser un amante tan atento y cálido como intenso, mi piel todavía recordaba cada milímetro de su peso.

«Quédate y despiértalo con un beso, idiota», me dijo mi fuero interno. Pero lo rechacé. Por más que lo deseara, no me arriesgaría.

Mi ropa estaba desperdigada por la habitación. La recogí por partes mientras me vestía intentando no hacer ruido y temblando un poco por culpa del frío de la adrenalina.

En cuanto estuve listo, me encaminé a la puerta. Pero me detuve un instante. De nuevo luché contra un impulso casi suicida de acercarme y besarlo una vez más. Kenny estaba tan hermoso en su cama.

Me obligué a dar media vuelta, salí de la habitación y me deslicé por los pasillos como un maldito ladrón. Aunque, en el fondo, algo de ladrón sí que tenía porque llegué al garaje, me puse el casco y me subí a la moto de Kenny. El rugido del motor rompió el silencio sagrado de la mansión antes de que saliera disparado de allí.

Conducir por las calles serpenteantes y arboladas de Hampstead al amanecer fue como intentar huir de mi propia sombra. El aire gélido de la colina me golpeaba con fuerza, pero no servía de nada. No borraba la sensación de las manos de Kenny sobre mi cuerpo. Su tacto parecía haberse quedado impreso en mi piel y me recordaba constantemente que ya no era el mismo que ayer.

Terminé en Hampstead Heath, buscando un rincón donde el silencio fuera real. Aparqué y me senté en un banco, frente a uno de los estanques donde un grupo de patos nadaba ajeno a mi desastre interno.

Cerré los ojos e inspiré profundamente el aire húmedo. Fue un error. En cuanto bajé la guardia, el recuerdo de la madrugada me golpeó con una violencia brutal. La conexión, la forma en que Kenny me miraba mientras me poseía, cómo me llenaba en todos los sentidos...

Maldita sea, no había sido solo follar para pasar el rato. Por primera vez en mi vida había sentido lo que era pertenecer a alguien. Y eso me daba más miedo que cualquier otra cosa. Ese idiota me había regalado el momento en que más cerca estaría de hacer el amor con alguien. Y me dolía. No sabía por qué, pero dolía una puta barbaridad.

De pronto, un gato negro se me acercó con paso cauteloso. Me quedé mirándolo, esperando que pasara de largo. Pero el bicho se detuvo, olfateó el aire y, tras decidir que yo era un puerto seguro, se restregó contra mi pierna con un ronroneo sordo.

Bajé la mano y le rasqué detrás de las orejas. El gato cerró los ojos al instante, abandonándose al placer.

«Mírate. Tienes más sentido común que yo, michi», pensé decaído. «Tú sabes perfectamente a quién acercarte para recibir cariño. Yo, en cambio, huyo de quien me lo da como si fuera a quemarme vivo».

El gato se alejó cuando tuvo suficiente, dejándome a solas con mi soledad, que ahora pesaba un poco más.

Entonces, saqué el móvil con las manos temblorosas. Necesitaba una voz que me dijera que no me había vuelto loco o que, al menos, me confirmara que el precipicio estaba ahí mismo.

—Dispara, cariño.

James Bellingham contestó como si llevara horas sentado junto al teléfono esperando precisamente a que yo me derrumbara. Y me quedé mirando el agua gris del estanque, sintiendo que las palabras

me quemaban en la garganta. Porque eran la verdad más auténtica que diría jamás.

—Creo que tu consejo no fue el adecuado —dije bajito.

—¿Por qué?

—Porque me he enamorado de él.

Lo confesé sin anestesia. Y al decirlo en voz alta, en mitad del silencio de Hampstead Heath, esa maldita realidad me golpeó con una fuerza aterradora. Ya no era un pensamiento confuso en mi cabeza. Me había enamorado locamente de su personalidad y de su cuerpo. De su voz, de su risa, de su humor y su paciencia, de su calidez y picardía. Y también de sus manos y de su boca y de toda su maldita piel.

Sí, me había enamorado sin remedio. Y ahora era algo real e iba a destruirme. Iba a romperme yo mismo el corazón. Porque caí pese a saber que no debía.

—Ya lo estabas ese día, Noah —suspiró James—. Solo que todavía no lo sabías.

Me pellizqué el entrecejo con fuerza y agaché la cabeza. El peso de la culpa y el miedo era casi insoportable.

—Nos hemos acostado —gimoteé, y recibí silencio—. Y no pareces sorprendido.

—Era un hecho. Lo supe en cuanto os vi juntos.

Se me encogió el estómago. Si James lo había visto tan claro desde fuera, ¿qué demonios había estado haciendo yo todo ese tiempo jugando con fuego?

—Kenny tiene una vida, James —dije trémulo—. No puedo llegar yo y desordenárselo todo simplemente porque… albergo sentimientos por él. No es justo para él.

—Pero en la cama fuisteis dos, ¿no?

James tenía razón. Nadie le había puesto una pistola en el pecho a Kenny para follarme.

—Se supone que tiene una relación abierta con Sofía. Quizá solo estaba… caliente —intenté racionalizarlo.

—Kenny no se follaría a un tío ni aunque lo amenazaran de muerte —sentenció James.

Sus palabras fueron tan lapidarias que no dejaron espacio a mis dudas. Y yo no supe cómo interpretarlo. No quería tener esperanza.

—Que follemos es una cosa, James. Que yo lo quiera es otra —espeté—. ¿Qué parte del «me he enamorado» no entiendes?

Sus risa me puso los pelos de punta.

—Qué ingenuo eres si piensas que Kenny no sospecha algo.

—Joder, espero que no.

James no colgó. Se quedó allí conmigo sabiendo que no volvería a hablar. Y yo permanecí con el móvil pegado a la oreja, mirando el horizonte mientras el frío de Londres me calaba hasta los huesos.

54

KENNY

Lo primero que hice al despertar fue estirar el brazo por puro instinto, buscando ese calor que reclamaba mi cuerpo. Tenía una erección de esas que pedían guerra y una sonrisa de bobo en la boca. Y es que empezar el día follándome a Noah me parecía la mejor idea del mundo.

Había soñado con su piel y mi nombre en sus labios. Había soñado que me abrazaba hasta dejarme sin aliento. Tan solo quería hacer ese sueño realidad. Llenarlo de besos, volver a verlo retorciéndose de placer, ahora con la luz de las primeras horas de la mañana y después atiborrarnos a tortitas en la cama.

Pero mi mano no encontró su piel ni ese temblor que me volvía loco. Ni siquiera escuchaba su respiración.

La sábana estaba tan fría.

Mi sonrisa se transformó en una mueca de decepción, y me incorporé de golpe. Noah había vuelto a huir. Había activado ese modo *ninja* suyo y se había largado dejándome solo en esa cama inmensa que de pronto me parecía un desierto. No hacía falta que lo buscara por la casa, sabía muy bien que no estaría allí.

Me dejé caer de nuevo contra las almohadas. No pude evitarlo, hundí la cara en la suya. Todavía olía a él y, maldita sea, me encantaba. Me gustaba tanto que hasta se me aceleró el pulso.

Pensé que cualquier hombre en mi posición entraría en una crisis de identidad después haber tenido sexo con otro tío. Pero es

que yo solo quería tener a Noah allí y pasarme toda la mañana besando cada milímetro de su piel porque la noche no me había bastado.

No me asustaba que fuera un chico. Lo que me daba un vértigo de muerte era que Noah no hubiera creído ni una sola de mis palabras. No le valieron la primera vez, ni la segunda, ni la tercera. Y yo solo podía pensar que quería más. Que no había experimentado nada igual, ni siquiera con Sofía.

James tenía razón. Aquello no iba de etiquetas, sino de almas. Y la mía se había prendado de la de Noah. Y no creí que eso fuera a cambiar.

Me obligué a levantarme. No podía quedarme allí lamentándome como un perro abandonado mientras olía su almohada. Tenía que actuar. Y sobre todo, necesitaba hablar con alguien que conocía muy bien qué era la «excepción a la norma».



Atravesar el control de seguridad de Thames House fue tan fácil que resultó insultante. Aunque en favor de los guardias diría que, como ya me tenían muy visto, era una gilipollez hacer un chequeo intensivo como el de la primera vez que puse un pie allí. Además, tenía mi tarjeta de invitación, cortesía de Daniel Cross. Lo que se traducía en que el MI5 confiaba lo suficiente en mí como para no liarla en sus dependencias.

Crucé los detectores, saludé a los agentes y me encaminé hacia el ascensor. El despacho de Daniel estaba en la octava planta de aquel imponente edificio de estilo neoclásico. Bueno, más bien eran dos bloques unidos, y se rumoreaba que bajo tierra había niveles de seguridad casi tan profundos como tan alto era el lugar. Pero Cross nunca me confirmó nada.

Recorrí el pasillo. Las oficinas estaban tranquilas. Le sonreí a la secretaria de mi amigo y señalé la puerta. Su guiño me anunció que

Daniel estaba dentro lo bastante desocupado como para hacer un alto en su apretada agenda.

Al entrar en su despacho, la vista del Támesis bajo un cielo plomizo me dio la bienvenida. El lugar era funcional y tan frío como el tipo que lo ocupaba. Encontré a Daniel sentado tras un escritorio de cristal con las mangas de su camisa blanca arremangadas, concentrado en un informe clasificado.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó sin tan siquiera levantar la vista.

Que no denotara sorpresa ante mi intrusión seguramente significaba que me había visto por las cámaras de seguridad. Aunque, después de todo, aquella no era la primera vez que aparecía por allí para pasar el rato con él.

—¿Qué pasa? —solté todo inocente al tiempo que cerraba la puerta—. Vengo a visitar a mi amigo más gruñón.

Me acerqué a la mesa y dejé la caja que traía conmigo sobre el cristal. Daniel alzó las cejas, dedicándome al fin un segundo de su atención.

—Con un soborno —observó.

—Soy un tío que cuida los detalles —respondí, dejándome caer en la silla.

—Estoy de servicio, Kenny.

—No lleva alcohol.

—Mientes más que hablas… —Daniel negó con la cabeza, pero la curiosidad le pudo.

Cerró su informe y abrió la caja. Al ver la etiqueta dorada, la máscara de agente frío se resquebrajó un poco. Por un momento, dejó de ser el tipo que movía los hilos del país.

—Macallan.

—Reserva doce años. Me la ha enviado Hunter desde Escocia.

—El cabronazo tiene buen gusto.

Se levantó y fue hacia un armario metálico. Sacó dos vasos bajos sin decir una palabra. Imaginaba que yo jamás me presentaría

en el MI5 con un Macallan solo para saludar. Aquello olía a emergencia emocional.

Nos sirvió un vaso a cada uno y tomó asiento a mi lado.

—¿Y bien? Desembucha —quiso saber.

Era mi turno. Así que cogí aire y me armé de valor.

—Me he acostado con Noah.

Vacié mi copa de un trago. Lo mejor era dejar que el alcohol me quemara la garganta, porque de pronto era tremendamente consciente de lo que había hecho.

Miré a mi amigo. Daniel se quedó con el vaso a medio camino. Parpadeó una vez. Dos veces. Fue la única señal de asombro que se permitió antes de recuperar el control absoluto.

—No pongas esa cara. Me haces sentir como una mierda —mascullé, revolviéndome en la silla.

—No diré que no lo sospechaba —respondió él, bebiendo con calma.

—Claro, porque entre mamada y mamada, James canta La Traviata —resoplé—. Y el hecho de que no lo niegues, ratifica mi hipótesis.

Dejó el vaso en la mesa.

—¿Tu problema tiene más que ver con que te has acostado con el hijo de tu «padre» sin haberle contado la verdad o con que te has acostado con un tío? —Disparó directo a la diana.

—No quiero ni pensar en lo primero… Y lo segundo me tiene completamente descolocado… —confesé, frotándome la cara.

—Porque te ha gustado.

—Se suponía que era hetero, Daniel —resoplé, e incliné la cabeza hacia atrás—. Joder, me ducho a diario rodeado de pollas. Podrías ponerme una en la barbilla y no sentir ni una mierda.

Mi amigo asintió. Entendía perfectamente esa distinción porque él también la padecía.

—Eso no significa nada. Ni siquiera tienes por qué ser bisexual. Simplemente te gusta un tío en concreto y ya está —dijo con calma.

—¿Es lo que te pasó a ti con James?

—Mi caso la lujuria llamó primero. Pero sí. Mis tendencias no han cambiado en absoluto. Me siguen gustando las mujeres. —Desvió la vista hacia la panorámica de la ciudad—. Sin embargo, miro a James y sé que nadie podría hacerme sentir lo que me despierta él.

Aquello era tan cierto que me estremeció. Daniel no era muy dado a las muestras de afecto —al menos no en público—, pero su forma de querer a James quedaba implícita en cada gesto. Lo miraba como si fuera todo su mundo. Y sonreí porque me acordé de todas las veces que tuve que soportar a mi príncipe lloriqueando por vivir un amor de verdad. Lo había conseguido con todas las de la ley.

—Es único en su especie —aseguré tan orgulloso de lo que tenían.

—Algo así. —Daniel volvió a mirarme—. ¿Qué intentas averiguar, Kenny?

—No lo sé… —admití, mirando el fondo de mi vaso vacío.

Me aterraba la idea de no volver a tocar a Noah. Peor, me aterraba la idea de no volver a verlo. De perder lo que teníamos y resignarme a no sentir de nuevo ese fuego que me provocaba su cercanía.

—Verás, por como yo lo veo desde fuera, lo tuyo parece más una conexión emocional —afirmó Daniel—. Lo conociste con un propósito, os hicisteis amigos y, aun así, has desarrollado deseo carnal. Si lo que temes es enamorarte de él, déjame decirte que contenerlo no te va a ayudar en nada. Solo te mentirás a ti mismo y, por extensión, mentirás a Sofía y harás daño a Noah. Y no eres tan descerebrado como para enviarlo todo a la mierda.

Me quedé en silencio, con el corazón en la garganta. Tenía la pregunta quemándome en la lengua. Me daba un vértigo insoportable, pero debía encararla. Porque solo así sabría la respuesta.

—¿Crees que me he enamorado de él? —dije bajito.

—Eso solo puedes averiguarlo tú. Pero si empiezas a hacerte esa pregunta, créeme, estás en un territorio muy peligroso —me aseguró con una gravedad que me heló la sangre—. Camina con cuidado si no quieres herir a nadie. Especialmente a ti mismo.

Asentí y agaché la cabeza, mirándome las manos. Las mismas manos que habían tocado a Noah. Y joder, quería volver a hacerlo.

—Y mientras me aconsejas no dejo de pensar en ir a abrazarlo —confesé con una sonrisa triste.

—A lo mejor es que ya tienes la respuesta.

Daniel levantó su vaso en un brindis silencioso, y yo supe que, aunque intentara racionalizarlo con Macallan y lógica de espía, ya no había vuelta atrás.

55

NOAH

Al salir de clase, el mundo exterior pareció darme una bofetada. Ocho de la tarde y ya era noche cerrada, una de esas donde el frío londinense se mete en los huesos.

Seguía en modo zombi. Mi cuerpo había cumplido con mis tareas. Había ayudado a Maggie con algunas cosas, había hecho un poco de ejercicio y había escuchado los halagos de mis Furin hacia su profesora. Después, había ido a clase, me había sentado en mi pupitre y había fingido que tomaba apuntes y que mi concentración estaba al cien por cien.

Pero la realidad era bien distinta. Mi mente seguía atrapada en una habitación de una mansión de Hampstead. Y la promesa de no pensar en Kenny me estaba costando muchísimo.

«¿Qué estará haciendo ahora?», pensé.

A esas horas seguramente había terminado el entrenamiento vespertino. Se encontraría en las duchas del vestuario del Hotspur Way, borrando la sudor de su cuerpo. El agua resbalando por su piel, el calor abrazando sus músculos. Habría dado cualquier cosa por lamerlos.

«Te estás yendo, Noah. Aborta», me dije.

Negué con la cabeza para despejarme y seguí caminando con un nudo en el estómago. A mi alrededor, mis compañeros charlaban. Sus voces me llegaban como un ruido blanco, lejano y sin sentido.

—Las putas matemáticas no son lo mío —se quejó Connor, pateando una piedra con frustración—. Hasta ha empezado a caerme mal el profe, con lo buen tío que es.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Nate, intentando darle ánimos—. Están chupadas, mira, menos ocho más catorce es…

Ni siquiera parpadeé. Seguí con la mirada perdida en el infinito, en algún punto difuso entre las luces de los coches y mi propia miseria. Lo único que ocupaba mi cabeza era mi móvil. Lo había dejado en la habitación, bocabajo en la mesa de estudio. Me preguntaba si Kenny me habría mandado algún mensaje, si me habría buscado al despertar o si, por el contrario, su silencio era tan ensordecedor como el mío. No había tenido el valor a mirar la pantalla. Tenía miedo de lo que pudiera encontrar... y de lo que no.

De repente, una mano firme me agarró del brazo. Sin mediar palabra, Liam me sacó del círculo de los chicos y me guio hacia una calle lateral.

—¿Qué haces? —pregunté, dejándome arrastrar.

Estaba demasiado cansado como para ofrecer la más mínima resistencia.

—Tú y yo. Cerveza. Solos. Ahora.

—Ah, vale —intenté sonreír—. Quieres hablar de tu *crush* con el profe.

—Sí, sí. Lo que tú digas. —Puso los ojos en blanco, ignorando mi dardo, y me empujó hacia la entrada de La Cantina.

El local se había convertido en nuestro refugio habitual desde que «celebramos» con Kenny nuestro primer día de clase. Era una taberna mexicana de la más pintoresca y acogedora. Pero esa noche me pareció agobiante. Yo solo quería llegar a la residencia, comer algo y acostarme. Con un poco de suerte mi mente dejaría de recordarme los besos de Kenny.

Un rato después, estábamos instalados en un reservado de madera. El ambiente del local me envolvió con su olor a especias, y la sutileza de aquella música mexicana consiguió amortiguar el caos que llevaba dentro.

Frente a nosotros descansaban dos cervezas y una montaña de nachos. Liam había empezado a comer poniendo muecas de puro gozo mientras yo lo observaba con una envidia sana.

—Estos nachos están de muerte —comentó con la boca medio llena.

—Como las miraditas que te está poniendo el camarero.

No mentía, el tipo no le quitaba el ojo de encima, y era una monada.

—¡Venga ya!

No se giró, pero se puso rojo como un tomate, lo cual fue bastante satisfactorio porque lo hacía ver cómo un adolescente tímido.

Probé los nachos para una darle tregua. Estaban crujientes, con el queso fundido en su punto justo.

—Hmm, sí que están buenos, sí.

—Vale, cerveza, *check*. Nachos, *check*. Me falta el chisme.

Liam se cruzó de brazos y me clavó una mirada capaz de atravesar cualquier defensa.

—Estoy de acuerdo —sonreí—. Creo que el profe sabe que le miras el trasero cuando escribe en la pizarra. Aunque no parece muy incómodo con la idea.

—Cállate. —Me tiró una servilleta de papel con una puntería envidiable—. Además, el chisme es sobre ti.

Tragué saliva. El nudo en mi estómago se apretó un poco más.

—¿Qué?

—No te hagas el loco. Te conozco muy bien, y llevas una semanita un tanto… rara.

—Bueno, con esto de las clases…

—Noah… —Cortó mi excusa—. Es Kenny, ¿verdad?

Me quedé helado. Su nombre pareció retumbar como un estallido. Sabía que podía contarle cualquier cosa a Liam, pero

hablar de lo que sentía por Kenny me aterraba. Era como si, al ponerlo en palabras, estuviera rompiéndome un poquito más.

—Yo…

Bajé la vista a mi cerveza, y Liam suspiró. No me presionó, simplemente esperó. Conocía mis ritmos mejor que nadie.

—Le pedí consejo a James sobre… sobre cómo saber si estaba desarrollando algún tipo de sentimiento por él o si solo era admiración… —confesé en un susurro, sintiendo cómo el calor de la vergüenza me subía por el cuello.

No me atrevía ni a mirarlo a la cara.

—¿Qué te dijo?

—Me aconsejó que… me tocara…

Se hizo el silencio. Fue un segundo eterno en el que solo se oía el murmullo de la gente. Eché un vistazo rápido a mi amigo. Para mi sorpresa, no parecía escandalizado ni burlón. Tan solo se había inclinado hacia delante y me prestaba una atención genuina.

—¿Funcionó? —indagó.

Cerré los ojos un instante. Fue un error absoluto. Volví a ver a Kenny encima de mí, rodeándome con su calor, follándome a la par que me besaba como si no hubiera un mañana.

Se me aceleró el pulso.

—Funcionó incluso cuando compartí cama con él —jadeé, ocultando la cara entre las manos.

El estupor de Liam me llegó a través de su silencio. Me sentía la peor persona del planeta. Con él, pese a la profunda amistad y confianza que nos unía, jamás pude imaginarme compartiendo ni un mísero beso. La química simplemente no estaba ahí. Y sin embargo ahora me moría por Kenny Langford.

—Joder… —murmuró.

No había ni un atisbo de celos en su voz, solo una preocupación que me caló hasta los huesos.

—Eso digo yo…

—¿Estás enamorado de él?

La pregunta fue sin anestesia. Asentí cabizbajo. Ni siquiera yo me lo creía del todo. Había tenido que buscar en Google qué coño significaba estar enamorado y lo cierto era que me asusté porque reunía todos los malditos síntomas.

—No sabes cuánto me gustaría decirte que me alegro…

Liam fue honesto. Y yo sabía que no lo decía porque estuviera dolido, sino porque tenía miedo de que yo acabara destrozado.

—Lo sé… —suspiré.

—Pero...

—De alguna manera…, puede que no me importe aprovechar el poco tiempo que me queda con él… —intenté racionalizarlo. Si ya sabía que estaba colado por Kenny, era una pérdida de tiempo negarlo—. Sé que va a casarse. Sé que ni en mil vidas conseguiría estar a la altura de Sofía y, para colmo, soy un tío. ¿Cómo iba Kenny Langford a cambiar a su preciosa novia por mí? Pero… —me encogí de hombros—… ya no sé cómo evitarlo…

—Kenny sabe quién eres y aun así te ha tocado —sentenció Liam, cortándome el aliento—. ¿De verdad piensas que eres solo un capricho que no está a la altura de su novia? No creo que un tipo como él, siendo precisamente quien es, se arriesgue a perderlo todo por echar un polvo con un tío.

Negué con la cabeza, intentando protegerme de la esperanza que sus palabras estaban sembrando en mí.

—Es pasajero… —insistí—. Es una aventura loca. Como esas juergas que la peña se pega en Las Vegas. Pero después amanece y aquí no ha pasado nada.

Liam torció el gesto y entrecerró los ojos.

—¿Amaneció y no pasó nada, Noah?

—Nunca lo sabré. Me fui antes de que despertara.

Admitir mi cobardía en voz alta me dolió más de lo que esperaba. Liam negó con la cabeza, frustrado. Veía que estaba a punto de estrellarme contra un muro a doscientos por hora, pero

también detectó que, por primera vez, estaba feliz de una forma extraña, retorcida y aterradora.

—Espero no arrepentirme de este consejo, pero debes dejar que él también tome sus decisiones —dijo con gravedad—. Fuisteis dos en la cama. Deberíais ser dos fuera de ella.

—Me voy a estrellar, ¿verdad? —sonreí con tristeza.

Entonces, Liam me cogió de la mano y se inclinó hacia mí.

—Si te rompe el corazón, ya me encargaré yo de recomponerlo. Pero nunca te quedarás con la duda.

—Ah, Liam… —Apoyé la cabeza en la mesa.

La sonrisilla de mi amigo fue de lo más satisfactoria.

KENNY

La residencia estaba sumida en el silencio cuando crucé el umbral. Todavía llevaba la ropa deportiva del entrenamiento vespertino y sentía el cansancio en los músculos, pero no había pasado por casa. Liam me había llamado. Quería verme y, por el tono de su voz, supe que no era para hablar de la alineación del domingo.

Lo encontré en la terraza. Estaba de pie, apoyado en la baranda con los ojos clavados en un cielo sin estrellas mientras el humo de su cigarro se perdía en el aire. Me acerqué tranquilo, pero, en cuanto nuestras miradas se cruzaron, la tensión me golpeó de lleno. Liam me observaba de una forma distinta, mucho más densa y preocupante.

—¿Va todo bien? —pregunté en cuanto cerré la puerta.

Hice un escaneo rápido de su cara, buscando cualquier señal de alarma. En mi mundo, los silencios de ese tipo solían preceder a las malas noticias.

—Sí, tranquilo, yo solo… —Se rascó la nuca, evitando mis ojos —. Quería charlar.

Le dio la última calada a su cigarro y lo apagó en el cenicero de la mesilla.

—Claro, ¿qué pasa? Cuéntame —dije, tratando de relajar el ambiente.

Me apoyé a su lado en la barandilla, escondiendo las manos en los bolsillos del pantalón del chándal. Estaba nervioso. Lo último que me faltaba era descubrir que ese chico estaba en problemas.

—Es sobre Noah.

De pronto, la gravedad del lugar cambió y el aire me pareció más difícil de respirar. Me tensé. No necesitaba que Liam me dijera nada más para entenderlo todo. Al fin y al cabo, era el mejor amigo de Noah y tenía sentido que se hubiera desahogado con él. Así que a esas alturas, mi escapista favorito seguramente ya había asumido que su crisis de identidad era un problema lo bastante grave como para hablar con el buenazo de Liam.

—Entiendo… —murmuré.

Sentí una extraña mezcla de alivio y vértigo. Al menos ahora podría prepararme para una negativa. Quizá Liam sería quien me la daría. Porque Noah no se atrevía ni a mirarme.

El muchacho se enderezó y abandonó su postura relajada. Se humedeció los labios con un gesto nervioso y pude ver cómo se preparaba mentalmente para lo que venía. Estaba claro que Liam tenía colmillos y me apostaba mi carrera a que había escogido ese momento para enseñármelos.

—No quiero ser invasivo ni irrespetuoso contigo, Kenny. Sabes que te tengo mucho aprecio.

Le tembló un poco la voz, señal de lo mucho que le costaba plantarme cara.

—Y yo a ti. Muchísimo.

—Y que me falta vida para agradecerte todo lo que has hecho por nosotros.

—No digas tonterías —le interrumpí.

No quería que me agradeciera nada. Nunca moví un dedo por ellos esperando un altar, sino porque sentía que era lo correcto.

—Es cierto —aseveró—. No quieras tapar el sol con un dedo, por favor.

Se hizo un silencio entre los dos. Liam cogió aire mientras yo lo observaba con curiosidad y respeto. No era fácil encarar al capitán del Tottenham en su propio territorio.

—Sé que eres un tío de principios. Sé que eres un buen hombre, Kenny. Quizá el mejor que he conocido nunca. Sé también que no harías daño a una puta mosca si pudieras evitarlo. —Clavó sus ojos en los míos con una intensidad que me abrumó—. Pero si le haces daño a él, aunque sea sin querer, te partiré las piernas.

La amenaza flotó en el corto espacio que nos separaba. Fue brutal. Mis piernas eran mi vida, mi carrera y valían millones de libras en el mercado, y aquel chaval acababa de anunciar que estaba dispuesto a destruirlas.

Parpadeé sorprendido de verdad. Supe que Liam no hablaba por hablar, que sería capaz de cualquier cosa para proteger a su amigo de mí o de quien fuera. Y de alguna manera, esa amenaza me dio una paz extraña. Sentenciaba que lo que teníamos Noah y yo no era una tontería de una noche, sino algo tan real y tangible como el frío que nos rodeaba. Y eso valía más que mis piernas y que toda una vida de reconocimientos.

De pronto, sentí como asomaba una sonrisa en mis labios.

—No te rías. Hablo en serio —se quejó Liam.

—Lo sé.

Respetaba su lealtad y coraje y, sobre todo, me emocionaba infinitamente saber que Noah nunca había estado solo. Había tenido a Liam y ahora quería tenerme a mí, aunque sus miedos no le dejaran reconocerlo. Y por un instante solo pude pensar en subir a su habitación y comérmelo a besos.

Me despegué de la barandilla. No solo no estaba enfadado, sino que sentía un reconfortante calor extendiéndose por mi pecho. Me divertía la ironía: Noah tenía a una puta celebridad mundial loco por él y su amigo me amenazaba con dejarme lisiado.

Honestamente, me encantaba.

—Vale. Eso era todo —resopló.

Había cumplido su misión. La lealtad estaba servida y la advertencia entregada. Ahora solo quedaba la inquietud y algo de vergüenza. Ese chico no sabía ni cómo mirarme e iba a dejarse arañazos si seguía rascándose el cuello con tanta fuerza.

Me acerqué a él y corté el gesto apartando su mano. Necesitaba hacerle ver que no tenía nada de lo que avergonzarse conmigo.

—Dime, ¿te gusta la tarta de queso? —pregunté travieso.

Liam parpadeó aturdido.

—Por supuesto.

—¿Qué te parece si nos colamos en la despensa de Bishop y nos la comemos?

A Bishop le iba a dar un parraque si nos pillaba, pero no había nada que el hambre de un entrenamiento y una charla intensa no pudieran justificar.

—¿Puedo llevarme los apuntes de matemáticas?

Fruncí el ceño, procesando la petición.

—¿Con qué intención exactamente?

—Te graduaste en Eton… No tengo nada más que decir.

El muy cabronazo sonrió de oreja a oreja. Sabía perfectamente que acababa de agenciarse un tutor de lujo a precio de tarta robada.

—Matemáticas a las once de la noche, Liam —suspiré, fingiendo una indignación que no sentía—. Espero que valores cuánto te quiero, de verdad. ¡Venga, tira!

56

NOAH

Estaba hundido en mis apuntes, intentando que las letras dejaran de bailar ante mis ojos. Quizá tendría que haberme tomado un descanso e irme con Liam al gimnasio para descargar un poco de adrenalina y dejar de sentirme como un puto inútil con déficit de atención. La vida del estudiante no estaba lo bastante respetada, joder. Aquello era un maldito infierno, y no había hecho más que empezar.

Me froté los ojos y leí por enésima vez el verso que tenía subrayado

—«Sus alas de gigante le impiden caminar» —resoplé—. Qué gilipollez. Si tienes alas, entonces vuela, idiota.

—Baudelaire no era idiota, sino un incomprendido.

Me giré de golpe con el corazón en la garganta. Kenny estaba apoyado en el umbral de la puerta, observándome con esa maldita mueca burlona que tanto me excitaba. Su sola presencia hizo que el aire de la habitación se cargara de una electricidad que me puso en alerta al instante.

«Mierda, qué guapo es», pensé.

—Por cierto, suenas como una vaca con laringitis al leerlo —bromeó antes de avanzar hacia mí.

Cerró la puerta, y tragué saliva. Ahora estábamos solos, y sus pasos eran tan suaves y rítmicos que me resultó insultante. Parecía un maldito depredador y yo la presa que lo miraba embobado.

Me hice pequeño en la silla. Ah, estaba loco por ese hombre. Mi cuerpo reaccionó de inmediato. No pude controlarlo. De pronto, mi entrepierna reclamó atención. Y me pregunté cómo demonios iba a mantener una conversación normal con ese hombre si me encendía con solo mirarme. Maldita sea, ni siquiera me acordaba de cómo habíamos interactuado en el pasado.

Escapar iba a ser muy difícil esta vez. A no ser que lo hiciera saltando por la ventana, lo cual empezaba a ser una posibilidad.

—¿Cuánto llevas ahí espiando? —pregunté un poco asfixiado.

—Lo suficiente para saber que Francia te ha declarado la guerra. Y vas perdiendo.

Volví a mirar mis apuntes, sintiéndome estúpido y frustrado. La superioridad de Kenny, incluso en literatura francesa, me resultaba insoportable.

—Vete a la mierda. O como se diga en francés.

—*Va te faire foutre.*

Lo miré fingiendo un enfado que se desmoronaba por momentos.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a secuestrarte, pero veo que necesitas ayuda humanitaria urgente.

Se colocó justo detrás de mí. Me tensé al instante y cerré los ojos esperando el contacto que me desarmaría. En efecto, Kenny se inclinó sobre mi hombro. Su perfume me abrazó y por un instante creí que el corazón se me iba a salir por la boca.

Mi maldita investigación en Google sobre el amor decía que la piel se erizaba con la mera cercanía de la persona que te gustaba. Se equivocaba rotundamente. Más que erizado, estaba a punto de escupir un pulmón y correrme en los pantalones. ¡Era ridículo!

—La «r» se hace con la garganta —me susurró al oído—. Así... *Tu me manques*.

Me lo runruneó directamente en el cuello, dejando que la vibración de la frase golpeara en mis terminaciones nerviosas. El

vello de mis brazos se erizó al instante y mi cerebro se quedó en blanco, incapaz de procesar nada que no fuera su puñetera cercanía. Sinceramente, me vi a mí mismo lanzándome a él y rogándole que me doblara sobre la mesa y me follara como un animal.

Tragué saliva. Otra vez.

—¿Qué significa eso? —jadeé.

Kenny apenas se separó un milímetro, lo justo para mirarme de reojo y disfrutar del efecto devastador que causaba en mí. El muy cabrón lo sabía. Sabía que me moría por él.

—«Te echo de menos». O literalmente: «me faltas». Como si te hubieran arrancado un trozo del cuerpo.

—¿Me has echado de menos? —resollé incrédulo.

No tenía ni idea de si él había sentido ese vacío, pero yo sí. Me sentía incompleto desde que salí de su cama. Y aunque la tensión me estaba matando, me encantaba tenerlo así de cerca, invadiéndolo todo. Dos días sin verlo había sido mucho tiempo.

—Hablemos mejor del poema —dijo Kenny, travieso—. Estás masacrando la pronunciación de ese verso.

Intenté recuperar la compostura como pude y volví a mirar las páginas.

—Es un análisis literario, no un concurso de fonética —protesté todo digno—. Además, no me agrada el francés. Es pretencioso.

—Eso es porque no lo hablas bien.

Se movió alrededor de mi silla con una agilidad felina y se sentó en el borde de mi escritorio, apartando mis apuntes con el muslo. Fue su forma de imponer su presencia física sobre mis horas de estudio. No entendía por qué demonios estaba jugando a cortejarme cuando hacía unos días que me había arrastrado a su cama. Un tío como él debería haber huido lo más lejos posible de un error como yo. Sin embargo, parecía hasta emocionado con la hipotética posibilidad de repetir. Y, joder, esos pantalones le quedaban de muerte.

—El francés es un idioma de lengua. Literalmente. —Cogió mi libro—. *Ses ailes de géant l'empêchent de marcher* —recitó.

Lo miré hipnotizado. Esa maldita boca debería haber sido prohibida. Me temblaban las piernas por debajo de la mesa. Odiaba que me gustara tanto cualquier cosa que hiciera.

—Presumido —murmuré.

Kenny dejó el libro sobre la mesa y se inclinó de nuevo hacia mí, esta vez de frente. El corto espacio que separaba nuestras bocas era tan ridículo.

—¿Sabes qué significa realmente? —dijo bajito.

—Que el pájaro… es torpe en la tierra. Lo pone… en la traducción…

—Significa que los poetas y las personas extraordinarias son torpes cuando bajan al mundo real, porque están hechos para volar. —Me sostuvo la mirada con una intensidad que me quemó la piel—. Tú eres el albatros, Noah. Te tropiezas en la tierra porque tus alas son demasiado grandes.

Me quedé sin aire. La metáfora me golpeó con fuerza, aunque mi mente se negara a procesarla del todo por culpa del calentón tan tonto que tenía. ¿Estaba queriendo decir que él sentía lo mismo que yo? ¿O quizá había dejado caer que yo era alguien fuera de lo común? Mierda, no lo sabía, pero sentía ese calor abrasador quemándome el pecho.

—¿Intentas llevarme a la cama con poesía del siglo XIX? —solté de pronto. Porque, además de idiota, también era un suicida emocional.

—¿Funciona?

—No mucho —mentí descaradamente.

Entonces, Kenny se acercó a mi oreja y rozó mi lóbulo con sus labios.

—*Voulez-vous venir avec moi…?*

—¿Qué has dicho? —suspiré trémulo.

—«¿Quieres venir conmigo?» —susurró. Fue un sonido tan caliente que me produjo un escalofrío.

—Tengo que terminar esto. Si no entrego el análisis mañana, Ashcroft me colgará.

Kenny estiró la mano y cerró el libro con una suavidad que me resultó aterradora.

—Ashcroft apreciará que hayas vivido una experiencia poética en lugar de limitarte a leerla.

—¿Y qué experiencia es esa?

Me cogió de la mano, me obligó a levantarme y, antes de que pudiera protestar, me rodeó la cintura con sus brazos y me pegó a su cuerpo.

—Dejar que te coma a besos hasta que olvides tu propio nombre, por ejemplo…

Sentí que mis defensas se desmoronaban por completo. No pude evitar sonreír como un imbécil.

—Eres insoportable.

—Sí, pero te he convencido, mi pequeño *mon chéri*.

El vapor era tan denso que apenas me dejaba ver las paredes de aquel baño.

No sabía de dónde demonios había sacado el valor para meterme en una bañera enorme con Kenny. Pero el calor era agradable, el entorno era casi feérico y el silencio me abrazaba mientras yo observaba como las suaves ondas del agua rebosaban por los bordes.

Estaba recostado sobre el pecho de Kenny, disfrutando del latido de su corazón contra mi espalda. Un momento de calma absoluta tras las divertidas horas que habíamos compartido. Y es que Kenny me había llevado a The Croc, una bolera escondida en las entrañas del Ham Yard Hotel, en pleno Soho. Pero, claro, aquello no era un

recreativo normal., sino un lugar con un aire retro pero de un lujo tan extremo que daba vértigo.

Estuvimos solos. Supongo que Kenny había alquilado el espacio para que nadie nos molestara y pudiera aplastarme a gusto. Y eso que el muy arrogante paraba entre pleno y pleno a comerse una de esas minihamburguesas de *wagyu* como si fuera un crío que nunca había roto un plato.

Quizá aquel no era mi lugar. Quizá no estaba hecho para el lujo, pero me lo había pasado tan bien que me olvide de todo. Solo fui un chico joven riéndose como un loco, comiendo hasta reventar y jugando a evitar que la bola me arrastrara consigo.

Fue increíble. Kenny habría sido un amigo extraordinario si no fuera porque mi cuerpo y mi alma lo reclamaban como algo mucho más profundo.

Empecé a jugar con sus dedos.

—Tienes unas manos… preciosas… ¿lo sabías?

—De vencedor —bromeó él, y yo sonreí.

—Capullo.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro para que el calor del agua y de su cuerpo me acunaran. Me asombraba estar así con un hombre, pero me asombraba aún más que ese hombre fuera Kenny Langford. Era una contradicción constante. Y él parecía tan cómodo.

—¿Todavía me guardas rencor por haberte machacado a los bolos? —susurró antes de mordisquearme el cuello.

El contacto me envió una descarga directamente a mi entrepierna. Maldita sea, el grado de intimidad que estábamos alcanzando me asustaba. Era algo que iba mucho más allá de lo físico.

—No estoy muy seguro de que haya sido una victoria honesta.

—Soy bueno en todo lo que hago, Sterling. Acéptalo —bromeó —. Además, The Croc tiene normas muy estrictas. Ni siquiera yo puedo trucar las pistas. No es un recreativo cualquiera.

Se me escapó una carcajada. A veces era tan insolente y estirado que me parecía extrañamente adorable.

—Lo que tú digas. Pero esos zapatos de alquiler te quedaban ridículos.

—Estabas demasiado ocupado mirándome el culo cuando lanzaba como para fijarte en los zapatos.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, y dejé de jugar con sus dedos para llevármelos a mi mejilla. Kenny me acarició. Y lo miré un instante antes de cerrar los ojos y apoyar la frente en su clavícula. Tarde o temprano, uno de los dos despertaría de aquella fantasía y todo se iría a la mierda. Pero ya no sabía cómo detenerlo. Ya no sabía cómo dejar de quererlo.

—¿Qué pasa? —indagó con suavidad.

Había detectado la tensión al instante, y sus labios tocaron mi sien y me dio un beso con una ternura que me desarmó.

—¿Qué… qué estamos haciendo, Kenny?

—Darnos un baño.

—Sabes a qué me refiero. —Me atreví a mirarlo de nuevo, buscando una verdad que me aterraba—. Esto es… es una locura. Tienes novia y ambos somos heteros… Esto no… tiene sentido.

El pulso me atronaba en los oídos. Le había dicho a Liam que quería aprovechar el tiempo, pero ya no estaba tan seguro. Probablemente, había sido una idea pésima porque había descubierto que Kenny y yo encajábamos demasiado bien. Éramos perfectos, joder. ¿Cómo demonios iba a superar eso cuando todo se acabara? Maldita sea, me dejaría marcado de por vida.

—¿Te arrepientes? —preguntó Kenny, apartándome el flequillo.

—Debería.

—Pero no lo haces —sentenció él—. Y yo tampoco.

Nos miramos en aquel silencio cargado de vapor, como si fuéramos los únicos habitantes de un mundo que se acababa en los bordes de esa gigantesca bañera. Por un instante, pensé que quizá

él me quería de la misma forma, que tal vez no había caído solo por ese abismo.

—Una de las cosas que más me gusta de esta locura es que sigues siendo tú…

—¿Un gato arisco? —ironicé.

—No, un gato huidizo que a veces sabe cómo dejarse llevar.

Enterró la cara en mi cuello.

—¿Hablas por lo que ha pasado en el garaje?

Todavía me temblaban las piernas. Y es que el viaje de vuelta en coche había sido un suplicio de los buenos. Nuestras manos se habían buscado continuamente, no habíamos dejado de compartir comentarios guarros al oído y una tensión sexual tan salvaje que, en cuanto aparcó, el mundo desapareció. No llegamos ni al ascensor. Kenny me estampó un beso que hizo que termináramos follando como auténticos animales.

—Tampoco es que haya tenido remedio —me quejé—. Antes de que pudiera reaccionar, me has empotrado contra el capó de tu coche.

—Solo quería estar dentro de ti —dijo ronco mientras besaba mi cuello con una lentitud desesperante.

—Eres un puto obseso —jadeé.

—Y tú un provocador. —Kenny levantó la cabeza para mirarme. Las pupilas se le habían empañado de pura lujuria—. ¿Te he hecho daño?

Me sorprendió que, incluso después de haberme tomado con esa crudeza, siguiera preocupándose por mi integridad. Su caballerosidad y su lascivia eran una mezcla letal.

—No soy de papel.

—Bien. Porque pensaba repetir. Esta vez sobre mármol y espuma. Date la vuelta.

Dudé. Mi mente, la parte lógica que aún intentaba salvarme, decía que aquello era demasiado, pero mi cuerpo gritaba que me callara de una puta vez.

—Kenny…

—Apóyate en el borde, Noah —ordenó él.

Su voz se había vuelto grave y oscura, cargada de una autoridad que me estremeció. Entrecerré los ojos. Honestamente, esa actitud dominante suya me ponía muy cachondo.

—¿Me estás dando órdenes?

—Sí. Voy a sodomizarte.

Aquella palabra tan sucia me pareció extrañamente elegante en su boca.

—Eres un puto cerdo —sonreí.

Me incliné hacia delante y apoyé las palmas en el mármol al tiempo que exponía mi trasero todo obediente y tembloroso. Notaba cómo el agua se escurría por mis costados y cómo el contraste de temperatura me erizaba la piel. Francamente, me quería morir de la vergüenza por estar así, a cuatro patas, ofreciéndome de esa forma. Pero una parte de mí lo deseaba, confiaba lo bastante en Kenny como para explorar ese inofensivo juego de sumisión. Además, quería conocer su versión más salvaje.

—Abre las piernas —me exigió.

Obedecí con lentitud, disfrutando del cambio en su respiración. Todavía no me había tocado. Podía sentirlo allí de pie, observando lo que había conseguido hacer conmigo.

—Así... Joder, Noah, eres hermoso.

Escuchar mi nombre en ese tono tan obsceno me provocó un escalofrío de pura lujuria. Percibí cómo se colocaba justo detrás de mí, estaba tan cerca que casi podía notar el roce de su piel.

Entonces, una de sus manos se apoyó en mi cadera y se deslizó con una tortuosa lentitud hacia una de mis nalgas. La acarició recorriendo la curva con posesividad y, de pronto, me propinó un cachete. El sutil escozor me arrancó un gemido.

—Ah, ¿qué estás haciendo? —gimoteé desesperado.

—Marcando mi territorio —dijo sucio y lascivo.

—No es tuyo, idiota.

Una de sus manos se clavó en mi cintura mientras la otra se deslizaba por mi espalda con amplitud hasta que llegó a mi nuca y la apretó. A continuación, apoyó su boca en mi oreja y susurró:

—Por supuesto que lo es. Fui el primero y seré el último.

—Cállate —gruñí.

El corazón me martilleaba en las costillas. Me sentía tan ansioso que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera la polla de ese hombre rozando mi trasero.

—¿No te gusta que te diga guarradas al oído, Noah?

No me dio tiempo a responder porque sentí la presión de su dedo índice en mi entrada. Se me escapó un gemido roto mientras Kenny me preparaba con una destreza que me volvía loco.

—Tan apretado y caliente —me runruneó—. ¿Vas a volver a huir después de permitirme que te folle?

—¿Acaso dañé tu ego? —ironicé buscando más de aquella presión.

—Esa actitud tuya está pidiendo a gritos que te castigue, ¿lo sabes, verdad? —Me dio otro cachete y yo volví a gritar—. Mira cómo estás. Tan dispuesto para mí.

—No estoy... ah... —Cerré los ojos con fuerza al notar cómo sus dedos me abandonaban. Entonces, cogió su erección y la deslizó entre mis nalgas. El contacto me hizo ver las malditas estrellas—. No estoy dispuesto. Solo... solo quiero que termines de una vez.

—Mientes tan mal... Tu cuerpo es mucho más honesto que tú. Estás temblando como un flan. ¿Es por el frío o porque sabes lo que voy a hacerte?

—Kenny…

Era incapaz de articular una frase coherente mientras su erección jugaba a tentarme.

—Dímelo, Noah —jadeó en mi cuello—. Haré lo que sea que me pidas.

Me faltaba el aire. La mezcla de sumisión, el calor del vapor y su imponente presencia detrás de mí me habían anulado cualquier

rastro de juicio. Ni siquiera sabía ya por qué demonios había huido de él. Solo era un cuerpo hambriento del suyo.

—Fóllame. —Esa vez fui yo quien ordenó.

Y Kenny me agarró de las caderas y clavó sus dedos en mi piel con una fuerza posesiva antes de enterrarse por completo en mí. El agua de la bañera se agitó violentamente, salpicando el suelo de mármol mientras yo ahogaba un gemido de dolor y placer absoluto.

Pero no se movió. Kenny se quedó quieto el tiempo suficiente como para que mi cuerpo aceptase la invasión, y pude sentir cómo palpitaba y crecía dentro de mí, reclamando cada rincón. Era una sensación abrumadora la de tenerlo ahí, poseyéndome con esa certeza.

—¿Te atreves a mirar? —preguntó entre dientes.

No, no quería hacerlo, y cerré los ojos para esconderme, pero Kenny me cogió de la barbilla y me obligó a girar la cabeza hacia el gran espejo lateral que cubría la pared.

Miré a regañadientes, ajeno a que la visión me cortaría el aliento. El reflejo nos devolvía una imagen que no tenía nada con la delicadeza de los poemas de Baudelaire. Éramos dos hombres con la piel brillante por el agua en medio de un lujo obsceno. Ver la crudeza del acto, ver cómo su cuerpo se acoplaba al mío con esa violencia contenida, mis propias manos aferradas al mármol con los nudillos blancos... Me provocó una descarga que me atravesó entero.

La realidad me golpeó de lleno a través de ese cristal. No era una fantasía borrosa, sino algo real y sucio y lo más excitante y hermoso que había experimentado en toda mi vida.

—Es la imagen menos hetero del mundo, ¿verdad? —suspiró Kenny contra mi nuca—. Y sin embargo, me vuelve loco.

No me atreví a decirle que a mí también. Estaba demasiado ocupado tratando de recordar cómo demonios se respiraba. La culpa la tenía el placer, la crudeza de sus palabras y el peso de su cuerpo contra el mío.

Kenny apoyó la cabeza en mi hombro y hundió la nariz en mi cuello mientras empezaba a frotar sus caderas contra mis nalgas. La fricción de su piel contra la mía hizo que la invasión incrementara y me arrancara otro jadeo. Y me empujé contra él para llevarlo un poco más profundo.

—Ah, joder... —gimió Kenny—. Me he pasado el día entero pensando en follarte así.

—¿No has tenido suficiente con lo del garaje?

—¿Tú sí?

La respuesta llegó a través de mi boca, pero no de mi voz. Giré la cabeza y lo besé a la par que mis dedos arañaban el mármol.

—Muévete, Langford —le pedí—. Solo quiero pensar en tu polla dentro de mí.

Y eso hizo. Me dio un beso hambriento y empezó a moverse. Al principio, el ritmo fue contundente y estable. Me embestía con la rotundidad que le pedían mis caderas. Pero, conforme el placer aumentó, todo se volvió mucho más rudo y salvaje.

Me encantó esa falta de delicadeza. Me fascinó que Kenny gruñera por lo bajo, incapaz de contener sus gemidos, y sus manos se clavaran en mis caderas. Entonces, volví a mirar al espejo. Descubrí su rostro contraído mientras me tomaba, vi cómo su cuerpo se estrellaba contra el mío y detecté que, aunque estábamos siendo un poco animales, ninguno de los dos parecía tener suficiente.

Me avergonzaba casi tanto como encendía. Aquello era una locura. Y no quería que acabara nunca.

—Podría estar así hasta que el agua se hiele y seguiría queriendo más.

—No me importaría… —confesé en un susurro roto.

—¿El qué?

Sus besos se deslizaron hacia mi nuca y mordisqueó mi piel.

—Darte más… No me importaría…

Lo sentí temblar. O quizá fui yo porque acababa de atravesar una barrera demasiado peligrosa. Aquello era lo más cerca que

estaría jamás de declararle mis sentimientos. Debería haber bastado para asustarlo.

Pero no sucedió.

Más bien fue como si se rompieran los diques de una presa que apenas lográbamos contener. Y todo se volvió más visceral. Kenny se aferró a mí con más fuerza. Noté cómo sus dedos se hundían en mi cintura y empezó a embestirme con una rudeza deliciosa. Me convirtió en un amasijo de nervios y deseo, buscando más y más.

Sentí la presión aumentando en mi vientre, estaba tan cerca de explotar. Entonces, Kenny rugió mi nombre y ese fue el empujón final. Mis músculos se contrajeron violentamente alrededor de su erección al tiempo que sentía su propio espasmo.

El orgasmo me golpeó con fuerza, cegándome por un instante y robándome el aliento. Por su parte, Kenny se hundió en mí una última vez y se vació apretándome contra su pecho.

Y cuando la calma regresó, me di la vuelta y lo abracé sabiendo que sus brazos acogerían todos mis temblores.

57

KENNY

Despertar solía ser un proceso rutinario para mí. No me costaba abrir los ojos y ponerme en marcha. Pero esa mañana noté que el aire pesaba de una forma distinta. Una parte de mí temía abrir los ojos y encontrarme de nuevo en una cama vacía.

Sin embargo, aquellas lentas y tímidas caricias que recorrían mi espalda eran demasiado reales como para tratarse de un sueño. Se deslizaban por mi piel desde la nuca hasta el inicio de mis nalgas, de arriba abajo una y otra vez. Y joder, me encantaba. Casi tanto como la idea de abrir los ojos y descubrir a Noah a mi lado.

Me armé de valor para hacerlo.

Allí estaba él. Con el pelo revuelto y los ojos todavía soñolientos. Para colmo, seguía desnudo. Y no pude evitar que el corazón me diera un vuelco.

No se había marchado. No había aprovechado la oscuridad para esfumarse como un fantasma. Y tampoco parecía intimidado ante la idea de estar desnudos bajo la luz del amanecer.

La imagen era tan jodidamente bonita que sentí un impulso irrefrenable. Me abalancé sobre él y empecé a besarlo con una urgencia que me quemaba las entrañas.

—Gracias por no huir. Otra vez —jadeé en su boca.

—Te has pasado la noche enganchado a mi cintura. No me has dejado opción.

—Eres como un *ninja* —bromé—. La habrías tenido si hubieras querido.

Sonrió mientras yo lo miraba embelesado. Maldita sea, ese chico me había robado el corazón. Era la única verdad que me importaba en ese preciso instante.

De pronto, me empujó y rodamos hacia un lado en un forcejeo de extremidades y risas ahogadas que terminó conmigo atrapado bajo su cuerpo. El brillo travieso que descubrí en sus ojos me advirtió de que iba a tomar el control, y a mí me pareció la mejor idea del mundo.

Empezó a besarme el cuello con una lentitud que no tardó en estremecerme. Sus labios eran expertos en encontrar mis puntos débiles, y poco a poco fue bajando hacia mi pecho.

Noah se tomó su tiempo. Lamió mis pezones, dejó pequeños mordiscos en mi clavícula, sus dedos arañaban mi piel con suavidad. Parecía estar memorizando cada centímetro de mí mientras yo temblaba como un adolescente.

Sus caricias no tardaron en excitarme. Fue ridículo lo poco que tardé en ponerme duro. Y siguió bajando, acercándose peligrosamente a ese punto que descansaba impaciente entre mis piernas.

Lo miré. Me hipnotizó cómo la incipiente luz del día jugaba a destacar su preciosa figura. Noah era tan hermoso que me costaba apartar la vista.

Daniel me había dicho que, si empezaba a preguntarme a mí mismo si me había enamorado de Noah, era porque caminaba por un terreno muy pantanoso. Incluso entonces todavía creía que era tensión sexual y sentimientos un tanto confusos. Pero al ver a Noah dejando besos por mi vientre supe que lo que sentía por él era un amor que me quemaba por dentro. Y nunca había experimentado nada remotamente parecido.

Esa era la verdad que mi Sofía quería que encontrara. Y ahora me tocaba entregársela y quizá reírnos de lo irónico que era que hubiera terminado enamorándome de un tío.

Noah acercó su rostro a mi erección, que palpitaba con una dolorosa urgencia. Se tomó un instante para observarla con una mezcla de fascinación y reverencia mientras yo enloquecía pensando en la maldita posibilidad de verlo chupándomela.

Cuando su lengua rozó la punta se me escapó un gruñido sordo. Y él sonrió. Sabía que me tenía completamente hechizado.

Empezó a lamer con una timidez insoportablemente excitante, moviéndose con una lentitud calculada que me obligaba a sentir cada milímetro de su húmeda boca. Apreté los ojos con fuerza y jadeé al tiempo que mis manos se hundían en las sábanas.

Me la habían chupado cientos de veces, había estado con mujeres que sabían exactamente qué hacer para llevarme al límite. Pero la boca de Noah en torno a mi polla fue lo más increíble, puro y devastador que había sentido en la vida. Porque era él quien lo hacía.

Incliné la cabeza hacia delante para mirarlo. Noah me devolvió el vistazo. Se le habían oscurecido los ojos de pura lujuria. Se mostraba tímido en actitud, pero atrevido en sus gestos. Jugueteó con la punta y lamió toda la extensión.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó bajito, todo inocente.

Era un cisne muy provocador.

—¿Quieres volverme loco? —resollé con el corazón en la garganta.

Mierda, iba a correrme enseguida si seguía mirándome de aquella forma.

—Esa es la idea.

Su sonrisa me desarmó. Entonces, alargué una mano y acaricié su mejilla con dedos trémulos. Lentamente, fui subiendo hasta enredarlos a su pelo y tiré con suavidad, incitándolo a seguir. Noah no se amilanó. Comenzó a frotar la punta contra su boca antes de deslizarla entre sus labios sin dejar de sostenerme la mirada. Esa fue su forma de invitarme a marcar el ritmo de mi propia perdición.

Me hundí lentamente en su boca hasta que me tragó entero. Era demasiado para mí. Y lo fue aún más ver cómo aceptaba el ritmo de mis caderas. El sonido de su succión era la melodía más excitante que había escuchado nunca.

—No me odies si termino corriéndome en tu boca —resoplé asfixiado, con la vista nublada por el placer.

—Qué poco aguante tienes, Langford.

—¿De quién crees que es la culpa, Sterling?

Lamió toda mi erección, desde la base misma hasta la punta con una parsimonia que me hizo arquear la espalda sobre el colchón. Luego, se centró en chupar el glande, rodeándolo con la lengua, presionando justo en el punto donde más dolía el placer.

—Ah, joder... me encanta cuando haces eso…

—Eres bastante más perceptivo de lo que imaginaba.

—¿Te divierte verme perder la cabeza?

Soltó una risita suave que me puso los pelos de punta.

—En realidad estaba pensando cómo sería montarte.

Tuve un escalofrío. La propuesta me dejó sin aliento, pero el desafío me encendió aún más.

—Compruébalo por ti mismo —lo reté.

Noah no se hizo de rogar. Con determinación, alargó la mano hacia la mesilla, cogió un condón y lo abrió con los dientes. Mierda, ese gesto me pareció la cosa más sexi del planeta. Ese chico se había propuesto volverme loco y lo consiguió cuando me puso el preservativo y se subió a horcajadas encima de mí.

Mis manos se dispararon hacia sus caderas por puro instinto y las apreté con fuerza. Noté cómo mi erección lo llenaba lentamente, cómo su interior me atrapaba y apretaba. Y ambos jadeamos a la vez.

Empezó a moverse con lentitud. Verlo montándome me dejó petrificado. Era un espectáculo hermoso y demoledor. Cada movimiento resaltaba sus músculos. El flequillo le caía hacia delante, ocultándole a ratos unos ojos que brillaban con una intensidad

salvaje. Y sus mejillas lucían un rubor que me volvía loco. Extendí las manos por su torso con posesión. Ese hombre era mío, y lo cogí por la nuca y tiré de él hacia mi boca. Tenía que demostrarle lo mucho que me gustaba sentir cómo me follaba.

—Se te da bastante bien para ser tu primera vez cabalgando encima de un tío —dije travieso.

—Hemos descubierto al mismo tiempo que me gusta esta posición.

—Eso es porque me has domado lo suficiente.

—No te creo.

—Pues deberías. Me tienes comiendo de la palma de tu mano y todavía no quieres darte cuenta.

Aquello era tan íntimo y placentero que trascendía lo físico. Lo sentía hasta en mis puñeteras entrañas. No pude resistirme y atrapé sus labios con los míos en un beso urgente. El acto cambió de marcha al instante. La suavidad del amanecer de pronto se convirtió en algo mucho más animal y desesperado. Mis manos bajaron a sus nalgas y me uní a sus embates, empujando hacia arriba con fuerza, buscando el fondo de su placer.

El ritmo se volvió frenético, un choque de piel contra piel y respiraciones entrecortadas que llenaba la habitación. Sentía la tensión acumulándose en la base de mi columna, una marea ardiente que amenazaba con desbordarse.

Noah ahogó un grito en mi boca justo cuando sentí sus músculos internos contraerse en un espasmo violento. Ambos nos corrimos casi a la vez, en una sincronía perfecta que me dejó sin aliento.

—Lo siento —murmuró Noah.

Su voz sonó tan pequeña y avergonzada que me aturdió.

—¿Por qué? —indagué sin apenas aliento.

Pero él se alejó de mí con torpeza, rompiendo esa unión perfecta. Fue entonces cuando bajé la mirada hacia mi torso. Tenía el pecho cubierto por su cálido y viscoso rastro.

—Lo limpiaré.

Parecía tan desesperado y nervioso cuando se aferró a la sábana y tiró de ella. Él solo quería borrar la evidencia de lo que acababa de pasar quizá por temor a que a mí me diera asco. Pero yo solo me sentía extrañamente conectado a él, incluso a través de ese fluido.

Antes de que pudiera limpiarme, me dejé llevar por una oscura y primitiva tentación y pasé un dedo por mi piel, recogiendo una parte de su esencia. Sin dudar, me lo llevé a la boca y lo miré a los ojos. Noah me observó ojiplático. El estupor le hizo hasta temblar.

—Sabe bien —confesé, y no mentía. Sabía a él y a la culminación de todo lo que me hacía sentir.

—Eres idiota.

Me dio un manotazo en el brazo y me limpió. Se le habían ruborizado hasta las orejas.

—Ven aquí —sonreí, y tiré de él.

Lo besé. Esta vez sin prisa, profundizando en su boca con mi lengua, tomándome mi tiempo para saborear su cercanía y esa complicidad tan auténtica que compartíamos. En ese momento, mientras lo estrechaba entre mis brazos, solo podía pensar en pasarme la vida de esa manera.

—Pídemelo —murmuré todavía pegado a su boca.

—¿El qué?

—Dime que quieres que esto vaya a más… Pídeme que te elija. O dame una señal…

Quizá me precipité, pero necesitaba saber qué sentía él. Necesitaba saber si yo era el único demente.

Nos miramos en silencio. Vi cómo el brillo del placer desaparecía de sus ojos, reemplazado por una sombra triste y tímida que me encogió el alma.

—Nunca haría eso… —suspiró trémulo—. Las aventuras son muy divertidas, pero tienen un final, Kenny. Y jamás te pondría en la

tesitura de elegir entre tu futuro y tu estabilidad y yo. No merece la pena.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo la calidez del momento se evaporaba por completo. Me separé un poco, lo justo para sostenerle la mirada, aunque lo que vi en la suya me dolió más que cualquier insulto.

—¿Hablas como mi amigo?

—Es lo que somos.

—¿Desde cuándo los amigos follan como lo hemos hecho nosotros? —espeté.

Empecé a vislumbrar la magnitud del problema. Noah no estaba intentando ser cruel, sino algo «bueno» para mí. El muy idiota no se creía suficiente. Se veía a sí mismo como una distracción temporal, y eso me puso enfermo.

—Entonces, ¿qué somos?

—La cuestión es qué seremos después de tu supuesto final —rezongué—. ¿O eso tampoco vas a decírmelo?

Me senté en el filo de la cama, dándole la espalda, y hundí la cabeza entre las manos. Tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar. Me sentía fatal y lo peor era que sabía perfectamente que Noah había caído por el mismo precipicio que yo, por mucho que se empeñara en negarlo. Pero su resistencia no nacía de la falta de ganas, sino de ese estúpido afán de mártir. Era capaz de silenciar su propio corazón con tal de no manchar mi reputación.

—¿Podrías por una maldita vez hablar sin medirlo todo? —le pedí, girándome para mirarlo—. ¿Podrías simplemente decirme qué es lo que deseas sin pensar en si es egoísta o si está mal? Solo una vez, Noah.

Tragó saliva. Me observaba cómo si le estuviera pidiendo que se quitara la vida.

—¿Vas a dejarte influir por un par de polvos?

Lo fulminé con la mirada. Fue la primera vez que sentí un enfado real hacia él. Me estaba diciendo que lo que acababa de

pasar no significaba nada, que era pura química barata.

—Ni se te ocurra invalidar cómo me siento con esto —le advertí —. Descubrirás que a veces se me agota la paciencia.

Noah se encogió un poco.

—No creía que ahora estuvieras siendo paciente conmigo.

—Mierda, me lo pones tan difícil —suspiré, pellizcándome el entrecejo.

Hubo un silencio tenso, apenas interrumpido por nuestras respiraciones. De pronto, sentí el roce de sus dedos en mi hombro. Me tocó con una delicadeza que odié.

—Esto nunca fue normal —murmuró—. Ni siquiera cuando nos conocimos.

—En eso estamos de acuerdo.

—Entonces, ¿por qué quieres que te lo pida? ¿Por qué me cargas con la responsabilidad de acabar con la estabilidad que tienes en tu vida? —Se le quebró la voz.

Me di la vuelta para mirarlo de frente. Estiré la mano y acaricié su mejilla. Me fascinó sentir cómo se le erizaba la piel.

—Supongo que me gusta la idea de verte en mi cama cada mañana.

—Acabamos de follar, es normal que te sientas así.

Sus palabras fueron como estrellarme contra una pared invisible. El impacto me dejó sin aire. Quizá él prefería creer que solo había sido sexo. No le culpaba, esa era su forma de entender el amor. Pero para mí había sido como entregarle parcelas de mi alma que ni siquiera sabía que existían.

—Vete a la mierda, Noah.

Me levanté de la cama. Necesitaba alejarme de él. Su piel no me dejaba pensar con claridad ni asumir su rechazo. Cogí los pantalones de pijama y me los puse. Estaba tan cabreado con él.

¿Cómo demonios le hacía entender que para mí lo valía todo?

Coloqué los brazos en jarras, agaché la cabeza y cerré los ojos. Un instante después, sentí sus manos de nuevo, esta vez en mi espalda. Y tuve un escalofrío.

—¿Quieres que me vaya?

Me dolió que lo preguntara.

—Dime… ¿y si te lo pidiera yo?

Me giré para encararlo. Mi abuelo siempre decía que no podía dar un partido por perdido sin tan siquiera haber intentado lanzar a puerta. Y Noah era el partido de mi vida.

—¿Qué estás diciendo?

—Y si te dijera que me he enamorado como un loco de ti —las palabras empezaron a salir atropelladas—. Y si quisiera vivirlo todo contigo. Y si tenerte a mi lado me hiciera más feliz que miles de victorias en el campo. Y si supieras que estoy dispuesto a cualquier cosa por tenerte un instante. Que me cambiaste la vida desde el momento en que descubrí tu nombre.

Notaba el corazón estrellándose contra las costillas. Pero no me detuve. Necesitaba que lo entendiera. Al menos uno de los dos debía ser sincero.

—¿Qué responderías a todo eso? —le dije—. ¿Seguirías creyendo que habla la adrenalina porque me has vaciado los huevos?

Noah me observaba estupefacto, con las pupilas tan dilatadas que casi devoraban el azul cristalino de sus ojos. Había dejado hasta de respirar.

—Preguntaría qué coño has visto en un tipo como yo —jadeó al fin.

—Y dudarías, Noah, porque tú siempre dudas y nunca te crees lo suficiente —sentencié, acercándome un paso más—. Pero te quiero y eso no hay inseguridad que lo cambie. Te quiero, y no es el tipo de sentimiento que se le profesa a un amigo. Mi forma de querer es el inevitable resultado de haberme enamorado de ti. Y si eso te asusta, te diré que sí, que puedes irte.

Agachó la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Me moría por abrazarlo, pero me obligué a darle espacio. Tenía que asimilar el peso de mi confesión, mientras yo mismo intentaba digerir que acababa de poner mi vida patas arriba y mi corazón en sus temblorosas manos.

—¿Cómo sabes que es amor? —preguntó temeroso—. Podría ser un simple capricho, Kenny.

—¿Lo es para ti?

El silencio que siguió se cargó con todo lo que no se atrevía a decirme. Noah no hablaría, era demasiado reservado para eso. Resistiría la tentación, se convencería de que no era real y huiría. Así que decidí marcharme yo antes de verlo desaparecer.

—Saldré a dar un paseo.

58

KENNY

El ascensor privado empezó a subir en cuanto el suave pitido de la biometría confirmó mi acceso. Unos segundos después, las puertas se abrieron directamente en el recibidor del *penthouse* de Sofía, en One Hyde Park.

Entré con la familiaridad de quien conocía cada rincón de aquel refugio de lujo, que era una oda al minimalismo extremo. Techos altísimos, paredes de cristal que mostraban un Londres bajo una luz grisácea y espacios abiertos que se sentían tan vastos como el vacío que yo notaba en el pecho.

Me dirigí directamente al mueble bar del salón. Cogí el decantador de cristal tallado y me serví un *whisky* doble. Eran apenas las nueve de la mañana, una hora ridícula para empezar a beber, pero me importaba una soberana mierda.

El líquido ámbar bajó como una llamarada por mi garganta, quemando todo a su paso, pero ni siquiera ese fuego logró eclipsar el ardor de mi conciencia. El recuerdo de la mirada de Noah, tan triste y pequeña tras mi confesión, dolía mucho más que el alcohol.

Caminé hacia el centro del salón y me dejé caer en la alfombra. Apoyé la espalda contra la base del sofá de terciopelo blanco y cerré los ojos. Me quedé allí, tirado, apretando el vaso y masticando la sensación de haber perdido algo que no recuperaría jamás.

Oí el rumor de la seda antes de verla. Sofía estaba en el umbral del salón envuelta en una bata negra que se había anudado a la

cintura. Siempre me había cautivado el contraste que provocaba el azabache en su pálida piel de porcelana. Incrementó bajo la fría luz de la mañana que se colaba por los ventanales.

—¿Debo preocuparme?

No respondí. No sabía qué decirle. Simplemente, me limité a encogerme de hombros y le di otro trago al *whisky*.

Justo entonces apareció un hombre que terminaba de ajustarse una chaqueta de cuero y gritaba «estilo europeo» por los cuatro costados. Era alto, rubio y con unos pómulos tan marcados que podrían haber cortado un cristal. Seguramente desfilaba en las mejores pasarelas, porque el tipo tenía un porte imponente.

Se acercó a Sofía y le susurró algo en su idioma, un checo ronco y gutural que no alcancé a entender, antes de plantarle un corto beso en los labios.

Luego me miró a mí. No hubo sorpresa en su rostro ni rastro de incomodidad por estar frente al novio oficial de la mujer con la que acababa de pasar la noche. Tan solo asintió con la cabeza a modo de saludo respetuoso. Le devolví el gesto levantando el vaso.

Un instante después, enfiló la salida. Y yo me quedé mirando el espacio que había ocupado junto a mi Sofía pensando que no era suficiente para ella. Muy guapo y muy todo, pero mi mujer necesitaba un tío con alma.

Ella lo vio marchar con una indiferencia absoluta. En cuanto escuchó la puerta, se acercó al minibar y se sirvió un zumo de naranja natural.

—No pareces muy satisfecha —ironicé.

—No ha estado mal… —dijo ella, observándome por encima de su vaso—. Tú ya sabes que me gustan más intensos.

Me sonrió con esa elegancia felina que la caracterizaba y vino hacia mí. Al verla así, tan malditamente perfecta en su papel de aliada incondicional, no pude evitar preguntarme por qué demonios no me había enamorado de ella. Todo habría sido infinitamente más fácil.

Se sentó en el sofá, justo detrás de mí. Dejó su vaso en la mesa baja y abrió las piernas con naturalidad para acogerme. Yo apoyé la cabeza en el hueco cálido entre sus muslos, como si estuviera entregándole el peso de mis pensamientos. Sofía no tardó en hundir sus manos en mi pelo. Comenzó a masajearme con sus uñas largas y expertas. Su tacto era un bálsamo, siempre lo había sido.

—Al final tenías razón —murmuré con los ojos cerrados—. He caído en picado.

—Cariño... —Me dio un beso en la sien—. Más sabe la novia por bruja, que por novia —bromeó.

—¿No vas a odiarme?

Sabía que Sofía tenía razón cuando en Nápoles me soltó que nos queríamos pero que nunca nos habíamos amado. Por aquel entonces, yo creía que con ese cariño protector y esa lealtad feroz bastaba para sostener una vida entera. Pero ahora conocía lo que era el amor y lo que podía doler. Y eso quizá iba a cambiarme para siempre.

—¿Por quién me tomas? —Sofía soltó una risita suave que vibró contra mi cabeza—. El hombre de mi vida se ha enamorado como un loco. Has encontrado a tu alma gemela, Kenny. ¿Te haces una idea de lo feliz que me hace?

—Soy el hombre de tu vida. Pero no el amor de tu vida —resoplé.

—Ese está tardando en llegar.

Mantuve los ojos cerrados, pero no servía de nada. En la oscuridad de mis párpados no dejaba de ver a Noah mirándome como si yo fuera un milagro y él un error.

—No ha aceptado mis sentimientos —confesé—. Me ha preguntado qué coño he visto en él. Y yo lo he mandado a la mierda.

—Muy romántico todo, *zlato.*

—Cree que es una mancha en mi expediente, Sofía. Cree que me está protegiendo de sí mismo.

—Es adorable. Y trágico. —Me tiró suavemente de un mechón de pelo, obligándome a conectar con la realidad—. ¿Se lo has contado todo?

Siempre había creído que sería fácil llegado el momento. Había imaginado la confesión como un trámite más. Pero a medida que pasaban los días y conocía a Noah, más pánico me entraba. ¿Cómo le decía que Alistair no era mi padre, sino el suyo? ¿Cómo le explicaba que el monstruo de sus pesadillas se sentaba en mi mesa en Navidad?

—No me atrevo.

Las caricias de Sofía se detuvieron en seco y la oí resoplar sobre mi cabeza.

—Tienes que hacerlo, mi amor. Por los dos. Tienes que darle esa opción. Nunca podrá elegirte si no jugáis en las mismas condiciones.

Me incliné hacia delante, rompiendo el contacto. Dejé el vaso de *whisky* en la mesa y me froté la cara, tratando de arrancarme el agotamiento.

—Bastante duro ha de ser para él saber que un tío como tú lo quiere pese a ser un hombre —añadió Sofía, implacable.

Me giré para mirarla. Sus ojos rabiosamente azules no vacilaban. Y yo sabía que tenía razón, pero me podía la cobardía.

—¿Y cómo lo hago? Me va a odiar. Va a pensar que todo ha sido una mentira desde el principio.

—Pues que te odie —sentenció ella—. Porque, si lo hace, sabrás que siente algo por ti que es más real que todo lo que tú y yo hemos tenido. El odio y el amor son como la misma cara de una moneda, Kenny. La indiferencia es lo único que debería asustarte.

Suspiré, sintiéndome completamente derrotado por la lógica.

Sofía se inclinó y me dio un beso en la frente, un gesto cargado de una compasión que me hizo sentir como un niño perdido en mitad de una tormenta.

—Necesito un poco más de tiempo —gimoteé.

—Yo no lo creo.

59

NOAH

Llevaba horas sentado en el bordillo de piedra de la entrada, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeándolas con fuerza tratando de conservar algo de calor.

El cielo se había teñido de un gris plomizo y espeso. Iba a llover, eso lo sabía muy bien por la humedad que se colaba por las costuras de mi ropa. Había empezado a calarme los huesos, pero no me importaba. Yo solo quería ver el coche de Kenny aparecer por ese camino.

Steve había salido un par de veces a ofrecerme una taza de té e incluso me había rogado que pasara dentro, pero me negué. No podía volver a entrar en esa casa. Sentía que, si cruzaba de nuevo el umbral, el fantasma de lo que había pasado terminaría por asfixiarme.

En realidad, debería haberme ido en cuanto Kenny se largó. Pero era incapaz de hacerlo, porque irme significaba aceptar el final y que yo era imbécil y no quería entender una maldita y sincera declaración de amor.

No, no me iba porque significaba aceptar que no encajaba en el mundo de Kenny. Y una estúpida parte de mí prefería congelarse en su puerta esperando una mentira piadosa antes que volver a mi verdad fría y solitaria.

Era una actitud retorcida, lo sabía. Incluso egoísta. Kenny se había vaciado delante de mí, se había entregado con una honestidad

que me había dejado sin defensas. Y yo lo había despreciado por puro pánico.

Ni siquiera le había dicho que yo también lo quería con una desesperación que me asustaba, pero mi cabeza seguía gritándome que era imposible. Que yo era un error en su biografía perfecta.

De pronto, el móvil me vibró en el bolsillo. Lo cogí con el corazón en la garganta pensando que podría ser él. Pero en la pantalla brillaba un número que no tenía en la agenda.

—¿Sí? —contesté trémulo.

—Hola, bombón.

Fruncí el ceño. Reconocí esa voz al instante.

—¿Sofía?

—La misma… —sonrió.

Me quedé literalmente petrificado. Quizá James le había dado mi número. De lo contrario, no tenía sentido que esa diosa estuviera llamándome.

De pronto, la culpa me golpeó. A través de ese silencio que compartimos, tuve la sensación de que Sofía me estaba dando un momento de gracia para asumir lo que estaba a punto de pasar. Maldita sea, estaba convencido de que iba a escupir veneno contra mí y con toda la razón. Me había tirado a su prometido, joder. De estar en su lugar, querría matar a esa persona. Merecía que me diera una paliza. De acuerdo estaba en que yo era libre de hacer lo que me diera la gana, pero sabía perfectamente que me había metido en una relación estable.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella con una suavidad que me descolocó.

—Claro… —tartamudeé asfixiado.

—¿Le quieres? Y no me refiero a admiración, Noah, sino a si estás enamorado de él.

Cerré los ojos con fuerza y apoyé la frente en mis rodillas. Sentí que el mundo se detenía. Mentirle a ella, precisamente a ella, habría

sido el insulto final, una última bajeza que no estaba dispuesto a cometer.

—Lo siento mucho, Sofía… —gimoteé destrozado—. Lo siento muchísimo, de verdad. No sé… cómo me ha pasado.

—Cariño… —Su tono mezcló un poco exasperación maternal con una ternura inesperada—. Si quieres que te perdone por algo, mueve ese bonito trasero que tienes y ve a buscarlo. Él nunca te lo pediría, y yo sé que te mueres por abrazarlo. Así que *a priori* me parecéis dos dramáticos shakesperianos.

Negué con la cabeza. No podía creer que esa mujer, la misma que debería haberme odiado, estuviera lanzándome directamente a los brazos de Kenny.

—No es buena idea…, Sofía.

—¿Porque no eres suficiente para él?

Esa verdad, dicha por ella con tanta frialdad, me golpeó de lleno. Era exactamente lo que me estaba carcomiendo: la certeza de que yo, un simple chico que no tenía dónde caerse muerto, no era suficiente para una estrella como él. No podía competir contra eso.

—Idiota… —resopló Sofía—. Panteón Langford. Zona Oeste, la parte antigua. Es imposible no verlo, es el mausoleo más pretencioso y lúgubre de todo el recinto. Ve. Y me debes una cena. Más te vale preparar la cartera porque soy bastante cara.

Colgó. Sin más.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono como un necio.

«Panteón Langford».

Kenny estaba en el cementerio, refugiado entre los muertos de su estirpe. Y su novia me había dado una orden directa.

Me levanté de un salto, ignorando el entumecimiento, y eché a correr hacia la moto con el corazón latiéndome desbocado.

60

KENNY

El panteón de los Langford era una estructura insultante incluso para los estándares de los muertos. Un mausoleo de mármol blanco y granito pulido, vasto y gélido, diseñado para recordarle al mundo que el poder de nuestra familia no terminaba al dejar de respirar.

Me encontraba frente a la lápida de mi «padre», con las manos en los bolsillos del pantalón mientras masticaba un odio manso y enquistado. Lo único que le agradecía a ese miserable era que no se hubiera llevado el secreto de Noah a la tumba. Sin embargo, el muy cabrón seguía haciendo daño incluso muerto.

La verdad que yo guardaba, esa que él mismo había provocado al despreciar a su propia sangre, era la misma que ahora amenazaba con destruir a la persona que más amaba. Sí, tenía que haberlo contado mucho antes. Pero había demostrado ser un cobarde. Y su sonrisa no había dejado de cegarme.

De pronto, detecté la cercanía de unos pasos. Me giré con lentitud. No esperaba verlo a él.

Noah se quedó justo en el umbral. Estaba en uno de los epicentros de su casta y él todavía no lo sabía.

Lo observé. Los hombros un poco hundidos y la ropa ligeramente empapada. Fue entonces cuando descubrí que había empezado a llover y que se alzaba un poco de niebla. Pero yo solo tenía ojos para él.

Maldita sea, lo quería muchísimo.

—¿Qué haces aquí? —rezongué.

Noah empezó a estrujarse los dedos. Estaba nervioso, la timidez se derramaba a borbotones de él. Me partió el alma.

—Sofía me ha chivado dónde estabas —dijo bajito.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Quería verte.

Dio un paso hacia el interior, mostrando una valentía que contrastaba con su figura delgada frente a la magnitud del mausoleo. Ignoró el ambiente opresivo de la cripta, ese olor a piedra fría y a incienso rancio.

—Te esperé…

Apreté los dientes y desvié la vista hacia la tumba de Alistair.

—Necesitaba estar solo.

Pensé que se marcharía, que mi frialdad le daría la excusa perfecta para dar media vuelta y huir de aquel lúgubre lugar, pero no lo hizo. Se quedó allí, estático, y tuve que cerrar los ojos para no quebrarme antes de tiempo.

Sofía había forzado una situación que me aterrorizaba porque ella conocía mi mente y mi corazón mejor que yo mismo. Así que había llegado el momento. Era una ironía cruel que todo fuera a suceder precisamente delante del miserable que había provocado el desastre. Ese maldito canalla iba a presenciar cómo mis palabras rompían a su hijo.

—¿Sabes qué sentí cuando murió? —hablé impertérrito—. Rabia… Me pasé media vida deseando su muerte y, cuando estira la pata, lejos de sentir alivio, me comía la rabia.

—Era tu padre… Es normal.

Quise gritarle que no, que no era normal, que no era mi puto padre, que ese hombre me había robado hasta el derecho a disfrutar de su maldito entierro.

—Lo odiaba con todas mis fuerzas —gruñí—. Era un tirano sin escrúpulos que solo me dio su apellido porque le ponía eso de casarse con una duquesa. Al muy canalla le daba igual no ostentar el

título con ella, le bastaba con estar vinculado a la burguesía de este maldito país. Y yo no era más que una mota de polvo en su camino. El niño que ocupó un puesto que no merecía solo porque nació en el momento propicio.

Me giré para mirarlo a los ojos. Su rostro había empalidecido. Algo de él no entendía nada y al mismo tiempo lo estaba entendiendo todo.

«Lo siento, mi amor. Nunca quise hacerte daño», pensé.

NOAH

Al principio, creí que Kenny necesitaba desahogarse. La forma en que lo hacía revelaba un odio enquistado hacia su padre que me hizo ver lo poco que sabía de él en verdad. Parecía que se hablaba a sí mismo. Derrochaba una furia silenciosa y un rencor que me heló la sangre. Y al mismo tiempo me mostró esa parte de él que su padre había roto.

Pero entonces mencionó esas palabras. «El niño que ocupó un puesto que no merecía solo porque nació en el momento propicio». Había irrumpido allí con la inestable intención de devolverle sus sentimientos y entregarle los míos. No me había preparado para escuchar su oscuridad. Sin embargo, aquella no me parecía una confesión cualquiera. Ni siquiera era el amigo que buscaba consuelo. Y los años de miseria me enseñaron a apreciar mi maldito instinto. Sobre todo cuando venía con frío. Sus ojos en ese momento eran puro hielo que se rompía en pedazos.

—Kenny…

—No supe que existías hasta que te mencionó en su lecho de muerte…

El tiempo se congeló.

De pronto, un pitido agudo y persistente en los oídos me hizo retroceder un paso. Fruncí el ceño, no me importó temblar.

—¿De qué estás hablando? —jadeé asfixiado.

¿Alistair Langford, el todopoderoso magnate, me había mencionado antes de exhalar su último suspiro? ¿Por qué? ¿Quién coño era ese tío, de qué me conocía?

Una parte de mí creyó que Kenny se había confundido, quizá deliraba. Pero me miraba con una intensidad irrefutable. No había titubeos en su expresión. Y yo solo quería que reaccionase echándome de allí o dándome un abrazo.

—No tenía ni idea de que existías… —Se le rompió la voz—. Si lo hubiera sabido, jamás habrías terminado en un puto orfanato. Me habría arrancado la piel para abrigarte antes de verte pasar frío…

Tuve un violento escalofrío. Aquello no estaba sucediendo. Quizá me había quedado dormido en su porche.

—Pero nunca dijeron nada… —continuó visiblemente afectado—. Supongo que esperaban que yo viviera con esa realidad sin importarme en absoluto cómo estarías.

Retrocedí un paso más. Esta vez me tambaleé. El corazón no se me rompió de esa forma poética y romántica que sale en los libros. Me recordó más bien a la forma en que se rompe un hueso: con un chasquido seco, sordo y tremendamente doloroso. Se me cortó el aliento, tenía el pulso disparado. De pronto, todas las piezas del puzle encajaron con una precisión devastadora. Ahora entendía la insistencia de Kenny por entrar en mi vida desde el primer día. Esa protección desmedida. No había sido amor. Nunca lo fue.

—¿Qué estás insinuando? Kenny…

Se me revolvió el estómago. Sentí una oleada de náuseas quemándome el esófago. Me sentía sucio, como si me hubieran arrojado a un pozo de lodo del que no podía salir.

—Yo solo quería borrar todo el daño que te habían hecho… —sollozó—. Solo quería… Solo quería darte tu lugar. Iba a ser complicado. No podía aparecer en tu vida y ponerla patas arriba. Quería protegerte, darte aquello que te habían arrebatado. Y con el

tiempo contarte una verdad que no habrías creído de un desconocido, pero sí de un amigo.

Parecía que le faltaban las fuerzas para seguir en pie. Entonces, alargó una mano y me acarició la mejilla con una suavidad que me quemó.

—Jamás creí que terminaría enamorándome de ti en el proceso.

Esa frase fue la estocada final. «En el proceso». Como si yo fuera un proyecto de fin de carrera o una misión humanitaria.

Me sentí usado y engañado. Manipulado de la forma más cruel y sofisticada posible. Todo lo que hasta hacía un instante creía genuino, cada mirada, cada beso, cada una de las palabras que nos habíamos dicho, ahora me parecía una aberración nacida de la culpa y el remordimiento.

—Por eso me miraste de aquella forma esa primera vez…

El recuerdo de aquella noche en la jaula, cuando Liam me arrastró fuera. Por aquel entonces creí que su mirada era una alucinación. Ignoraba que estaba mirando al hijo impostado de mi propio padre.

—Noah…

—No…

Le aparté la mano de un manotazo. Me temblaba todo el cuerpo, pero no tenía nada que ver con el frío. La rabia me corría por las venas mucho más rápido que la sangre. Y lo que más me hería era que todavía esperaba que me abrazara y me dijera que todo aquello era mentira. Que mi madre no había muerto por culpa de su apellido.

Negué con la cabeza.

—Has dicho suficiente —jadeé—. Has dicho todo lo que deberías haber confesado cuando nos conocimos.

El estupor no me dejaría, me había hecho su presa. Pero me permitió arañar un poco de arrogancia. Metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saqué las llaves de su moto. Cogí su mano y las estampé en su palma.

Y encaré la salida.

—Noah, espera... está lloviendo...

Kenny intentó agarrarme del brazo, pero me zafé como si su contacto me quemara la piel.

—No me toques.

Le di la espalda al panteón, a la tumba del padre que me repudió y al hombre que decía amarme. Y salí de allí sin saber muy bien cómo demonios era capaz de sostenerme.

Empecé a caminar bajo la lluvia, dejando que el agua helada me empapara por completo. El pulso me martilleaba las sienes. No sabía adónde ir y tampoco me importaba. Solo quería alejarme de aquella maldita mentira en la que Kenny Langford me había atrapado las últimas semanas.

La misma mentira que me había roto.

«Pero esto tú ya lo sabías, Noah. Sabías que ese hombre te rompería y no quisiste escuchar», me dije.

61

KENNY

El míster me había llamado a su despacho después del entrenamiento, pero mi mente seguía atrapada en el eco de la lluvia y en el silencio atronador que había dejado Noah después de darme la espalda.

Habían pasado cuatro días y no sabía absolutamente nada de él. Cuatro días de un vacío que me devoraba por dentro. No lo había llamado, no le había escrito. Hacerlo me habría convertido en un canalla, y él necesitaba tiempo para asimilar la verdad, aunque en el proceso me odiara como nunca. Ese era el precio que debía pagar.

«Lo merezco… Lo merezco», me dije.

—Langford.

La voz de mi entrenador me devolvió a la realidad. Y me encontré con una mirada preocupada. El tipo solía mantener cara de póquer y un humor de perros que recordaba a las peores ruedas de prensa de Mourinho, pero ahora mismo me observaba con una inquietud incómoda.

—Llevo diez minutos hablándote y no me escuchas. A esto me refiero —sentenció, cruzándose de brazos.

—Lo siento, míster —murmuré, frotándome la cara.

—Ni míster ni mierdas —resopló el hombre. Juntó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante con una paciencia inusual en él—. ¿Qué pasa?

—Estoy un poco… desconcentrado, nada más.

Me sentía agotado. Apenas dormía o comía. Iba de los entrenamientos a casa en modo automático y me llevaba al límite en la piscina antes de ahogarme en *whisky*. No hablaba con nadie. Le había pedido a James y Sofía que me dieran tiempo. Le había dicho a Gianni que ni se le ocurriera aparecer por casa, que estaba bien. Que solo era un bajón puntual. Pero ellos sabían que mentía y aparecerían en cualquier momento. Quizá por eso me encerré un poco más.

—Entiendo.

En realidad, no. Pero era mejor para los dos fingir que sí.

—Es normal, apenas han pasado dos meses de la muerte de tu padre. Y no te diste el tiempo suficiente para procesarlo. Los duelos a veces tardan. —Su tono compasivo me molestó mucho más que una bronca.

Bajé la vista a mis manos. Era irónico. Todo el mundo creía que mi hundimiento se debía a Alistair cuando en realidad se debía a su hijo. El mismo que me había robado el corazón y se lo había llevado consigo bajo la lluvia. Y nadie me había explicado cómo coño se vivía sin ese maldito órgano.

—He roto mi compromiso con Sofía —solté de pronto—. Lo anunciaremos en breve. Te pido discreción.

El míster alzó las cejas, claramente sorprendido, y asintió mientras procesaba el caos mediático que eso supondría para el club y para mi imagen. Lo malo fue que estaba usando a mi Sofía para justificar mi estado; lo bueno era que de ese modo nadie hurgaría.

—Ya veo…

Se levantó de su silla y caminó hacia la ventana para observar los campos de entrenamiento vacíos.

—Verás, creo que lo mejor es que te tomes unos días. Quizá una semana. O dos. Podemos publicar un parte sobre una sobrecarga muscular. Tenemos un calendario suave y el equipo puede rotar. Podrías irte a Inverleigh con tus amigos, cambiar de aires. Te vendrá bien alejarte de aquí.

—¿Tan mal me ves?

Siempre me había jactado de ser una roca, el tipo que nunca se quiebra, pasara lo que pasara. Quizá lo era porque no conocía el amor.

—Ayer tuve que sacarte del campo por primera vez en tres años, Langford —sentenció mirándome con una firmeza implacable.

Esa fue la bofetada de realidad que necesitaba. Los datos no mentían, y mi rendimiento en el césped era el reflejo de mi alma hecha pedazos.

—Vale —me rendí—. Tienes razón. Una semana.

—Que sean dos. Y vuelve siendo tú, ¿entendido?

Eso iba a ser complicado.



Me encontraba en la piscina, flotando boca arriba a la deriva. Tenía los brazos en cruz y los ojos clavados en el techo de cristal, viendo cómo el atardecer teñía el agua de morados y naranjas que se mezclaban con el azul del fondo. El silencio era absoluto, solo roto por el suave vaivén del agua contra los bordes de piedra.

Mi único objetivo era no pensar en nada.

No, mentía. Mi único objetivo era no recordar su rostro cuando empezó a odiarme. Pero lo tenía a fuego grabado en la memoria. Noah aparecía constantemente con una nitidez dolorosa. Me obligaba a repasar cada momento con él y me torturaba con la idea de un final que me abofeteó por culpa de una verdad mal gestionada.

De pronto, la melodía de mi teléfono rebotó en las paredes de la sala. Nadé perezosamente hasta el borde y alargué el brazo. Estaba convencido de que se trataba de James o Gianni. Sin embargo, en la pantalla apareció el nombre de Liam.

Tragué saliva. Era la primera vez que llamaba y me habría preocupado de no haber sido porque Maggie me informaba religiosamente de que todos los Furin, Noah incluido, seguían en la residencia.

Descolgué.

—Ah, ¿Kenny?

Cerré los ojos y apoyé la frente en el bordillo. La verdad era que, contra todo pronóstico, sentí un alivio inmenso al escuchar la voz del chico.

—¿Llamas para reñirme? —pregunté con una timidez que no recordaba haber sentido jamás.

Me sentía pequeño y vulnerable. Lo último que quería en el mundo era que los Furin también me odiaran.

—Si no me lo explicas tú, nunca sabré qué ha pasado.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Noah está inaccesible —me contó—. Lleva así cuatro días. Apenas come. Y quiero odiarte con todas mis fuerzas porque sé que tú tienes la culpa, pero antes me gustaría saber qué os ha pasado.

Volví a cerrar los ojos y sentí un nudo en la garganta. No tenía sentido mentirle. Así como no lo tenía aguantarme las ganas de correr a Tottenham y obligar a Noah a salir de su refugio.

Empecé a hablar. Se lo expliqué todo, sin filtros ni adornos. Y esperé. Esperé tanto que creí que Liam me había colgado. Pero lo escuchaba respirar entrecortado al otro lado de la línea.

—Vale… —suspiró trémulo.

Estaba procesando el *shock*.

—Lo siento, Liam… —jadeé—. Yo… De verdad que nunca quise que las cosas terminasen de este modo.

—¿Qué hiciste mal? —preguntó de súbito. Su contundencia fue como recibir un puñetazo.

—Enamorarme de él cuando no había sido sincero.

Se hizo de nuevo el silencio, esta vez cargado de frustración.

—Estaba pensando qué coño diría yo de haber estado en tu lugar.

—No te pongas de mi parte —le pedí en un susurro.

—No lo hago. Todavía quiero partirte las piernas —sentenció con un toque de ironía—. Pero ¿qué culpa tienes tú de que ese hijo de puta haya sido un mal padre?

Sus palabras fueron como una absolución. Mis amigos me habían dicho lo mismo, pero Liam era la persona que más conocía a Noah.

—No te estoy lanzando a sus brazos, Kenny. Solo te pido que lo arregles.

—No creo que quiera verme.

—Me la suda. Eres el chico de los milagros. Arréglalo. Sé que puedes. Sé que él acabará entendiéndolo.

Y colgó. Sin más.

Me quedé mirando el móvil con las gotas de agua resbalando por la pantalla.

«El chico de los milagros». Así era como me llamaba Maggie. No creí que alguna vez lo escucharía de boca de otra persona, mucho menos para reñirme.

Dejé el teléfono en el suelo y me hundí en el agua hasta que el silencio fue total. Noté la presión en los oídos y la claridad del atardecer filtrándose desde la superficie.

Liam acababa de pasarme la pelota en el último minuto del partido, con todo en contra y la grada expectante. Y yo nunca fallaba un pase decisivo.

Al fin y al cabo, era el puto Kenny Langford.

62

NOAH

Estaba sentado en el bordillo de la ventana de mi habitación, con la mirada perdida en el cielo gris. Apenas había salido de esas cuatro paredes en los últimos días. Había levantado unos muros que ni yo mismo sabía cómo derribar. Era un chico de naturaleza introvertida. A mis Furin no les sorprendía que me aislase, me conocían bien y sabían que a veces la vida me superaba y solo podía combatirla con silencio.

Pero, en aquella ocasión, hasta ellos percibieron que algo no funcionaba, que lo mío no era la mera necesidad de hermetizarme.

Me sentía tan vacío que no tenía fuerzas ni para articular una palabra. Siquiera Liam insistía. Notaba cómo me miraba de reojo y suspiraba antes de preguntar si me apetecía comer algo o salir a dar una vuelta. Yo le respondía con evasivas. Me habría encantado poder deshacer el nudo que sentía en el pecho y contárselo todo, eso habría calmado el brillo de pura inquietud que había en sus ojos. Pero es que no sabía cómo poner aquello en palabras.

Era el maldito hijo ilegítimo de Alistair Langford y me había enamorado de su hijo oficial. ¿Cómo demonios se explicaba eso?

Me notaba débil, con un dolor de cabeza persistente que me martilleaba las sienes. Apenas había probado bocado. Las náuseas me acosaban en cuanto miraba la comida. El estómago se me cerraba cada vez que recordaba. De todas las opciones por las que

el destino podría habernos unido, aquella era la más retorcida e impensable.

Me sentía ridículo, una pieza en un tablero que ni siquiera comprendía. Y lo peor de todo era la contradicción que me desgarraba por dentro: odiaba a Kenny por su silencio y al mismo tiempo lo echaba rabiosamente de menos.

Había pensado en largarme de allí. Había imaginado mis pasos regresando a los Arcos o cogiendo un autobús para dejar la ciudad atrás. Pero no podía hacerle eso a los chicos. Por primera vez en sus vidas, eran felices. Tenían un techo y un futuro. Así que la idea de marcharme solo empezaba a cobrar fuerza, pese al daño que les causaría. Pero es que no podía volver a ver a Kenny. Simplemente, no podía. Porque me recordaría la mentira. Porque me dolería mucho más que el frío.

De pronto, alguien tocó a la puerta.

Era extraño. Liam no solía llamar y los chicos la abrían y asomaban la cabeza con timidez.

Me quedé muy quieto. No quería hablar con nadie ni dar explicaciones. No las encontraba. Así que guardé silencio y esperé a que esa persona se diera por vencida. Pero entonces la puerta se abrió, y a mí me sobrevino un poderoso escalofrío.

Era Kenny.

Nuestro acuerdo tácito de no volver a mirarnos se había ido a la mierda. Porque estaba allí y sus ojos no mentían.

Se me cortó el aliento. En ese instante, sentí cómo mi estúpido corazón empezaba a bombear con una fuerza salvaje. Esa reacción tan visceral me enfureció. Odiaba lo mucho que necesitaba su contacto después de todo.

Kenny tenía un aspecto demacrado. No hacía falta ser un lince para percibir que no había dormido en condiciones. Las ojeras marcaban surcos profundos bajo sus ojos, restándole esa bonita arrogancia suya. Y estaba más pálido de lo normal. Me enfadó descubrir que él lo había pasado tan mal como yo.

Accedió a la habitación con prudencia, como si tuviera miedo de que el aire se rompiera entre nosotros, y cerró la puerta tras de sí.

—No quiero verte —dije asfixiado, devolviendo la vista a la ventana.

Solo quería protegerme de su presencia. Si continuaba mirándolo, sucumbiría.

—Lo sé.

Apreté los dientes y cerré los ojos con fuerza. Su maldita voz me estremeció. Bastó un instante para provocarme una sacudida. Maldita sea, ese hombre estaba grabado en mi sistema.

—Entonces, ¿por qué no te vas, ah? —Lo fulminé con la mirada. La rabia burbujeó en mi pecho—. ¡¿Por qué no te vas?!

Me levanté de un salto con los puños cerrados a los costados. Mierda, quería darle una paliza. Quería convertirme en esa bestia que solía ser en la jaula. Quería dejar de sentir aquella insufrible vulnerabilidad delante de él.

—Dame solo cinco minutos —me rogó—. No te pido más.

—¿Vienes a rematar la faena, maldito mentiroso? —gruñí.

Kenny negó con la cabeza.

—Nunca mentí, Noah. Esto que tenemos nunca fue una mentira.

—El niño rico que decidió bajar a jugar a ser Dios con los pobres. Eres un maldito arrogante de mierda. Ojalá nunca hubieras aparecido.

Se me rompió la voz al terminar la frase. Me quemaba la garganta porque, en el fondo, sabía que era la mentira más grande que había dicho jamás. Pese a todo el dolor, pese a la traición de su silencio, seguía sintiendo que haber conocido a Kenny era lo más bonito que me había pasado en la vida. Y lo odiaba. Lo odiaba porque me había ocultado la verdad, me había manipulado en su «proceso».

—No cambiaría ni un instante. Me da igual que no me creas. No cambiaría ni un maldito suspiro a tu lado.

Y lo creí. Por lamentable que fuera, le creí de verdad. Y eso me dolía más que cualquier otra cosa, porque abría una línea de razonamiento que no quería explorar.

Kenny no había tenido opciones reales para manejar la situación, actuó en cuanto supo la verdad pese a que salvarme nunca fue su responsabilidad. Sin embargo, lo hizo porque tenía principios. Pero mi cabeza siempre volvía al mismo punto muerto. Me recordaba constantemente que él era el hijo del hombre que dejó morir a mi madre. Peor aún, yo era el hijo de ese miserable. Y esa verdad era un nudo imposible de digerir, un veneno que me recordaba que, por culpa de Alistair, ni siquiera tenía una tumba donde llorar a la mujer que me dio la vida.

—He pensado en irme —jadeé.

Palideció al instante y su rostro adoptó una mueca de puro terror.

—¿Qué?

—No quiero que cuides de mí. No te necesito. No necesito tu estúpida caridad —escupí, intentando convencerme a mí mismo de que podía volver a ser el de antes.

Kenny acortó la distancia.

—Hazlo por ellos entonces.

—¡No los metas en esto!

El grito salió de lo más profundo de mis entrañas y terminó por romperme. La tristeza y la rabia de los últimos días me superaron de golpe. Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies, y se me doblaron las piernas. Kenny se lanzó a sujetarme antes de hincarme de rodillas en el suelo. Pero terminó cayendo conmigo. Intenté empujarlo, golpeé su pecho. pero acabé aferrándome a su camiseta con los dedos agarrotados, escondiendo la cara en su pecho mientras un gemido gutural se escapaba de mi garganta.

—Murió por su culpa, Kenny —sollocé sin control. Todo lo que había estado conteniendo durante años salió de golpe y fue abrumadoramente doloroso—. Recuerdo esa noche como si fuera ayer. Se repite en mi cabeza cada vez que cierro los ojos. Ese

maldito hombre la despreció. Después me miró como si fuera un insecto y nos dio la espalda. Y mamá me abrazó tan fuerte que creí que me asfixiaría. Estaba tan fría… Tan fría.

Hable sin saber si mis palabras tenían sentido o si eran pedazos de un trauma enquistado. Solo podía visualizar aquella maldita noche en la que mi madre deambuló por las calles de Londres conmigo entre sus brazos.

Nevaba. Hacía tanto frío que dolía hasta respirar. Al final, nos refugiamos bajo unos arcos, apretados contra el ladrillo húmedo junto a varios mendigos que ni siquiera se molestaron en mirarnos. Mamá me abrazó con todas sus fuerzas y empezó a cantarme una nana. Ni siquiera me acordaba de la letra, solo conservaba la sensación de felicidad absoluta que sentí en ese momento por tenerla conmigo, a pesar del hambre y del hielo en los huesos.

Y entonces, mamá se apagó. Y la felicidad de tenerla se convirtió en una dolorosa tristeza con la que había tenido que aprender a convivir cada segundo de mi vida.

—Lo siento —gimoteó Kenny.

Me abrazó con fuerza mientras yo me desmoronaba, meciéndome en busca de calmar a aquel niño que todavía seguía tiritando contra el pecho de su madre.

—Ni siquiera me di cuenta de que había muerto…

—Lo siento… Noah.

Seguí llorando. Los espasmos me sacudían el cuerpo. Kenny me estaba dando un consuelo devastador. Y por más que lo odiara, supe que sus brazos eran mi único lugar seguro en ese maldito mundo.

—¿Por qué apareciste? ¡Maldito seas! —gruñí, aferrándome con más fuerza a su jersey—. ¿Por qué me buscaste?

—Ya te lo dije, cariño. No podía mirar hacia otro lado —jadeó—. No podía cargar con esa verdad y vivir como si nada. No soy un monstruo.

—No, no lo eres —balbuceé—. Pero necesito odiarte… Quiero odiarte…

—Hazlo. De verdad que sí. Hazlo —me pidió al oído—. Te prometo que no volveré a aparecer en tu vida, nunca más sabrás de mí. Pero, por favor, quédate... Quédate, Noah.

Seguí llorando, pero no me aparté. Me quedé allí, refugiado en sus brazos, sabiendo que, aunque quisiera huir, mi hogar era ese hombre, con todas sus mentiras y todas sus verdades.

63

KENNY

La noche había caído sobre Londres y la habitación se sumergió en una penumbra apenas interrumpida por el resplandor anaranjado de las farolas que se colaba por la ventana.

Estaba en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Noah descansaba sobre mi regazo, con las manos encadenadas a mi cintura, como si temiera que fuera a desaparecer. Dormía mientras yo acariciaba su cabello negro.

Se había pasado al menos dos horas llorando mientras yo lo abrazaba. Y entonces pensé en el tiempo que llevaba conteniendo esas lágrimas, en las ocasiones que seguramente se había prohibido derramarlas. No podía hacer nada por evitarlo más que escucharlas, aceptarlas y resignarme al dolor que me causaban.

Hasta que se quedó dormido. Sí, la tristeza lo agotó y yo lo cogí entre mis brazos y lo tendí en su cama. Y aun así no me soltó.

Observé su rostro entrecortado por las sombras. Tenía los párpados hinchados por el llanto y las mejillas todavía irritadas. Las había acariciado creyendo que borraría esas huellas, pensando que quizá aquella sería la última vez que podría tocarlo.

No dejaba de pensar en su confesión. Alistair no solo había sido un tirano. También fue un monstruo. ¿Qué clase de bestia deja morir a una mujer que suplicaba ayuda en mitad de una helada?

Tenía sentido el rechazo de Noah en el panteón. Poco importaba las verdades que le dije, él solo veía el rostro del hombre que mató

a su madre con su indiferencia. Y eso no había amor que lo mitigase.

No podía quedarme. Era una conclusión lógica y despiadada: mientras yo estuviera cerca, él siempre recordaría la noche en que murió su madre. Me había convertido en el «recuerdo andante de la pérdida». Para que Noah pudiera ser feliz, para que su herida sanara de verdad, yo debía desaparecer de su vida. Sería la mayor muestra de amor que podría darle.

Entonces, Noah se movió. Parpadeó varias veces, desorientado, hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Se tensó un segundo, pero luego la tristeza lo inundó todo, apagando cualquier chispa de tensión.

Se incorporó despacio. El calor que habíamos compartido se rompió bruscamente, ambos lo sentimos. Pero yo fui el único que tembló. Quizá porque detecté la enorme distancia que había entre los dos, pese al corto espacio que nos separaba.

—Sigues aquí… —murmuró.

—No podía dejarte llorando de esa forma.

Mientras lo miraba supe que sería terriblemente difícil olvidar el sabor de su boca y la sensación de su cuerpo entre mis brazos.

«No importa lo que tú sientas, Kenny», me dije. «Solo importa lo que él necesita».

Había llegado el momento. Debía contarle todo lo que había arreglado en segundo plano. Así que me armé de valor.

—Quiero decirte algo… —comencé con un nudo en la garganta.

—¿Qué?

Cerré los ojos un instante y cogí aire.

—La semana que viene vendrá un abogado. Te leerá unos documentos, debes prestar mucha atención. —Noah hizo amago de protestar, pero le di espacio a negativas—. Son acciones preferentes de Langford Media. No te asustes, solo generan dividendos, no tendrás que aprender economía para manejarlo. Es, más bien, una

renta vitalicia. Maggie sabe de leyes, así que te acompañará. Ellos serán tu equipo a partir de ahora, son los mejores.

No podía soportar el estupor y la tristeza con la que me observaba. Me moría por besarlo, por arrastrarlo de nuevo contra mi pecho y jurarle que todo saldría bien, pero aquello no iba de mis deseos. Así que me levanté de la cama. Necesitaba poner distancia física para seguir hablando sin que la voz se me rompiera por momentos.

—También te entregarán una llave. Abre la puerta de una casa en Muswell Hill.

La había comprado esa misma mañana, moviendo hilos y haciendo que mi abogado trabajara horas extra mientras terminaba de organizar el blindaje de su vida.

—Es una residencia preciosa y tranquila, cerca del parque Alexandra Palace. Además, está relativamente cerca de Broadwater, así que podrás seguir yendo a clase sin problema. La he registrado a tu nombre. Úsala si quieres salir de aquí, o para los chicos. Tiene muchas habitaciones.

Noah negó con la cabeza, visiblemente abrumado, como si le estuviera hablando en un idioma que no alcanzaba a procesar. Me guardé las manos en los bolsillos y me giré un poco hacia la ventana para observar el exterior.

—Por último, he abierto una cuenta en Suiza y otra aquí, en la banca privada Coutts. La asignación está protegida. Úsalo todo para ti y tus Furin. Con eso podrás protegerlos toda la vida y garantizarles un futuro incluso a sus hijos y nietos.

Hice una pausa prolongada. Me giré para mirarlo directamente a los ojos, intentando transmitirle una seguridad que se me escapaba. Noah seguía allí, sentado en la cama, pero tenía los ojos húmedos de nuevo. Brillaban en la penumbra, y tuve que clavar los pies en el suelo para no lanzarme a él.

—No te preocupes por la verdad —suspiré, sintiendo el peso de ese secreto compartido—. Nadie nunca sabrá nada. Será algo entre tú y yo. Seguirás siendo Noah Sterling. Solo que ahora tendrás el

control sobre tu vida y tus decisiones. No habrá nada que no puedas conseguir.

—Nunca he querido tu dinero —gimoteó.

—Eso ya lo sé… Lo sé muy bien, Noah. —Le dediqué una sonrisa triste—. Por eso te lo doy, para compensar, aunque sea un poco, todo el daño que se te hizo.

Empecé a caminar hacia la puerta, sintiendo cómo me dejaba el corazón en aquella habitación, junto a él. Cada paso pesaba una tonelada.

—Lamentablemente, esto no hará que tu madre… vuelva a la vida, pero… quizá… tal vez un día… duela menos… —Me pellizqué el entrecejo—. Ah, no sé, será mejor que me vaya.

—Dime, ¿tienes un último consejo para mí? —preguntó con un hilo de voz.

Me detuve con la mano ya en el pomo de la puerta. Lo miré de reojo, grabando su silueta en mi memoria.

—Firma esos documentos, Noah. No lo hagas por mí o por ti. Hazlo por ellos y por darle paz a tu madre. Que sepa que nunca más pasarás frío.

Se le escapó una lágrima. Vi cómo atravesaba su mejilla.

—¿Y qué hago con esto que siento? —sollozó.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

—Ojalá pudiera ayudarte. Ojalá supiera cómo cambiarlo. Para los dos.

Finalmente, sucumbí. No pude evitarlo. Me acerqué a él una última vez y le acaricié la mejilla con el dorso de la mano. Noah tembló ante mi contacto y cerró los ojos, entregándose a ese último roce. Supe que si bajaba la cabeza podría besarlo y que ese beso nos destruiría a ambos. Supe también que crecería y terminaríamos devorándonos. Pero después regresaría la culpa y todo sería más doloroso.

«Pero es que lo quiero con toda mi alma», pensé. Y era cierto, joder, lo quería tanto.

—Si vas a irte… —suplicó él en un susurro apenas audible—… ni se te ocurra decirlo.

Asentí en silencio, respetando su ruego. No diría «adiós» ni tampoco «te quiero». No le diría que seguiría queriéndolo mañana y pasado y dentro de cien años.

Simplemente, me fui.

64

NOAH

El silencio que siguió al despedida fue lo más ruidoso que había escuchado en mi vida. Ese pequeño *clic* suave de la puerta al cerrarse retumbó en mis oídos con la violencia de un disparo. Marcaba el final de algo que apenas empezaba a comprender. Y me quedé sentado en la cama, estático, mientras el eco de sus palabras me hervían en la piel.

Miré el espacio que había dejado Kenny. Todo aquel despliegue de dinero, seguridad y futuro me importaba una mierda. Lo único real era su ausencia. Sentí un vacío en el pecho que no tenía nada de metafórico. Me dolía físicamente, era una punzada aguda y constante, como si me hubieran arrancado un órgano vital sin anestesia.

Me arrastré al borde de la cama. No me enfurecí, ya no tenía fuerzas para eso. Simplemente, rompí a llorar. Esta vez fue ese tipo de llanto silencioso y aterrador en el que no hay sollozos, solo lágrimas que caían desesperadas y me quemaban las mejillas.

«Se ha ido… Se ha ido de verdad», pensé. Y el mundo, de pronto, se volvió un lugar insoportablemente frío.

Aunque lo peor no fue que Kenny se hubiera ido porque lo deseara, sino porque creía que yo lo odiaba. Quizá lo hacía, pero no había encontrado la forma de decirle que él no tenía la culpa de que su padre fuera un canalla y que mamá estuviera muerta.

Pensé en cómo habría sido nuestra vida si Alistair hubiera resultado ser un buen hombre. Kenny y yo nos habríamos criado como hermanos. Lo habríamos compartido todo. Quizá me habría enamorado de él sin remedio. Pero no sentiría ni por asomo aquella rabiosa tristeza que me devoraba por dentro.

No, Kenny no se había ido porque no me quisiera, sino para «salvarme».

Esa idea encendió una chispa de furia en mi estómago. No tardó en extenderse por mi torrente sanguíneo. Me limpié la cara con violencia. No quería ser su víctima, no quería su sacrificio ni su redención. Maldita sea, el precio era mi soledad y la suya. Y no estaba dispuesto a darle ese placer al hijo de puta de Alistar.

Súbitamente, me levanté y salí de la habitación como un vendaval, notando cómo el corazón se me estrellaba contra las costillas. Bajé las escaleras de la residencia a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos con una urgencia ciega. Ni siquiera me había calzado. Me dio igual. Crucé el vestíbulo y abrí la puerta principal de golpe. El frío cortante de la madrugada me golpeó el rostro. La llovizna me empapó de inmediato, pero mis ojos solo buscaban una silueta entre las sombras.

No vi a Kenny por ninguna parte. La calle estaba desierta. Sin embargo, algo en mis entrañas me gritó que no se había ido todavía, que seguía cerca. Di media vuelta, entré de nuevo en la residencia y corrí escaleras abajo, directo hacia la oscuridad del garaje subterráneo.

Allí estaba. Una figura solitaria a punto de abrir la puerta de su coche.

—¡Cobarde! —grité. Me ardían los pulmones—. ¡Eres un puto cobarde de mierda!

Kenny se congeló y me miró estupefacto.

—Noah… —Su voz fue una súplica que me enfureció aún más.

—¡No digas mi nombre!

Me abalancé sobre él con una violencia ciega y lo empujé contra la carrocería. Kenny no opuso resistencia, aceptó mi furia como si

fuera el castigo que merecía.

—Te dije que no quería tu caridad, te dije que no quería que me compadecieras… Y ahora te vas… —Empecé a golpear su pecho con los puños cerrados, una y otra vez, descargando toda la impotencia acumulada—. ¡No necesito tu dinero! ¡No me importa tu puto padre! ¡Eres un imbécil arrogante! ¡No deberías haberme contado nada!

Él intentó sujetarme las muñecas para frenar aquel ataque frenético, pero se lo impedí y forcejeamos y las lágrimas apenas me dejaban ver su cara.

—¡Te odio! —clamé—. ¡Eres lo peor que me ha pasado, ojalá nunca te hubiera conocido! Maldito hijo de puta.

Kenny resistió. Cerró los ojos y agachó la cabeza. No dijo una maldita palabra. No trató de convencerme ni de consolarme. Simplemente, se quedó allí, atrapado entre el coche y mi rabia. Y yo sentía que apenas podía respirar, que la energía se me agotaba, que solo quería retener a ese maldito hombre y no sabía cómo.

Abrí los puños y mis dedos se aferraron desesperadamente a las solapas de su abrigo. A continuación, apoyé la frente en su pecho, derrotado y trémulo.

—¿Qué me has hecho? —gimoteé asfixiado—. Te odio tanto… y te quiero… Y me duele. Me duele muchísimo aquí dentro. —Me señalé el pecho—. Por tu maldita culpa.

Un silencio sepulcral se instaló entre nosotros, apenas roto por el rumor lejano de la lluvia y nuestras respiraciones agitadas. Nos miramos fijamente, con un hambre y un amor tan feroz que sentí que nos estábamos devorando vivos allí mismo.

De pronto, Kenny levantó una mano y la acercó a mi mejilla.

—Noah.

Aquel suspiro me encendió la piel, y me aparté de inmediato.

—No… No me toques.

—Ven aquí.

Tiró de mí con fuerza bruta, eliminando cualquier espacio de seguridad. Y nos abrazamos con una desesperación animal.

—No te vayas, Kenny —supliqué, clavándole los dedos en la espalda—. No te atrevas a irte… Destrózame si quieres, pero no te vayas. No me dejes…

Entonces, agarró mi cara con sus manos y estampó su boca en la mía. No hubo suavidad alguna en aquel beso. Más bien, fue un choque violento y agónico. Y abrí la boca por puro instinto. Kenny me invadió al instante. Me devoró con una furia posesiva, hundiendo su lengua con una necesidad que me dejó sin aire.

Sus manos se engancharon a mi nuca y tiraron de mi pelo para forzar el ángulo, mientras se tragaba mis gemidos y mi aliento y ese sabor a lágrimas que lo impregnaba todo.

Sus labios me quemaban. Dios, sentía que me ahogaba, sentía que iba a estallar en mil pedazos y lo único que me impedía desintegrarme eran su boca y sus manos. Lo necesitaba tanto.

Me aferré a él al tiempo que sus manos se deslizaban por mi espalda. Se clavaron en mis nalgas y apretaron con firmeza, apresándome contra su erección. No me habría importado que me doblara contra su coche y me follara allí mismo, en medio de aquel solitario garaje.

Nos separamos unos centímetros en busca del oxígeno que nos faltaba. Pero Kenny no me dio tiempo a reaccionar. Súbitamente, me levantó del suelo con un impulso poderoso. Enrosqué las piernas alrededor de su cintura y me enganché a su cuello. Kenny ignoró el coche, ignoró su plan de huida e ignoró el mundo entero. Se encaminó hacia el ascensor conmigo en brazos, sin dejar de besarme, chocando contra las paredes. Y yo solo podía pensar que aquello no era suficiente. Quería su piel, su peso, su calor. Necesitaba que me invadiera por completo. Lo necesitaba dentro de mí.

KENNY

No lo solté en todo el trayecto. Cargaba a Noah por el pasillo como si mi vida dependiera de ello. Él tenía la cara enterrada en mi cuello, me mordía la piel con una avidez que me volvía loco.

Fue él quien giró el pomo de la puerta de su habitación para abrirla. En cuanto entré, cerré con el pie y empotré a Noah contra la madera al tiempo que mis labios regresaban a los suyos. Mi lengua invadió su boca y lo devoré con una desesperación de la que luego me arrepentiría. Pero en ese momento quería ser un salvaje.

Noah me buscaba, me necesitaba tanto como yo a él. Apenas podía pensar. Era imposible hacerlo cuando todo mi cuerpo se estremecía por un deseo que era tan carnal como emocional. Noah respondía con el mismo ímpetu. Gemía y se apretaba a mí con una fuerza casi dolorosa. Sentí cómo sus manos se colaban bajo mi jersey y me arañaban la espalda. Joder, me gustaba tanto. Era tan perfecto.

Lo dejé en el suelo. Quería follármelo con una urgencia que me quemaba las entrañas, sentía una exigencia visceral por marcarlo y hacerlo mío de nuevo.

Tiré de su camiseta con tanta prisa que la tela crujió. Noah tembló de pura excitación por el gesto.

—Quiero que me folles… —jadeó en mi boca mientras sus manos me arrancaban el jersey.

—Sí… —Fue lo único que pude articular.

Mi cerebro se había reducido a él. Solo podía pensar en metérsela, en sentir su calor apretándome con fuerza.

—Quiero que lo hagas como un salvaje —añadió, mirándome con una determinación que me dejó sin aliento.

Esa petición fue como echar gasolina a un incendio forestal. Me encendió hasta la locura, borrando cualquier rastro de la prudencia que siempre intentaba mantener con él. Si quería un salvaje, no me iba a costar dárselo. En ese momento, era la versión más primitiva de mí, aquella que ni yo conocía.

Me desabroché el cinturón con dedos torpes y lo tiré al suelo. Noah no tardó en bajarme la bragueta y yo mordí su yugular porque

quería volver a escuchar sus gemidos. Clavé mis manos en sus caderas y lo empujé a su cama para arrancarle el pantalón y los bóxers.

En cuanto lo tumbé, completamente desnudo, me lancé a él y volví a besarlo con una prisa hambrienta mientras sus manos resbalaban por mi pecho. Noté cómo rodeaban mi cintura y se colaban bajo mi pantalón para apretarme las nalgas. Jamás había sentido que podía explotar solo porque me tocaran.

Entonces, me detuve. Apoyé las manos a los lados de su cabeza y lo miré. Maldita sea, Noah estaba precioso, una visión de caos y deseo que me nublaba el juicio. Sin romper el contacto visual, bajé una mano y empecé a masajear su entrada. No hubo delicadeza, mis dedos fueron rudos, se movían con una urgencia que no pedía permiso. Buscaban abrirse paso en su calor. Era eso lo que me había pedido y lo tendría.

—Ah, no es necesario… —gimoteó Noah, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Claro que sí. —Enterré mi boca en su cuello—. Me has pedido que sea un animal, y quiero ver cómo te retuerces.

Noah tembló bruscamente. Había tocado ese punto dulce que lo obligó a arquear la espalda y apretarse en torno a mis dedos buscando más. No quería ternura, quería fricción, quería sentir el placentero dolor de la dilatación, quería una realidad tan cruda que no dejara espacio para nada más. Quería que lo rompiera y lo volviera a armar con mis propias manos. Y yo me moría por darle absolutamente todo de mí.

Cogí mi erección y la guie hacia su entrada. No hubo preámbulos. Entré en él de una sola estocada, hasta el fondo. Joder, estaba tan estrecho y caliente que sentí que me iba a correr antes de empezar.

Noah dejó escapar un jadeo de puro placer y dolor. Clavó sus dedos en mis nalgas. Me quedé quieto un instante, con los pulmones ardiendo, sintiendo cómo su cuerpo me aceptaba a pesar de todo. Fue como volver a casa tras una guerra.

Entonces, empecé a moverme. No buscaba hacerle el amor. Aquello era algo mucho más oscuro y necesario. Era follar para borrar la memoria, para arrancarnos de la piel el rastro de Alistair y el frío. Era un ritmo brutal y animal, desprovisto de cualquier barniz de civilización.

Mis caderas golpeaban contra las suyas con una violencia rítmica. Noah respondió con la misma furia, como si necesitara que cada embestida fuera más profunda, más dolorosa y real. Levantaba las caderas buscando el choque, arañándome la espalda sin piedad. Nos tirábamos del pelo, nos mordíamos los labios.

—¿Vas a romperme? —preguntó asfixiado, con los ojos empañados por la intensidad.

—¿Eso quieres? —gruñí contra su oído.

—Sí…

Perdí el control. Cualquier rastro del Kenny contenido y racional se evaporó, dando paso a una bestia que buscaba complacer a Noah en todos los sentidos. Lo follé con una rabia sorda y eléctrica, descargando en cada movimiento toda la frustración de los días que habíamos estado separados, la culpa paralizante de haberlo perdido y el odio visceral que sentía hacia mi padre.

Cada embestida era una reclamación, un golpe seco y profundo con el que pretendía grabarme en su sistema para siempre. Quería que Noah no pudiera recordar dónde terminaba su cuerpo y empezaba el mío.

El clímax nos alcanzó con una brutal descarga. Y me corrí dentro de él con un gruñido gutural que me nació de las entrañas hasta vaciarme por completo, entregándole hasta la última gota de mi esencia como si fuera una ofrenda.

Noah se deshizo en mis brazos en ese mismo instante. Su cuerpo se arqueó en un violento espasmo y jadeó mi nombre mientras se aferraba a mí con todas sus fuerzas.

Me desplomé sobre él sin apenas aliento. El silencio regresó a la habitación de forma paulatina, solo interrumpido por el eco de nuestras respiraciones rotas, que buscaban desesperadamente el

oxígeno que nos habíamos robado. No tenía fuerzas ni para mover un dedo.

Apoyé la frente en el hueco de su hombro, cerré los ojos y respiré su olor. Todavía seguía dentro de él. El latido de su interior seguía abrazándome. No quería salir. Tenía la absurda sensación de que, si me separaba, el mundo real volvería a entrar por la puerta.

Pero la culpa sí llegó. Al notar el temblor de sus extremidades y el ritmo de su corazón, fui consciente de mi violencia. Había sido un bruto y un egoísta que solo buscaba su propia redención a través de su cuerpo.

—Lo siento... —jadeé contra su piel, más tímido que nunca—. He sido un animal.

Noah tragó saliva con dificultad.

—No me importa...

Me incorporé un poco para mirarlo a los ojos, pero sin romper la conexión de nuestros cuerpos. Me volvía loco saber que lo tenía atrapado en el colchón, que su interior todavía latía por mí.

Le aparté un mechón de pelo con una delicadeza que contrastaba con la furia de hacía unos instantes. Noah me miró con los ojos brillantes, empañados por una vulnerabilidad tan pura que me cortó el aliento. Estaba allí, conmigo, y por primera vez en días, no parecía querer huir.

—Yo me di cuenta primero… —murmuró de pronto—. No quería quererte. No sabía qué me estaba pasando. Aparecías en mi cabeza constantemente.

Y entonces sentí sus manos deslizándose por mi espalda. Las guio con suavidad hacia mi pecho y dejó que una de ellas se apoyase justo encima de mi corazón, que latía desbocado por su culpa. Se me empañó la vista al instante. Noah no tenía ni la más remota idea de cuánto había necesitado que me tocara de esa forma. El sexo me importaba una mierda. Era su piel lo que yo necesitaba.

—Pero si me entregué a ti no fue porque me interesara tu dinero o tu fama o tu estúpido apellido... —sentenció—. Me he

enamorado de ti porque me encanta hablar contigo, me gusta cómo eres, cómo te mueves, cómo te expresas, las cosas que dices, tu maldita sonrisa, la forma en que me miras…

Tragué saliva, incapaz de apartar la vista de la suya. Me sentía desnudo, mucho más de lo que ya estábamos físicamente. Jamás creí que lo escucharía decir algo así. Noah era demasiado suyo. Entregaba palabras demasiado precisas y concretas, pero nunca exponían sus emociones. Aquello era lo más parecido a una confesión que obtendría jamás.

—Me he enamorado de ti porque eres íntegro y leal. Y te prometo que te he odiado, pero ¿en qué me convierte a mí odiar a un hombre que no sabe hacer daño? —Se le quebró la voz—. Pudiste… pudiste seguir con tu vida… Sin embargo, apareciste y salvaste a mi familia. Y después me tocaste y ahora yo ya no sé vivir sin tus manos… —Tuve un escalofrío—. Así que quédate con esa casa y esas acciones. No las quiero.

Se me cortó el aliento. Noah acababa de despojarme de toda la armadura Langford y de toda la culpa. No me estaba perdonando por lo que tenía, sino amando por lo que era.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti? —susurré con el corazón en un puño. Lo único que deseaba en el mundo era hacer feliz a ese chico—. No puedes arrebatarme las ganas de protegerte, Noah. Seguiré haciéndolo aunque sea en la sombra... Seguiré haciéndolo aunque me odies.

Me sonrió. Lo hizo con tristeza y un cansancio antiguo, pero también atisbé un amor tan puro que me desarmó por completo.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—Porque te quiero —respondí sin dudar—. Y si tú me quieres a mí, entonces no tiene sentido que salga por esa puerta. A menos que me mires y te duela.

Sentí la tensión en sus dedos sobre mi pecho. Y me miró como si estuviera midiendo la profundidad de mi promesa.

—¿Si te pido que te quedes…?

—Ya te lo dije una vez —le recordé—. Haré lo que sea que me pidas.

Apoyé mi frente en la suya y rocé sus labios con los míos. Noah cerró los ojos y una lágrima solitaria atravesó su mejilla.

—No vuelvas a irte, por favor... No lo soportaría.

—Eso no va a pasar nunca, mi amor.

Lo besé con una suavidad que me erizó la piel. Ese beso fue mi forma de sellar la promesa. Sería nuestro pacto.

65

NOAH

A finales de noviembre, el frío de Londres ya empezaba a morder, pero el ambiente era tan cálido que apenas se notaba. El jardín de la mansión de Kenny se había convertido en un paraíso festivo. Se habían instalado carpas blancas y elegantes donde podíamos refugiarnos de la brisa. Aunque lo que de verdad dominaba el paisaje eran aquellos enormes castillos hinchables, la piscina de bolas que parecía un mar de colores y esa pista de *karts* que hacía las delicias de Gianni y varios de mis Furin. Y eso que los cochecitos eran tan pequeños que el pobre Moretti apenas podía moverse.

Mi Sam cumplía nueve años, y el despliegue para celebrarlo era digno de un príncipe.

Estábamos todos. Era una mezcla ecléctica y maravillosa: los Furin correteando por doquier, nuestra nueva familia de la residencia —con Maggie, Mel y Bishop a la cabeza, y el profe Ashcroft— y la familia de Kenny. Incluso Sofía había hecho un alto en su apretada agenda para venir. Me había pasado el día anterior de tienda en tienda con ella en busca del regalo ideal para su cumpleañero. Al final, había comprado un panda gigante y un equipo de explorador porque a Sam le había dado por eso de los safaris. Yo le había contado que en Kenia no había pandas, pero lo resolví diciéndole que siempre podíamos ir a China o Japón para encontrarlos.

Kenny se había autoproclamado responsable de la barbacoa, aunque Hunter no se separaba de su lado, supervisando cada

movimiento con escepticismo porque temía que su amigo quemara el jardín entero.

Mientras tanto, la vida bullía a nuestro alrededor. Liam, con las orejas encarnadas, hablando todo nervioso con nuestro apuesto profesor. Nate intentando concentrarse en su partida de pimpón con Connor, aunque perdía el punto cada dos por tres porque no podía dejar de mirar de reojo a Sofía, que estaba tirada por el suelo jugando con los niños como si fuera una cría más.

Un poco más allá, Maggie, Bishop y Melanie compartían confidencias y risas con algunos de los huéspedes de la residencia y con Daniel, que siempre rellenaba sus copas de ponche. Era la imagen de una familia que no compartía sangre, pero sí algo mucho más fuerte.

Habían pasado tres semanas desde que el mundo pareció desmoronarse y, sin embargo, ahora todo parecía extrañamente en su sitio.

Kenny me había insistido por activa y por pasiva que me quedara con la casa de Muswell Hill, pero todavía no había reunido el valor para visitarla. Era como un tesoro que guardaba para cuando el presente dejara de parecerme un sueño.

Tampoco había tocado un solo penique de las cuentas de Suiza o de Coutts. Prefería seguir como siempre, yendo a clase y ayudando en la residencia. Además, había descubierto que se me daba muy bien eso de la poesía y que me gustaban mucho más los autores hispanos o asiáticos que los franceses. Y también me había salido un trabajo de medio tiempo. Ahora era el asistente del fotógrafo oficial de James Bellingham, aunque a veces, más que aprender el arte de la fotografía, me pasaba las horas charlando con el príncipe.

Seguía manteniendo mi espacio en la residencia de Maggie para no perder mis raíces, pero ahora dormía con Kenny en su casa siempre que no estaba fuera de la ciudad. Oficialmente, ostentaba el puesto de su asistente personal, así que la prensa no sospechaba de la relación que nos unía. Y convenía mantenerla en secreto porque

se había desatado suficiente escándalo con su ruptura con Sofía. Todavía copaban horas de tertulia en la tele. Pero, pese a todo, esos dos seguían siendo como una sola entidad. Me fascinaba verlos interactuar. Eran como la ecuación perfecta.

Miré a mis «hermanos». Todavía no me podía creer el cambio que habíamos dado. Los Furin estaban radiantes, integrados y felices en la residencia, y yo me sentía pletórico porque mis sueños tenían forma y ahora se podían tocar.

—¡Jeremy, me cago en tu estampa! —gritó Kenny, agitando las pinzas de la barbacoa en dirección al castillo hinchable—. ¡Bájate de ahí ahora mismo!

Jeremy, fiel a su estilo, ignoró cualquier advertencia y se lanzó al vacío ejecutando una pirueta por la que case se parte la crisma. Era un capullo con suerte que aterrizó con gracia y se levantó riéndose como un salvaje mientras el resto de los Furin le jaleaban y aplaudían con entusiasmo.

Desde mi posición, cómodamente sentado en un sillón junto a James, me eché a reír porque seguían siendo los mismos locos de siempre, solo que ahora vestían bien, comían a todas horas, dormían en su propia habitación e iban a clase. Y se les daba bastante bien. Eran más listos que el hambre.

De pronto, vi cómo Sam salía de la piscina de bolas y correteaba hacia Kenny. Sofía le había puesto una diadema de colorines que rezaba «soy el más molón» y él la llevaba con total orgullo.

—¡Quiero una salchicha! —exclamó sonriente.

Kenny lo miró como si fuera un milagro y frotó su cabecita rubia. Entonces, cogió una salchicha del plato y la pinchó en un palo antes de dársela.

—Toma, cariño, para ti —le dijo dedicándole una sonrisa que me detuvo el pulso.

Lo miré con pura devoción. No pude evitar recordar cómo estaban siendo nuestros días juntos desde que la tormenta amainó. Lo cierto era que la dinámica no había cambiado. Seguíamos picándonos y compartiendo canciones. Nos llevábamos genial y

pasar tiempo con él seguía siendo la actividad más divertida de mi agenda. La única diferencia era que ahora follábamos constantemente. A todas horas, en todas partes. No sabía cuándo se calmaría esa obsesión por tocarlo a cada instante. Tenía una adicción impresionante al capitán del Tottenham.

Aunque no nos habíamos puesto la etiqueta de «novios» ante los demás, y a veces ni yo mismo terminaba de creérmelo, era un secreto a voces. En ese jardín, todo el mundo parecía asumir con naturalidad las muestras de cariño que a veces se le escapaban a Kenny. Yo era más frío. Prefería reservarme la efusividad para cuando lo pillaba en un pasillo.

—Te digo que si se churrasca la parte del hueso, queda más rico —le escuché decir, intentando recuperar su honor culinario frente al bueno de Hunter.

—Tienes una peligrosa tendencia a churrascar las cosas, Langford —protestó el escocés, arrebatándole las pinzas—. La última vez que cocinaste en mi casa por poco tengo que usar el extintor. Aléjate de la brasa o te uso de cebo para pescar.

Kenny soltó una carcajada y levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale... Cortaré las verduras.

—Daniel, si me aprecias lo más mínimo, aleja a este ser de mi vista —pidió Hunter con fingida desesperación.

Daniel, impasible, dio un sorbo a su copa como si la guerra de las barbacoas no fuera con él. La tranquilidad de ese hombre era legendaria.

—Vete a por más salsa, anda —le sugirió Cross con un gesto despreocupado.

Kenny obedeció sin rechistar y entró en la casa a través de la terraza que conectaba con la cocina. No pude evitar seguirlo con la mirada, hipnotizado por su forma de caminar, hasta que su silueta desapareció tras las puertas acristaladas. Y pensé que el día iba ser muy largo si tenía que esperar a la noche para arrancarle esos malditos pantalones.

Una sonrisilla burlona me devolvió a la realidad. James me observaba con esa mueca tan peligrosa que solía preceder a sus comentarios más ácidos.

—Las mamadas sorpresivas tienen un efecto encantador, Noah —dijo James como quien hablaba del tiempo.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo el calor me subía por el cuello.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque no dejas de babear por tu hombre.

Me puse rígido en el sillón, tratando de recuperar una compostura que ya había perdido por completo.

—Vete a la mierda, príncipe.

James soltó una carcajada limpia que llamó la atención de un par de invitados, pero no me quedé a escuchar más. En realidad, por mucho que intentara disimular, me moría por seguir a Kenny. Así que me armé de valor.

Mientras accedía a la casa, todavía podía escuchar las risitas de James. El muy cabronazo sabía cómo tentarme. Era como un diablillo de esos que aparecen para incitar a hacer fechorías.

Entré en la despensa y cerré la puerta tras de mí. Kenny, que estaba todo concentrado en la elección de la salsa, se giró a mirarme con una sonrisa. El pobre no tenía ni idea de lo que me proponía, y a mí me encantaba pillarlo con la guardia baja, casi tanto como despertarlo por las mañanas con una mamada.

Lo miré de arriba abajo. Maldita sea, estaba buenísimo. Esos puñeteros pantalones de color marfil le sentaban como un guante y el polo azul resaltaba el brillo de sus ojos. En ese instante, quise comérmelo entero.

Sin decir una palabra, me lancé a él y lo empotré contra la estantería, haciendo que los botes de cristal tintinearan suavemente. Lo besé con una devoción que lo dejó sin aliento. No tardó ni un segundo en reaccionar. Clavó sus manos en mi trasero y me apretó contra él con una fuerza que me hizo gemir en su boca.

—¿Y este asalto? —murmuró en mis labios, con ese tono travieso que siempre conseguía que me flaquearan las piernas—. ¿No has tenido suficiente con la sesión de esta mañana?

La verdad era que no. Esa mañana, al despertar y verlo estirado en la cama, gloriosamente desnudo, con los rayos de sol incidiendo en su poderosa figura, había sido superior a mis fuerzas. Y terminamos follando como animales.

Pero de eso habían pasado unas cinco horas.

—Esta mañana ninguno de los dos sabíamos lo cachondo que me pones con esos pantalones —me sinceré.

Kenny soltó una risita de puro placer y me mordisqueó el cuello, justo en ese punto que me hacía perder el sentido.

—Además, tienes que compensarme —jadeé, abriendo su bragueta—. Una semana es demasiado tiempo.

La selección lo había convocado y volaría a Alemania al día siguiente. Siete días sin él me parecían una eternidad insoportable.

—Existen las videollamadas… —runruneó Kenny mientras colaba una mano por debajo de mi pantalón, buscando mi piel— O puedes venirte conmigo.

Me lo había planteado, pero era demasiado peligroso. Los dos encerrados en una habitación de hotel no íbamos a tener las manos quietas ni un segundo, y no quería arriesgar su reputación por un polvo. El mundo del deporte era un lugar hostil con según qué tipos de amor. No quería empezar a sembrar rumores sobre que el mejor jugador del planeta se follaba a su asistente.

—Tengo exámenes —suspiré, intentando ser el adulto responsable—. Quiero demostrarle a Ashcroft que tus lecciones han servido para algo.

Y es que Kenny era un profesor privado estupendo cuando conseguía mantener las manos quietas. Era insultantemente inteligente y sabía de todo.

—Entonces, vete pensando qué quieres para celebrarlo.

Nos besamos con un hambre voraz, su lengua enroscándose a la mía. Atrapé nuestras erecciones en un puño y comencé a acariciarnos. Me moría por tirarlo allí mismo y montarlo hasta hacerlo gritar, pero sabía que nuestras ausencias en la barbacoa empezarían a notarse si tardábamos demasiado.

—Ni se te ocurra parar —me exigió entre dientes.

—Te voy a manchar —le advertí, pero empecé a acelerar el ritmo.

—Me cambiaré de ropa.

Nos masturbé con más fuerza, en una coreografía perfecta de roces y jadeos compartidos en la penumbra de la despensa. Hasta que el clímax nos golpeó casi al unísono. Sentí cómo nuestro orgasmo me empapaba la mano y nos dejaba temblando y sin aliento, apoyados el uno en el otro para no caer.

Me limpié con un paño que había cerca mientras él dejaba besos perezosos por mi cuello. Entonces, nos miramos. Adoraba a ese hombre.

—¿Te he dicho hoy que te quiero? —susurró él, apoyando su frente en la mía.

—No —jadeé, dejando escapar una sonrisa boba.

—Te quiero.

—¿Cómo? No te he oído —le piqué.

—Te quiero.

—Bésame, Langford.

Y lo hizo. Fue un beso largo, cargado de promesas y de esa paz que solo se encuentra cuando, después de haber caminado por el infierno, por fin se llega a casa. Al final, bajo el ruido de la fama y las sombras del pasado, solo éramos dos piezas que encajaban perfectamente.

«Mamá, mi amor. Gracias por haber guiado a este hombre hasta mí», pensé.

NOTA DE LA AUTORA

Gracias por llegar hasta aquí, de todo corazón.

Escribir *Black Swan* ha sido, para mí, mucho más que crear una historia de romance; ha sido un viaje profundo y, a veces, doloroso. Mientras daba vida a estas páginas, me encontré explorando facetas humanas que nunca antes había tocado como autora. Esta novela se ha convertido en un torrente de sentimientos: algunos son bonitos y otros, sinceramente, horribles. Son experiencias crudas con las que, de un modo u otro, todos podemos sentirnos identificados.

En esta historia he querido hablar de los miedos sin tapujos, de los traumas que arrastramos y de las heridas que no siempre se ven. He querido mostrar el daño que a veces inflige el sistema y, sobre todo, reivindicar la humanidad y las segundas oportunidades.

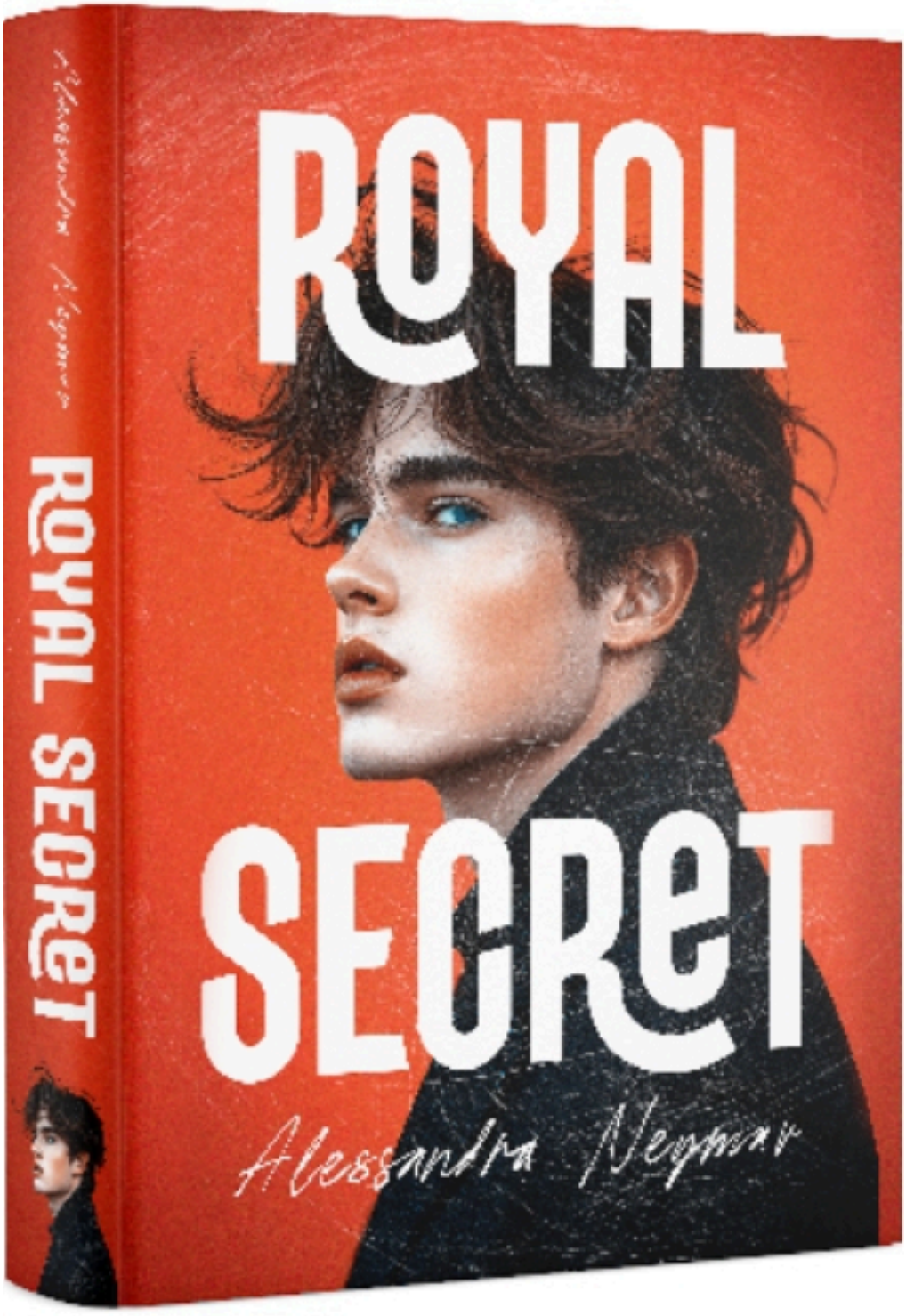
Para mí, *Black Swan* es un grito de esperanza. He llorado y me he vaciado escribiéndola, pero el resultado es este pequeño rayito de luz en medio de la oscuridad. Espero que, al leerla, sientas que te calienta el alma... y, por qué no decirlo, también el cuerpo.

Me despido de Kenny y Noah, que siempre estarán en mi corazón. Espero que también en el vuestro.

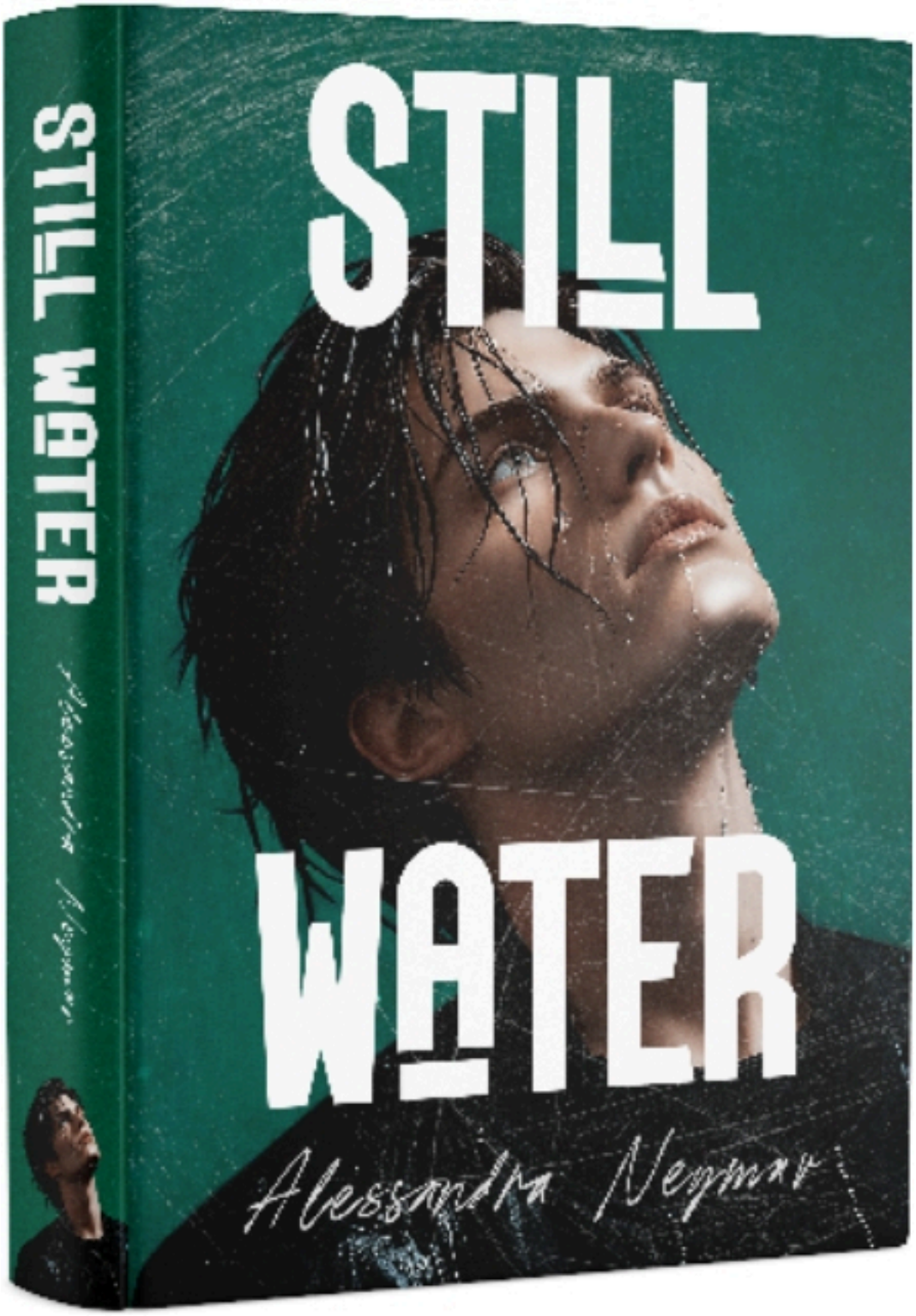
Con todo mi cariño,

Alessandra Neymar.

SERIE TOP SECRET



James Bellingham +
Daniel Cross



Gianni Moretti +
Hunter Calloway

¡SIGUE LEYENDO!

Descubre otras de mis historias en:



Y únete a nuestra comunidad de lectores:

